"A VECES, QUIEN DEBERÍA AGRADECÉRTELO TODO ES TU PEOR ENEMIGO"
MEN MARÍAS
LO QUE ARRASTRA LA LLUVIA

Lo que arrastra la lluvia

Men Marías

Para Rocío, en cuya mirada encontré esta novela

Rogad a Dios en caridad por el alma de
Don Andrés Barrios,
que ha fallecido en Granada a los 47 años

D. E. P.

Su familia ruega a sus amistades una oración por su alma y la asistencia a la misa que por su eterno descanso se celebrará hoy miércoles, 27 de junio, a las SEIS de la tarde desde la sala de velatorios número 10 del cementerio de San José de Granada hasta la capilla de dicho recinto, por cuyos favores les quedarán agradecidos.

Granada, 27 de junio de 2007

Rogad a Dios en caridad por el alma de
Doña Elvira Barrios,
que ha fallecido en Granada a los 21 años

D. E. P.

Su familia ruega a sus amistades una oración por su alma y la asistencia a la misa que por su eterno descanso se celebrará hoy miércoles, 27 de junio, a las SEIS de la tarde desde la sala de velatorios número 10 del cementerio de San José de Granada hasta la capilla de dicho recinto, por cuyos favores les quedarán agradecidos.

Granada, 27 de junio de 2007

PRIMERA PARTE

La mendiga

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Sáb/01/11/2008 06:40

Querida Lola:
No te disculpes, por favor. Todo lo contrario, ha sido una alegría volver a saber de ti después de un año. Se me hace raro el «estimada», pero si es lo que necesitas lo entiendo.
¿Mi madre? Bueno. Cómo va a estar. Mustia. Llorosa. Con seis pastillas diarias. Parece una hoja seca que no termina de desprenderse del árbol. Cómo va a estar después de enterrar a su hijo y a su nieta. Después de saber que su asesina quedó libre. Está viva y eso ya es demasiado, Lola.
Me alegra mucho lo de Blas. No te preocupes por Currito, es demasiado pequeño todavía. Poco a poco, Lola, son niños. Han estado un año sin ti, acaban de recuperarte. Acaban de recuperar a su madre. Poco a poco, Lola, son niños.
Yo estoy bien, pero dime tú; un año da para mucho. Si alguna vez quieres un café —o una copa de ribera, o uno de esos cócteles tuyos con zumo de tomate y tabasco, qué ascazo, Lola, por favor, todavía tengo el olor en la manga—, estoy en el teléfono.
Lola, no sé qué decirte. No dejes de contestarme al e-mail. Me ha gustado mucho saber de ti.
Te he echado de menos... Dolly. A veces cuando me quiero dar cuenta estoy masticando aquello de *paroles et paroles et paroles...*

Leonor

Granada, 2008, día de Difuntos

Oye el frío en sus manos. Marina está sentada en un parque. Ha dormido en él por tercera noche consecutiva. Se abraza las piernas, por los gemelos, sin fuerza.

Contrae la vejiga. Se orina. Son ya horas los minutos que lleva en esta posición. La nariz exhausta. El sol empujando. Las extremidades teñidas de azul. Casi parece una mujer. ¿A los filetes de ternera les puso el film transparente? No se acuerda. Tiene que estirar las piernas para que la sangre circule. Y el emmental en lonchas tampoco lo cubrió, eso seguro, las esquinas se van a poner tiesas. Vuelve a preguntarse si está viva. Lo intenta otra vez. No puede hacerlo. Está confinada en un irracional y pueril miedo a la muerte si se libera.

—Levántate... —se grita entre susurros.

Es inútil. Se tutea con el mismo pánico, de tacto vidrioso, que motiva a un niño a no sacar un pie de la cama por el monstruo.

Es la tercera noche. O eso cree sin su reloj, ahora propiedad de Cash Converters. Su referencia, la luz. La tercera noche escondida en un parque, apenas separada de las calles. Amanecerá de un momento a otro, se lo dice el hambre. Solo entonces desatará sus piernas, cuando la línea del horizonte, ahora añil, se vuelva pelirroja. Entretanto, las exhalaciones de vaho a las rodillas. Es agradable cuando el débil fantasma colisiona contra ellas.

Ya no tiembla. Las convulsiones que mantenían caliente su cuerpo han cesado a eso de las cuatro de la mañana, hora en la que al fin aceptó su condición de indigente. De mendiga. Marina Pastrana, de profesión maestra y de edad cuarenta y un años, madre de una hija muerta, esposa de un marido muerto, Aries, alumna de un taller de *mindfulness* y gestión emocional, deudora de un préstamo hipotecario y clienta los martes de la pescadería de El Corte Inglés, ya no es nada de eso: ahora es una indigente, una mendiga. Marina Pastrana ya no pasea por el parque de Fuentenueva en Granada. Desde hace tres días, vive en él.

Se levanta una persiana en los pisos de la izquierda, los que aún pertenecen a la avenida de la Constitución y su tinte plomizo. Como un disparo que despierta a los estorninos antes de tiempo. El eco genera ardor en el pecho de Marina y le estremece el torso. En el corazón una ingrávida tortura. Ahogo, como si un leviatán gris lo apretara. Tiene miedo a los ruidos fuertes. Y ganas de orinar. Su vejiga es una pelota de goma entre cinco dedos que cada vez aprietan más.

Ha de comer. Necesita una casa. Electricidad. Agua. Pasillos. Camas. Mantas. Calefacción. Bolsas de patatas. Tranchetes para sándwich. Tomate frito. ¿Qué hace en el suelo de un parque como una borracha desorientada? Escaleras. Limpiacristales. Garbanzos. Un vehículo. Pan de molde. Una cuenta bancaria donde recibir la nómina. ¿Cómo puede haber pasado tres días sin asearse? Escarbando agujeros bajo el tobogán del parque que luego rellena con tierra, como un perro, tras hacer en ellos sus necesidades. Alguien fríe cebolla, está segura, incluso puede jurar que ese alguien añade azúcar para caramelizarla. Una cebolla, al peso, cuesta unos

treinta céntimos; cuarenta si es de las gordas. Un euro y medio la malla. Marina se vuelve consciente de que ni siquiera dispone de esa cantidad de dinero.

No hace ni un año desde la última clase. Es maestra de latín. Era. Acusativo adverbial. Hay pocos árboles para ser un parque, parece semidesnudo, como quien usa chaqueta sin vestir otra prenda debajo. Alguno de sus alumnos podría verla. El corazón como una herida recibiendo yodo. ¿Qué van a pensar si la encuentran así? Cristina insistirá en ayudarla, seguro. Olga y Jorge, como si nada. Sin embargo, si se trata de Óscar o de las Paulas... Picor insoportable en las nalgas, se funden con el terreno como si hubiese cemento fresco. Por amor de Dios, que no aparezcan las Paulas.

Marina sabe a la perfección lo que ha de hacer, pero su cuerpo se niega. No responde con la normalidad de un cerebro que da órdenes. No razona con la lucidez propia de una persona. De hecho, Marina solo se reconoce entre la raza humana por el absurdo deseo de sobrevivir al que se aferra. La desesperada exigencia del cuerpo a permanecer vivo.

Voces de adolescentes, serán roncas al cabo de los años, tras la valla del parque. La sobreestimulación acústica de la discoteca aún en sus oídos. Chillan para oírse.

—Mi madre nos mata, tía, nos mata. ¡Corre! ¡Mira qué hora es!

Su amiga ríe despreocupada.

—¡Yo quiero churros!

—Ya te has comido bastantes churros esta noche, bonita...

Estallan en la carcajada a la que solo tienen derecho los adolescentes. Nadie más en este mundo puede reír así. La anfitriona, sin embargo, considera que la reprimenda no va a valer el ingenio.

—En serio, tía, corre, por Dios, quítate los tacones; son las siete. ¡Se nos hace de día y mi madre nos mata!

Las siete. Escasos treinta minutos antes de que el parque se llene de *runners* en mallas compresivas. Y peor aún, perros que captan el olor de Marina, como a muerto; paseadores de perros con el primer pitillo del día. Los que encuentran los cadáveres en todas las novelas. Un escalofrío mece sus hombros como una pequeña ola. Sabe cuál es su única opción. Lo sabe con el cuerpo y no con la mente. Con esa parte desarrollada por el ser humano después de millones de años que clama «no voy a dejarte morir».

Ha de comer. Conseguir dinero. Dos euros. Una simple moneda de dos euros. Un billete de cinco. ¿Cómo puede haber desechado tanto a lo largo de su vida? ¿Acaso los millones no están compuestos de céntimos? Desayunar solo le costará dos euros, una tostada, un descafeinado. Ha gastado cientos en utensilios de Ikea que ya son propiedad del banco, ¿cuántos en los carritos de El Corte Inglés? Daba a

la borracha de su hija, que ahora está muerta, billetes de veinte para quedarse sorda en la discoteca cada vez que salía. De cincuenta en su cumpleaños, que ella invertía en litros de cerveza del chino. Un año y medio desde que le compró un coche de segunda mano por el que pagó ochocientos. Ochocientos euros... se tatúan sobre su garganta de mendiga como garras. La asfixian. ¿Dejo abierta la ventana de la cocina? Va a oler a fritanga.

Granada, un año atrás

Marina se encaja en el pupitre y Pablo, te pido disculpas. ¿Cómo embuten las piernas los gigantescos adolescentes a los que da clase?

—Septiembre fue muy complicado y octubre no ha empezado mejor, pero te juro que se acabó faltar al trabajo, Pablo; se acabó todo.

Observa al diminuto Pablo frente a su pizarra. Es su jefe. Ha citado a Marina allí, en su propia aula. Las cejas de Pablo como dos arbustos. Aún pueden unirse trazos de rotulador negro en la pizarra, una barriga de embarazada que ha sido una P. Pablo jura que no sabe cómo decirlo, que es más difícil para él que para ella. El trasero sobre la mesa del profesor. Los seniles brazos cruzados. Arranca unas cuantas pelotillas del jersey.

—Marina —dice Pablo, y su voz suena como el aullido de un perro mudo—, han sido muchos años. Eres mucho más que una profesora en esta academia.

—Cualquiera diría que vas a despedirme. O a declararte; no sé qué sería peor. —Marina sonríe como una niña que entiende un chiste sobre sexo. En el hueco de su garganta el colgante del árbol de la vida. Las pulseras tintineando.

—Está bien, creo que lo mejor será que vaya al grano. —Pablo se quita las gafas para limpiarlas con el remate del jersey—. Marina, no hay dinero. Lo siento, créeme. He hecho malabares para mantener tus asignaturas de latín y griego en la academia, pero no es posible. Tienes que irte.

Dice las palabras a tal velocidad que Marina piensa que no las ha entendido. Su bolso de charol negro sobre el pupitre. En pie con actitud militar. Inflexible. Pablo dice que no tiene opciones. Y que lo siente, que lo siente mucho, sabe cuánto ha sufrido este último año, pero no hay dinero.

—Esto es por los periodistas, ¿verdad? —Marina da un sorbo a un botellín de agua para empujar la ira garganta abajo.

—No —promete Pablo—. Las clases particulares son un lujo en estos días,

Marina, no tenemos alumnos. Los padres no pueden llevar a sus hijos a inglés o a matemáticas, imagínate a latín y griego.

Avanza hacia el pupitre, los nudillos sobre él como un primate. El rostro de su nueva enemiga se quema bajo las uñas rojas. Pablo dice que la historia esa de la crisis es cierta, que no sabe lo que está pasando, pero la gente no tiene dinero. ¿Qué dinero va a tener la gente si se la despide?, quiere saber Marina. Insiste en que es por los periodistas, que al menos dé la cara, da la cara, Pablo. En el pupitre no cabe, ya es oficial, qué grotesca se siente. Inútil.

—Has estado de baja —le recrimina Pablo—, no tienes ni idea de cómo están las cosas.

—Sabes por qué he estado de baja, no seas miserable. Y yo no tengo la culpa de que esos periodistas me sigan hasta cuando voy a mear. Bastante he sufrido ya, Pablo. Bastante. No puedes prescindir de mis clases.

La nuez sube y baja por la garganta del jefe como un gusano. Le dice, de espaldas, arreglando un cuadro con la tabla periódica, que no va a prescindir de las clases de latín y griego. Las asumirá Ana, la profesora de lengua. Pero sin cobrar más, por el mismo sueldo. Está dispuesta.

—¿Ana? ¿Por qué me echas entonces a mí? —Marina se levanta con torpeza. La tuerca del pendiente izquierdo al suelo—. ¿Por qué no puedo asumir yo las de lengua y literatura? Lo he hecho durante sus embarazos. También yo puedo hacerlo gratis, no voy a pedirte ni un euro más. ¡Pablo! ¿De qué voy a vivir?

—Marina, por favor..., no hagas esto más difícil. Ana es licenciada, tú no terminaste la carrera. Marina, si puedo ayudarte, me encantaría hacerlo.

—He estado trabajando en esta academia durante más de diez años sin contrato, Pablo. No puedo solicitar el paro. Me quedo a cero, ¡a cero! ¿Ayudarme, dices? Despide a Ana, es una ninfómana, Pablo, una ninfómana. Su marido la engaña, ¿sabes? Cuando se enteró, se puso como loca a pensar en follarse a los niños, a los de cuarto de la ESO, que solo tienen dieciséis años, Pablo, ¿lo sabías? ¿Eso lo sabías? Ella misma me dijo que entre castigo y castigo los ponía de rodillas, pero debajo de su mesa. ¿Vas a dejar a esa loca dar clase? ¿De qué voy a vivir? ¡Yo no tengo la culpa de los periodistas! ¡Yo no tengo la culpa de que mi marido y mi hija...! ¡De que recorrieran todos los platós de televisión de España antes de morir en aquel accidente! Porque fue un accidente, Pablo.

El jefe camina por el aula. Se presiona la nuca con los pulgares. Ojalá ese ridículo pelo desapareciera como el del resto de la cabeza. Los gritos de Marina danzan con el tintineo metálico de sus pulseras. Como una diosa india bailando flamenco.

—Tranquila, Marina. Sé que no tienes la culpa de que los periodistas te

persigan, pero aquí hay niños. Nuestros clientes son niños; eso lo entiendes, ¿verdad? Y además no hay dinero. Quizá tenga que cerrar la academia.

Suplica con los ojos más que con los labios. Por favor, por favor, que la deje quedarse como secretaria, que no la despida a ella, han sido muchos años, tú lo has dicho, no me hables de crisis, Pablo, despide a la secretaria, yo puedo hacer su trabajo perfectamente. Pero la secretaria también está despedida, su mujer es la nueva secretaria de la academia porque la han echado del bar.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Sáb/01/11/2008 07:03

Querida Lola:
No voy a volver a llamarte Dolly, no te preocupes, me ha quedado claro. Lo último que pretendía era incomodarte. Te pido disculpas. ¿Borrón y cuenta nueva? Acabas de volver de Gijón, has estado un año fuera de Granada, no vamos a discutir tan pronto.
No puedo dejarlo estar, Lola. Me gustaría que lo entendieras. La quiero en la cárcel, estuvimos a punto de conseguirlo, de demostrar que ella fue la responsable del accidente en el que murieron mi hermano y mi sobrina, y no me doy por vencida. Destrozó a mi familia, Lola, tú lo sabes mejor que nadie. La convirtió en el hazmerreír de España de plató en plató de televisión. ¿Sabes cuántas pastillas toma mi madre a diario? ¿Sabes cuánto lleva sin poder salir a la calle por los periodistas? Mató a Andrés y a Elvira, Lola, que Dios los tenga en su gloria, ella los mató, no fue aquel maldito coche. Fue ella. Y la quiero entre cuatro paredes. Eso como poco y respetando la voluntad de Dios. No te pido que me vuelvas a ayudar, solo que lo entiendas.
¿Cómo ha ido con Blas que no me dices nada? Ten paciencia, Lola, solo es un niño. Y Currito más aún.
Si te apetece un café, estoy por aquí.

Leonor

Granada, 2008, día de Difuntos

Carmen pretende decirle a Julia que uno no debe intentar sobrevivir a sus sueños.

Porque no es posible, porque se acaba muriendo en vida. Y claro que se puede estar muerto en vida, Julia, cariño. Carmen le pide a su hija que se fije en los ojos de la mayoría de las personas, que no brillan. Dice que no, Julia, hija mía, el brillo no tiene que ver con el color sino con estar vivo. Ya sabe que respiran, no se refiere a eso sino a utilizar la vida. Como si compras un precioso vestido y no te lo pones nunca. Pues la vida igual, Julia, cariño, hay que usarla. Ya tienes trece años, es hora de que empieces a hacerlo. Entonces sonríe y se despide de su hija. Tiene que salir.

Carmen piensa que a lo mejor le da tiempo a media racioncita de churros en el Gran Café Bib-Rambla. Compra un ramo de crisantemos en la floristería número dieciocho de la plaza Bib-Rambla. Comenta con la florista lo maravilloso de que sea día de Difuntos. Y que Dios la perdone, pero es que ya no se venden flores frescas si no son para Difuntos. Porque la gente las compra de plástico, Carmen. La florista se queja porque no aporta nada tener eso ahí muerto en mitad del salón que hasta huele a rancio. Le pregunta si cree que se puede cambiar una flor por eso. Dice que así nos va si preferimos el plástico a las flores. Y que ya sabe que no hay dinero, pero las flores son las flores, ¿qué es lo próximo que nos vamos a quitar por la crisis esta de las narices, Carmen? Pregunta si el agua. Risas. Que no se ría tanto que ella cree que nos acabaremos quitando el agua. Y si no, al tiempo. Si lo sabrá ella.

Carmen tarda apenas treinta segundos. Con el frío de la mañana se hacen castigadores, como si el aire se vengara a latigazos. Deja Bib-Rambla para descubrirse en la plaza de las Pasiegas. La catedral de Granada de frente, como un susto de piedra.

La verdad es que se ha desviado, puesto que el garaje lo tiene en la calle Recogidas. Pero Carmen piensa que muy pocos días le es a una posible contemplar la catedral oliendo a flores. Las sujeta en su regazo, como a un bebé, haciendo sonar el celofán en que las ha envuelto la florista.

Va a llover de un momento a otro, y, afortunadamente, no lleva paraguas. Afortunadamente, pues, en caso de tenerlo en el bolso lo habría usado. Porque quizá no tiene mucho sentido coger un enfriamiento llevando un paraguas en el bolso. Pero como no es así, Carmen tiene la excusa perfecta para empaparse con la lluvia. Si es que al fin la lluvia se anima a bajar y traer un poco de su Galicia natal a esta Granada que la ha acogido como un tío a un sobrino: no es su hijo, pero como si lo fuera.

Camino del cementerio suena en el Audi «Somewhere over the rainbow» en la orquesta de André Rieu. Carmen recuerda que está a punto de cumplir cuarenta y ocho años. ¿Cuarenta y ocho ya? El año pasado su hija y su marido le organizaron una fiesta sorpresa con toda la familia y los amigos. Se ha acordado porque pusieron esta canción con la tarta. Carmen sonríe. Carmen siempre sonríe.

Granada, 2008, día de Difuntos

Nubes de pelaje canoso techan el cielo de Granada para el día de Difuntos. El frío de la mañana acosa la quebradiza piel que envuelve el rostro de Marina. Lo muestra deteriorado. Roto. Parece que han pasado por él los excesos de cien personas. Cada paso que da por la avenida de la Constitución, enlosado en piedra gris y hojas amarillas, se le apetece como una bofetada en la cara. Y un aguijonazo en los pies. Quiere separar los dedos. No puede. Como adheridos por grapas. Dos bloques de hielo que se descongelan muy lentamente después de dormir por tercera noche consecutiva en un parque. Después de volver a orinar bajo un tobogán y limpiarse con el remate del abrigo.

—Mendiga —se susurra a sí misma cuando nadie camina a su lado.

De una cafetería brota un intenso olor a mantequilla al que casi puede dar forma. Como un espectro sin cuerpo que flota cerca de su nariz. La hostiga. Quiere llorar, pero no lo consigue. Sus ojos se incendian en ardor y picazón como si un coche, al acelerar, hubiese levantado polvo. Necesita lavarlos. Necesita comer. Necesita mantequilla derretida sobre pan tostado. La ciudad creciendo del suelo a su alrededor. Un laberinto de hormigón que la encierra dentro como a una rata entrenada para correr por él. No se atreve a expulsar el exceso de saliva que hay bajo su lengua. Es consciente de que todo el mundo la mira con una mezcla de miedo y grima, como si los rozara un escorpión. Como ella misma siempre ha mirado a los mendigos. Trata de domar la náusea. O al menos de encontrar agua para tragarse el asco.

Hace muchos años que no fuma. Cuando lo hacía a solas, necesitaba escupir constantemente. En una ocasión la descubrió la borracha de su hija. La increpó como si ella no fuera por ahí como una cualquiera. El putero de su marido también la sorprendió una vez escupiendo por la ventana y comentó lo asqueroso del gesto. Como si él, en vez de un cerdo, fuese un ángel. Nos vamos, Marina. Dijeron al abandonarla. No podemos seguir aquí contigo. Se ve que les gustaba más andar por los periódicos. Por los platós de televisión. Pero ahora los dos están muertos. Como corresponde a quien abandona. Es lo único que la hace entrar en calor.

Sabe lo que ha de hacer, va hacia ello como quien se encamina a su puesto de trabajo, al colegio del niño, a la sala en que proyectan la película. Entretanto, desentierra todo el dinero que ha desperdiciado a lo largo de su vida: cajetillas de Marlboro light durante once años. Quince mil euros. Blusas y zapatos que solo ha utilizado en una o dos ocasiones. Tres mil euros. Comida que terminó caducando y leche de soja de herbolario en lugar de supermercado. Cinco mil euros. La gente se

aparta de ella. Marina entiende que haría lo mismo. Velas que nunca ha encendido, marcos de fotos que jamás rellenó, películas que no llegó a ver, preciosas cajitas en las que no ha guardado nada, fundas para las gafas de sol, pedicura de parafina en la peluquería... Seis mil quinientos euros.

El edificio de Hacienda tiene el mismo color que el alba. Se pregunta si dentro guardarán dinero. Nunca ha sabido qué hacen en Hacienda, pero mueven dinero, eso seguro. Pone fin a la avenida de la Constitución para anunciar la Gran Vía al frente. También maquillada en plomo. Y la calle San Juan de Dios, a la derecha. Marina gira de inmediato para no adentrarse en el paseo más céntrico de Granada lleno de rostros que podrían identificar el suyo. El aire le sabe a tubo de escape. Se siente débil, como incubando la gripe. Un autobús rojo informa en su lomo de los descuentos con envío en cuarenta y ocho horas de El Corte Inglés.

Marina callejea con la mirada fija en sus botas de sierra, el único calzado que sacó de la casa cuando los del banco la echaron. De vez en cuando se roza con rugosas paredes que delimitan su camino. Como si fuese ciega. Entonces avista un pedazo de pastelillo abandonado en el suelo. Aún conserva la envoltura, rosa bola de discoteca, ni siquiera ha rozado el suelo. Parece que alguien lo haya colocado para ella. Si se agacha con naturalidad quizá no llame la atención de nadie. El pastelillo la mira desde el enlosado. ¿Eso es nata? Es nata. Una anciana lo esquiva en su camino. Como cualquier persona lleva grabado a fuego el mantra de los niños y de los perros «no se cogen cosas del suelo». Ha de hacerlo, no tiene más opciones, ¿cuándo comienza la muerte por inanición? Flexiona las rodillas instintiva y ligeramente a la par que una niña en chándal, con un perro igual de ridículo que ella, lo pisa. El animal ahora es el dueño de la nata. Se cruza con ellos sin mirarlos a la altura del primer quiosco. Revistero repleto de la palabra «crisis».

Sabe lo que tiene que hacer. La calle San Juan de Dios como un pasillo de piedra. La conoce bien, pero hasta ahora no ha reparado en la asfixia. Cafeterías, bares, quioscos, tiendas de ropa, bazares de telefonía, farmacias. Dinero. No puede acceder a nada de lo que encierra la calle. Todo cuesta dinero. ¿Está lloviendo? Apenas unos meses atrás tomaba café con Ana en el bar que hace esquina con la Almona. Como tenía la tarde caprichosa, pidió un cruasán de pavo, queso y mantequilla. Le arden los pies. Mucha mantequilla.

Se detiene en seco, el hospital de San Rafael aparecerá a su derecha en diez pasos. Entre todas las personas posibles, Leonor ha de dirigirlo. Su cuñada. Por supuesto. Sabe que Leonor la busca y, de encontrarla, iría a la policía. A aquella zorra de Lola, la inspectora que llevó el caso de su marido y su hija. Aquella zorra que intentó demostrar que Marina había sido la causante del accidente en el que murieron Andrés y Elvira. No ha vuelto a verlas. A ninguna de las dos. Pero sabe

que Lola, la inspectora de policía, se fue a vivir al norte cuando acabó todo. Marina ha llegado a su destino, no tiene más opciones, más fuerza para seguir caminando. Todos la miran, la mayoría con miedo. Una señora con flores de Difuntos aparta a su hija al pasar junto a ella. Los latidos del corazón en los labios, el cerebro apretando dentro de la cabeza, miradas de pena y espanto. No es más que una vagabunda potencialmente peligrosa.

En sus pulmones, todo el oxígeno que aceptan. Lo sostiene. Ojos cerrados. Marina se sienta en el suelo contra la pared. Está en el suelo. Está pidiendo limosna. Está sentada en la calle San Juan de Dios mendigando. Como un rayo, su propia imagen tomando asiento en el restaurante al que acudía los sábados que cenaba fuera. Una cuartilla en el suelo reza en fluorescente «financiación sin intereses, compre ahora y pague después». Se la lleva el aire. Marina agacha la cabeza. La barbilla al pecho. Una cortina de pelo grasiento sobre el rostro. Marina está pidiendo limosna. Los huesos crujen. Los músculos gritan. Está pidiendo caridad. En el suelo. Como si fuera de ese tipo de personas que pertenecen al suelo. Las nalgas chillando al contacto con el pavimento duro y helado.

—Socorro... —susurra mientras en su mente atraca la imagen de sí misma, meses atrás, comprando tampones en la farmacia que queda a unos metros. Tres veces más caros que en el supermercado, pero con la higiene íntima no se juega.

Granada, 2008, día de Difuntos

Carmen se reprocha ir al cementerio en el día de Difuntos. Aborrece el efecto manada, pero, aun así, sonríe. Carmen siempre sonríe. Hasta las emociones han conseguido manipular los que manipulan, piensa. Se está despojando a las personas de su capacidad para conmoverse o permanecer impasibles. Las parejas tienen que amarse en San Valentín, visitar a los muertos cada 1 de noviembre o acordarse de las madres el primer domingo de mayo. Y no importa si la pareja no va bien, el muerto fue alguien a quien no se echa de menos o las madres no se han ganado tal categoría. Porque el amor todo lo puede, una vez que uno se ha ido siempre es un santo, y a los padres se les honra, aunque muelan a palos a sus hijos, que para eso son padres. Carmen piensa que, si bien es cierta la ausencia de calor humano y afecto en la sociedad, también lo es que se ha instaurado una especie de amor obligatorio. Y hay que participar de él para no ser considerado egoísta o mala persona. Y así se legitima la actitud inadecuada y dañina de la que hacen gala ciertos

individuos. Y los que conciben el amor como un derecho atávico, y no como una emoción voluntaria y libre, seguirán haciéndolo. Y ama a las personas, Julia, le dice a su hija, pero valora las personalidades antes de amarlas a ellas.

A Arturo, su marido, le es imposible no participar de esta convención. Siente terror al panteón de su familia sin flores en 1 de noviembre. Sin embargo, ha planeado un encuentro con sus viejos amigos de la facultad este sábado en Madrid. La dictadura de la mayoría. Carmen deposita el ramo de crisantemos que ha llevado al cementerio para que su marido se quede tranquilo. Y sonríe. Ella siempre sonríe.

Carmen pasea entre la gente, cuánta gente, disfrutando del olor a flores. Y las nubes. Las nubes que prometen lluvia como el infiel dejar a su pareja esa misma noche. Divisa a Leonor, una buena amiga, en el segundo patio, junto al *Señor del cementerio*, la escultura milagrosa.

—No tenían que haber metido al Cristo dentro de este cubo de cristal, Carmen —Leonor le da dos besos, qué guapa te veo—, porque este Cristo hace milagros, es verdad, lo comprobó mi madre con sus propios ojos —insiste Leonor—; mi madre dice que, si no es por él, yo no nazco.

Carmen acaricia la urna de cristal en la que está encerrado el Cristo con poderes sobrenaturales. En la palma de la mano el tacto denso y espeso del vidrio. No puede resbalar por él fácilmente. Qué sensación tan poco habitual y maravillosa.

—Vine a pedirle por mi hermano y mi sobrina —continúa Leonor desde la tristeza—, pero ya le habían puesto la caja esta de cristal y no me concedió nada... porque hay que tocarlo, Carmen, para que te haga el milagro. Hay un hueco ahí, en el pie, pero cómo va a ser lo mismo. Cómo va a ser lo mismo.

Leonor no puede aguantar la oleada de llanto. Rompe a llorar y se abraza a Carmen. Para eso son amigas. Esta recibe su cuerpo con verdadero afecto, pero no articula más gesto que el abrazo. Sabe que nada salvo el tiempo consigue achicar las aguas de ciertas inundaciones. Hay que recogerla cacito a cacito. Se tarda. Huele a césped, y qué hermoso olor es el del césped, piensa Carmen, aunque sea de cementerio, a ver si es que los muertos no tienen derecho al perfume.

—Casi un año y medio ya de las dos muertes, Carmen —continúa Leonor—. Qué desgracia. Todo en la vida es casualidad, estamos expuestos constantemente. Mira mi Andrés y la niña, con veintiún años la pobre y toda la vida por delante... Se les cruza una malnacida en el camino y acaba con ellos. Y a los malnacidos estamos expuestos todos, Carmen, porque no suelen parecerlo. Pero la que está viva es ella, ¿sabes? Viva y libre. Qué desgracia. ¿Qué? Sí, hija sí, lo que está lloviendo este año no es normal. Al menos la han despedido, a la malnacida, digo. Fui a buscarla a la academia donde trabajaba y su jefe, un tal Pablo, me dijo que la echó. Supongo que ya no estará en Granada. Lo poquito que nos faltó para meterla presa, Carmen. El

canto de un duro. Todo gracias a Lola, la inspectora de policía que me presentaste y que llevó su caso. Es un ángel, no voy a vivir los años suficientes para agradecerte que me la presentaras. —No es Leonor una mujer con valor para tener sentimientos en público. Se restriega los ojos con rabia—. ¿Te pasarás hoy por el hospital de San Rafael?

Carmen escucha a medias porque huele a árbol y a hierba y a tierra mojada. Granada no ofrece estos aromas asiduamente. Son los de su infancia, como si el Cantábrico fuese a tronar de repente. Y qué maravilla tener un poco del Cantábrico en Granada. Le contesta a su amiga que no, que va a la asociación de Cartuja.

—¿Otra asociación?

—Bueno, otra... Me pareció un proyecto muy interesante, no gracias, estoy bien sin paraguas, y no hay muchos que se centren en la mujer gitana. La verdad es que me apetece.

—Pásate por el hospital de San Rafael cuando quieras, Carmen —le pide Leonor—, allí también hay mucho que hacer. —Tristeza en la boca y desprecio en los ojos—. En el comedor no damos abasto, cada día viene más gente como tú y como yo; bueno, ya lo has visto, qué te voy a contar. Se te hiela la sangre. Personas que el año pasado tenían a los niños en colegios de pago. La sangre y lo que no es la sangre, Carmen. Yo no sé adónde vamos a ir a parar con esto de la crisis. De verdad que no lo sé. ¿Cómo está Julia? Hace mucho que no veo a tu hija. Tiene que ser ya toda una mujer. Con trece años, hoy en día, ya son mujeres.

SI TÚ SALTAS, YO SALTO

El blog de Julia (y el tuyo)

Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

La entrada de hoy va a ser cortita, porque tengo examen de *english* (*question words*) y no me da la vida. Lo primero, y como siempre, agradeceros los comentarios, treinta y ocho esta vez, que me están ayudando muchísimo. Tanto a las que apoyáis que siga luchando por Micky como a las que decís que me aparte. Y lo que os digo siempre: no apruebo mensajes con faltas de respeto, así que a los que venís a insultarme os recomiendo pinchar el aspa roja de arriba a la derecha. Y a ti especialmente, policeman96, en este blog no hay espacio para lo amargado que estás.

Nada, Micky y yo hemos hablado un poco. Han sido cinco minutitos, en la puerta del baño del colegio, nos hemos encontrado por casualidad. Ha sido superespecial. Yo no me lo esperaba, la verdad, Micky ha aparecido como de la nada preguntándome por el examen de inglés. Ah, bueno, se me ha olvidado contaros que ha vuelto de la expulsión. Ya está en clase

de nuevo. Lo que os decía, que ha sido superespecial, porque me mira con esos ojos y a mí se me mueve algo por dentro, se me rompe, chicas. Poco a poco voy avanzando en el plan que ya os he contado para que deje los porros. Y para que se enamore de mí. No hemos quedado en nada, ha sido una conversación un poco tonta, pero ¿no está la vida hecha de conversaciones tontas? ¡Estoy muy *living* hoy! ¿Cómo veríais vosotras que le escribiera una carta? ¡Me encantará oír vuestras opiniones! Lo que os decía, que tengo examen de *english* y me tengo que ir. Os quiero mucho. Os adoro. Os amo. Hasta muy pronto.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, cuatro días atrás

Un puño golpea la puerta de la casa de Marina. Tres veces. Con firmeza. La misma que se espera de quien va a hacer justicia tras ella.

Marina permanece al otro lado, en sus zapatillas de peluche acebradas, desde hace horas. Cierra el ojo izquierdo de manera inconsciente, el derecho sobre la mirilla. Tiene miedo a que la oigan respirar. Algún vecino está cocinando paella. Qué rica, qué hambre, qué asco de semana a pechuga de pollo —sin empanar— y patata hervida.

—¿Hola? ¿Buenos días? —pregunta al otro lado de la puerta una voz con aires de perfume caro y apartamento en Mallorca.

La voz profiere tres nuevos golpes de ley. Marina, sofocando una explosión en el estómago, se descuelga de la mirilla como un cuadro de gran valor.

—No hay nadie. Cambia la cerradura —ordena, aburrido, el de los golpes.

Un chasquido similar al de un ratoncito germina en el exterior de la puerta. Instintivamente, Marina sujeta la madera conglomerada con ambas manos y aplica toda la fuerza que puede. Pero desiste. Podrían tirarla abajo de un golpe si quisieran.

Con toda la dignidad que consigue reunir abre de una sacudida y se enfrenta al grupo. El cerrajero resbala. Se aleja de inmediato. Marina quiere preguntarse a sí misma qué está haciendo y cómo ha podido llegar a esta situación. No puede hacerlo. La sobredosis de realidad la mataría. Opta por seguir considerándose una mujer al corriente de pago que oye ruidos inusuales en la puerta. Un señor con mucha gomina la informa de que tiene que abandonar el inmueble.

—¿Cómo dice? Esta es mi casa. —Marina habla ciñendo su bata lencera con una dignidad que no le permiten las zapatillas de cebra. Debajo de ella, sus pechos,

dos pequeñas protuberancias. Y las costillas. Su torso parece una caja de bombones.

La comisión judicial está integrada por cinco personas: representante del banco, procurador, cerrajero y dos policías, hombre y mujer. El primero pregunta si se llama Marina Pastrana. Baraja sus cuartillas y comprueba la dirección: calle Tórtola, siete, segundo A, que si es correcto.

—Soy yo, esta es mi casa. ¿Qué desean?

—Señora, por favor, tiene que abandonar el inmueble. Se le notificó el lanzamiento de la vivienda para hoy, día 30 de octubre —aclara el policía.

—No, aquí no ha llegado ninguna notificación —miente Marina—. Hace tres días hice un ingreso de seis mil euros, más de lo que debía. Aquí tienen el justificante.

Papel húmedo, apretado en la mano desde las ocho de la mañana. El representante del banco lo recoge con apetito. Las lágrimas se apiñan dentro de los ojos de Marina. Parecen cuencos a punto de desbordarse. El del banco dice que se deducirá de la deuda, pero tiene que abandonar el inmueble.

—¿Es que no me ha oído? Ya no les debo nada. No voy a dejar mi casa. Ya he pagado las letras que debía.

En los pisos superiores se oye crujir la madera. Un cristal que se cierra de golpe. A la paella le han puesto marisco.

—Doña Marina, el inmueble ya no le pertenece. La cantidad que se le reclama es el total de la deuda hipotecaria, no solo las cuotas impagadas.

¿Por qué insisten en referirse a su hogar con la palabra «inmueble»? Le croa en los oídos. Marina está llorando, y odia llorar. No puede hacer frente a tanto dinero, asegura que seguirá pagando como hasta ahora, ¿cuándo he dejado yo una letra pendiente? Además, mi marido ha muerto, estoy afrontando la hipoteca yo sola. El cerrajero levanta la cabeza divisando el interior de la casa. Se pone casi de puntillas para ver si hay alguien más dentro.

—Señora, va a tener que dejarnos pasar, abandone el inmueble; es lo mejor que puede hacer. —Lo dice la otra policía—. Seguro que ya tiene suficientes problemas, Marina, no merece la pena.

¿Por qué no se desmaya? En los libros y en las películas la gente se desmaya. ¿Qué razón hay para que su cuerpo soporte algo que es incapaz de domar? ¿Hasta dónde? ¿Hasta qué punto del precipicio? ¿Ni siquiera sirve para desmayarse?

—Oigan, no puedo pagar toda la hipoteca junta, es demasiado dinero, tienen que entenderlo. —Marina llora sintiendo deseos de golpearse por ello—. Por favor, dejen que me quede en mi casa, no tengo adónde ir, no tengo nada más; los seis mil euros que les he dado es lo último que me quedaba; lo he vendido todo. Además, si van a quitármela, ¿por qué dice que se descontarán de la deuda? Por amor de Dios...,

¿quieren que acabe pidiendo en la calle?

El vecino abrirá la puerta de un momento a otro. Es la hora del paseo con la peruana que empuja su silla. La comitiva judicial, poco a poco, ha ido acercándose a Marina, que los reconoce de repente muy cerca. Como estar en una perfumería. Dicen que el banco ha adquirido la propiedad del inmueble, pero ella sigue adeudando el crédito que pidió. Porque el inmueble no sirve para saldar la deuda, señora. Marina cree que la están engañando. No puede ser posible. ¿Se quedan con la casa y tiene que seguir pagando? Pero hay dos policías. ¿Los habrán untado para darle formalidad al asunto?

Marina se viste mientras el de banco omite decir que, lo que no saque de la casa en ese momento, también pasará a ser propiedad del banco. Que si puede tapar la cinta de lomo, pregunta Marina desorientada mientras se calza las botas de sierra sin entender por qué, que se va a poner mala.

El vecino no ha salido a pasear. Ha fallecido. De esto Marina ya no se entera.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Sáb/01/11/2008 11:53

Querida Lola:
Es maravilloso. No sabes cuánto me alegro por ti. De veras, Lola, no eres capaz de imaginarlo. Te lo mereces. Y ya verás que Currito pronto hace lo mismo, es demasiado pequeño aún, pero ya verás que hace caso de su hermano Blas. Recuerdo que lo veía como un dios. Es demasiado pequeño todavía, Lola, ten paciencia. Han pasado un año sin ti, sin su madre. Ten paciencia.
Sí, a Carmen la he visto hace un rato. Me la he encontrado en el cementerio, nos vemos de vez en cuando, aunque no tanto como antes. Nada, como siempre, sigue siendo la mujer más feliz del mundo, en eso no cambia —no le he dicho que hemos vuelto a hablar, por si te preocupa, para que te quedes tranquila. Tampoco que has vuelto a Granada.
Bien, en el hospital, todo bien. El jefe de planta me pregunta a diario cuándo me jubilo. Se le ve el plumero. Sé que quiere el puesto de director, pero a mí me queda mucha guerra que dar hasta que Dios me llame a su lado; la directora sigo siendo yo y espero que por mucho tiempo. Tenemos casi más lío en el comedor social que en el propio sanatorio, no sabes cómo está apretando esto de la crisis, bueno no se habla de otra cosa, claro que lo sabrás, pero ya te digo... nunca había visto más personas viniendo a por alimentos que pacientes. En fin. Yo no me he atrevido a preguntarte aún porque sé que no te gusta hablar de... lo que pasó, pero ¿qué tal en la nueva comisaría? Espero que estés a gusto.

Lola, yo no quiero que pases la vida martirizándote por aquello. Hicimos lo correcto. Esa mujer mató a mi hermano y a mi sobrina. La única desgracia es que el juez aceptase su coartada. Pero yo la buscaré hasta el día que me muera. No puedo soportar que, después de todo lo que nos hizo, se sintiera superior a nosotros. ¡Una maestra de academia que iba de rica! Te lo vuelvo a decir: tienes que entenderlo. Todavía siguen llamando a mi madre de la tele, Lola, después de denunciarlos, siguen llamando. No solo terminó con Andrés y Elvira, también destrozó a toda nuestra familia, ¿tú sabes cómo está mi madre? ¿A qué nivel ha quedado el apellido Barrios en el pueblo? Y tú te fuiste a Gijón por su culpa, además.

Eso del final me sorprende... ¿por qué yo no puedo llamarte Dolly y tú sí puedes llamarme Leo-na? Te propongo un trato: lo volvemos a instaurar, ¿qué te parece? Llámame para un paseo.

Leo-na

Granada, 2008, día de Difuntos

Carmen ha quedado con su hija Julia a las doce y aún falta una hora. Qué maravilloso ha sido pasear por el cementerio una mañana así. Tan deliciosa y gallegamente encapotada. Carmen vuelve del cementerio, aparca en el garaje y toma la calle Mesones en dirección a la plaza de la Universidad. Los adoquines bajo sus zapatos, como si brincase sobre las piedras de un río. Es un milagro que Galicia regale algo de su belleza a Granada y la cubra con una pamela de nubes. Tamiza los rayos de sol. Brillan en un color distinto, una especie de violeta. Mojado y virgen. Como lágrimas en las pestañas. También es maravilloso cuando sucede a la inversa. A veces Granada da a Galicia algo de su hermosura permitiendo atardeceres en tintes de hoguera. En esos momentos, un sol granadino, como un incendio, se pone sobre el lago Mol. Parece que ha esparcido millones de diamantes sobre él.

La escasa lluvia le acaricia el rostro con dedos de plata en la plaza de la Trinidad. Miles de estorninos trinando. ¿Locos de alegría o de frío? Barra del café Reca. Desayunan tres hombres. Y tres hojas de periódico que pasan. Y tazas de gres con café con leche, tres también, a los labios. Meñiques tiesos.

Carmen siente pena por su amiga Leonor y la obsesión en la que vive sumida. ¿No os ha quitado ya bastante esa mujer?, pregunta todas las veces que saca el tema, y lo saca cada vez que hablan. Leonor contesta que ella no lo entiende. Que no sabe

lo que es vivir con su hermano y su sobrina muertos porque una loca manipuló el coche en el que iban para matarlos y el inútil del juez dio por buena su coartada. No sabe lo que es vivir huyendo de los periodistas. Una loca con la que su hermano firmó su sentencia de muerte. La llama «puta». Una puta, Carmen, ya lo era desde bien pequeña, siendo una niña se acostó con un mendigo del pueblo, eso te lo puede decir cualquiera en Lújar. La incita a que vaya y pregunte a quien quiera a ver si es mentira. Imagínate si con ocho o nueve años ya andaba con hombres, con Cristóbal, Cristo el Loco, que hablaba con los muertos, qué no haría con mi hermano y mi sobrina, insiste. Qué desgracia, Carmen. Qué desgracia. Repite la palabra siempre. Y la muy puta salió absuelta, pero créeme cuando te digo que hasta que no la vea entre rejas, como la asesina que es, no encontraré la paz, desafía Leonor. Que no la llame así, dice Carmen, que si nos llamamos así entre nosotras, las mujeres, mal vamos, que hay muchos insultos para tener que usar ese. Puta.

Carmen entra en la plaza de la Universidad, a la izquierda, para tomar la calle San Jerónimo sin seguir un rumbo concreto. Conducción automática, las piernas la dirigen. Recorrido aleatorio al que Carmen no presta atención. Solo pasea para hacer tiempo. La ropa le huele a invierno y eso la hace sonreír. Parece que el aroma se hubiese pegado a ella, como el del tabaco en una habitación cerrada.

Piensa que debería llamar a su hermano para preguntarle sobre el tema de los parquets y la empresa en general. Quizá se precipitó al abandonar Maderas Salvaterria y dedicarse en exclusiva a ser profesora. Carmen da clases de francés en un colegio de Granada desde que llegó de Galicia. A lo mejor su hermano la necesita ante los nuevos problemas de la crisis y ella no le da el apoyo suficiente. Al fin y al cabo, también recibe los rendimientos de la participación que ha mantenido. Él asumió la parte mayoritaria y el control de la empresa que heredaron de sus padres, pero no por eso deja de ser su hermano pequeño.

Sus piernas giran a la derecha para introducirse en la calle San Juan de Dios. Carmen aún sonríe.

Granada, 2008, día de Difuntos

Marina implora misericordia al cielo con los ojos clavados en el infierno. Hay demasiado ruido para que Dios la oiga. Un aroma constante a flores, que se le antojan blancas, como música de fondo, insiste en que no olvide el día de Muertos. La fecha en que Granada es escenario del fallecimiento de Marina Pastrana y del

parto de una mendiga más en sus calles.

Cientos de personas circulan frente a ella sin detenerse, absortas en sus propias tramas. Cada vez que unos pies rebasan su posición una ingrávida y mustia brisa, que Marina percibe en el cabello, le revuelve el vientre. Como si tragara vinagre. Chasquidos en la columna vertebral. Secos. Como leña en la hoguera. Todos la miran, está segura, es cuestión de tiempo que alguien la reconozca. Leonor trabaja cerca. Alguien identificará su pelo o su ropa. Alguien va a averiguar, antes o después, que se trata de ella.

El hambre raja su estómago. Nadie le ha dado nada. Piensa que quizá no lo está haciendo bien. ¿Adónde va una a que le enseñen a pedir limosna? Pedir limosna, repite. Está pidiendo limosna. Imita lo observado en tantas ocasiones durante sus paseos: personas sucias, con aspecto peligroso, derramadas en el suelo como vino sobre un mantel. Cuando era pequeña, un mendigo de las calles de Lújar intentó violarla. La engañó. Le dijo que el cura había insistido en que para hacer la primera comunión debía ser su amiga, en caso contrario iban a castigarla sin recibir el sacramento. Marina le creyó porque quería comulgar como los adultos y ponerse un vestido de princesa y que todo el mundo le hiciese mucho caso. Cuando la hubo convencido metió sus manos, como garras, bajo la falda. Logró tocarle el sexo con la uña del dedo índice, que no se cortaba nunca. Marina la sintió sobre la tela de las bragas como un cuchillo. Todo el pueblo lo supo y su madre la abofeteó hasta hacerla sangrar. Por ingenua. Por tonta. Porque todo el pueblo rumoreaba que Cristo el Loco, que hablaba con los muertos, la había hecho una mujer. Y ya tenía su madre bastante con cargar la cruz de ser la primera divorciada de Lújar como para tener que soportar aquello. Ya tenía bastante con que su marido hubiese repudiado a la que era su hija y fuese de bar en bar dejando deudas. Que luego le reclamaban a ella. Ya tenía bastante con que, después de llevar años y años moliéndola a palos, llegasen Suárez y los modernos a permitir el divorcio y el malnacido de su marido quisiera estrenar la ley para irse con una extranjera, con la de palizas que aguantó ella por culpa de Marina, día sí y día también, «y por tu culpa, Marina, hija mía, para que tu padre no te pegara, la de palos que yo aguanté por tu culpa como para que encima me salgas puta, que lo dice todo el pueblo». Y tonta, además de puta, tonta; sabe Dios qué será peor.

Un letrero. Quizá le falta un letrero pidiendo ayuda. O un perro, los mendigos suelen tener perros. ¿Dónde va a encontrar uno? ¿Y si la muerde? Veinte años pasó su hija suplicando un cachorro que nunca le fue concedido. De sobra sabía Marina que, pasadas un par de semanas, sería ella quien tendría que ocuparse del animal. Se negó. Hace falta ser responsable para tener un perro. Su hija no lo era. Claro que no. Su hija no era más que una borracha que ahora está muerta con el putero de su

padre. Quizá no está sentada en la posición correcta. Sus piernas forman un círculo en el suelo, igual que lleva tres años colocándose en las clases de *mindfulness*. Excepto por la espalda, que empuja hacia delante todo lo que esta le permite. Se siente fuera de su propio cuerpo. Enfrente. Como si se mirase a sí misma. Y ¿por qué hay tantas personas en la calle? Lo que daría ahora por una pechuga de pollo —sin empanar— y una patata hervida. Con el asco que les tiene.

SI TÚ SALTAS, YO SALTO
El blog de Julia (y el tuyo)
Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

Antes que nada, gracias por las opiniones que me habéis dejado en la última entrada, cincuenta y dos esta vez. Os lo agradezco tanto, chicas... Ojalá algún día pueda devolveros todo el amor que me estáis dando. Lo que digo siempre: no apruebo comentarios con faltas de respeto, así que los que venís aquí a insultarme, pinchad el aspa roja que está arriba a la derecha. Vamos, que os piréis. Y a ti, policeman96, ¿qué demonios te pasa? ¿No tienes nada mejor que hacer que venir a este blog a insultarme? Cómprate una vida.

Voy a haceros caso a la mayoría: nada de cartas. Que surja. El amor tiene que surgir, tenéis razón. Pero tengo una mala noticia..., a Micky lo han vuelto a expulsar del colegio. Como lo oís... No quiero justificarlo, pero en mi cole son demasiado estrictos. Mi madre, ya os he hablado de ella en alguna ocasión y sabéis lo genial que es, siempre dice que a las personas hay que educarlas, no castigarlas. Y yo estoy de acuerdo. ¿No os parece que hay que ser más comprensivos? Vamos, que hay que ayudar. Yo es que he leído mogollón por internet y sé que una persona enganchada a las drogas no puede dejarlas de la noche a la mañana. Pues nada, en vez de echarle un cable, expulsan del colegio a *my love* por fumar porros. No sé cómo lo veréis vosotras, pero a mí no me parece justo, lo veo un poco *crazy*.

Bueno, la cosa es que, como ya os conté el otro día, estuvimos hablando así en plan superespecial, creo que está empezando a confiar en mí. Su madre le ha prohibido salir a la calle y me ha pedido que sea yo quien vaya a recogerle una bolsita de marihuana (¡OMG!). Y llamadme loca, pero lo voy a hacer. Porque quiero ayudarlo. Aprobé inglés. Os mantengo informadas. Os quiero. Os adoro. Hasta muy pronto.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, 2008, día de Difuntos

Marina respira hondo. Respira hondo y piensa. Un, dos, tres. Necesita una casa, no puede ser tan difícil, una semana atrás vivía en una como cualquier persona. Su casa sigue en el lugar de siempre, propiedad del banco, pero el banco no puede llevársela a ningún sitio. Logra divorciar la lazada que conforman sus piernas para adoptar una posición de vagabunda. Rodillas al pecho, rostro sobre ellas, el cielo amenazando lluvia. Que no vuelva a llover, por amor de Dios. Un cielo que imagina aturquesado sobre las nubes. Como una dulce y apacible pastilla para dormir. ¿Un cartel? Quizá necesita un cartel pidiendo «una ayuda para comer» y una gorra para recibir monedas.

—Esta zona es nuestra, puta. Vamos a por leche y te quitas de ahí.

Marina brinca. El invierno en las cervicales. Se ahoga. El corazón vomitando sangre al resto del cuerpo. Coloca una mano sobre él instintivamente, como si pudiera frenarlo. Se ahoga. Un borracho la mira desde sus dientes ulcerados, detrás de él gente con flores para el cementerio. El aroma a sudor le asedia la garganta. Se ahoga. Cualquiera podría verla con un vagabundo.

—No seas cafre, ¿no ves que la chica es nueva?

Su compañera, de escasa melena gris, se agacha frente a Marina. Vesánico olor a cloro desde sus siete u ocho dientes. La mujer puede tener veinte años. O mil. Marina necesita una casa con urgencia para protegerse. Le aúlla la piel de miedo. Necesita una casa o no sobrevivirá.

—Esta zona es nuestra, niña, te tienes que ir, ¿estamos? ¿Estás sola? ¿Cómo te llamas?

La acidez le sube por el esófago. Se pega como aceite a la pared de una tubería. Marina lo paladea en la garganta, petróleo, se abre paso hacia el exterior.

—No habla la niña. —La mendiga se dirige a Marina de nuevo—. Vete, ¿vale? No queremos darte problemas, pero no nos los des tú a nosotros. ¿Tabaco tienes?

—Vamos, Marinica, vamos a por la leche; si a la vuelta sigue aquí, ya me encargo yo.

Marinica. Ana, su mejor amiga, siempre la llamaba así. Marinica. La vagabunda, que coge la mano del borracho para cambiar de acera, tiene el mismo nombre que ella.

Los observa con pena: dos tristes criaturas mendigando en busca de leche. Dos pobres seres a los que sus madres han abandonado, sin más alternativa que matar la sed con alcohol para que no proteste. Marina se asombra tanto que su corazón se detiene en seco: ¿en qué se diferencia de ellos? Ni siquiera en el nombre. El único

contraste la dentadura, pronto similar.

El sudor alfombra su piel. A pesar del manto helado sobre el que se hunde, suda angustia por las axilas. Se convierte en humedad pastosa que va al tronco y a los brazos. Al aro del sujetador de Women'secret, que lleva desde hace una semana. Van a matarla. Con una jeringuilla, de un golpe, de una paliza. Lo ha visto cientos de veces en los telediarios: hay gente que da palizas a los mendigos. Los patean hasta la muerte y después lo cuelgan en YouTube. ¿Llora o suda? La saliva se conglomera en un pedrusco pastoso dentro de la boca; van a matarla, ha de huir. ¿Adónde? ¿Adónde se va sin dinero? Hay demasiada gente en la calle, más que nunca. ¿Qué no cuesta dinero? El hospital de San Rafael, a escasos metros, da cobijo a los indigentes. Leonor está allí, es la directora de la institución benéfica más conocida de Granada, de inmediato la expulsaría para vengarse. Llamaría a la policía y, horas después, todos los medios de comunicación volverían a buscarla. La patética de España, la que jamás concedió una sola entrevista después de que su marido y su hija recorrieran todos los platós de televisión. Después de que murieran. Es un caramelo.

Cientos de piernas frente a ella. Pantalones, medias, bolsas, carritos de bebé. Se está mareando, dos fogonazos consecutivos se añaden a la ceniza de Difuntos que se ha apoderado del color del oxígeno. Marina se ahoga. El hambre se mezcla con las ganas de orinar y patalean en su abdomen como si estuviese embarazada de nuevo. Va a vomitar.

—Disculpe, ¿se encuentra bien?

Cierra los ojos con todas sus fuerzas, su rostro un mapa del infierno. Espera el golpe, el estacazo final.

—Tranquila, no se asuste. Está usted temblando, ¿puedo ayudarla? ¿Le duele algo?

Una entonación melodiosa, como de cuna, se dirige a Marina desde su altura. Quien sea que le habla es una mujer, está en cuclillas frente a ella. Pronuncia cada una de las eses generando invisibles chiribitas. La mujer no es de Granada, es del norte, esa musicalidad es del norte.

—¿Puede oírme? —insiste la de la voz dulce. Hay cierta dignidad en la entonación que pugna con la dulzura.

Marina advierte el peso de una delicada mano sobre su hombro. Una mano de actriz de los sesenta que se libera con elegancia de un guante de cóctel y muestra unas falanges perfectamente definidas a juego con las uñas, color avellana. Patina con el trasero sobre el pavimento para desprenderse de ella. Está enfrente, en cuclillas.

—¿Se encuentra bien? —reitera.

Es todo ojos. Dos lagos del color del hierro. Parecen ojos recién salidos de un

glaciar. Marina se siente abrigada por estos ojos que la contemplaban como a un ser humano. Estos ojos grises, casi blancos, que parecen envolverla en algodón.

—Lo siento, yo..., lo siento, perdóneme.

—Tranquila, esté tranquila.

La dueña de los ojos sostiene el abrazo al que se ha arrojado el cuerpo de Marina. No sabe por qué lo ha hecho. Pretende librarse, pero la retiene contra su cuello. La envuelve un ondulante y espeso aroma a Chanel N.º 5.

—Esté tranquila, no pasa nada; tranquila. Está usted temblando. ¿Le duele algo? ¿Cómo se llama?

Marina se estima en los tres segundos que siguen a una pesadilla tras despertar. ¿Por qué la gente las mira? Esos tres segundos en que aún está cayendo al vacío antes de reconocer su cama.

—Marina.

—¿Le duele algo, María?

Un bolso de cuero en el brazo de esa mujer. ¿Está despierta ya?

—María, no. Marina.

—Marina, perdón. ¿Puedo hacer algo por usted, Marina? ¿Vive en la calle?

No, contesta mentalmente. Vivo en una casa, como cualquier persona.

—Marina, usted me oye, ¿verdad?

—Sí.

—Creo que tiene hipotermia, no se preocupe, puedo acompañarla a tomar algo caliente para..., no, no, no se caiga, ¿puede mantenerse en pie?

Marina recibe los sonidos como si estuviera bajo el agua. Se ahoga con delicia. Abandona al fin un mundo para el que ya no es apta. Sin embargo, su cuerpo estéril continúa agarrándose a la vida. No está dispuesto a soltar. En los rostros curiosidad. Los coches tronando. Polvo en el cielo.

—Lo siento, creo que me he mareado; no se preocupe.

—¿Está segura?

Un trueno aúlla en su estómago.

—¿Ha desayunado usted?

Mira al vacío. La dueña de los ojos insiste en invitarla a desayunar. Marinica y el borracho suben la calle con cartones de leche. No hay espacio para sentirse ofendida y recordar a continuación que no es más que una vagabunda en busca de misericordia. Gracias, murmura. La vergüenza en forma de calor sobre los párpados.

—No las merece. Mi nombre es Carmen. —Refuerza el tirante del bolso sobre su hombro derecho ajustando la pieza dorada en el extremo de la clavícula—. Carmen Salvaterria.

Granada, 2008, día de Difuntos

Pesadez cremosa en los ojos, silla acolchada. Marina reconoce la butaca con maravilla y asombro. Un elemento al que hasta ahora no había prestado atención. Cualquiera da por hecho que siempre tendrá una silla. La dueña de los ojos casi blancos la ha llevado a una cafetería. La extrema comodidad que descubre bajo las nalgas se enreda con el hogareño calor del establecimiento. Va a morir a sus carrillos en forma de hebras corintas.

La tal Carmen la observa como una madre a su bebé. Kleenex. Pringue de mermelada sobre la mesa, como un lunar de melocotón. Pregunta qué le apetece tomar.

—Mantequilla —contesta Marina de inmediato ignorando la sensación de sueño. Quiere esconderse bajo la mesa. Qué maleducada ha sido. Va a pensar que es una muerta de hambre. Compórtate, Marina, joder.

Carmen va a la barra a pedir sonriendo. Muestra sus, en apariencia, musculosos gemelos besuqueados por unas medias transparentes. Por tener la misma contractura desde los veinticinco años, Marina sabe que esa sierra erguida en sus piernas no responde al ejercicio, sino a las descompensaciones de peso de los zapatos de tacón.

—No sé si conocerá usted el Programa de Cuidado Individual del Ayuntamiento —dice Carmen cuando vuelve, sorbiendo café con el dedo meñique tieso.

Las rebanadas de pan con mantequilla, en silencio, sobre el plato de Marina con forma de luna llena. Pero no se atreve a tocarlas. Un camarero, de blanco y negro y sin pelo, grita como un poseso las comandas buscando la propina. «¡Una entera de churros y un vasito de *guater* para el caballero!».

—Quizá puedan ayudarla, créame, es un programa muy útil —insiste Carmen —. Si puedo hacerlo yo, estaré encantada. Parece usted una buena mujer, tiene unos ojos preciosos —añade sonriendo.

—¿Le importa si voy un momento al baño?

Presa de la escena de compasión y misericordia, Marina se levanta con inmensa dificultad, como si se hubiese encargado a solas de una mudanza. El ambiente denso. Parece respirar hierro. Los ojos se le cierran. Está a punto de orinarse encima. ¿Por qué la tal Carmen se toma semejantes molestias? ¿Acaso no tiene miedo? Ha de tratarse de una inconsciente o de una muy buena persona. Ni siquiera eso, ni siquiera las buenas personas actúan de esa forma. Ha de querer algo de ella, por fuerza. ¿Quién en su sano juicio levanta a otro de la calle y lo lleva a desayunar?

Marina no lo hubiera hecho. Nunca. Se asegura a sí misma que nadie procede de esa manera. Todos sentimos pena, claro, pero hasta para las buenas personas la seguridad es un límite. ¿Qué pasaría si la gacela fuera amable con el león?

Marina evita su reflejo en el cristal del lavabo y se introduce en uno de los cubiletes, en el de al lado hay unos tobillos sujetando unas bragas. Desde el incidente con Cristo el Loco su madre se lo repitió cada día de su vida: la gente es mala, envidiosa, Marina; nunca confíes en las personas, nadie da duros a cuatro pesetas. Todos quieren aprovecharse de ti, y tú, hija mía, tan tonta, eres el blanco perfecto. En cualquier caso, ella no quiere ser el objeto de la piedad de la tal Carmen: Marina es una mujer normal, como tantas, no una desgraciada. Todo lo contrario: pronto montará su propia academia. ¿Qué ha dicho de un plan de protección del Ayuntamiento? En los párpados plomo. El cuchitril asqueroso. Huele a cuadra. ¿Por qué va esa desconocida a pagarle el desayuno? Marina se sienta en el retrete sin tapa apoyando un codo sobre el contenedor para la higiene femenina. Tiene que arreglarse para ir a trabajar. El despertador sonará en breve. Enérgico. Enérgico y vital. Los despertadores nunca tienen sueño.

—¿Marina? —grita una voz azucarada—. Marina, ¿está usted ahí?

Abre tanto los ojos que le duelen. Se ha quedado dormida en el retrete. Una puerta con garabatos se interpone entre ella y la voz. «Yo elijo cómo me visto y con quién me desvisto». Números de teléfono, fechas, nombres. Dibujos ordinarios. El remate del abrigo dentro del inodoro.

—¿Marina?

—¡Sí! —Lo extrae con asco—. ¡Voy, disculpe!

Cuando sale, Carmen está de espaldas al espejo. Sin ser consciente, está obligando a Marina a mirarse. En el cristal, el rostro de una alimaña. El que cualquiera imagina al pensar cómo será la cara de los bichos. Sus dos ojos pardos, hundidos en las cuencas, tienen muchas hebritas color sangre. Son dos ojos sobre los que revolotean famélicos cuervos. Su pelo, que cada martes desde los treinta años ha arreglado en la peluquería, se muestra más negro que nunca, como una cortina de aceite quemado.

Está asquerosa.

—Pensé que le había pasado algo —se disculpa Carmen por la intromisión.

Los rostros de las dos mujeres se miran en el espejo. Parece una fotografía que retrata la desgracia del Tercer Mundo y su pobreza frente a la pulcritud del Primero y su opulencia. Toda una portada de *National Geographic*. Retiran la mirada del cristal, inmediatamente, tras colisionar con los ojos de la otra.

—Se le va a enfriar el desayuno, Marina.

El camarero las mira de reojo al volver a la mesa. Toda la cafetería lo hace. Las

miran con curiosidad y pena.

—Siento mucho hacerle perder el tiempo, doña Carmen.

—¿Doña? ¡No! ¡No, por favor! Me recuerda usted a mis alumnos, Marina. Carmen. Carmen a secas.

—¿Es usted profesora? —pregunta con el ansia del que comparte profesión con otro. No se atreve a tocar la tostada y la taza. No podrá parar.

Marina sorbe un vaporoso trago imitando el aspecto italiano con el que Carmen toma la suya. La lengua se le abrasa en escozor activando las papilas gustativas. De francés, dice Carmen que da clases. Se le saltan las lágrimas y no puede decirle que ella de latín y griego. Da a Carmen las gracias por haberse parado a ayudarla. Que se mareó, dice. O algo así. Marina necesita escupir. Carmen pregunta si puede hacer algo más por ella, porque esta crisis está arruinando a todo el mundo.

«¡Dos con diez lo suyo, señora!», grita el camarero desde la barra. «¿Lotería de Navidad va a querer? ¡Tengo el gordo y no soy yo!».

—No. Por supuesto que no, ya ha hecho más de lo necesario. Le quedo muy agradecida.

—¿Vive usted... en la calle?

—No, claro que no. Vivo cerca de la plaza de toros.

—¿Y estaba usted en el suelo por alguna razón? Por favor, no me malinterprete —se arrepiente Carmen de inmediato—, lo último que quisiera es resultar indiscreta. No sé por qué he preguntado eso, lo siento, olvídelo, no es asunto mío; solo quiero saber si puedo servirle de ayuda. Esta crisis...

—No es usted indiscreta, todo lo contrario, agradezco sus buenas intenciones. Verá, he discutido con mi marido y he pasado la noche sentada en un banco. Salí de casa sin dinero y no supe adónde ir, ¡me bloqueé! Pero todo está bien, no se preocupe, vuelvo a casa ahora mismo. —Algo parecido a un matamoscas abofetea las mejillas de Marina sin piedad. Toda la cafetería la mira. ¿Qué está haciendo? Necesita ayuda, ¿por qué la rechaza? Algo le presiona la garganta, como un collar que pesa mucho—. No es usted de aquí, ¿verdad?

El camarero provoca un estrepitoso sonido al colocar las tazas de gres sobre los platitos.

Carmen aprieta los labios. Sabe que miente. Marina miente. Está segura. Muchos años con adolescentes que quieren aprobar. Contesta que como si lo fuera, que son ya treinta y dos años en Granada, pero no, nació en Galicia. La mira con mucha dulzura. El gris de sus ojos es sorprendente. Casi sospechoso. ¿Tiene usted hijos, Marina?, quiere saber.

—No —vuelve a mentir. Entonces siente terror porque la tal Carmen haya visto

a su hija y a su marido recorriendo todos los platós de televisión antes de que murieran.

—Iba a decirle que, en las discusiones, suelo calmarme pensando en Julia, mi hija, pero si no tiene usted hijos no le sirve el consejo... Discusiones tienen todas las parejas, pero hay que tener cuidado con ellas, entiéndame; me refiero a los límites, hay que saber marcar los límites. —Marina es incapaz de imaginarla discutiendo con alguien. No puede sorber una gota más de café. Va a vomitar—. Ha sido mala suerte entonces que la haya encontrado en la calle, ¿verdad?

Suerte. Suena como una palabra que se escribe con tanta fuerza que raja el papel.

—Eso es —confirma Marina—. He de irme, Carmen. Ha sido un placer conocerla. Y perdone mi aspecto.

Todo cuanto dice y hace le resulta ajeno. Como si estuviese viendo a una persona actuar. Puede tratarse de cualquiera, pero no es ella. Se imagina escuchando una conversación a la que, sin saber cómo, se ha enganchado. Como a una telenovela. Incluso su cuerpo le resulta ajeno. Recorre los dientes con la lengua y no los reconoce como propios. Ni siquiera como dientes.

Carmen le provoca la misma sensación que los viajes: antes de partir, Marina ya es capaz de recrear el tono de la vuelta. Una pequeña desazón, en forma de gargantilla, que aparece al regresar a una casa en la que ya no hay nada que preparar. A una vida en la que habría que viajar más, salir más a comer con las amigas, saltar en parapente, hacer *kitesurf*, aprender idiomas, participar en una ceremonia del té o ver el concierto de Año Nuevo de la Filarmónica de Viena. Una vida en la que todo esto se piensa antes de poner suavizante en el cajón de la lavadora.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Sáb/01/11/2008 14:21

Lola:
Seguro que me arrepiento de este e-mail, pero ahora mismo me da igual. No tenemos edad para andar jugando al escondite como dos chiquillas. Yo voy a cumplir cincuenta años y tú no andas muy lejos. Somos mujeres adultas y libres que pueden hacer lo que les dé la real gana.
Tenía muchas ganas de verte, no podía creer que me estuvieses llamando. Y no entiendo por qué se han torcido las cosas de esta manera. Dices que estoy obsesionada con esa mujer. Bueno. Esa es tu opinión. Ella no ha destrozado tu familia, no ha matado a tu

hermano y a tu sobrina. Si lo hubiese hecho, a lo mejor veías las cosas de otra forma. Te lo repito: el coche estaba manipulado. El día del accidente tú, señora inspectora de policía, encontraste cosas suyas en casa de Andrés y Elvira. Tú, Lola, que eres inspectora de policía, lo único que hiciste fue tu trabajo. Viste todo aquello y tomaste las medidas oportunas. Si el imbécil del juez dio por válida su coartada, ni tú, ni yo, ni nadie puede hacer nada, Lola. Ya está. Es así de sencillo. Fue mala suerte. O buena. Para ella, buena. La nobleza de la suerte depende de quien la concibe.

No quiero aprovecharme de ti ni de tu condición de policía. No pretendo usarte para que me ayudes a encontrarla. No es eso... Lola, Dolly, joder, te sigo queriendo. Ya está, ya lo he escrito. Aunque lo sabías de sobra.

Te sigo queriendo, Lola, el año que has vivido en Gijón ha sido el peor de mi vida. Estoy siempre con el *paroles et paroles et paroles* en la boca. Estoy contigo en lo de tus hijos, Blas y Currito también son hijos para mí. Estoy contigo, Lola, dispuesta a contar que te amo. Y si no casa con la ideología del hospital de San Rafael, con lo que se espera de mí, la señora directora, la cincuentona soltera que huyó del convento, no me importa perder el puesto. A Leonor Barrios no se le caen los anillos. Mira, no sé si serán esos cócteles tan raros que me haces beber, pero tengo ganas de ti, Dolly..., tengo muchas ganas de ti. Perdóname si antes te he molestado, pero, por favor, no pienses que quiero utilizarte. Porque no es eso. No es eso, Dolly, mi Dolly.

Leonor

Granada, 2008, día de Difuntos

Carmen se deja acariciar por el impacto que roza sus mejillas. Qué frío tan tierno. Y qué bonitos los domingos. Solo Granada promete semejantes besos, semejantes tesoros: tropicales en verano, como un cocotero en una playa paradisiaca, y helados en invierno, como una chimenea y su rasa calidez.

Se descuelga por la calle San Juan de Dios. Marina, dijo que se llamaba la indigente. Sus pensamientos se enredan y le hace gracia que sus pensamientos se enreden. Aquella mujer, aquella pobre mujer, necesitaba ayuda y Carmen no había sido capaz de dársela. La calle se amplía como un pulmón dilatándose al inspirar.

Una discusión con su marido, había dicho. Gira a la izquierda, calle San Jerónimo, puestos ambulantes de flores. Qué delicioso jardín. Una discusión con su marido. La iglesia del Perpetuo Socorro parece una tarta con velas. Qué poema es

Granada. Una discusión con su marido. Quizá aún puede hacer algo por Marina, comprende buscando el móvil a toda velocidad en el bolso. Cómo no lo ha pensado antes.

—Hola. Soy Carmen Salvaterria. —La pantalla del teléfono fría en la mejilla.

—Hola, Carmen. ¿Todo bien?

—Sí, ¿ha pedido ayuda alguna mujer llamada Marina?

—¿Marina? Déjame que mire —sonido de teclas de ordenador—. No. No consta.

Quizá no le dio su verdadero nombre. Carmen pregunta si alguna mujer en los últimos días.

—La verdad es que no. ¿Ha sucedido algo?

—No..., nada. Si entra algún aviso de cualquiera de las asociaciones, avísame. —Cambia de acera para empaparse del Conservatorio de Música y una flauta ensayando en solitario. La compañera con la que habla quiere saber si leerá ella la proclama del día veinticinco.

—Si ha sido Inés quien la ha escrito, ha de ser ella quien la lea. Yo solo soy la coordinadora de la Plataforma, no quiero apropiarme del trabajo de nadie.

—Claro. Se lo diré. Hay sesenta y cinco mujeres muertas hasta la fecha, es la cifra que se ha fijado en el texto.

Que ojalá no sea necesario cambiarla, murmura. La pantalla pringada de maquillaje que acaricia con el dedo pulgar. Está convencida de poder hacer algo por Marina, siempre existe esa opción. Al menos se aseguró de que, en caso de necesitarlo, pudiese localizar su teléfono. El sol pugna por salir. Las nubes ganan la batalla.

La plaza de Bib-Rambla florece del enlosado como un cofre abierto. Carmen supo, desde el primer día que puso un pie en Granada, que había de vivir en esa plazuela. Por su roce, porque se le antoja una diminuta ciudad. Por el jardín que es el pequeño palacio donde siete floristerías abren sus puertas cada mañana con miles de colores y perfumes. Eran siete cuando llegó. Quedan dos. Por el olor a chocolate caliente que devuelve la vida a sus mejillas en los días de invierno.

Pregunta a la florista con la que ha hablado hace unas horas cómo se está dando la mañana. Malamente, Carmen, contesta ella. Mira tú, que viste la de ramos que hice ayer para Difuntos, cuenta, cuenta.

Solo faltan tres, uno comprado por la misma Carmen.

—¿Sabes quién compró los otros dos? Tu amiga. Aquella que me presentaste. Leonor Barrios, la directora de San Rafael. Para sus muertos, Carmen, que ya sabes que la pobre tiene más de los que debería.

—¿Leonor? Sí, una desgracia lo del hermano y la sobrina. De momento, yo me

llevo otro de crisantemos.

—¿Otra vez vamos a subir al cementerio? —pregunta la florista, contenta de repente, ahuecándose el cabello con la mano izquierda. La derecha al hueso de la cadera. Parece un azucarero saludando.

Carmen que no, que son para casa, pero cómo van a ser para casa si son de muertos, dice la florista. Carmen ríe, habrá algo más vivo que una flor. La florista escoge el mejor ramo. Lo arregla cuidadosamente con sus rollizos y amables dedos. Mira sus flores como si viese en ellas tiempos pasados. Con la punta de la lengua elimina el carmín sobrante de sus labios. Al fin un rayo de sol trenza las nubes.

—Esto de la crisis, ¿cuánto crees tú que va a durar, Carmen?

—Estás resistiendo como una campeona, no te preocupes; todo pasa.

Arruga los dedos dentro de los zapatos. Un grupo de alemanes, con un guía de aspecto albino, recorre la plaza. Dice la florista que el año pasado cerraron casi todas, que no sabe cuánto va a aguantar ella.

—Eres una mujer fuerte, no tengas miedo.

—Y tu amiga Leonor, Carmen, ¿las flores dónde las compra? Porque digo yo que comprará bastantes teniendo en cuenta la desgracia y la de veces que subirá al cementerio. Tan chiquitilla que era la sobrina, Carmen, poco más de veinte años. Yo la veía en la tele cuando empezó a ir con el padre. Estaban todo el día en la tele, los dos. Sabes tú lo que pasó después, ¿verdad? La familia decía que ni accidente ni accidenta, que los mató la madre de la niña, que no sacaron ni una foto ni *ná* de ella; de la madre, digo, y qué peligro, porque ya me dirás tú no ponerle cara a esa mujer... Vamos, digo yo que tenemos derecho a saber quién es, si está suelta. Y más nosotros, porque era de Granada. A saber si sigue por aquí. Porque cuando el río suena, Carmen..., vacío no va.

—No lo sé, no conozco la historia que me cuentas. Tampoco los conocía a ellos. No tengo televisión.

—Tú pregúntale a la Leonor dónde compra las flores y yo le mejoro el precio. ¿De verdad que no sabes lo que les pasó a aquellos dos? ¡Mira! Mira el bicho que te saluda desde tu casa, Carmen. Esa quiere churros, te lo digo yo.

Se gira para enfrentarse al edificio color teja, sobre el puesto de flores. Julia está en la ventana del ático, la mano como un colibrí. Es la más alta de la plaza. Carmen sonríe y, también con gesto de pajarillo, le indica que baje. Dice la florista que tenga cuidado con la niña, que se le está haciendo mayor y con esos ojos grises va a romper muchos pechos.

—Julia apenas tiene trece años...

—La rondan, Carmen, hazme caso que la rondan. Te ha salido tan *bonica*...

Julia corre por la fuente de los Gigantes. La melena de bronce aprisionada por

un gorro de lana. Como si hubiera perdido las alas por el camino.

—¿Has desayunado? —pregunta su madre.

—Sí. No —contesta la niña—. He desayunado, pero voy con Olivia a desayunar otra vez.

—¿Dónde?

—En su casa. Para hacer los deberes —miente Julia.

La florista tuerce el gesto. Arregla el papel satinado de un ramo de rosas. Como si no hubiera tenido ella cuatro niñas.

SI TÚ SALTAS, YO SALTO

El blog de Julia (y el tuyo)

Sé que voy a quererte sin preguntas.

Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

Cada vez estoy más cerca de Micky. Y tiemblo, no creáis que no tiemblo: más que la luna en un estanque. Antes que nada, agradeceros los ochenta y siete comentarios de la entrada anterior; la verdad es que se me hace raro contar en internet algo tan íntimo a personas que no conozco, pero os aseguro que vuestros consejos me están ayudando mucho. Y os lo agradezco mogollón a todas, ya lo sabéis, tanto a las de una opinión como de otra. No apruebo los comentarios con faltas de respeto, así que a los que seguís insultando (policeman96, ¡lárgate de este blog!) os recomiendo pinchar el aspa roja de arriba a la derecha. Y *bye, bye*!

Como os decía, hoy he dado un paso más. No me gusta mentirle a mi madre. Ella no es como las madres que conozco y no me gusta mentirle. No lo hago, en general, porque parece que una suela de zapato me pisa el pecho y no pasa el aire. Pero hoy no me ha quedado más remedio —le he dicho que me iba a desayunar con mi mejor amiga, y no—. He quedado con un amigo de Micky para hacerle el favor que me pidió ya que él está castigado sin salir: recogerle la bolsita de marihuana. Me lo pide porque está empezando a confiar en mí. Creo que está empezando a enamorarse de mí.

Tenía miedo, la verdad. Iba caminando con las manos en los bolsillos y la cabeza al pecho. Uf..., os juro que iba a echar la pota. Entonces el chico me ha llamado entre los árboles. Ese tío me provoca una mezcla de pena y miedo. Lo he hecho por Micky, solo ha sido un momento y no creo que vuelva a ver a ese colgado. Y Micky tampoco, os lo aseguro. Porque el amor todo lo puede, amigas, le voy a querer tanto que jamás volverá, ni siquiera, a oler los porros.

Me ha dado la bolsita de marihuana —qué asco— y luego que si quería tomar algo, pero le he hecho un *next* y me he ido.

Os reconozco que me he puesto muy nerviosa, las piernas me pedían que corriera hasta salir del parque, me ardía la mano dentro del bolsillo sujetando la droga. Droga. Porque llevaba droga en el bolsillo (¡OMG!). Me parecía que todo el mundo me miraba raro. Lo he

hecho por Micky, por compasión —mi madre dice que la compasión es entender que quien hace algo malo lo hace porque no sabe hacerlo de otra forma—. He leído en Google hasta quedarme ciega que un adicto a las drogas no puede librarse de ellas de la noche a la mañana. Tengo un plan. Como siempre os digo, el amor que le tengo será su sanación. Poco a poco, sin prisa y con cariño.

Micky no es malo, yo lo sé, quizá soy la única que lo sabe —por eso no os hago caso a las que me decís que abandone esta lucha, ¡espero no arrepentirme!—. Él solo está equivocado. Mi madre siempre dice que toda persona es buena y la que no, no es mala: solo ignorante. Y Micky lo es. Ignorante y el más guapo de toda la clase, de todo el colegio, de toda la ciudad, de todo el país, de todo el mundo, de todo el universo. Mi mejor amiga, Olivia, tampoco lo entiende. Ella dice que si quiero que deje los porros cómo es que le llevo porros. Le he explicado hasta quedarme ronca que es la única manera de acercarme a él, porque anda siempre con unas compañías que mejor ni os cuento... Así me gano su confianza y, cuando seamos mejores amigos, se enamorará. Bueno, no os doy la chapa con mi plan, ya os lo he contado muchas veces. Dice Olivia que Micky ha usado de camello a medio colegio y se ha acostado con el otro medio, que conmigo va a hacer lo mismo. Pero yo sé que no. Yo le voy a enseñar lo que es el amor y haremos... eso, cuando esté preparada. Mi amiga Olivia se ríe de mí porque digo «hacer el amor». Es un poco bruta y tiene todo el día el «follar» en la boca, pero a mí no me gusta esa palabra.

Por cierto, cuando he llegado a casa, me olían las manos a marihuana, sin abrir la bolsita ni nada, ¿os lo podéis creer? Si me pilla mi madre me muero, os juro que me muero, no quiero defraudarla. Amigas, os super quiero. Nunca pensé que podría tener tantas amigas por internet. Ya sabéis que me encantan vuestros comentarios. Hasta muy pronto. Os adoro.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, 2 de noviembre de 2008

El estómago de Marina se come a sí mismo. Un engendro de colmillos afilados devora todo cuanto hay en su cuerpo. La inteligencia fallando: no es capaz de distinguir los árboles, declinar una palabra más allá del genitivo; «la simplicidad es la clave de la verdadera elegancia», insiste sisíficamente sin recordar de quién es su aforismo favorito.

El cuarto día sin probar bocado. Una gota de café con aquella Carmen de los ojos grises, casi blancos. Descubre la fiebre en las muñecas, en el cuello, en la frente. Lleva un día entero sin beber agua.

Recluida otra vez en el parque de Fuentenueva, ya no siente dolor en el cuerpo.

Ni siquiera frío. Solo un pitido, como el de un fax. Su escasa capacidad de razonamiento se divierte. Va a morir y ríe. Inexplicablemente, una parte de ella lo encuentra desternillante. Sin embargo, como una débil llama, como un foco de vida, algo por debajo del ombligo vibra. Ese punto, el epicentro de su cuerpo, el lugar desde el que piensa, la empuja a la acción. Grita que está agotando su tiempo, pero no el que marca el reloj, un reloj solo indica las horas de las comidas; se refiere a aquel período de existencia con el que todos nacemos y que va mermando por el abuso. Lo que pasa sobre el cuerpo no son los años: son las mentiras, las pérdidas, las veces que se parte el corazón, los sueños, el sueño, el exceso de trabajo, la pena, la culpa. Por ese tiempo brama su núcleo abdominal: quien nace con ciento diez años de vida desperdicia veinte en deglutir las desgracias que le corresponden. Quizá cinco, quizá cincuenta. Marina está consumiendo esa energía al completo. Pero algo en su vientre se niega a morir.

Salto. En pie. Como si hubiera un muelle. Las manos a los bolsillos con ansiedad, ¿no se habrá colado algún euro por el descosido? En la garganta ardor. En el primer bolsillo encuentra tres trozos de plástico y una cartulina en la que no ha reparado hasta ahora. El DNI, la tarjeta de la Seguridad Social y un bono de descuento no aplicable a la nueva colección de Zara. La cartulina es una tarjeta de visita.

Carmen Salvatierra
Plataforma contra la Violencia de Género de Granada
Coordinadora

Marina se siente presa de un ataque de inmediatez. ¿Llamarla? Si tanto insiste en ayudar, si le metió su tarjeta en el bolsillo a traición, ¿por qué rehuir su apoyo? No tiene teléfono, lo vendió para pagar al banco. Hace años que no se encuentran cabinas en las calles y en cualquier caso no dispone de monedas. Es capaz de sentir ya, ahora, la vergüenza que la embargará al encontrarse frente a ella. La agonía de la humillación. Silencio triste en el parque, de dos de la tarde. El de la hora de comer. El que retiene a la gente en sus casas. Y sol de invierno. Deshabitado. En vertical sobre la coronilla.

No puede llamarla, en cualquier caso. No tiene dinero. ¿Qué va a hacer? ¿Robar el bolso de una anciana?

Robar.

El silencio cae sobre Marina como un cubo de agua.

Siente el delito en los huesos. Robar. ¿Cómo no lo ha pensado antes? Un sudor

como una salsa plagada de hebras de carne recorre su cuello. Robar. ¿Robar qué? Un bolso. No. Por supuesto que no. Ella no es ninguna ladrona. Robar. Se dibuja una cruz en la frente. Robar. Robar comida. Eso es. Robar comida. La sangre parece volver al cerebro. Robar. ¿Qué otra cosa puede hacer? Es más, ¿acaso no han hecho lo mismo con ella? ¿No le ha quitado el banco su dinero y su casa? Robar. La vida. La misma vida se encargó de desvalijarla hasta de su propia leche materna. Se ahoga al acordarse de los insoportables dolores de la mastitis. La vida le arrebató la capacidad de alimentar a su hija y después a ella. Su marido. Su familia. Sus amigos. Los Barrios. Nos vamos, Marina, dijeron el putero de su marido y la borracha de su hija, no podemos seguir aquí contigo. Y ahora están muertos, como solo pueden estar después de haberla humillado en todas las televisiones de España. ¿Robar? Es lo mínimo que se le debe. Marina no siente miedo, ¿qué temor puede insuflarle ya la vida? No va a ser descubierta, está segura. Robar. Caminando al supermercado, a escasos metros de distancia. Fuerte y vigorosa, podría correr. Robar. Casi reta al cielo, lo desafía.

Se introduce en Carrefour Express con la naturalidad de quien lleva el monedero lleno. Saliva por los oídos.

Tres por dos en embutidos curados de España, salchichón cular, lomo embuchado....

Los clientes la miran con terror. Qué importa. Está encendida en furia. No roba, hace justicia. Si se lo han quitado todo, ella tiene derecho a algo dulce sin pagar. Más razón que cualquiera de sus atracadores. Por encima de los bancos, la policía, su marido, Leonor, su madre; su hedionda madre que se moriría del gusto si pudiera verla ahora; porque eres tonta, Marina, hija, eres tan tonta como para dejarte tocar por Cristo el Loco en mitad de la calle.

Tres por dos en todos los quesos nacionales: denominación de origen cabrales, gran reserva antaño...

A la panadería. La lleva el olfato. Sus botas suenan a goma al andar. Babea. No piensa: con la misma agilidad que un felino, un paquete de magdalenas de chocolate bajo la axila. Así transportaba su madre las cosas en las tiendas, segura, digna, como si le perteneciesen por derecho atávico.

¡Imbatible! Financia sin intereses ni gastos en doce meses, desde dos cientos euros hasta dos mil, ¡TAE cero por ciento!

Descarga cítrica atravesando el abdomen. La ignora. Camina al frente. La puerta a diez pasos.

Lote de jamón curado, reserva cuatro estaciones; más caja de seis botellas de Viña Albali tinto reserva, ahora sesenta y nueve euros, ¡insuperable!

Cuánto anhela sus gafas de sol italianas, de imitación, pero aun así carísimas e

italianas. Cinco pasos. Una cajera va hacia ella vestida de verde. Debió coger las gafas. La cajera busca sus ojos. Está robando. La cajera la mira sin complejos. Tres pasos.

¡*Somos panaderos! Elaboramos tradicionalmente con masa madre, mantequilla y agua de azahar.*

La cajera huele a champú de frambuesa, del barato. Le roza el abrigo. Marina está fuera. Estalla el verano en su vientre.

Granada, cuatro meses atrás

—Quiero sacar el dinero de las acciones.

—¿Qué acciones, Marina? Buenos días, siéntate, por favor.

Aborrece los bancos. El olor a tinta mezclada con perfume que aspira a dejar huella es insoportable.

—Eran acciones lo que compré, ¿verdad? Preferentes. ¿Acciones preferentes?

El director de la sucursal repasa la pantalla del ordenador con el dedo. Sigue el rastro de polvo que ilumina un rayo de sol. ¿No prefieres sentarte? Marina dice que no, que tiene prisa, que ha esperado mucho tiempo fuera.

—Leíste las cláusulas, ¿verdad? Siéntate. Las cláusulas que venían en la documentación que firmaste —aclara el director de la sucursal ante el rostro de pavor que se sitúa frente a él.

—No. Qué cláusulas. Tú me lo explicaste todo. ¿Qué entiendo yo de depósitos? Por favor, tengo prisa; no voy a comprar más productos ni necesito sartenes.

—Las preferentes no son depósitos, a decir verdad.

—Por favor —insiste Marina—, tengo mucha prisa. Dame el dinero. Llego tarde a una reunión.

Veinte minutos atrás ha comenzado el arrepentimiento que ahora roza la tortura. Maldice su norma según la cual a los bancos se acude arreglada e impecable; no en zapatillas. Observa al director dentro de sus confortables zapatos, que no alteran la horizontalidad de sus pies. El director quiere que se siente. Marina vuelve a negarse, que tiene mucha prisa, contesta. No puede devolverle el dinero. Dice que ahora no puede ser.

—¿Cómo? —Un ratón da una vuelta en círculo por el pecho de Marina—. El dinero es mío y lo necesito. No quiero más intereses, quiero el dinero que te di. Eran todos mis ahorros.

No puede soportarlo más y toma la silla. La oficina se le antoja una celda amelocotonada en la que de repente el calor es insoportable.

—Marina, verás, las participaciones preferentes que tú adquiriste —da mucho énfasis al «tú»—, tienen carácter perpetuo. Esto quiere decir que su vencimiento es del 31 de diciembre del año 3000. No puedes retirar tu inversión antes. Por cierto... —aletas de la nariz abombadas, demasiada gomina—, siento lo que tu marido y tu hija están..., lamento... Bueno, ya sabes, cada vez que pongo la televisión los veo y... siento mucho lo que has sufrido en estos meses.

Marina no sabe explicarle al director de un banco que una persona no puede vivir novecientos años. Con un bolígrafo corporativo se recoge un moño en la coronilla.

—Vamos a centrarnos —Marina decide volver a empezar—, creo que no me he explicado bien. Tú me llamaste para ofrecerme esas acciones preferentes hace dos años.

—Participaciones...

—Participaciones. Eso es. —Una diminuta mano invisible, una mano de bebé, se aferra a su cuello. Intenta estrangularla—. Tú me dijiste que se trataba de un producto para los mejores clientes, algo que solo ofrecíais a los más antiguos; los amigos, llegaste a afirmar. ¿Es correcto? Muy bien, es correcto. Tú me aseguraste que no había riesgo: la única opción era ganar mucho dinero, por eso no ofrecíais las acciones a cualquiera. ¿Fue eso?

—Participaciones. Marina, así es, pero...

—Genial. Así es. Dime entonces en qué momento me indicaste que no podría disponer de los treinta y dos mil euros hasta el año 3000, porque tengo muy mala memoria y no lo recuerdo.

Marina saca los pies de los tacones. Sobre el mármol, con disimulo. Solo alcanza a contaminar de frío las puntas.

—Estaba incluido en la documentación que firmaste —balbucea el director—. Debiste leer antes de...

—¡Dame mi puto dinero! —grita Marina, puñetazo en la mesa.

El director se levanta a toda velocidad. Cierra la puerta. Al volver adivina sus pies descalzos. Quieren introducirse torpemente en unos zapatos que se giran hacia el suelo. El director lo lamenta mucho, pero no pueden devolverle nada. De momento, dice.

—Acaban de despedirme. Necesito mis ahorros, no tengo nada más... —La mano de bebé ahora es una anaconda. Se enrosca alrededor del cuello de Marina. El olor a impresora insoportable—. Van a quitarme la casa, no tengo más dinero. Cancela mis acciones, no las quiero; necesito lo que os di, por favor.

—Os dijimos a Andrés y a ti que contrataseis la hipoteca con nosotros, Marina. Si lo hubierais hecho, nada de lo que cuentas habría pasado. No se puede cancelar la inversión, es imposible. —El director recupera los humos de jefe y la seguridad—. La única forma de rescatar el dinero es vender tus participaciones a otro cliente.

—¡Hazlo!

Dice que no es tan sencillo, ya quisiera, pero ¡con esta crisis! La gente dispone de poco efectivo para comprar. Además, perderías bastante, ya sabes, como se indicaba, cla-ra-men-te, en la documentación, la venta se realiza por el valor de su cotización actual. No te favorece, es mejor esperar. Según el director este no es un buen momento para vender, la gente está asustada. Lehman Brothers acaba de anunciar su quiebra y...

Retahíla de absurdeces, incoherencias y dolor de pies. Incapaz de participar de ellas. Marina no comprende palabras como «cupón corrido», «plusvalías», «AIAF» o «minusvalías latentes». Sin embargo, «desahucio» atiza su cabeza como un martillo. Le pregunta al director si ha perdido su dinero y él que no, por Dios, que cómo dice eso, que cuánto hace que se conocen, por Dios, Marina, qué cosas tienes. Le jura que las preferentes la van a hacer rica.

Granada, 4 de noviembre de 2008

—Son rumores, Carmen, nada más.

—¡Es una gran noticia, Arturo!

—¡Carmen! ¡Solo son rumores!

Arturo contempla a su esposa enfundado en el placer de quedarse ciego. Como la polilla con la luz. Siente el cobijo de la claridad templada que desprende Carmen, su mujer. Como un sol de invierno que le acaricia los huesos. Carmen insiste en que merece la jefatura de Servicio más que nadie, en que no pueden ser rumores, en que está segura de que en el hospital van a concedérsela. Porque trabaja mucho. Porque no conoce a ningún otro doctor que se implique tanto con los pacientes. A Arturo le gusta oír que es el mejor gastroenterólogo del país, pero no saca a pasear su sonrisa e insiste en que solo son rumores. Revuelve el trasero sobre el sillón. Parece que se revuelca en una pradera de halagos y lisonjas.

—Son rumores, Carmen, cariño, nada más. ¿Qué era aquello de lo que querías hablarme?

El gesto de Carmen torna a lo abstraído de repente, como si se aislara en una

burbuja. Anochece y el ocaso porta de su mano intranquilidades. Como el niño que tiene miedo a la oscuridad. Al pensar en Marina se siente más afortunada de lo que ya se sabe. Con qué abrazo más tierno le rodea su casa la cintura. Una luz azafranada, un fulgor que se puede sostener en las manos, envuelve el ambiente de la sala de estar. Las dos Fridas, sobre la amelocotonada pared, observan la escena con realce. Que si recuerda a aquella mujer de la que le habló, Marina.

—¿La mendiga?

—No la llames así, Arturo, esa palabra es horrible.

—¿La has vuelto a ver? —su marido lo pregunta mirando a la Frida de blanco, a su vestido ensangrentado.

—No..., eso es lo que me preocupa.

El salón cruje bajo las alfombras al frío de una ciudad de mercurio castigador. Durante la mañana, recreo a veintidós grados. Ahora, apenas cuatro. Y lloviendo de nuevo, ¿cuándo ha llovido tanto en Granada? Carmen lleva el pijama al revés. La etiqueta le araña el cuello como si un cachorro de tigre jugara sobre su pecho. Hace rato que no sabe dónde está Melquíades.

—Está en la habitación de Julia, acabo de verlos. ¿Por qué te preocupa tanto esa mujer, Carmen?

Evita los ojos de su marido. Sus pulgares compiten por situarse uno encima de otro. Aquella mujer, Marina, no llevaba ningún tipo de alianza. Aunque no todos los matrimonios la llevan. Estaba casada y no tenía hijos, dijo. Arturo se ha levantado a poner música. «My way», en la orquesta de André Rieu, suena como un cuchicheo.

—No lo sé. No lo sé, Arturo, no lo sé. ¿Te acuerdas de Sheryl Hunt?

—Claro, que en paz descanse.

—Me recordó a ella. Era desgarrador ver el rostro de Sheryl convertido en el de una heroinómana. La recuerdas, ¿verdad? Siempre tan guapa. Tú le gustabas.

—Eso no tiene mérito, también le gustabas tú. —Arturo ríe y mejora su lugar en el sofá—. Pero sí, desde luego, fue una pena.

—Marina me pareció idéntica a Sheryl. Como si la hubiese conocido en un momento pleno para encontrarla ahora en ruinas. —Recupera la verticalidad en el futón—. Fue muy triste. Metí mi tarjeta en su abrigo, pero no me ha llamado.

Su marido insiste en que no puede ayudar a todo el mundo. Se ponga como se ponga. Además, le ha recordado los años en la Universidad de Columbia al hablar de Sheryl. Cuando eran jóvenes. Ella dice que sigue siendo joven, y que no se va a poner rubia otra vez, qué ocurrencias tienes, Arturo, no digas tonterías. Su marido quiere dar otro tipo de alimento a la conversación. Carmen ríe exageradamente y acepta su mano. Zigzaguea, tibia, en el interior del muslo.

Melquíades observa la escena desde la puerta. Esta noche está especialmente

enfadado porque sus dueños le han quitado el pienso. Dicen que es un gato gordo.

Granada, 4 de noviembre de 2008

El esfuerzo por detener los jadeos anuncia a Marina agotada. Presa de un dolor en el abdomen. Como un pantalón dentro del cual se contrae el michelín para que no se desborde. Solo así consigue reprimir los sofocos, la asfixia. La noche fría, los árboles ciegos, las puntas de los dedos ardiendo. Y la lluvia de vuelta. ¿Cuándo ha llovido de esta manera en Granada?

En la oscuridad todo es posible, lo sabe desde pequeña, por eso castiga cualquier tipo de suspiro. Contra la ablepsia del anochecer no cabe más defensa que la escucha absoluta, solo gotitas sobre las hojas de los árboles. Tampoco se mueve. Se ha introducido papeles, que al mínimo roce crujen, bajo la ropa para protegerse del frío. Estaban abandonados en una papelera, limpios, con aspecto de apuntes de instituto que ya se han pasado a ordenador.

De pequeña le gustaba quedarse sola en casa. Actuar como una desequilibrada mental cantando a gritos o bailando frenéticamente en calcetines sobre las baldosas —*she loves you, yeah, yeah, yeah*—. Aquel era uno de sus mayores anhelos, quedarse sola en casa, la suprema felicidad. Sin embargo, al abordar la noche, una pequeña y leve nostalgia con aroma a miedo comenzaba a escalar por sus tobillos con la intención de coronar la cabeza. Al alcanzar el pecho, Marina sentía un horror oscuro ante la idea de ir a la cocina donde la luz estaba apagada. Aguantaba la sed. Las ganas de orinar, incluso, para no cruzar un pasillo negro en el que algo podía estar escondido. Algo que la había observado bailar como una demente, en silencio, durante el día. Algo, vivo o muerto, que la había espiado en secreto.

Ese es el miedo que se apodera de ella mientras se obliga a no hacer ningún ruido. La lluvia, que lo convierte todo en lluvia, acaricia sus mejillas como los dedos de un cadáver. Lleva la capacidad auditiva a tal extremo que la confunde con la intuición. Solo mira al frente, con la vista fija en una protuberancia de la corteza de un árbol. Teme mover los ojos y descubrir un cuerpo muerto a su lado, aparecido de la nada, expulsado de otro mundo. Un cuerpo inerte en el que se reconozca a sí misma. Su propio cadáver que, de repente, abra los ojos y la mire. Impasible. Con la serenidad de la muerte y los ojos de un loco a punto de matar.

Ha comido. Ha robado dos veces más. Se siente inteligente. Tiene un plan, un proyecto con el que dejar de sentirse repugnante y pútrida por no tener nada de lo

que cualquiera tiene. Aunque solo sea un poco. Todo el mundo tiene algo. Una gota de lluvia taconea en la punta de su nariz. No piensa en millones, pero cualquiera tiene monedas. Todos, excepto ella. Sin dinero no cabe en la sociedad, terminará muriendo. No de frío ni de hambre, sino de repudio. El que no tiene dinero es apartado del grupo, no puede participar de él. Asociarse e intervenir en la comunidad necesariamente requiere dinero, Marina lo ha corroborado sin espacio para la duda. El ser humano no es un animal social, es un socio que necesita dinero para no ser un animal. Sin embargo, esta norma no obedece al rencor: la sociedad, igual que destierra, permite el retorno. Volverá a ser parte del conjunto en cuanto consiga efectivo. Lo único que necesita, un trabajo. Un trabajo para el que, previamente, ha de adecentarse: tiene que hacer creer a su futuro jefe que es una persona normal. Solo ha de meter la cabeza en una fuente para asear rostro y pelo. Y algo de ropa limpia, ropa de persona. Va a robarla, como la comida. En El Corte Inglés. Donde siempre lo ha comprado todo. La tierra húmeda. Gotitas de lluvia marchando por la raíz del pelo en dirección a la frente. ¿Quién ha silbado? Huele a sopa de pollo. Va a pasar la sexta noche durmiendo en la calle.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Mar/04/11/2008 22:55

Querida Lola:
No has contestado a mi último e-mail. No quiero que volvamos a distanciarnos. Tómate tu tiempo, Lola, el que necesites. Pero no te vayas. Y si vuelves a Gijón, avisa, no te vayas sin decir nada otra vez, por Dios. Por Dios te lo pido, Lola. Recuerdo cuando cerrasteis el caso de Andrés y Elvira, cuando te fuiste de Granada sin decírmelo, y se me cae el mundo encima. No lo hagas otra vez. Por favor.
Perdóname por lo que dije, había bebido y ya sabes cómo me sientan los cócteles. Entiendo la situación con Blas y Currito, con tus hijos, que para mí también son hijos, y no quiero forzarte a nada. Pero, por favor, ten muy presente que no te estoy utilizando para encontrarla. Para mí eres mucho más que policía. Creo que lo sabes. No te molesto más. Estoy aquí para lo que quieras.

Leonor

El blog de Julia (y el tuyo)

Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

Mil millones de millones de gracias por vuestros comentarios en la última entrada. ¡Ya somos más de cien! Cuánto me gustaría conoceros a todas..., sois maravillosas. Lo que siempre os digo: no acepto comentarios con faltas de respeto —algunos sois pesaditos, ¿eh?, a ti en concreto, policeman96, se te va la pinza, pero bien—, así que a los que venís a insultarme os recomiendo pinchar sobre el aspa roja que hay arriba a la derecha.

Hoy tengo ganas de contaros cómo me siento, chicas, porque mañana es un día importante. Es EL día. Reconozco que me estoy dejando calar hasta los huesos por esta lluvia de felicidad. Que siento a Micky en la sangre. No sé explicarlo mejor, pero cuando estoy con él me siento yo, separada del resto del mundo. Y me gusta sentirme así. Única. Mañana hemos quedado. Para darle la marihuana —que, por cierto, esta vez meteré en varias bolsitas. Y con guantes. Porque no sabéis cómo canta eso incluso cerrado, qué asco—. Odio mentir a mi madre, ya lo sabéis, pero no me queda más remedio que volver a hacerlo. Creo que lo comenté en la primera entrada donde me presentaba en el blog: ella da clase —de francés— en mi colegio. Y mañana me tengo que fumar la clase de Historia para ir con Micky y llevarle la marihuana porque, como ya os dije, está expulsado. Espero que no me pillen.

Mi colegio está cerca de un pantano, ahí es donde hemos quedado. Tiene un embalse precioso y se ve Sierra Nevada. Es como un cuadro. Casi puedo verlo ahora mismo. Correré hasta alcanzar los primeros pinos para meterme en el bosque —y ahí ya despacito, porque me voy a hacer tirabuzones con la plancha y si corro sudo y se encrespan—. Me imagino una vida con Micky como la de mis padres, llena de besos y caricias —¡qué vergüenza de padres tengo! —. ¿Cómo será nuestra boda? ¿Y nuestros hijos? ¿Cómo será nuestro primer beso? Seguro que me sujeta el cuello, con fuerza, pero también con ternura, el pulgar sobre la oreja y el resto de dedos entre la nuca y la garganta. Después me acariciará los labios —se me eriza la espalda, y mañana seguro que tropiezo con algún árbol—. Haremos el amor más adelante. Nada de «follar» como dice mi amiga Olivia. Nosotros vamos a hacer el amor. Frente a una chimenea. ¡Sí! Con una luz así como anaranjada mientras fuera nieva y huele a hielo. Pero antes tiene que dejar de colocarse a porros, con mi ayuda, claro, porque a partir de ahora lo haremos todo juntos.

Seguro que mañana el bosque olerá a aire y el aire olerá a bosque. Seguro que se oirán crecer los matorrales como almendras crujiendo en la boca. Ay...

Voy a darle la marihuana, sí, lo voy a hacer. Pero me va a escuchar. Yo puedo ayudarle a dejar de ser un toxicómano. Me siento valiente, chicas, creo que puedo hacerlo. Os leo a las que decís que no, que esos tíos no cambian. Pero yo creo que puedo. Porque, como dice mi madre, la gente no es mala, solo ignorante. Y con amor sana todo.

También voy a llevarle el trabajo del *present simple versus present continuous* porque me ha dicho que estaba fumado y no lo ha podido hacer. No me parece bien que lo expulsen y sigan mandándole deberes. Si no va a clase, ¿cómo va a saber hacerlos? Pero a mí no me importa, al revés, me mola que me lo pida. ¡Me lo pide a mí y no a otra! Chicas, os mantengo

informadas. ¡Qué nerviosa estoy! Espero poder escribir en el blog mañana. Os quiero mucho. Os adoro.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, 5 de noviembre de 2008

Marina va a una gran superficie. Un lugar con tijeras, ropa y la silenciosa escolta que engendra el ruido. Ruido. Es lo único que suena en la cabeza de Marina, un repicar de máquina de coser.

Se adentra en La Carrera de la Virgen y la embargan unas repentinas ganas de llorar al saberse dentro. Con la vista al suelo se introduce en El Corte Inglés. Ha paseado por él muchas veces. Algunas comprando, la mayoría fantaseando con comprar.

Solo hoy, vestido midi de mujer con estampado de lunares, cincuenta y nueve con noventa y nueve euros, dice un aullido caliginoso en los amplificadores, *además, ¡pagando con nuestra tarjeta de compra en las estaciones de servicio Campsa obtendrás los mejores descuentos y bonificaciones!*

Marina recuerda una antigua conversación en estos pasillos.

«—¿Nos vamos ya?

»—Andrés, ¿quieres hacer el favor de esperar un momento? Todos los maridos sois iguales. Vete a mirar lavadoras.

»—No vamos a comprar una lavadora aquí, Marina, son más baratas en cualquier otra tienda. Cómo te gusta gastar. ¿Eliges un pintalabios o pido una silla?

»—No voy a llevarme ninguno, solo miro. No toques eso.

»—¿Y para qué miras si no vas a comprar?

»—¡Andrés, por favor! ¡Me estás poniendo nerviosa! Deja el pintalabios.

»—¿Sigues enfadada por lo de anoche?

»—No, querido, no sigo. ¡No lo abras! No sigo enfadada por lo de anoche.

»—Marina, solo fue una sugerencia...

»—¿Una sugerencia? Una sugerencia es que te vayas a mirar lavadoras. Que estemos follando y mi marido..., mi marido me diga... Qué asco me das, Andrés.

»—Si no estás de acuerdo solo tienes que decirlo, no hace falta que me humilles.

»—¿Humillarte? Eres tú quien me humilla a mí cuando paras de follarme para decirme que..., qué asco me das, Andrés».

Perfumería. Planta baja. Todo el mundo mira a Marina. Una vagabunda se ha colado en El Corte Inglés. Espeso olor a tocador renacentista. Un aroma tupido y frondoso. Como si una señorita rusa se empolvara las mejillas. Como si perfumara escápulas y muñecas con la pera de un pulverizador. Marina lo atraviesa. Se concentra en el hilo musical.

Televisor LED, cuarenta y tres pulgadas... Compra lo que quieras y págalo en tres meses...

Marina recuerda una antigua conversación en estos pasillos.

«—Mamá, ¿el cuero de dónde sale?

»—De las vacas, Elvira. Creo.

»—¿Y por qué es tan caro si no abriga?

»—No lo sé, Elvira. Supongo que no hay mucho.

»—Pero si vacas hay muchas...

»—¡Por favor! ¡No lo sé! ¡Pregúntale a tu padre!

»—¿Por qué te pones así? ¿Qué estás insinuando de mi padre?

»—Elvira..., ¿qué te pasa?».

Escaleras mecánicas. Segunda planta. Efluvio a bolso nuevo que le perfora el tabique nasal. Todos la están mirando. Una vagabunda se ha colado en El Corte Inglés. Se apartan de su lado. Marina sabe dónde están los de seguridad. Los evita. Coge un pantalón de traje verde esmeralda y una blusa blanca de camino al probador. Las coloca en su antebrazo, ocultando unas tijeras que ha cogido del departamento de alimentación y un paquete de cuchillas de afeitar. *Descubre todas las financiaciones a las que puedes acceder por ser nuestro cliente. ¡Sencillo y rápido! Un robot aspirador ¡inteligente! que navegará sin dificultad debajo de muebles y rodeando obstáculos... Solo hoy setecientos noventa ...*

Marina recuerda una antigua conversación en estos pasillos.

«—Tía, si pudieras resucitar a alguien para hablar con él cinco minutos, ¿a quién elegirías?

»—Tengo el pecho cada vez más caído, ¿no te lo parece, Ana? Me da la sensación de que ya no le gusto a Andrés.

»—Dime, a quién resucitarías.

»—No lo sé..., ¿a Coco Chanel?

»—¿Te follarías a una mujer? ¿Qué pasa, te pone el rollo?

»—Has dicho para hablar, Ana. ¿A quién resucitarías tú?

»—A Stalin, ¿lo has visto de joven? Estaba buenísimo. Déjate las tetas, Marinica, te las vas a arrancar.

»—¿A Stalin? Por amor de Dios... Me encantaría que te oyesen ahora los alumnos.

»—A Stalin. O a James Dean. Ese también tenía un polvo. Marina, ¡deja el sujetador y coge el vestido, hay mucha cola en las cajas! Y ya que dices lo de los alumnos, ¿te has fijado en el morbo que tienen los de dieciséis años? Los ponía de rodillas, ¡pero debajo de mi mesa!

»—¡Por favor, Ana! ¿Te has vuelto loca? ¿Y quién es James Dean?

»—Creo que mi marido me engaña, Marina.

»—¿Cómo?

»—¿Tú alguna vez has pensado que Andrés...?

»—Ana, ¿cómo que tu marido te engaña?

—En serio, Marina, vas a romper el tirante. ¿Nunca has pensado que Andrés pudiera serte infiel? ¿Nunca?

»—¿Vas a decirme por qué crees que tu marido está con otra o seguimos comentando los abdominales de Stalin?

»—Yo no sería capaz de follarme a una mujer, me pasaría el polvo comparando tetas y michelines».

Marina sella la cortina del probador en la barra y se acaricia el rostro con el poliéster del pantalón que ha cogido. Huele a prólogo. *Sonido, auriculares, altavoces y home cinema hasta el cincuenta por ciento...* Casi intuye el aroma a naftalina dentro de un futuro armario. O a tapón de perfume.

Con mucho cuidado para no toparse con su reflejo en el vidrio, Marina, en cuclillas, busca entre las costuras del pantalón la alarma. Recorta el trozo de tela sobre el que está clavada. Varias lágrimas al pantalón. Dejarán cerco. Repite el trabajo con la alarma de la blusa. Al sorber la mucosidad, sonido congestionado.

Selena Gómez y su «Tell me something I don't know» se adueñan de los altavoces. Solo interrumpen para informar de las mayores gangas: *dorada nacional, crianza de nuestros mares, ¡hoy nueve con noventa y cinco euros el kilo!; selección de vinos, ¡combínalos como quieras! Te regalamos el de menor importe; además, con tu tarjeta gratuita, un cuatro por ciento de descuento...*

Despunta un lado del dobladillo inferior de la cortina del probador creando un saquito en ella. Las dos alarmas dentro. Colisionan una contra la otra en un estallido de plástico, como un golpe de tos. Solo entonces, de espaldas al espejo, Marina se desnuda. La vista en la cortina. No puede esquivar el aroma que sale de sus axilas en forma de vapor, como una olla hirviendo, que parece proceder de un envase de salmón ahumado. En una llamarada de luz, Carmen Salvaterria viene a su cabeza pronunciando la palabra suerte. *Cincuenta por ciento de regalo en marisco congelado. Solo hoy, Pijamas Party, desde veinticuatro con noventa y nueve euros*. El olor a salmón ahumado que sale de sus axilas se mezcla con aroma a queso fresco. En el probador de la derecha una señora le pregunta a otra si no estará engordando.

Lamiendo su propia repugnancia Marina rasura los aguijones negros que brotan en su axila izquierda con una de las cuchillas que ha cogido. No consigue eliminarlos todos. Trata de imitar la operación en el brazo contrario, con una nueva cuchilla. Ajusticia una verruga por accidente. Sangra como un decantador de vino. Sobre el corte mucosidad espesa y pegajosa que cae de la nariz y que le arranca un ladrido de escozor. *¡La Navidad ya está aquí! Agrupa todas tus compras: regalos, ropa, caprichos e ilusiones... todo lo que quieras y ¡paga solo por lo que utilizas!*

—Señora, salga del probador.

Suena a gorra de vigilante de seguridad. Marina se asusta. La cuchilla resbala. Atascada de vello. Atraviesa la cortina. Cruza al otro lado.

—Joder, qué asco... —murmura el de la gorra—. Esto no está pagado.

—Señora, haga el favor de salir —conmina ahora una mujer al otro lado de la cortina.

Más que un medio de pago. ¡Mucho más que una tarjeta! ¡Incluso podrás compartirla con las personas que quieras autorizar!

Marina cierra los ojos y se da la vuelta. Se enfrenta al espejo. Lo palpa en busca de una puerta secreta o un pasadizo oculto. Siente su cuerpo todo a la vez. Todos los órganos. La sangre. Los huesos. Se mueve la cortina. No tiene claro si está viva o muerta. Una mano toca su costado. No siente carne. La mano está detrás de la tela.

—¿Señora? Señora, está aquí la policía. Salga, por favor.

Hasta un treinta por ciento menos en térmicos y polares. ¡Esta temporada, ven a esquiar un día gratis! Consulta las condiciones de la promoción en caja.

Granada, 5 de noviembre de 2008

Carmen sostiene al perro en alto. Es un perro sin raza. El chorro de luz que apunta a sus ojos grises desde el cielo la deslumbra. Parece que un pájaro la encañonara con una linterna. El perro es una mancha negra que la obliga a girarse para descubrir dos ojillos, como aceitunas pardas, que preguntan cuándo. Cuándo va a pegarle y por qué no lo ha hecho ya. Aire frío, sale de la hiedra.

—Bonito, bonito, bonito... Eres bueno, eres muy bueno, eres chiquitín —le dice Carmen con el tonillo agudo y tontorrón que el perro identifica—. ¿Quién es mi perrito preferido? ¿Quién es? ¡Pero si eres tú!

El perro no la cree. Observa a Carmen desde sus ojos marchitos que insinúan un poco de brillo, como algo opaco cerca de la luz. Él quiere saber cuándo, cuándo le va a pegar la humana; porque lo hará. Es lo que hacen los humanos.

—¡Carmen! ¡Te suena el móvil! —grita uno de los voluntarios del refugio desde el patio, con la aspereza de los primeros cigarrillos de la mañana.

—¿Te vienes conmigo o te quedas? —pregunta Carmen al semblante cromado en culpa que la mira.

El perro, imperturbable, orejas caídas, aunque ya curadas, continúa mirando a la curiosa humana. Es rara. No golpea su lomo ni su cabeza. Siente deseos de lamerla y sería fácil porque tiene su rostro muy cerca del hocico. El perro se contiene: el castigo vendrá a continuación y la verja parece afilada. Además, hace frío, y cuando hace frío, las patadas duelen más.

—Te vienes conmigo.

Carmen introduce al perro bajo la axila, pelo áspero como el esparto, y atraviesa el patio en dirección al interior del refugio de animales. Le parece bonito el vaho al respirar. Lejos de sentirse mayor al estar rodeada de voluntarios veinteañeros que ponen morritos y buscan la voz aniñada para hablar con los perros, disfruta del ambiente como un niño del olor a patata asada y algodón de azúcar. Hay dos barriendo el patio, vaqueros rotos, plumíferos sin capucha, los labios ligeramente morados. Saludan a Carmen, que rastrea la melodía de su teléfono, levantando las escobas como si fuesen copas de vino. Dos perritas, a una le falta un ojo, se atraviesan en su ruta. Corren como coyotes. Cortan el viento. Persiguen la pelota lanzada por otra voluntaria.

El teléfono de Carmen enmudece. Quien la llamaba ha colgado. Todos los jóvenes del refugio comparten una brizna de amargura en el rostro. Es diminuta, pero desfigura la alegría de su juventud. Se niegan a colaborar en cualquier actividad con personas, no les importa cuán desgraciadas sean estas. Si no tienen que ver en exclusiva con animales, rechazan las propuestas de Carmen. Solo consiguió entenderlo al hablar con ellos por separado y observar que, uno por uno, comparten la misma repulsión hacia su propia especie.

Carmen no reconoce el número que la ha llamado y devuelve la llamada a ciegas. El aroma del interior del refugio le recuerda a su Galicia natal. Sonríe con los ojos. Jefatura, dicen al otro lado del aparato.

—Buenos días. ¿Adónde estoy llamando?

—A Jefatura, señora.

—¿Qué es Jefatura? Tengo una llamada perdida. —Deja el perro en el suelo.

—Está llamando a la comisaría de plaza de los Campos, señora. ¿Sabe para qué la han llamado?

Una lagartija le baja hasta el abdomen desde la garganta. Vuelve a subir en cuestión de segundos.

—No, no lo sé. Ha sido hace un minuto, no he llegado a tiempo para contestar. Hace un minuto escaso, no más —dice atropellada.

—¿Y su nombre cuál es?

—Carmen Salvaterria.

—No se retire.

El perro se ha acercado a un comedero del que desayuna con cautela. Observa a Carmen subir una escalera de forma convulsa y volverla a bajar. Entonces, muy despacio, huye del interior de su nueva casa pegado al tabique. Va a pegarle al fin, huele a humano nervioso.

—Señora, usted es la madre de Julia Ariza Salvaterria, ¿correcto?

—¿Julia? ¿Está ahí Julia?

—Es la madre ¿sí o no?

—Sí, sí, ¡sí! Soy su madre. ¿Está bien? ¿Está Julia bien?

—Como una rosa de Jericó, señora. Pero detenida. Haga usted el favor de venir cuanto antes.

—¿Qué? ¿Cómo que detenida? Mi hija es menor de edad.

—No me diga..., parecía bastante mayor para andar traficando con marihuana, ¿sabe usted?

Granada, 5 de noviembre de 2008

Los objetos personales de Marina caben en una bolsita, como las que usaba para congelar las pechugas de pollo. La agente de policía la coloca sobre una ensaladera blanca de polipropileno. Parece destinada a albergar carteras, teléfonos móviles, manojos de llaves y, quizá, navajas y pistolas. Se muestra triste y ridículamente vacía

con solo tres tarjetas, como una enorme casa con una también enorme hipoteca que ha agotado el presupuesto para muebles y ante cuya desnudez nadie comenta nada.

—Acompáñeme. —La agente toma del codo a Marina con firmeza.

Esta siente unas yemas esponjosas, como un bizcocho al punto exacto de levadura. Camino blanquinoso, pero a Marina se le antoja azul cielo, como las pastillas para dormir. Entiende entonces cómo funciona el medicamento y por qué durante los últimos tres años lo ha usado no solo con este objetivo: de alguna manera consigue que el chorro de pensamientos pare. Como agua que encuentra un dique a su paso.

Fue consciente del cortocircuito cuando un policía le informó del valor de las prendas robadas en El Corte Inglés, casi quinientos euros. Entonces, al fin, la corriente eléctrica de su cerebro se volvió tan intensa que estalló. En un leve e imperceptible plop que lo detuvo todo. Sin alboroto. Sin drama. Sin llanto: solo unas tijeras cortando un cable.

Se dejó hacer. A partir de ese instante desatendió el corro de mirones, las esposas heladas alrededor de las muñecas y los paseos por comisaría. Ahora todo le es indiferente: Marina observa las escenas de las que es protagonista, pero no interviene. Como si viera una película.

La agente para en un hueco de la comisaría, es una sala sin la cuarta pared. En ella solo hay una puerta y una niña llorando que sacude el pecho compulsivamente bajo un anorak, a juego con los ojos. A Marina le recuerdan los de Carmen Salvaterria. Unos ojos que combinan con todo. La niña respinga sobre el asiento al verlas. Rostro en alto. Lleno de lágrimas que van a morir a los labios. Coralinos. Al pecho otra vez. Decepcionada. Que se siente allí, dice la agente señalando la butaca más lejana de la niña. Y no hable con ella, ¿entendido? En breve se le tomará declaración. Y tonterías, las justas.

—¿Puedo beber agua? —pregunta Marina sin recordar cuánto lleva sin hacerlo.

Con un gesto de cabeza que balancea su coleta, la agente señala un dispensador, camuflado al fondo. Se va envuelta en un sonido de botas de goma sobre mármol. Marina se dirige a él y se sorprende con las manos inmovilizadas. La niña se ha deslizado hasta su posición sin hacer ruido. Ella no tiene esposas.

—Deje que —sorbe la mucosidad—, deje que le ayude.

Colma uno de los rugosos vasos de plástico, temblando, y vuelve a su asiento. Arrastra los pies.

Los niveles de calefacción propios de cualquier oficina pública densifican el ambiente. Marina descubre una dulce somnolencia en los ojos a la que contribuye el lloriqueo aviolinado de la niña. La sala parece una cuna, dulzona y acaramelada. La invita a adormecerse, a esperar el día dentro de su lecho y su almohada. Abrazada

por sus sábanas.

Decenas de policías recorren la estancia barajando archivos y expedientes como si fueran naipes. No parece haber más detenidos. Marina cae en un lugar tan desconocido como afectuoso. Qué cálido. Acogedor como un inesperado abrazo por la espalda. Qué templado. Frente a ella, un murmullo que suena a fuente en la cola para renovar el DNI. Todas las personas, en este lugar por tan ingenuo asunto, tienen miedo por encontrarse en una comisaría. No quieren llamar especialmente la atención por miedo a que empiecen a salir multas de tráfico de los tiestos de las plantas. Su asiento, encadenado a seis más, se derrite bajo las nalgas como un mullido cojín.

De repente, el vaso de agua que le ha llenado la niña se derrama por las piernas de Marina. Despierta del sopor. Está es una comisaría de policía. Ella trabaja con niños. Es maestra de secundaria. Con antecedentes penales no volverá a serlo nunca. Una punzada de apetito abofetea su cerebro. La histeria se hace de nuevo con el control. Su cerebro grita. Chilla. Se desgañita. Han soldado el cable. El flujo vuelve a derramarse por los conductos a la velocidad de la luz. Marina se descubre alterada, con el vientre hinchado por el hambre, perdiendo el juicio por la falta de alimento. Señora, dice la niña. Se limpia la nariz con el puño del abrigo. Los ojos como una pelota de playa.

—Señora, ¿usted sabe lo que nos van a hacer?

Solo ahora Marina repara en ella y advierte cuánto desentona en el espacio. ¿Qué hace una preciosa niña con aspecto de ángel en una comisaría? Toda ella parece un secreto sin contar. ¿Tendrá comida? Los niños suelen llevar bocadillos o chocolate en la mochila. ¿Y dinero? ¿Por qué clase de error no está comiendo algodón de azúcar y dando vueltas en algún carrusel? Marina siempre ha querido tener esa clase de hija: una niña a la que solo hay que mirar para saber que se encuentra en una comisaría por equivocación. O por una visita organizada por el colegio. Recuerda las veces en las que fue a recoger a su propia hija a los calabozos de plaza Nueva: ella era un elemento más del decorado, como otro barrote u otro tatuaje.

—¿Cómo te llamas?

—Julia —musita en lo que unas diminutas venas aparecen en sus ojos.

—¿Dónde están tus padres, Julia? Estate tranquila, no va a pasar nada, pero tenemos que irnos de aquí.

Marina advierte un nuevo dato: la niña, que de repente estalla en otro sollozo de desconsuelo, no parece tenerle miedo. ¿Y si la toma como rehén para que la dejen escapar? Lo ha visto en cientos de películas: la sujetará por el cuello gritando que está loca y la va a matar salvo que la dejen ir. Pedirá dinero también. Y jamón. Y

gambas.

—¡No lo sé!

—Julia Ariza, que entre —dice un policía abriendo la única puerta de la estancia.

Marina sabe que es ahora o nunca. Tiene que salir de aquí, ¿qué hace ella aquí? Ha visto ropa en un armario. Joder, qué ganas de arrearse una buena bofetada en la cara. Puede llegar a Málaga en unos días andando, ¿cómo se desplazaba la gente antes de existir los coches? Su maestro de *mindfulness* decía que el ser humano está hecho para andar ocho horas diarias, y que su cuerpo es su templo, que no lo golpee nunca. No tiene opciones.

Julia mira a Marina con los ojos llenos de ruego.

—Oiga, esta niña es menor de edad —le dice al policía. Se levanta con disimulo —. No pueden tenerla aquí sola.

—¿Es usted familia? —pregunta moviendo su barba pelirroja.

Julia le suplica con fiebre una respuesta afirmativa. Marina contesta que no, pero sabe que no pueden tenerla aquí sola, ¿no es así?

—Señora, quieta. Quédese quieta. —El agente pelirrojo muestra las palmas de las manos—. Ya están avisados los padres. Usted a lo suyo, la llamarán en breve.

Sostiene la puerta y Julia se adentra en la sala, de la que emana aroma a tinta, como el claustrofóbico que va a tomar un vuelo de diez horas.

Marina se hace consciente de los latidos de su corazón al recuperar el asiento. Sus dedos están hinchados y desnudos, hace años que no lleva la alianza, la vendió. Ahora no le cabría. Sin saber cómo, siente todas las partes de su cuerpo. Es capaz de ubicar el hígado, el páncreas, los pulmones..., y sentirlos como la planta del pie al pisar. Sin embargo, ninguno suena. Solo el corazón. Piensa que, tal vez, alguien lo ha puesto ahí, asimilando su sonido al de un reloj, para que las personas sean conscientes del tiempo. O quizá ha sucedido a la inversa y el sonido de los relojes hereda la forma de marcar los años que tiene él. En cualquier caso, se apaga. En ocasiones late con angustia de tambores, pero el sonido cada vez es más pausado. Sin fuerza.

Nada que ver con los zapatos de tacón que se dirigen a toda velocidad hacia ella. Suenan atropellados. Como los más caros de la tienda. Carmen Salvaterria, con la majestuosidad de una escultura griega, con los ojos grises temblando de desazón, se dirige a la puerta que ha cruzado su hija hace un instante. Lo contamina todo de Chanel N.º 5. No se percata de la presencia de Marina. No la mira. No la huele. Marina huye. Busca a la agente que la ha traído.

—Disculpe, ¿puedo usar el servicio? —pregunta nerviosa.

No puede volver a encontrarse con esa mujer bajo ninguno de los conceptos.

Nada le debe, nada salvo un desayuno, ningún tipo de explicación. Ella no es nadie para juzgarla. Solo la ha visto una vez en la vida. Sin embargo, no es capaz de comprender por qué siente tanta vergüenza al pensar en ella. Por qué se adivina tan humillada. Como algo que el retrete no quiere tragarse por más que tire de la cisterna.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Mié/05/11/2008 13:56

Lola, por favor, dime algo... Dime algo, Lola, no sigas enfadada conmigo...

Leonor

Granada, 5 de noviembre de 2008

Los músculos de la garganta de Marina se estiran como cuerdas de tender atadas a dos ganchos. Delito de hurto y no de robo que, al parecer, entraña una pena mayor. Pero sí delito por haber superado los cuatrocientos euros en la ropa a la que arrancó las alarmas. Eso significa que habrá un juicio y algo así como unas diligencias previas. Las persianas de aluminio parecen muy antiguas. Marina se dirige a la puerta por un pasillo. La garganta lijada, la lengua seca, el pecho con ojeras. La citarían para declarar en el Juzgado, han dicho, en un domicilio que ya no es suyo. Las amígdalas como dos bolas de árbol de Navidad. Verdes. Se sabe con fiebre. La calefacción irradia con furia. Intuye el frío que abofeteará su rostro al cruzar la puerta para ir otra vez a ninguna parte, las cosquillas de hielo en la nuca. Al fondo un hombre sin afeitar raspando una colilla contra la suela de su zapato.

Cualquiera lo logra, pero ella no. Es inservible. Renuncia. La cutícula se come las uñas con restos de esmalte rojo. No hay lugar para alguien así. Recuerda a Darwin y lo entiende por primera vez. No puede ir a ningún sitio, no conseguirá salir adelante, es demasiado débil. Los policías caminan a su alrededor en parejas. Ríen. Hablan.

Hace dos años comentó con su hija la posibilidad de abrir un blog de moda. Se hubiera llamado «tevistemarina.es» o quizá «confaldasyalomarina.com». Los blogs

se estaban poniendo de moda, quizá pudiese ganar algo de dinero con la publicidad. Se afirma con gusto para la ropa, sabe combinarla como nadie.

Nos vamos, Marina, dijeron la borracha de su hija y el putero de su marido al abandonarla; no podemos seguir aquí contigo. Andrés tomó a su hija de la mano. Qué tierno, qué familiar, qué asco. Y ahora están muertos. Porque las borrachas y los puteros suelen terminar muertos, y si esa la voluntad de la vida, Marina no es quién para contradecirla. Aún le quedan antecedentes policiales de aquella época. Los policías la han mirado como a una asesina, con una mezcla de miedo y repugnancia, como alguien que ha trasgredido el primer precepto que la sociedad da por bueno. A nadie le importa lo que diga un juez, ella siempre será una asesina por culpa de Leonor, su cuñada, y aquella inspectora de policía, Lola, que estuvieron al borde de arruinarlo todo. Y aquellos malditos periodistas, que casi consiguen una fotografía suya. De la patética de España. De la mujer y la madre de aquellos dos desgraciados que recorrieron todos los platós de televisión del país y después murieron en la carretera.

La puerta de la comisaría se muestra ante Marina como los bordes del mundo. Se ha parado. Nadie cree en la posibilidad de no tener casa; sea cual sea la gravedad de su situación. Todo el mundo ha nacido en una, es tan natural como los brazos o las mejillas, todos tienen una casa.

Marina entiende que cuando uno no escoge, la vida escoge por él. Eso en el mejor de los casos. En el suyo, lo ha hecho la muerte. Porque no hacer es una forma de hacer. La muerte se le ha inyectado en vena. Sale a la calle.

—¡Esa! ¡Es esa señora, mamá! —chilla Julia.

Carmen Salvaterria, que sujeta a su hija por el hombro enfundada en un guante de terciopelo negro, la contempla con ojos de psicólogo. En los labios un sobrecogedor «Marina» mientras se aparta la estola en un delicado gesto de *flapper* de los años veinte. Hay algo de ella en Carmen, algo que mortifica sus entrañas. Hay más de ella en Carmen que en sí misma.

—¿Marina? —pregunta con incredulidad. Anda como un gato entre las copas de una mesa—. ¿Es usted?

En la parada del autobús, la fotografía de una chica joven con cara de orgasmo al oler un perfume. ¿Otra vez lloviendo? Un trueno a lo lejos.

—¡Es ella, mamá! ¡Ella es la mujer que me ha ayudado!

—Silencio, Julia. Por favor.

Marina se ve endemoniada por un atormentante deseo de pintarse los labios. Su vientre comienza a hervir. Recuerda los frutos secos que sirven con los gin-tonics y se imagina introduciéndose puñados en la boca. Lo que sea. Hasta la pechuga de pollo —sin empanar— y la patata hervida se le apetecen. Esa mujer, esa Carmen

Salvaterria, le trae mala suerte y no quiere volver a verla en su vida. Jamás. Hubiese corrido hasta que se le rompieran las piernas para no estar cerca de ella y sus bolsos de marca. ¿Por qué la espera? ¿Qué quiere de ella? ¿Humillarla? Marina está hecha una porquería y Carmen luce como si acabara de salir de la caja. Ojalá estuviera sola para arrearse un bofetón de los buenos en su propia mejilla. Carmen hace el amago de tocar su hombro, pero se arrepiente. El gesto lo ha cubierto todo con un velo de Chanel N.º 5. Pregunta si es verdad que ha ayudado a su hija, y qué casualidad volver a encontrarse, ¿verdad? Está usted preciosa, me alegra mucho volver a verla.

Llueve demasiado, se resguardan en el alero de la comisaría. Marina dice que no ha sido nada, y que tiene un poco de prisa. ¿Preciosa? Marina sabe que da asco. ¿Por qué se ríe de ella? ¿Por qué la humilla?

—¡No! Marina, espere, no se vaya. —Carmen la retiene por el codo. Al tocarla percibe un disparo que recorre todo su brazo. Cierra los ojos. Deseos de matar a esa mujer que la toca sin su permiso—. Marina, ¿podría invitarla a comer? Es lo mínimo después de haber ayudado a mi hija.

Le está bajando la regla. ¿Qué se supone que va a hacer? Ya no puede robar, ni siquiera productos de higiene femenina. Un fluido caliente se adhiere a su muslo izquierdo buscando un lugar sobre el que asentarse. Incluso ser mujer cuesta dinero. Tifón de llanto. No llores, Marina, que no te vea llorar esa tiparraca. Cruza la pierna derecha sobre la izquierda. También los brazos. Ahora es la niña, Julia, la que insiste, pero Marina no accede. Usted se va a ir a casa, señorita, ya hablaremos luego.

Un señor que con una mano se asegura los pantalones a la cintura y con la otra sostiene un cigarrillo se interesa por la conversación. El olor del tabaco le recuerda a Marina tiempos mejores. Es el perfume del café tras la comida, el aroma de un vino en la plaza de la Pescadería. Se mueve con disimulo un paso hacia ellas para oírlas mejor.

—Carmen, he de irme. Tengo mucha prisa, me encantaría comer con vosotras, pero me están esperando. Me alegro de volver a verla.

La sangre se derrama por sus muslos en regueros calientes. Nunca ha sangrado con esa fuerza. Carmen se desprende de un guante negro y revuelve el bolso. Si se le ocurre darle dinero, Marina está dispuesta a tirárselo a la cara. A metérselo en la boca hasta que le abulte en la garganta como la nuez de un hombre. Además, ¿cuánto le ha costado ese bolso de Prada? Ha de ser falso. Seguro. Carmen le ofrece su teléfono móvil, que cancele su cita, por favor, es muy importante para ella invitarla a comer.

—¡Coma usted con la señora, mujer, mire lo guapa que se ha puesto hoy! —exclama el del cigarrillo dando la última calada. El rostro de Marina hierve, parece recién salida de una fundición. Puños apretados dentro de los bolsillos.

—Oiga —dice Carmen con dignidad—, ¿le he preguntado yo si le parezco guapa o fea?

El del cigarrillo no esperaba la pregunta, palidece. A ver si no se le va a poder decir un piropo.

—Esta conversación es privada y nadie le ha invitado a participar en ella.

Parpadea. Pestañas muy densas. Joder, qué creído se lo tienen algunas. Media vuelta.

Marina repara en la presión del pecho, como tambores de la selva. Ella no hubiese sido capaz de algo así. Se hubiera asustado, le hubiera dado vergüenza defenderse. Carmen está segura de sí misma. De su derecho a existir. Un insoportable dolor en las sienes le nubla la visión.

—Entonces, Marina, ¿comerá conmigo?

La lluvia se despeña en hilos por los canalones. Comer.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Mié/05/11/2008 14:01

Lola:
Estoy en casa. Te contesto para que te quedes tranquila. Espero que esto signifique algo para ti.
Estás completamente segura, ¿verdad? Joder, Lola, me cuesta mucho no echar a correr hacia la comisaría. Estás segura, ¿no? ¿Era ella al cien por cien? Entonces sigue en Granada. Sigue en la ciudad. Lola, estoy muy nerviosa. Y encima ahora roba. ¿Ves lo que te digo? No tiene dónde caerse muerta y desvalija El Corte Inglés, no tiene perdón de Dios. La neoyorquina, ¿sabes? Estaba obsesionada con Nueva York, iba por ahí diciendo que había estado no sé cuántas veces. La muy mentirosa. Ni a Cuenca ha llegado en autocar. Lo único que me extraña es que ella siempre va impoluta, con ropa del chino, pero pintada como una puerta y de peluquería. Ese aspecto de vagabunda que dices se me hace raro. No sé, igual estaba disfrazada para robar o algo así. Dios mío.
Gracias por decírmelo. Gracias por tu confianza. Es muy importante para mí. Lo mínimo que te debo es esto, así que no te preocupes porque no voy a salir corriendo a buscarla. Tampoco se lo voy a contar a mi madre, descuida. Pero eso sí, Lola, esto sí lo tienes que entender: si está en Granada, la voy a encontrar.
Gracias. De verdad, mil veces gracias.
¿Significa esto que hemos hecho las paces? No me gusta que estemos enfadadas. Sin ningún compromiso, claro. ¿Has vuelto a ver a tus hijos? Yo misma tengo ganas de verlos.

Echo de menos a Currito y a Blas. Cuéntame cosas, anda.

Si te apetece una Coca-Cola estos días —¡cócteles no!—, ya sabes dónde estoy.

Leonor

Granada, 5 de noviembre de 2008

Julia tiene los ojos como si mirara la pantalla de un ordenador. Sus diminutas pupilas negras, acordonadas por un anillo gris como la piel de un elefante, se han esfumado. Ahora son dos ventanitas que dan a la noche. De ellas brotan silenciosas lágrimas. Julia llora con la calma del que ya no ha de esconder su delito. Sentada en una silla, entre Carmen y Marina, desvía la atención del silencio establecido entre ellas.

—Julia, por favor, está todo bien. Tranquila —dice su madre—, no quiero que te sientas mal, solo que me expliques por qué lo has hecho. Te creo si me dices que la bolsa de marihuana no era tuya, pero necesito saber por qué la tenías. Hablaremos luego. Tu padre va a venir a recogerte.

Durante el camino, Marina ha observado a Carmen elegir cuidadosamente el lugar. Un restaurante de la calle Elvira que se ofrece como turco y muestra un mugriento mazacote de ternera dando vueltas en la entrada. El local se alquila o se traspasa. Dos mesas pringosas. Servilletas de papel en forma de bolas por el suelo. Aunque nunca ha estado en uno, lo reconoce por las conversaciones de sus propios alumnos. Tras horas de fiesta y alcohol, acudían a este tipo de sitios a comprar kebabs para empapar las copas de toda una noche. Carmen y Julia lo adornan como zapatos de cristal colocados sobre un vertedero. Su inmaculada apariencia desentona con las paredes llenas de grasa, las freidoras y la porquería que asoma en los bordes de los cubiletes con maíz, zanahoria rallada y enfermiza lechuga. El camarero y el propietario observan de reojo a Marina. Las personas como ella solo entran al baño o a robar. Porque tabaco no venden.

—Puedo explicarlo —promete Julia, y suena como un silbato atascado.

—En casa, Julia, por favor. Ahora no. Tu padre está a punto de llegar. —Carmen aparta las servilletas como si fuesen bichos—. No aburramos a Marina. ¿Le has dado ya las gracias?

Parece despertar de un letargo. Se hace consciente de dónde se encuentra y mira a su alrededor.

—Marina, muchas gracias por haberme ayudado.

El circo del que pretenden hacerla protagonista es excesivo. No ha salvado la vida de la niña, tan solo ha intercambiado dos frases con ella. El desfile de familia feliz le provoca náuseas, le parece que de un momento a otro van a abrazarse mientras suena de fondo una canción de los Beatles. «Across the universe», por ejemplo. Un adolescente en la barra, kebab de pollo. El olor a especias revuelto con aceite quemado provoca en Marina tanta repugnancia como ansiedad. Se siente incapaz de comer a pesar del hambre, solo quiere que la niña se vaya para contar a Carmen lo que ha inventado por el camino. No puede permitir que siga creyendo que es una mendiga.

—Ahí están —dice Carmen.

Un hombre y una mujer, recién salidos de la revista *Vogue*, cruzan el umbral que separa el antro turco en el que se encuentran del resto del mundo. Se acercan a ellos. El propietario del restaurante abre los ojos con incredulidad: nunca en su establecimiento se han reunido más de tres personas. De hecho, no caben.

—¡Betty! Pensaba que nos veríamos a las cuatro.

Carmen besa la mejilla de la mujer, que Marina calcula alrededor de los treinta y cinco años. Ella permanece inmóvil; como si de esta manera no pudieran verla. Julia la mira de reojo, sus retinas en el pelo. La tal Betty tiene voz de caligrafía redonda. Dice que estaba con Arturo cuando lo ha llamado para recoger a Julia. Marina deduce de la conversación que mantienen que Betty es la hermana de Arturo, el marido de Carmen.

—Carmen, ¿por qué estáis en este lugar? —pregunta un hombre detrás de Marina. Huele a ducha, a toalla mojada alrededor de la cintura. A pelo húmedo y desodorante caro. Marina aspira, discreta y desesperadamente, el delicioso perfume a varón mientras suplica al cielo que la vuelva invisible.

Carmen posa una mano sobre su hombro. Marina, dice, le presento a mi marido, Arturo, y a su hermana, Beatriz. El kebab de pollo está listo, el camarero lo entrega al adolescente en papel de plata. Una salsa blanca y espesa se derrama. Chicos, esta es mi nueva amiga, la presenta Carmen: Marina.

A Marina le parecen actores. Un anuncio de cava, una familia perfecta que se reúne alrededor del árbol de Navidad a desenvolver regalos. ¿Por qué son tan guapos y delgados? Ella no come desde hace días y no le adelgazan ni los muslos. Son más jóvenes que Carmen, no hay duda. Marina se pregunta sobre la forma en que ella, que debe rondar los cincuenta, ha conseguido engatusar a semejante hombre que solo puede ser doctor, abogado o dueño de una gran empresa. Lunar sobre la parte izquierda del labio, bastante a la izquierda, encima de la comisura. Parece un resto de chocolate. Con dinero, piensa de inmediato. Por fuerza, con

dinero.

En los rostros de Arturo y Betty se dibuja la misma mueca que recrimina a Carmen un descomunal «¿otra vez?». Parecen estar acostumbrados a que se comporte de manera excéntrica, a que almuerce con mendigos. Su gesto no indica sorpresa sino resignación. Casi parece resultarles divertido. Sobre todo, a su cuñada, la tal Betty, que observa a Marina con rechazo bajo una sonrisa artificial. Luce como una pasta de té recién hecha.

—Hola, Marina —dice Arturo—. Es un placer conocerte.

Suplica desaparecer. Morirse ahora mismo. Estar en el infierno antes que en este antro de paredes de manteca al que Carmen la ha dirigido porque en cualquier restaurante le habrían negado la entrada.

—¿Podéis acompañar a Julia a casa, por favor? Después hablaremos los tres juntos, los tres; os pido que no lo hagáis sin mí, Arturo.

La lluvia escampa, pero se mantiene en guardia. En la calle los peatones estiran el brazo debajo de los aleros y enseñan la palma a las nubes. Gotitas. No se fían. Este año está lloviendo más que nunca. ¿Pero esto no era el sur?, pregunta una señora en enfático euskera. Los coches bajan la velocidad de los limpiaparabrisas.

—Carmen, le debo una explicación.

Marina no deja hablar a Carmen una vez que los otros se van. Esta vez es ella quien toma las riendas de la charla. Tiene un plan perfecto.

Ambas han recuperado su posición en las sillas, acolchadas en blanco y rotas. Se les escapa la goma espuma dorada y sucia. El puño de Carmen se ha manchado de kétchup. Marina se regocija en sus adentros al imaginarla frotando con Vanish. Inútilmente, porque eso no va a salir.

—De ninguna de las maneras, Marina. A mí no me debe nada, soy yo quien se lo debe a usted.

—Carmen, me ha descubierto. Soy periodista. De investigación —añade Marina a toda velocidad—. Trabajo para Antena 3. Estamos grabando un reportaje sobre personas sin hogar y yo me estoy haciendo pasar por una de ellas para acceder a sus ambientes, por eso voy así vestida y tengo este aspecto. También he tenido que robar para que me descubriesen y pasar por comisaría. Es parte de la experiencia. ¡Vaya, Carmen! —Marina va un paso más allá. Las manos bajo las nalgas para que no le tiemblen—. ¡Al retenerme en la puerta pensé que me había descubierto! ¡Que me iba a denunciar! No sabe el susto que me ha dado. ¿Cree usted que me ha reconocido su familia? Salgo bastante en televisión. Si es así, por favor, hable con ellos. No quisiera perder mi trabajo. ¿Se imagina si acabo siendo una vagabunda de verdad? —Marina ríe con tanta franqueza que siente miedo de sí misma. El discurso la ha dejado agotada.

El camarero coloca dos bandejas: falafel, ensalada mixta y agua para Carmen y kebab de pollo, ternera y queso, patatas fritas y cerveza para Marina. Hay un plato con saquitos verdes que ninguna de las dos identifica.

—Al *meze* de berenjena les invita mi jefe por ser ustedes bonitas.

Carmen mira a Marina fijamente. Se acaricia el cuello. ¿Eso es un diamante? Quiere hablar un par de veces, pero desiste. Sí que es un diamante.

—Marina... —tiembla retorciendo una servilleta—, Marina..., no sé qué decir. He de pedirle perdón. No he querido humillarla en ningún momento, pero cómo iba yo a saber... No veo la televisión, no la conozco. Lo siento, ¡qué indiscreta he sido!

El conglomerado giratorio de ternera, como el muslo de una vaca, pasa por la garganta de Marina de una sola vez. Sin trocear, sin masticado. Ríe como no lo ha hecho en años. Ríe. Vuelve a sentirse hermosa, fuerte. Ríe. Está a salvo. Es la propietaria del blog de moda más exitoso de Europa en el que todas las firmas americanas, parisinas e italianas quieren anunciarse.

—Tranquila, mujer, esté tranquila. Si no ve televisión, cómo lo iba a saber..., no se preocupe.

Marina arremete contra las patatas fritas como si fuese la primera vez que come. El sabor residual a cartón se le antoja la mayor delicia del universo.

—Así que es usted famosa... Ya sabía yo que su rostro me resultaba muy familiar. Marina, ¡me siento tan avergonzada!

Carmen se cubre el rostro con las manos en lo que dibuja una sonrisa torpe. Repite «¡qué vergüenza, qué vergüenza! ¡Pero qué bruta soy!» mientras mueve la cabeza a izquierda y derecha. Marina ignora el tenedor y toma patatas compulsivamente con los dedos. Está colmada. Ríe. Hace años que no siente semejante felicidad. Tiene el cuerpo muy caliente. No puede parar de reír. No se martirice, insiste, le habría pasado a cualquiera.

Una pareja de adolescentes se coloca en la barra esperando una hamburguesa completa y un *döner* pita con queso. Él acaricia la parte baja de la espalda de ella.

Carmen y Marina hablan largo y tendido sobre una vida maravillosa. Una vida de lujo.

—No, no tengo hijos. El periodismo es un amante muy exigente, Carmen. —La cerveza a morro de la lata, su cuerpo cada vez más ligero—. Viajo mucho. Cuando terminemos de grabar el reportaje sobre los sintecho volveré a Nueva York, vivo allí. Pero ya sabe, mañana podría ser Estambul, Perú, Japón... ¿Quién puede criar a un hijo así? —Otro trago más largo, sube el tono, rayando el grito—. Me hubiese encantado ser madre y, más aún, viendo una hija como la suya. No sea muy dura con ella, ya sabe cómo son a esos años. Quién *no se ha echado* un canuto alguna

vez...

La pareja de adolescentes se besa con furia mientras espera en la barra. La fricción de sus anoraks acolchados lo llena todo de un silbido, como un gato arañando la pared.

—¡No me diga! ¡Nueva York! Arturo y yo nos conocimos precisamente allí. Los dos estudiamos en Columbia.

—¿De verdad? —Marina finge atragantarse. Gesto muy exagerado con las manos. El cartón de patatas vacío, presiona con el dedo índice los granos de sal—. ¡Yo también estudié en Columbia! ¡Qué casualidad, Carmen! De hecho, ¡di clases allí un par de años! Aún doy videoconferencias cuando tengo tiempo. Pasado mañana tengo una, si no recuerdo mal. ¿O es mañana? ¡Qué agenda de locos!

Se encuentra fuera de sí. Rebosante de dicha. Pletórica. Adora ser una periodista neoyorquina. Es la interpretación más fácil que ha realizado en su vida. Es su papel, la deuda que el universo mantiene con ella desde hace siglos. Marina no quiere irse. No quiere que esto acabe. Está hechizada. Así hubiese sido: exuberante. Llena. Casi no oye sus pensamientos a causa del ruido de la emoción. Una mujer colmada de energía. Siente deseos de levantarse y saltar y correr durante horas y besar a alguien y bailar en una barra de bar.

—Sí, ya lo creo, querida —confirma Carmen—. Yo nací en Vigo y mis padres nos mandaron a estudiar allí, a Columbia. Mi hermano también volvió a España y ahora se encarga de Maderas Salvaterria, la empresa de mi familia. Mis dos hermanas siguen en Manhattan y yo vine a parar a Granada. Arturo nació aquí y me enamoré de esta ciudad nada más verla. ¡Y aquí sigo! Cumplo los cuarenta y ocho en esta ciudad. ¿Dónde se aloja en Granada? Tiene nuestra casa a su disposición, por supuesto. ¡Y yo invitándola a comer aquí! ¡Qué vergüenza! Creí que era usted..., no quería hacerla sentir mal invitándola a... ay, Marina, ¡qué vergüenza!

Carmen sonríe. La dentadura propia de quien ha llevado aparato de dientes durante la adolescencia. Marina está borracha. De cerveza y de exaltación. Le da sus antiguas señas. Dice que la casa es suya, la ha comprado hace poco. Y otra en la playa. En Benalmádena. Como inversión. A lo mejor mira alguna en Ibiza también. Y en Los Ángeles.

El camarero introduce rodajas de tomate en los barreños de metal. Las mira de reojo. Sonoro estruendo al chocar las pinzas. La pareja de adolescentes está al borde de quitarse la ropa. Carmen dice que se tiene que ir, que la espera la tal Betty, la hermana de su marido, y qué pena le da no poder seguir hablando. Marina la ha visto pagar al pedir la comida.

—Esta vez invito yo, Carmen —dice llevando la mano al bolsillo.

—¡Claro que no! Además, ya está pagado. Va a recordarme como —Carmen

vuelve a taparse el rostro con las manos, nudillos preciosos, como garbancitos— ¡la tacaña que la invitó a un kebab! ¡Que además no has tocado! Porque yo creo que podemos tutearnos, ¿verdad Marina? Ay, qué ilusión conocer a una famosa.

—Para nada, no digas tonterías. Estoy un poco harta de restaurantes. Es genial venir a un sitio como este de vez en cuando. —Marina avista una moneda de veinte céntimos en el suelo—. Yo también he de irme, Carmen, ¡no te imaginas las ganas que tengo de darme una ducha en la suite del hotel y quitarme este disfraz!

Ambas ríen como si fueran amigas del colegio que vuelven a reencontrarse al cabo del tiempo. Parece que no han pasado los años, solo faltan los ¿te acuerdas aquella vez que? Carmen imagina que está viendo cosas horribles en la grabación del documental, ¿no es así?

—A decir verdad, este no es un mal país para vivir en la calle, Carmen. Se quejan mucho.

Sonríe como un niño que acaba de conocer a un superhéroe, qué pena haber quedado con Betty. Ojalá se vuelvan, dos besos, a ver pronto. La nueva amiga de Carmen deja la moneda de veinte céntimos como propina.

Granada, 5 de noviembre de 2008

Betty va a divorciarse. Esta vez sí. Está segura. Hace tan solo seis meses que se casó, pero eso no importa. No es la primera vez que Betty va a un bufete de abogados. Ella estudió Derecho, además, a ver qué remedio con padre abogado. Todos comparten el mismo aspecto de micromundo con corbatas a rayas y zapatos de tacón y olor a tinta.

Betty espera frente a dos secretarias, casi siamesas. Las llamadas con auriculares. Teclean a toda velocidad, sonido de uñas de porcelana, siempre contestan igual:

—Buenas tardes, le atiende... ¿en qué puedo ayudarle?

Betty empuja la falda, una carrera se abre paso a la altura del muslo. Es una locura. La vibración del móvil la devuelve a la realidad como un doctor que comunica una enfermedad grave a su paciente. Su perfil falso en Twitter arde, están llegando en cascada todas las notificaciones. Solo cuando pasa horas fuera de casa descarga la aplicación. La elimina al regresar. Es una locura, pero va a divorciarse, lo tiene claro, esta vez sí. El abogado al que espera lleva cuarenta y cinco minutos de retraso. Cuarenta y seis. Quizá es una señal. Cuarenta y siete. Su último microcuento

casi alcanza los seis mil retuits. Sus seguidores han rebasado la barrera de los cien mil.

—¿Sabrían decirme si va a tardar mucho más el abogado? —pregunta a las siamesas.

Ambas sonríen. Dibujan un gesto con los dedos índice y pulgar dando a entender que el tiempo de espera será tan pequeño como la distancia entre ellos. Es la tercera vez que responden así. Apestan a coco.

Lo que va a hacer es una locura, como el perfil de Twitter. La editorial Estrella le ha ofrecido recopilar sus microcuentos en un libro; ni siquiera ha de dar su verdadero nombre si quiere seguir en el anonimato. Es el futuro, en el año dos mil treinta, calculan, habrá más libros de estos que escritos a la manera tradicional. La editora se empeña en referirse a ella como *influencer*, palabra que sustituirá a autor. Y, ¿qué hay de los lectores? Pregunta Betty a la editorial Estrella. No se enteran, alegan ellos. Son pollos que comen lo que les arrojemos, sea lo que sea. Dice que el camino que ella ha tomado es el futuro del que quiere dedicarse a la literatura. Pero Betty se niega. Ni es escritora ni quiere serlo. Pero, si lo fuera, jamás se prestaría a semejante despropósito. Porque ella ama la literatura. Y amar es cuidar. Quien ama algo contribuye a su salud, no a su muerte. Se ha visto tentada, incluso, a cerrar la cuenta para que la editorial Estrella deje de acosarla, pero se quedaría sin lugar en el que esparcir todo lo irracional que la persigue.

Una vez oyó a dos amigas psicólogas afirmando que no soñar es signo de mala salud mental. Intercambiaban experiencias y coincidían: sus pacientes no soñaban casi nunca, si es que lo habían hecho alguna vez. Las dos amigas reiteraban que las personas necesitan un lugar en el que volcar la fantasía que las asola, y ese lugar es el sueño, donde los perros pueden hablar con total naturalidad y las flores hacer la compra. Betty no sueña desde hace muchos años y ha encontrado en Twitter un lugar en el que verter todos sus espejismos. La cita con Carmen es a las cuatro y un reloj de pared las da.

> Le esperó en el lugar de siempre. Aunque siempre solo hubiese sido una vez. Pero qué vez. Claro que aquella vez fue siempre.
> #microinstantes

Desinstala la aplicación. Se levanta de manera tan violenta que derrama el contenido de su bolso. El suelo regado con tampones y llaves y un peine con pelos atrapados y una bombilla que aún no ha repuesto y dos rotuladores y *Noches blancas* de Dostoievski y monedas. El bufete de abogados se congela durante unos segundos. Se agacha a recogerlo como si se le hubiese caído un pulmón y lo apila todo de una

vez. Es una locura. Una locura que la ha llevado hasta un despacho de abogados. Se le ocurre otro tuit: «¿Cómo saber que ha llegado el momento de parar porque aún no es demasiado tarde?». Sin duda, es este. Además, algo se ha encargado de avisarla: la cita con Carmen, el abogado con tanto retraso. Cincuenta y dos minutos.

—Volveré a llamar para pedir hora.

Se despide de las siamesas con felicidad, un ser afortunado es aquel al que se le permite ser consciente de que está viviendo una última vez. Sus seguidores secundan la idea.

SI TÚ SALTAS, YO SALTO

El blog de Julia (y el tuyo)

Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

Aprovecho las pocas fuerzas que tengo para daros las gracias por todo vuestro apoyo en los comentarios. Espero que os llegue mi agradecimiento, porque es de corazón. Y a los que venís a insultarme..., bueno, ya sabéis lo del aspa roja. Y que paso de vosotros, de ti en especial, policeman96. Y que os compréis una vida. Y que os jodan, por qué no decirlo.

Me siento débil. Micky ni siquiera se ha disculpado. Sé que no es culpa suya lo de la poli, pero... jo. Estábamos en el pantano después de entregarle la marihuana, oyó ruidos raros y se piró. Y me dejó sola. Y me detuvieron. Bueno, no os lo voy a contar otra vez. Y ni siquiera se ha disculpado. Esta vez sois muchas más las que decís que me olvide de él. Pero chicas, ¿eso cómo se hace? Yo sé que esto es muy raro, quiero decir, ¿cómo se puede querer a alguien que te hace daño? Mi madre dice que el cerebro no funciona con obviedades. Supongo que es eso.

No está enfadada conmigo —ya os dije que vino a buscarme ella a la comisaría y se fue con una señora que me ayudó y que casualmente conocía—. No está enfadada, pero casi lo preferiría. Ayer estuve con ella en un hospital que ayuda a los necesitados colocando la ropa que la gente lleva para los que no tienen nada, que cada día hay más con eso de la crisis —me estoy sacando el curso de manipulación de alimentos para ayudar en el comedor—. Total, que mi madre no me ha castigado. Ya os dije que ella es la hostia, no como la mayoría de las madres, que se vuelven locas. No me ha castigado porque dice que no ha habido mala intención por mi parte. Dice que tampoco me sienta culpable, que la culpa solo sirve para llevar la atención a mi sistema de valores y restaurarlo, lo demás es tortura. Yo tampoco lo entiendo bien, dice que cuando sea adulta lo veré claro, aunque yo me considero ya adulta, ¿sabéis? Yo noto que con Micky me he hecho madurar. Os juro que lo noto.

Bueno, como estábamos allí, me puso un ejemplo. Había prendas de ropa en mal estado. Dice que hay gente que dona ropa destrozada porque las personas sin recursos la aceptarán. Como no tienen nada, algo roto es mejor que nada. Y me preguntó qué opinaba yo sobre eso. Le dije —menos mal que acerté— que no se dan cuenta de que eso está mal, que no lo hacen adrede. Y ella dijo que eso me ha pasado a mí con Micky. Que los que llevan ropa rota no

pretenden humillar a nadie, es solo que no entienden que no tener nada no implica no desear nada. Mi madre dice que lo único que no logra arrebatar la pobreza es el deseo de no ser pobre. Eso sí lo entiendo, quiero decir, nosotros no usamos la ropa rota o sucia, vamos, que ellos no son un cubo de basura. Bueno, pues dice que a mí me ha pasado lo mismo porque, según ella, Micky me ha manipulado.

Que las personas tenemos que exigir respeto, y que nadie puede ponernos condiciones para estar con nosotras como hizo Micky conmigo. Han de querernos por lo que somos, nunca por lo que hacemos. Yo le dije que nadie me obligó a nada, le llevé la marihuana porque quise. Y ella que no, que hay muchas maneras de manipular a la gente. Y que él sabía que yo lo iba a hacer y se aprovechó de eso. Dice que se llama abuso de poder. Pues yo no estoy de acuerdo. Para nada. Según ella, la mejor forma de esclavizar a una persona es hacerla creer que es libre (*WHAT???*). Menos mal que llegó la directora del hospital, que es amiga nuestra, y se puso a contarle unas movidas muy raras porque está empeñada en que a su hermano y a su sobrina —que murieron en un accidente de coche— los mató otra mujer. Total, que mi madre dejó de rayarme. Bueno no, al final me dijo que hay que ayudar a los demás pero que la primera a la que tengo que ayudar es a mí misma. Que tengo que quererme porque el amor empieza en mí. También me ha dicho —y esto es MUY *HEAVY*— que en realidad no estoy enamorada de Micky. Como lo oís. Que el amor verdadero se basa en la libertad y yo solo quiero regalos. ¡Regalos! Que me haga caso, dice que eso son regalos. Según ella, un día me voy a enamorar realmente y solo buscaré la felicidad del otro. Sea conmigo o sin mí. Y él igual.

La verdad es que nunca le había escuchado a mi madre semejantes tonterías. Cuando uno ama quiere estar con la persona amada. Eso es obvio, ¿no creéis? Quizá ella no ha vivido un amor tan grande como este que yo siento. La verdad es que me veo sola. Como si me hubieran echado una sábana encima. Pero, a la vez, me siento valiente. Y si tengo que hacer esto sola, lo voy a hacer. ¿Vosotras qué pensáis? Os quiero. Os adoro. Hasta pronto.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, septiembre de 2007

Su amiga Ana se divorcia de su marido porque no es mujer de casa ni de casarse. Y eso hay que celebrarlo. Pero Marina sabe que la verdadera razón se llama Carolina, tiene veintiún años y más silicona en los pechos que un grifo sin cal.

—El hijo de la gran puta, Marinica, ha pasado dos meses cantando eso de «*la dulce niña Carolina, no tiene edad para hacer el amor*», y yo, como una idiota, haciéndole los coros, Marinica; yo creía que solo estaba alegre y le contestaba «*el*

diablo está en mi vidaaaaa, pequeña Caaaarolina, vete por favoooor». ¡Como una idiota, Marinica! ¡Pero cómo vamos a competir con niñas de veinte años y las tetas como sandías! ¡No tenemos nada que hacer! ¡Que tenemos dos hijas, por amor de Dios! —grita Ana, desbordada por el llanto.

Marina ha visto en una serie a una mujer haciendo una despedida de casada. A Ana le gusta la idea, quiere hacer locuras, y si son sexuales, mejor. Ha aceptado la reunión de *tuppersex* que Carolina, otra Carolina, lleva años proponiendo.

Será en casa de Marina, ahora que la tiene para ella sola. Es la oportunidad para lucir la nueva litografía del puente de Brooklyn al anochecer. La ha colgado en el salón, enmarcada en un cuadro de los chinos, pero parece de los caros. De picoteo sándwiches rellenos de verduras y mayonesa casera. Y tres pizzas congeladas, pero de las caras. Nueva York está repleto de pizzerías y en las series americanas siempre las toman. Es un aperitivo elegante.

La tal Carolina, con un discurso que pretende ser natural, pero suena más que ensayado, abre una maleta llena de aparatos. Marina los califica como galácticos. Su comentario recibe buena acogida entre las amigas de Ana, que son cinco y están un pelín más gordas que ella, que lleva una semana a pechuga de pollo —sin empanar — y patata hervida.

Una a una les coloca un antifaz. Plumas muy suaves por los brazos. Ana grita como una posesa bebiendo ginebra con tónica, pepino y unos granitos de café. La ronda de vibradores arranca las carcajadas de todas, sobre todo el fresón, que tiene forma de esponja y se puede sumergir. Las amigas de Ana se sienten cohibidas con los arneses de masaje, pero no por el producto, la mayoría sabe colocarlo, sino por las vulgares risotadas de la que se divorcia. Se miran entre ellas. Algunas ríen con disimulo. Ana le arrebata a Carolina un frasco de lubricante de mango para verterlo en su propia copa.

—¡No! ¡Por favor! ¡No puedes beberte eso! ¡Además, ese no es el probador!

—Cállate, puta; tienes nombre de puta —contesta Ana derramándose el gintonic por el escote. Al mirarlo le sale papada—. ¡Alegría! ¡Alegría!

Marina se siente obligada a poner orden. Hay además una motita de satisfacción ante la actitud de Ana. Como una miga de pan que le acaricia la garganta.

—Creo que ya es suficiente, querida —dice colocando un brazo sobre su hombro. Le encanta referirse a alguien como «querida», es de lo más selecto—. Estás haciendo el ridículo, eres mi mejor amiga y no puedo permitirlo.

Ana la mira con seriedad para desternillarse de la risa. Ginebra a la alfombra.

—Yo. El ridículo yo. Marinica. —Entre las risotadas, picotazos de saliva. Alguien murmura un muy poco compasivo «pobrecilla»—. Pobrecilla tu puta madre

—contesta Ana arrastrando las palabras, como si las vomitara—; y tú, Marinica, no hables de hacer el ridículo. Precisamente tú. Están abajo los periodistas, ¿les pedimos que suban a ver quién hace el ridículo?

Marina sonríe ante el michelín que se le escapa a su amiga del pantalón.

—Vamos, Ana, levántate —dice disfrutando de su propio saber estar. Gracias al *mindfulness* ya no pierde los nervios—. Vas a tirar la comida.

—¿La comida? —Palpa la mesa en busca de ginebra—. ¡La mierda que has preparado, querrás decir! ¡Te crees la Preysler anunciando bombones y eres una palurda, Marinica, una palurda! ¡Mucho Nueva York, mucho Nueva York! Chicas, habéis oído hablar de Andrés y Elvira Barrios, ¿verdad? —Todas escuchan muy atentamente. Claro que han oído hablar de ellos. La historia revolucionó el país, estaban todo el día en la televisión y después murieron en un accidente de coche—. Marina era la madre de Elvira y la mujer de Andrés. —Eructa. Todas abren mucho los ojos. Algunas se tapan la boca.

Marina le debe a Ana un favor: declaró que la noche que murieron Andrés y Elvira estaba en su casa. Hoy se lo ha devuelto. No volverá a ver a Ana nunca.

Granada, 5 de noviembre de 2008

Sudor helado reptando por la espalda. Marina se precipita por la carretera de Jaén en dirección a la autovía, corriendo sin correr. Está muy oscuro, no sabe qué hora es, cuánto tiempo hace desde que comió con Carmen en el turco. Los coches zarandean su abrigo. Camina por el arcén. La melena encrespada, casi con rizos. Parece que haya atravesado una tormenta sin paraguas. Quiere correr y no detenerse hasta llegar a Nueva York y a su vida de periodista y restaurantes caros. A la vida que la suerte le adeuda, esa que es suya por derecho, la que merece más que nadie en este mundo. Mucho más que esa maldita Carmen Salvaterria. Suda por la fiebre. Camina para no morir, aunque va a suicidarse.

La noche toma la ciudad, ni una sola estrella, es todo noche sumida en la violencia de un negro raso como el satén que, como si estuviera fumando, devuelve al mundo las caladas en forma de vaho helado.

Los rostros de su hija y su marido flotando frente a ella. Polvo en los ojos. Llora veneno que le abrasa las mejillas. Ya no hay culpa. En el rostro mucosidad, lágrimas y mechones de pelo. Ya no siente el delito al afirmar que no quiere a su hija, que se alegra de que esté muerta.

Una cuerda de las que la unen a la especie humana se desata: los padres aman a sus hijos por pura supervivencia, es un amor que la naturaleza coloca en ellos para asegurarse de que no abandonan a sus crías, para que la especie no se extinga. Un putero y una borracha, el dúo perfecto para los platós de televisión. Y ahora están muertos. Marina escupe.

Los coches le dan el claxon. Gritan improperios. Solo una luz al fondo, en la glorieta donde termina la carretera y comienza la autovía que sale de la ciudad. Cada vez está más cerca. Imagina a Carmen Salvaterria. Qué sabrá ella de la vida, qué sabrá ella desde sus guantes de terciopelo y sus pendientes de nácar lo que tiene que luchar una mujer. Qué sabrá esa tiparraca que cree saberlo todo.

Suerte. En varias ocasiones ha dicho suerte con su maldita voz de timbre a la hora de la siesta. «¡Qué mala suerte, Marina!». La menstruación en los muslos. Servilletas del turco en las bragas a modo de compresa. Suerte. Marina trae a su mente la tesis inacabada en la que tanto trabajó sobre la diosa Fortuna.

Pisa un hueco en el que la baldosa está rota y cae al suelo. Consigue frenarse con las manos. Se desgarran. La derecha sangra. Se levanta de inmediato. Reanuda la marcha a toda velocidad.

—¡Vete a la mierda, hijo de la gran puta! —le grita a un coche que le da las luces largas. El deseo de lavarse las manos, de chupar el polvo, incluso, le resulta insoportable. Tiene la sensación de estar convirtiéndose en piedra.

Fortuna. La más caprichosa del Olimpo. La que ha decidido reír a su costa, la que gira la ruleta del azar repartiendo los males. Su abdomen se retuerce como si estuviese lleno de serpientes. La mayoría de las farolas rotas, la única luz la de los coches, que lo llena todo de puntitos dorados y rojos. En la tesis quiso demostrar que la diosa Fortuna no ataca por azar: solo embiste a los más fuertes, a aquellos humanos tan extraordinarios que están a punto de convertirse en dioses. Fortuna y su mala suerte arremeten contra ellos para que ningún mortal logre entrar en el Olimpo y convertirse en una divinidad. Es la fuerza que equilibra al débil y al fuerte. El débil solo puede aspirar a tener buena suerte. El grande es asolado por la mala. Se la envían los dioses. Para que no se convierta en uno de ellos. Qué importa ya eso.

—¡Que te jodan, cabrón!

Abandonó la tesis por el embarazo, igual que la carrera, a tan solo seis asignaturas de licenciarse. Por culpa del putero de su marido y la borracha de su hija nunca tuvo tiempo para terminarlas ni dedicarse a su verdadera pasión: la moda. Escupe. Y todo aquello, ¿para qué? Solo merecen estar muertos. Vuelve a tropezar, cae de costado. Medio cuerpo al asfalto. Se golpea la cabeza. Un Mercedes negro gira con violencia para evitarla.

—Cretino... —murmura Marina frotándose las costillas. Una mano llena de

dedos lucha en su garganta por salir. No puede más. No hay un alma en la calle.

No ve al Mercedes negro detenido en el arcén. Y su conductor fuera. Y chocan.

—¿Estás bien? —pregunta el dueño del coche sujetando a Marina del codo. Su nariz es desproporcionada en relación con el resto de la cara, parece un loro.

—Sí. —Intenta escapar, pero el del Mercedes no se lo permite.

—Tranquila, fierecilla... —Con el brazo libre le acaricia la mandíbula. Marina da un codazo al aire, pero no consigue liberarse, tiene lava dentro—. ¿Por cuánto?

Un camión hace sonar el claxon. El pavimento vibrando. Sueño en el estómago. El hombre no la mira desde los ojos, sino desde la nariz. La huele, como el macho que husmea a la hembra antes del apareamiento. El labio superior sutilmente elevado, una erección en el pantalón de traje, hambre en las manos. Marina siente una arcada. Sed. Una taladradora en la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Carmen.

—Carmen... Qué nombre tan... —Parece confuso—. ¿Por cuánto, Carmen?

Entonces algo se rompe dentro de Marina. Un órgano. La sangre. La grasa. El calcio que acumulan sus huesos tal vez. Algo se parte y deja de funcionar. Pero está viva, y esa es la única verdad que admite el ser humano. La verdad nada tiene que ver con la opinión mayoritaria o con el credo que sobrevive a los años. Verdad es lo que hace que la especie no se extinga, ya que si el ser humano desaparece la verdad también lo hará por no quedar nadie que la conciba. Esa es pues la única evidencia: solo es verdad aquello que nos permite seguir vivos.

—Dos mil euros.

—¿Dos mil euros? —La nariz de loro ríe de manera exagerada. Acentúa cada «ja» y lo separa del siguiente—. ¿Quién te crees que eres, Julia Roberts? Te doy quince si me la chupas.

Saca un billete de diez y uno de cinco. Se abanica con ellos la enorme nariz. La voz muy ronca. Lo ilumina un coche. No es muy alto. Un poco grueso, no mucho. Al ver los billetes iluminados un espasmo de electricidad recorre el cuerpo de Marina: necesita esos trozos de papel para existir, para que su historia no termine. Se pregunta entonces para qué quiere mantenerse con vida y no sabe responder. Está muy nerviosa. La orden obedece a algo que sobrepasaba su inteligencia. Fortuna hace girar la rueda frente a ella riendo como una niña traviesa. Fortuna está en el centro de la carretera, los coches la atraviesan. La mira desde su cuerpo de mármol, no tiene pupilas, sonríe.

—¡Quieta, fiera! El dinero después del trabajo.

La garra de Cristo el Loco, su uña sin cortar, llena de mugre, vuelve a acariciar su sexo sobre las bragas. Y otra vez sangra, aunque por razones distintas: ahora es

una mujer menstruando y no una niña a la que le rompen el himen, preocupada por quedarse sin hacer la primera comunión si no se hace amiga del indigente que, según los vecinos de Lújar, habla con los muertos. El reloj biológico se ha roto si la mujer tiene más miedo que la niña. Si la mujer llora sobre el pantalón de traje mientras la niña se deja tocar con valentía.

Cinco minutos más tarde, entre el olor a sexo y a pino y a filtro de calefacción sucio, la inmensa nariz de loro indica a la prostituta que, si quiere cobrar, primero trague.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Jue/06/11/2008 01:23

Querida Dolly:
Ya. Ya sé que te he dejado en tu casa hace diez minutos. Ya sé que acosar a una inspectora de policía no es una buena idea. Pero me siento libre, Lola, y eso es lo que más me gusta de ti.
Menos mal que me has dejado llevarte a casa. Me quedo más tranquila. El barrio al que te has ido no me gusta nada. Tiene la carretera de Jaén al lado, con la de droga que se mueve en esa zona y todas las prostitutas... No tienes que esconderte de nadie, Dolly, ahora que has vuelto de Gijón, te recuerdo que tú solo hiciste tu trabajo —y no, tranquila, no voy a volver a sacar el tema.
Cuando volvía he visto a una metiéndose en un Mercedes, ¿sabes? Y con unas pintas... Las pobres..., dicen que las enganchan a las drogas y claro, chupando cosas por ahí para pincharse. Tú imagínate cuando Blas y Currito empiecen a ir a tu casa... es una zona peligrosa para los niños.
Bueno, no quiero seguir hablando de nada feo. No sé ni para qué te digo todo esto. Te escribo porque ha sido genial estar contigo a solas, en mi casa, sin miradas. No puedo sacarme de la cabeza el *paroles et paroles et paroles*. Ha sido genial, Dolly. Y sin prisas, como tú dices. Solo somos dos buenas amigas que se ven de vez en cuando. Sin prisas ni compromisos. ¿Puedo decir que has estado mejor que nunca?

Leonor

Granada, 6 de noviembre de 2008

Las prostitutas, cuando tienen la regla, ¿qué hacen? No trabajar. Claro. Tiene sentido que se tomen esos días de descanso teniendo en cuenta, además, que no disponen de fines de semana. Es cuando más se esfuerzan, eso lo sabe todo el mundo. Pero Marina no es exactamente una prostituta pues solo está dispuesta a trabajar con la boca. Cualquier otra parte de su cuerpo, tapiada.

De los quince, ha gastado ocho euros en chocolate con leche, dos en tampones y cinco en champú; uno muy bueno que densifica el cabello. Evita la mascarilla que la parte trasera del bote recomienda tras el aclarado. Se siente muy orgullosa de sí misma al hacerlo.

El azúcar calma durante unas horas la angustia y la pena que le provocan la menstruación. Marina se concentra en la época en que tomaba anticonceptivos, cuando no había calambres ni tristeza. Intenta por todos los medios obligarse a pensar que no es una mujer. No puede permitirse serlo.

El parque de Fuentenueva la ha acogido una noche más, agarrada a los dos billetes y vomitando en dos ocasiones. Le ha dejado la boca caliente y seca. En la primera restos de patatas fritas, en la segunda solo bilis. Lluvia a ratos. Al fin se pone el sol. Ha esperado todo el día entre carritos de bebé para lavarse el pelo en una fuente. Está decidida a trabajar en equipo consigo misma. Tan solo ha de juntar dinero para algo de ropa, la más barata en cualquier bazar chino, y reservar una habitación de hostal para poder ducharse. Ya tiene el champú. Parecerá una persona dentro de poco. Con un trabajo. La diosa Fortuna no tiene ni idea de con quién ha topado.

Se encamina otra vez hacia la carretera de Jaén, donde la noche anterior encontró a su primer cliente. Se topa con una goma del pelo a la altura de los juzgados y la recoge con disimulo. Declina palabras de manera compulsiva. Lluvia suave, sin ruido, las gotas solo existen si los faros de los coches las alumbran. *Rosa, rosa, rosam, rosae*. Calan más que el aguacero, como si se fuesen acumulando poco a poco, sin pedir permiso. *Bellum, bellum, bellum, belli*. Cientos de personas a su alrededor con aspecto de sábado: cenas, citas, fiestas..., pero nadie va a vender su cuerpo. El pelo, aún mojado en las raíces, le hiela el cráneo como si llevase un casco de mármol. *Vesper, vesper, vesperum, vesperi*. Punzada de asco en la garganta, densa y pastosa, al recordar al dueño del Mercedes y la enorme nariz de loro. *Dux, dux, ducem, ducis*.

Sabe que el motivo es la regla, pero ello no le impide estimarse separada del mundo, en una triste lejanía color añil que le provoca indiferencia absoluta ante todo lo que escucha.

El semáforo en rojo. Un gran póster en la puerta de una cafetería donde la modelo huele una tarta con gesto sexual. Marina lleva la mano al bolsillo y parte

una onza de chocolate. Se quiebra con forma puntiaguda.

Una mujer la empuja al cruzar. Anda con la seguridad de quien lleva unas preciosas botas nuevas. El peatón en verde, Marina no es capaz de moverse. Pleamar de paraguas. Tan solo ha transcurrido un mes desde que llenó el carro de la compra por valor de cien euros. Tres semanas desde que se hizo la cera o condujo su propio coche. Recuerda el vip de la vitrocerámica al encenderse, el relajante sonido del agua impactando contra la cerámica del plato de ducha, el diminuto estallido de la madera de un armario al cerrarse. Un tampón dentro de su sexo. Precintado.

Respira con el abdomen, como le enseñó su maestro de *mindfulness*. Tenían razón sus vecinos, no es más que una puta, ya desde niña, ya desde que con nueve años se dejó manosear por Cristo el Loco. Y tiene razón su madre cada vez que insiste en lo inútil que es, en la de problemas que le ha dado desde el escándalo del pueblo a los nueve años, como si no tuviera ella suficiente con ser la primera divorciada de Lújar, con la de palizas que aguantó por su culpa, como para que le saliera la niña puta además de tonta.

En una hora y media alcanza el punto en que encontró al dueño del Mercedes y la nariz de loro la noche anterior. La lluvia la bautiza. Impacta en su cabeza como pequeños deditos de bebé haciendo presión sobre ella. Varios coches hacen sonar el claxon y uno le da las luces, pero no para. Se acerca al borde de la acera como si se estuviese empujando a sí misma desde atrás.

—Oye, tú. ¿Qué haces?

—Ya te vimos ayer.

Dos mujeres. Prostitutas vestidas con la grosería de cien casinos. A la espalda de Marina. Muchos años fumando. Roncas. Marina cree que se ha congelado. Los oídos con pulso. Pitan. El corazón deja de latir para no hacer ruido. Un grupo de cinco mujeres, que parecen haber surgido de la oscuridad, se colocan frente a ella. Cuatro se cruzan de brazos y una mira en todas las direcciones con aspecto nervioso. No las ve bien. No hay luz. No hay nada. Son todas prostitutas.

—¿Tú se crees que podéis venir a nuestro calle a quitarnos clientes? —Es extranjera. Los coches rugen ante el grupo.

—Qué pasa, ¿eres muda? —Se trata de un hombre, un travesti, lo sabe solo por la voz.

Se distingue el vaho que expulsan al hablar. Rodean a Marina en círculo. Las baldosas se le muestran con extrema lucidez, como si algo las estuviera alumbrando, forman cuadraditos. Una de las prostitutas tiene un teléfono. La luz azul de la pantalla impacta en su rostro, maquillado sin piedad. No consigue disimular los hoyos. Marina tiene miedo. No reacciona. Es consciente de que la han acorralado. Hay cinco mujeres, pero Marina adivina seis, la última la diosa Fortuna, ataviada

con su toga blanca e inmaculada. Ríe como la que más. Su ruleta gira.

—Yo ya me iba... —murmura intentando librarse de ellas. Al girar choca contra la que es un hombre pero parece una mujer. Lo parece mucho más que ella misma. No duda en empujarla con fuerza y devolverla al centro del círculo. Al suelo.

—Tú no vas a ningún sitio —dice una rubia con el pelo quemado por la cintura.

Profiere una patada en el costado de Marina, que ella recibe como una cristalera partiéndose en mil pedazos. No respira bien, los pulmones con cemento. Sin embargo, hay algo agradable en la patada, algo familiar. Su padre, sus palizas, su infancia. El dolor es insoportable, pero a la vez satisfactorio. Como si estuviera en casa al fin, como si la pesadilla de las calles hubiese terminado.

—Chicas, chicas, ya está bien, vámonos —dice la prostituta que lleva un móvil en la mano—. Dejadla. Ya lo ha entendido.

—Cállate, siempre estás igual. ¡Vete tú si quieres! —grita la única pelirroja del grupo.

Nueva patada en la parte baja de su espalda. Le clava el tacón. ¿Quince centímetros? Marina aúlla de dolor, pero es feliz. Quiere rogar más golpes, que no paren nunca. Fortuna se arrodilla a su lado. Regia. Pálida. Hermosa. Como un cadáver que vuelve a la vida con la belleza de la muerte. Sonríe con la malicia de un niño endiablado desde sus ojos blancos, ciegos, sin pupilas. Es una estatua. Pero está viva. Le acaricia la frente.

—¿Te queda claro que esta calle es nuestra?

Recibe esta vez una patada en la cabeza. Su vista tiembla como si hubiera gas. Algo se desplaza dentro del cráneo. Los oídos pitando. Marina ya no entiende nada, no sabe lo que está sucediendo, quiénes son ellas, quién es ella. Necesita más dolor, estar en casa. Reconoce a Fortuna que sonríe a su lado. Silenciosa. La cara ardiendo, las gotas de lluvia la abrasan. Siente mucho miedo ante el rostro de la diosa, nívea, del color de las perlas. Sonríe como una princesa rusa. Está arrodillada sobre el asfalto. Ella no se moja.

—¡Dejadla en paz, joder!

—Y esto me lo quedo yo.

La desnudan. Ya no lleva el abrigo puesto. El frío aumenta, está a punto de nevar. La prostituta que es un hombre tiene los rombos de las medias de rejilla rotos. Coge un pequeño bote que le ofrece otra. Que sigan pegándole, suplica Marina.

—Te vas a enterar de lo que vale un peine, bonita.

El hombre introduce el frasco en la boca de Marina después de propinarle un puñetazo que la hace sangrar. Sonríe. La hace tragar algo agrio, helado. Marina tose. Y tose. Se ahoga. Tose. No sabe qué es ese líquido que le han dado a beber, pero sabe muy agrio. Todas huyen a la vez. Marina tose y vomita espuma avinagrada. La

prostituta del móvil se ha quedado con ella. Parece tener miedo a tocarla. Tose. Grita al móvil que es una emergencia, yo me la he encontrado así.

Marina ve las caras de su hija y de su marido. Se miran con cariño al decir que se van. La de la prostituta que es un hombre, la del director del banco que no quiere devolverle el dinero que invirtió. Ve el rostro de Carmen Salvaterria pronunciando la palabra «suerte», el de Leonor, el de los periodistas. Su instructor de *mindfulness* le dice que sienta el milagro de estar viva. Su madre la llama tonta, Cristo el Loco acaricia sus bragas con una garra, su padre le patea el costado. Dan vueltas y se mezclan. Giran cada vez más rápido. Se convierten en una ruleta sujetada por una diosa blanca. Con las cuencas de los ojos vacías, ciega de blanco. En cada golpe de tos, Fortuna, delicada y cortés como una refinada princesa, esboza una sonrisa juguetona. Se tapa la boca con una hermosa mano de mármol. Marina descansa al fin.

Está en casa.

Granada, 6 de noviembre de 2008

Una copa de vino en la mesilla de noche de Carmen y otra copa en la de Arturo. Como pompas de jabón seccionadas por la mitad. En el fondo los restos de un líquido tinto, como un rubí sumergido en sangre. Irradian un brillo diamantino. Sus aromas danzan en aros alrededor del vidrio, huele a madreselva y madera. A vino. A sexo.

Carmen lo percibe en la garganta, como si bebiera otra vez. El cuerpo de su marido sobre el suyo. La boca avinagrada. Un germen de luz en sus cuerpos. La diminuta lámpara, junto a las copas, emite una claridad del color de las brasas. Una camisa que ha perdido el equilibrio descansa sobre ella. Y un sujetador negro, que cuelga de un tirante como un escalador con cuerda.

—Contesta, Arturo... —murmura Carmen en un bisbiseo afrutado. El móvil de su marido suena con demasiada insistencia.

Arturo le sujeta el cuello con el brazo derecho, ella se aferra a la sábana con la mano, empuja su pelvis hacia él. El frenesí demanda impactos más fuertes. Arturo se resiste con inmensa dificultad al advertir las uñas de su mujer en el hueso sacro, como un tigre que se afila las garras.

—Déjalo sonar.

—Me estoy desconcentrando... —ronronea Carmen desde la garganta. El

interior de sus muslos se contrae.

Arturo acelera el ritmo y Carmen los jadeos. Se aferra al pelo de su marido, como a un matorral, codazo y copa al suelo. Suena sin romperse como cualquier objeto que cae sobre una alfombra. En un impulso violento utiliza el abdomen como punto de apoyo para hacer rodar su cuerpo sobre el de Arturo y colocarse encima de él. Los ojos grises se posan sobre su nuez. El sudor a ambos lados como el río que salva una roca en su curso.

—Ese es el del hospital, Arturo; ahora sí tienes que cogerlo.

Carmen se libera de su cuerpo y aparece de pie junto a la cama en cuestión de segundos. Pierde el equilibrio y cae contra la puerta al armario.

—¿Me lo acercas, por favor? —pregunta su marido cubriendo su cuerpo con la sábana. Rechaza el cobertor, molesto.

—Arturo, urgencia —dicen al otro lado del aparato—. Un desgarro esofágico como la copa de un pino. Tienes que venir. Lo siento, macho, por llamarte a estas horas, pero tienes que venir ya.

—¿Autolisis? —Arturo se levanta de la cama y sujeta el móvil entre la cabeza y el hombro. Un calcetín en el pie, el otro perdido en la maraña de prendas que hay en el suelo.

—Huele a intoxicación, pero no está claro. No hemos dado todavía parte al Juzgado de Guardia, ven lo más rápido posible, tío, por favor.

Melquíades maúlla al otro lado de la puerta, con hambre. No está de acuerdo con la dieta que sus dueños le han impuesto. Un gato gordo. Bueno, y qué. No va a desfilar en ninguna pasarela.

Granada, 6 de noviembre de 2008

Betty relee la misma frase de *Noches blancas* con los ojos incendiados en llanto. Solo quiere vivir en esa realidad. Su melena, negra como una pantera y espesa como la de un león, le enloda el rostro.

—«¿Y ya con qué voy a soñar, cuando he sido tan feliz despierto? ¡Bendita sea usted, niña querida, por no haberme rechazado desde el primer momento, por haberme dado la posibilidad de decir que he vivido al menos dos noches en mi vida!».

Con la yema del dedo, como un algodoncillo, acaricia las últimas cinco palabras.

—«Dos noches en mi vida».

Las repite en un arrullo que solo interrumpe su respiración, obstaculizada por la mucosidad. Es una locura, se dice ignorando las zapatillas al ponerse en pie. No puede divorciarse. Solo hace seis meses que se casó. Nadie lo entendería. Pasa un pañuelo por la nariz sin sonarse. Lo dobla para secar las lágrimas con la parte limpia. Los calcetines de búhos empapados del frío del mármol. La Alhambra arde como una hoguera que la lluvia no consigue apagar. Sola. En mitad de la noche. Betty la ve a través del cristal del salón sin ver, maquillada con el pigmento de la lumbre, como si fuese un espejismo, un sueño.

Llora en silencio frente a ella. Le parece que también la Alhambra llora al ver sus propias lágrimas que el reflejo del cristal devuelve cayendo por la torre de la Vela y no por sus mejillas. Es una locura. Divorcia los brazos para abrazarse. Las costillas le arden como si las marcara con un hierro al rojo vivo. Tiene la espalda llena de cardenales. Aparta los brazos con la misma suavidad que devuelve a un recién nacido a su cuna.

Como si hubiese recordado algo de repente, corre sobre la única luz y la apaga. La oscuridad se lo traga todo. Mucho cuidado para no hacer ruido con los talones descalzos. Es una locura. Se alegra de no haber pedido cita con el abogado, será ella la que ponga fin a la situación. Nada de agentes externos que no entienden sus circunstancias. Primer ronquido de Jonás, su marido. Betty ya puede irse a la cama. Él ya duerme. A oscuras, iluminada por la pira de arcilla que le parece la Alhambra, palpa la manta de lana en el brazo del sofá. El mando de la televisión encima. Casi al suelo. Las costillas ladrando al sentarse.

«Decir que he vivido al menos dos noches en mi vida». Tapa la nariz para ahogar los gemidos. ¿Cómo va a comprimir esto en los ciento cuarenta caracteres de Twitter? Por primera vez en años, Betty se siente fuerte. Quizá no es una locura. El protagonista de una novela nunca muere, si vuelve a empezarse el libro, está vivo. Solo tiene que volver a empezar su historia, regresar a la parte en la que era una mujer y no un cadáver. Retomar en ese punto la novela y darle un nuevo final. Por primera vez en años se siente con valor para reescribir su biografía porque ahora, ahora que «ha vivido al menos dos noches en su vida», vislumbra el resto plagada de noches como esas.

Los ronquidos de Jonás, su marido, acompasan la lluvia como una tuba, que se evapora antes de caer sobre la Alhambra. Tiene un millón de velas en la base.

Granada, 6 de noviembre de 2008

Marina no reconoce esta forma de existir. El sonido y la imagen los de siempre, pero más despacio. Como si hicieran cola porque hay demasiados. Amarillos y blancos se deforman monstruosamente en densos lodos repletos de grumos. Azules y verdes dan a luz a mucosas con aspecto de gelatina que chorrea por las paredes. Fogonazos. Oye voces, al principio claras. Al poco se deforman en lo que parece el maullido de un gato.

—Secreciones mucosas con vetas de sangre, es un Mallory-Weiss.

—¿Endoscopia? Está expulsando demasiada.

—Tiene que decidirlo Arturo. Está llegando.

Las masas de colores y los sonidos giran en un remolino negro que se lo traga todo. El olor a hierro es repugnante. Quizá ya no está viva y aún no es capaz de reconocer la muerte. Quizá morir es comprender la fusión y no el fragmento. Los rostros de su marido y su hija también forman parte del torbellino anarquista. Se miran con caricia después de haberle dicho que se van. Marina vomita. Le parece que la sangre no se derrama sino que flota a su alrededor, como una pasta púrpura que atufa a chapa. ¿Por qué han parado de golpearla esas prostitutas? Necesita los golpes para sentirse a salvo.

—¡Arturo! —grita una voz—. ¡Arturo, rápido, por favor!

Una hermosa escultura, blanca como la escayola, se coloca en cuclillas al lado de Marina. La reconoce. Es la diosa Fortuna. Sonríe con comicidad maliciosa y atrapa el tifón negro entre los dedos. Al tocarlo se convierte en una perfecta ruleta que ella misma hace girar. Lleva un dedo de mármol al ojo derecho, blanco como el estuco, ciego, sin pupila, y señala con él al frente. Indica a Marina que mire en esa dirección, pero no consigue moverse. Fortuna repite el gesto con ceremonia, sonríe como lo haría un reptil, y tras un descomunal esfuerzo para girarse, Marina distingue la silueta de un hombre corriendo hacia ella.

—No, no, ¡no! ¡Que no se mueva! ¡Sonda de calor! ¡Rápido! Va a ser necesaria una transfusión de sangre.

La diosa Fortuna acaricia la frente de Marina sin dejar de sonreír. Parece recién salida de una avalancha de nieve, como una pieza de mármol viva. Su dedo está helado. Le muestra la ruleta girando y con los labios articula «Elvira».

—Elvira.

Tiene mucho miedo de esta mujer de marfil que ríe sin hacer ruido. Mueve los hombros ligeramente. Sonríe sin mostrar la dentadura, está ciega pero puede ver. Vuelve a llevar un dedo de nieve esta vez a la oreja derecha. Y sonríe. Golpecitos sobre ella, quiere que Marina escuche las palabras que pronuncia el tal Arturo al que todos llaman «doctor».

—Conozco a esta mujer.

Granada, 10 de noviembre de 2008

Marina reconoce la canción, pero no recuerda el nombre. El tema está versionado y por ello, a pesar de ser uno de los más famosos de la historia, ese que todo el mundo ha oído en el coche de sus padres, como banda sonora de un anuncio de perfume o en las bodas, no consigue ponerle apellido. En cualquier caso, le parece triste. ¿«We are the champions», de Queen? No, no es Queen. La canción tiene letra, de eso está segura, aunque solo oiga un violín en la versión que suena. ¿Puede tratarse de los Beatles? Quizá. Se oye muy bajito, como un papel cayendo al suelo.

—No. No se mueva.

Una mano en su hombro, como una pluma, con la misma elegancia de una mujer, en blanco y negro, que fuma con boquilla y coloca con honores la aguja de un tocadiscos sobre el vinilo. Ahora suena lo que parece ser ópera. La voz y la mano le leen el pensamiento.

—Es «Hallelujah», de Leonard Cohen, por la orquesta de André Rieu. Si le molesta, lo quito. Pero no se mueva, Marina, por favor.

El prudente aroma a Chanel N.º 5, el elegante sonido, la calidez a la que solo falta el crepitar de una chimenea... y la palabra «Marina». Oír su propio nombre la hace entender que no está muerta. Tampoco soñando. En un sueño tan refinado nadie hubiera dicho algo tan vulgar. Solo puede ser una pesadilla, una alucinación en la que Carmen Salvaterria ha dado con ella. La imagen de la prostituta que es un hombre y del dueño del Mercedes y la nariz de loro llegan a su mente como dos rayos envueltos en lluvia. Quiere gemir pero no puede. Está atada a algo. La boca seca, como si paladeara algodón, y un dolor generalizado que se vuelve insoportable a la altura de la garganta. Marina se siente drogada, le cuesta reaccionar. Y sed. Esa mujer la ha drogado. Los estores filtran una luz color azafrán que se tumba en sus ojeras.

—Marina, ¿me oye? —insiste Carmen.

Cada vez que se mueve el perfume lo hace con ella. Como una serie de sutiles y elegantes bocados de Chanel N.º 5. Entonces Marina recuerda lo que ha sucedido. Pero su memoria está molida. Le van llegando a la mente pisadas, perezosas, holgazanas, hasta que se recuerda narrando a aquella mujer su trabajo para Antena 3. Marina abre los ojos sin imaginar que las dos cuevas grises, como pozos de ceniza, pudieran encontrarse tan cerca. Le parece entonces que una monstruosa y descomunal ola de veinte metros rompe sobre su espalda y la fustiga con el látigo de la vergüenza.

—¿Me oyes, Marina?

Ya reconoce a la perfección a Leonard Cohen en la voz de una mujer con un tono tan agudo que solo puede ser una gordísima soprano. Se miran fijamente. Carmen sonríe como las madres ante sus bebés recién nacidos. Plancha con la mano las sábanas de tela y a continuación su mejilla.

—Tranquila, Marina. No sé si lo recordarás, pero mi marido, Arturo, fue el doctor que te atendió hace unos días. Estoy aquí por eso, me llamó al reconocerte. ¿Lo recuerdas? Te lo presenté con Julia y mi cuñada Beatriz. Betty. —Carmen sonríe con caricia.

Marina prefiere estar muerta. ¿Por qué ha ido a visitarla? ¿Para reírse? ¿Dónde está su ropa?

—No supimos a quién llamar, Marina, espero que no te moleste que haya venido. —Carmen se gira para arreglar unas rosas. Están solas en la habitación, no hay más camas ni pacientes—. Sabemos que... Bueno, Marina, para mi familia sería...

—¿Dónde estoy?

Le abrasa la garganta. En el hospital Virgen de las Nieves, informa Carmen. Su forma de vestir es demasiado jovial para un cuerpo tan adulto. Botas altas, pantalón pitillo, jersey ajustado. Marina lo reconoce: luce con más estilo y mejor figura que una quinceañera. ¿Cómo puede mantener esa figura a su edad? Ella ha pasado la vida a pechuga de pollo —sin empanar— y patata hervida, y el resultado ha sido medio kilo más cada año desde los treinta y cinco. Carmen la informa del desgarro esofágico, su marido es un gran gastroenterólogo, dice, estás en muy buenas manos. Avisó una mujer, una prostituta que quiso envenenarte, ¿cómo dices? No hables, tranquila. La han detenido.

Marina va recordando con desgana y apatía. La habitación es preciosa. ¿Cuánto tiempo lleva en ella? Más acogedora que una casa. Supone que de las privilegiadas del hospital, toda pintada en un color que ignora el deprimente blanco clínica. La luz que criban las cortinas es como la de una lámpara de sal. Atardece con pena. Ya no llueve.

—No, ella no...

No puede hablar. Está sujeta a un montón de tubos, en su garganta algo que nunca ha estado ahí. Carmen se gira y Marina descubre sus nalgas. Compactas. Valientes. Poderosas. Ha de estar operada, por fuerza.

—Tranquila, no te preocupes por eso.

—Carmen...

—No, Marina. Escúchame, por favor. Yo no soy quién para juzgar a nadie, solo te pido que me dejes ayudarte. Para mi familia y para mí sería un regalo que vinieses a nuestra casa a recuperarte. Luego te vas si es lo que quieres, Marina, pero, al

menos, deja que te recibamos en nuestra casa el tiempo que necesites para recobrar la salud. No me tienes que contar nada, si no me mientes lo prefiero, pero, Marina, yo no soy nadie para juzgarte.

Jamás habría imaginado que una humillación pudiese doler más que la garganta rajada. Hay algo, como un nido de serpientes en el abdomen, que la impulsa a vomitar sin éxito. Se oye el punteo de muchos zapatos en el pasillo y un vip continuo.

—Si lo prefieres, puedo llamar a Elvira, por supuesto —dice Carmen—. No sabía cómo actuar y pensé que lo mejor era esperar.

A Marina se le eriza la piel como a un lobo. Se ahoga. Una mano helada en la nuca. Parece que algo en su vientre le da un mordisco. Jadea. Se sofoca. Bufa. El colapso en el centro del pecho. Carmen conoce a Elvira. La conoció.

Carmen advierte la explosión y rectifica de inmediato con calma, evitando la alarma.

—Digo Elvira como quien dice otra persona, claro, si me he referido a ella es porque no dejabas de llamarla en sueños, pero no sé quién es y no he avisado a nadie, tranquila.

Una luz que sabe a libro antiguo se cuela por la cristalera. Es un fulgor que en Granada aparece durante veinte o treinta segundos antes del anochecer. Un final triunfante para la actuación del sol a lo largo del día. Marina es incapaz de contestar.

—No hace falta llamar a nadie, ¿qué te parece lo de venir a nuestra casa? —Carmen acaricia su rostro con mimo. El tacto de su mano es como lo ha imaginado, puro talco—. Marina, tus razones tendrías para mentirme, todos lo hacemos, no quiero que te sientas mal. Eres valiente, sé que vives en la calle, eres una luchadora y te admiro por ello. Nadie sabe lo que va a pasar con esta crisis de la que todo el mundo habla, pero soy consciente de que se ha robado tanto en este país, se ha engañado tanto, Marina, que las consecuencias son devastadoras. Y no para los que roban, no, el dos mil ocho es para los ciudadanos. Tú no tienes la culpa de lo que te haya pasado, eres una superviviente. Y yo, que soy una afortunada, me siento en la obligación de ayudarte. Solo responde al azar que no esté yo en tu posición y tú en la mía, créeme. Deja que te ayude. No necesito saber quién es Elvira, por qué me mentiste o la razón que te ha traído aquí. Solo necesito que me dejes ayudarte.

SEGUNDA PARTE

La intrusa

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Jue/04/12/2008 23:59

Ma chère Dolly...
C'est étrange, je ne sais pas ce qui m'arrive ce soir Je te regarde comme pour la première fois Encore des mots toujours des mots les mêmes mots Je ne sais plus comment te dire Rien que des mots Mais tu es cette belle histoire d'amour que je ne cesserai jamais de lire...

Paroles.
Et paroles.
Et paroles...

Leonor

Granada, 5 de diciembre de 2008

A Marina las fotografías antiguas siempre le han causado indiferencia. Tedio. Sopor. Todos dicen que son las historias elegidas para cruzar la frontera de lo inmortal. Momentos de neblina que capturan un instante y lo hacen eterno. Pero eso es pura cursilería. Marina es una mujer práctica que valora demasiado el tiempo para perderlo en los recuerdos de otros. Recuerdos que todos consideran especiales, pero son idénticos a los del resto de la humanidad. Eso es lo que más le fastidia de las fotografías antiguas: todas son iguales.

Si pertenecen a los sesenta, setenta u ochenta, los hombres, ahora sin bigote, lucen uno similar al de Freddie Mercury. Sujetan bebés feos y gordos que hoy soplan veinte velas. Casas mucho más humildes que las que ahora habitan. Sofás voluminosos en tonos oscuros, verdes o marrones. Las cortinas opacas y en color

huevo. Bordados de floripondios gigantes del mismo matiz. Qué mal gusto. Si las fotografías son más antiguas aún, pasa igual. La abuela, entonces una joven con el gesto más digno que consigue erguir, posa el brazo en el hombro de su marido. De traje y chaleco y corbata. Ella de pie y él eternamente sentado. Siempre en un estudio de fotografía que lucha por dibujar a los recién casados como gente de orden y dinero. Vista una, vistas todas.

Marina ni siquiera ha ojeado la cantidad de álbumes que Arturo y Carmen guardan en la habitación donde ahora duerme ella. En nada se diferencia el pelo a lo afro de Carmen y el antiguo bigote de Arturo, por fortuna rasurado en la actualidad, de los cientos que ya ha visto antes. Tampoco ha tenido mucho tiempo, además. En dos días lo sacaron todo de la habitación para regalarle el espacio por completo. Carmen se ha empeñado en que elija sus propios muebles. Una habitación ha de ser como la conciben los niños en el pilla pilla al gritar «¡casa!»: un refugio. Marina se ha negado, claro, no quiere hacerlos gastar —más— dinero en Ikea. Sin embargo, ellos no se refieren a ese tipo de enseres sino a una marca llamada USM. Suiza. La usan en el resto de la casa. Marina jamás ha oído hablar de ella. Tampoco ha visto nunca un brillo tan bonito como el de esos muebles, que resplandecen como si se les derramara el sol encima todo el tiempo. Nunca ha visto, a decir verdad, un lugar tan hermoso como el ático en que viven. El más alto de los de color teja en la plaza Bib-Rambla, el más alto de toda la plaza. Aún no se ha atrevido a salir a la calle.

Edades antiguas le son más cercanas y presentes que los últimos años, que los últimos días. Se acaricia la garganta. Aún le duele. Como si tuviera una estaca dentro. Las punciones de las vías en los brazos como picaduras de mosquito. Ni siquiera ha pasado un mes. Un mes que jura un año. Un mes envuelta en un silencio imposible de llenar.

Figuras como azotes de vidrio. La enorme nariz reina en sus pesadillas. Un precioso loro, cetrino y de maravillosas plumas, se convierte en un hombre de traje que aún conserva la nariz del animal. Entonces una prostituta hombre, mucho más mujer que ella, con las medias de rejilla rotas la amenaza con enseñarle lo que vale un peine. Y le enseña el peine, pero es una ruleta. Gira tan rápido que cae al suelo, donde la recoge una hermosa estatua viva, del color de la escayola. Fortuna ríe con majestuosidad. Sin alboroto. Sin pupilas. Sin alma. El asfixiante dolor en la garganta despierta a Marina. Arturo la reconoce para asegurar que todo está bien. Si es de noche, en bata. Parece un modelo de calzoncillos.

Carmen le ha comprado ropa. Buena. Bonita. Cara. Entrar en uno de sus vaqueros de la talla treinta y ocho se convirtió en una quimera de michelines y estrías y grasa que Marina no entiende cómo pueden estar ahí después de tantos años a pechuga de pollo —sin empanar— y patata hervida.

Se odia. Se detesta. Se aborrece. Ha sido muy miserable al pensar todas aquellas barbaridades sobre Carmen. Comprende, con un desconsuelo triste de sabor vítreo, que es un ángel que alguien ha puesto en su camino para salvarla. Vuelve a estar en una casa. En una cama. Separada de las calles. Ha llorado muchos días seguidos.

Marina jamás pensó que pudiera existir un ser como Carmen. Nadie cree en las personas buenas o malas. Porque no existen. Los que son malos amigos a veces resultan buenos maridos. Los que mienten pueden ser las personas más generosas. Los vengativos protegen a los suyos como fieras. Hasta ahora, Marina nunca se ha topado con una persona buena o mala en términos absolutos. Carmen Salvaterria lleva el bien por bandera, pero, a la vez, no deja que abusen de ella ni de los suyos. Está dispuesta a ayudar a todo el que lo necesite y lo hace porque de esa manera es feliz. Y no le importa de quién se trate. Le ha salvado la vida. Literalmente.

Nudillos golpeando la puerta. Marina emite un resquebrajado «adelante». Tose. La garganta agrietada. Vuelve a llover y está oscuro. No hay luna.

—¿Cómo estás?

Carmen se asoma con una caja y un libro muy fino en las manos. Parecen porcelana china. Marina no consigue leer el título. Dentro de la habitación se cuela, como niebla, uno de los violines de André Rieu, esta vez es «Romantic Paradise». Lo escuchan día y noche. Como respuesta, una sonrisa; Arturo le ha recomendado hablar lo menos posible.

—Verás, Marina, tengo una gran noticia —anuncia Carmen—. Dirijo un club de lectura durante unos meses al año, los de invierno. Empezamos en breve y me encantaría que asistieras. ¿Has pertenecido a alguno? Leemos un libro y luego lo comentamos. Esta será la primera lectura —le tiende el libro fino—, *La metamorfosis* de Kafka, por si te animas, ten. Es muy cortito. ¿Qué te parece?

Marina piensa que, aunque esté en casa, Carmen siempre luce como una recién nombrada Miss Noruega.

SI TÚ SALTAS, YO SALTO
El blog de Julia (y el tuyo)
Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

No sé cómo agradeceros todos vuestros comentarios. ¡Ciento siete! Os lo curráis un montón, además, porque hay muchos super superlargos. Gracias, amigas. Un millón de gracias. Y un millón de besos. Los que seguís insultando..., uf, no entiendo cómo se os va tanto la pinza, si no os gusto, ¿por qué me leéis? Las opiniones con faltas de respeto aquí no son bien

recibidas, así que lo mejor para vosotros es pinchar el aspa roja de arriba a la derecha. Y aire. Y tú, Policeman96, si sigues insultándome, voy a denunciarte. Me he informado y puedo hacerlo.

Hoy estoy *singing in the rain*. Porque cuando la vida nos da lluvia ¡hay que bailar! Bueno, la verdad es que ha pasado algo que hace que me duelan las costillas de tanto suspiro. Micky me ha dicho esta mañana que estoy guapa. Las palabras exactas han sido «estás guapa tú hoy, ¿eh?, rubia». Y no estaba fumado ni nada. Le ha salido de las tripas, como un estornudo. ¡Sigo supernerviosa! Tengo tantas ganas de que llegue mañana... A lo mejor me dice algo más ahora que estoy alerta, porque no he sabido reaccionar y me he quedado callada. *Fuck!* Pero, bueno, es más fácil soñar que ser, eso solo lo entiende quien está enamorado. En mi cabeza tenemos conversaciones de cinco horas y luego no me atrevo ni a darle los buenos días. Pero no pasa nada, porque nos queda toda la vida para estar juntos.

Está viviendo con nosotros una amiga de mi madre y me cae superbién. Se llama Marina. A veces le cuento cosas de Micky y me escucha muy atenta. Dice que todos los hombres son unos cerdos, que lo mejor que puedo hacer es olvidarme de ellos. Piensa como tú, Selene14, que siempre me pides que te mande un saludo desde el blog. ¡Aquí lo tienes, preciosa! Me hace mucha gracia la forma en que lo dice Marina, aunque también me da pena. Me da mucha pena la gente que no sabe lo que es esto del amor, como un pacto con las estrellas fugaces, como el verano, como la verdad. Yo creo que la única verdad es el amor. ¿Qué pensáis vosotras? ¿Creéis que hay algo más importante, más real? ¿Alguna vez habéis estado enamoradas? Compartid cómo lo habéis vivido con el resto de ciberamigas, *porfi*. Me encanta leer vuestras opiniones, ya lo sabéis. Eso y que os quiero. Y que os adoro. Y que hasta pronto.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, febrero de 2005

Andrés y Elvira caminan delante. ¿A quién se le ocurre venir con tacones a la playa, Marina? Venga, mamá, joder, que te pesa el culo. Es que lo de meterse en la arena es nuevo, ¿no íbamos a comer a un chiringuito? Y tú haz el favor de no decir palabrotas, Elvira. Arena fría, mar de invierno, viento. Con lo a gusto que estaba ella comiendo en Granada. En cualquier restaurante, pero en Granada, sin la humedad que le apiña el pelo y se lo deja grasiento. Para un día que salen a comer. Pero, bueno, la cosa es salir, porque ha pasado toda la semana a patata hervida y pechuga de pollo —sin empanar— y se le nota un poco en los muslos. Le sube el vaquero que compró en Sevilla con Ana, y eso no se ve todos los días. Pues nada, su marido y su hija la tienen que traer a la playa, a la playa en invierno, que no hay nadie delante de

quien lucirse, y para colmo quieren meter los pies en el mar. ¿Vienes o qué, Marina? Mamá, nos adelantamos nosotros que a ti te pesa el culo, tú espéranos pensando en tu blog de moda. Bueno, vale, os espero aquí, pero no tardéis que me quiero sentar ya en el chiringuito.

Marina tiene miradas unas clases de *mindfulness*, a ver si sirven para algo, no es que crea mucho en eso de la energía y la meditación, pero por probar. Ha hecho pilates, pero no adelgaza, al revés, se le endurecen las carnes, y eso no. Primero se adelgaza y luego se tonifica, eso de toda la vida. Se las recomendó su instructor, que deje el yoga para otro momento, primero *mindfulness* para que aprendas a trabajar el ego. A *kundalini* se la despierta cuando se duerme el ego, Marina; el cuerpo, después. Intenta meditar. Ya que está en la playa. Conéctate, Marina. El mar, huélelo, está vivo. Y las gaviotas, ¿las oyes? Toca la arena, siéntela, sé parte de la naturaleza. *Om Mani Padme Hum*. Pero el vaquero le aprieta mucho la barriga, ¿le está cortando la circulación? Se está poniendo roja. De pie. Arena en las palmas.

Andrés y Elvira en la orilla, sin calcetines, sin calcetines en febrero, vaqueros remangados, uno con pelos que se enredan como colas de cerdos y la otra depilada y blanca. Se salpican agua. Corren por la orilla. Qué frío, por Dios. Marina tiene hambre. Paella podían pedir. O fritura. Fritura no, que es mucha grasa. Pescadito a la plancha. Qué demonios, lleva una semana sin comer. Fritura. Aspavientos con la mano. ¡Venga ya! Joder, lo que faltaba, Andrés ha tirado a la niña al agua. Maldito cretino, joder. Y la otra se ríe, verás la pulmonía. ¡Andrés, pero no te metas tú también en el mar que no hemos traído más ropa! Los dos nadando por el Mediterráneo. Maldita sea. Marina, no te pongas así, solo estábamos riéndonos un poco, ¿por qué no te has metido con nosotros? Qué pesada eres, mamá, tía, pues nos vamos a casa y ya está, será por días para salir a comer, parece que se acabara el mundo.

Granada, 6 de diciembre de 2008

Dista mucho de ser un rascacielos, aunque la sensación que da es lo más parecido en Granada. No por la altura sino por el efecto. La plaza Bib-Rambla es propiedad de Marina desde el ático de Carmen. Le roba el tridente a Poseidón, que se alza sobre la fuente de los Gigantes. Es ella la que gobierna ese mar sin sal.

El transistor que persigue a la empleada doméstica de Carmen como un perro faldero mide el pesimismo de Wall Street. Ha perdido casi el cinco por ciento por

segundo día consecutivo. La empleada dice que el Obama ese lo va a hacer muy bien. Bueno, peor que el *Buh* no lo puede hacer. Le gusta mucho que sea negro. Y la mujer, la mujer también le gusta mucho, la *Michél*, que tiene mucha clase.

Marina no comprende que Carmen se deje tutear por la sirvienta. Quizá sea pena. Ella siempre ha soñado con tener servicio. ¿No tenías traumatólogo a las cuatro?, le pregunta Carmen. La empleada se lleva la mano a la frente y pía *aypordiosbendito*, *aypordiosbendito.* Que si no se lo recuerda se le olvida, que cómo va a irse si tiene la cocina hecha un Cristo y le tiene que cambiar la arena al gato. Y al cuadro de las Fridas del salón le iba a pasar el Aladdin de la plata.

—Yo me encargo, tranquila, tú vete —dice Carmen con la sonrisa cosida en el rostro.

No es un hogar fácil de comprender. Carmen se queda haciendo las tareas y la sirvienta se va al médico. Tienen un sistema propio, muy alejado del resto. Marina no entiende las licencias que le permiten a la criada, a la que se refieren como «la señora que ayuda en casa». Julia se porta como un ángel, es cierto, pero vive en otro mundo. Sus padres le hacen creer que puede conseguirlo todo. Y no se refieren Carmen y Arturo a terminar una carrera o hablar dos idiomas. Que puede ser una Amy Winehouse, una Almodóvar, presidenta de España, le aseguran. O de la ONU. Lo más importante, que sea feliz. Marina calla. La vida no funciona así, pero calla. Latín todavía no estudia así que le echa una mano con los deberes de lengua.

—¿Tomamos un café, Marina? —pregunta Carmen—. Podemos bajar a la chocolatería si te apetece.

Otro asunto incomprensible es la manera de tratar al gato, el tal Melquíades, que a saber de dónde han sacado un nombre tan feo. El bicho, gordo como una peonza, tiene su propio lugar en sofás, camas y armarios. Solo le falta hablar para tener voto. Lo tratan como a una persona, incluso celebran su cumpleaños.

—Falta poco para la entrevista de trabajo, Carmen —contesta Marina—, quizá sería mejor tomarlo aquí. Yo lo preparo.

—¡No, no! Bajo ningún concepto, tú descansa. Aún no estás del todo recuperada, dame un minuto.

No hay televisión. Ni siquiera para los telediarios, porque dicen que las noticias están manipuladas. No quieren que su hija se contamine de un mundo que no es tan triste como lo pintan. Claro que hay desgracias y guerras y hambre, Julia, eso es cierto, pero no tanta maldad como nos quieren hacer creer. Que una cosa son los políticos y otra la gente que dona órganos y sangre, la que recicla, la que adopta niños y animales. Y hay más gente que políticos, *riquiña*. Solo el transistor de la sirvienta, innegociable, comenta algún suceso de actualidad. Música todo el tiempo. Casi siempre André Rieu y su orquesta. Y libros. Libros uno detrás de otro. Marina

ha leído, claro, pero tomos bien distintos: *Descubriendo a Coco*, *El imperio de lo efímero*, *Cristóbal Balenciaga: La forja del maestro* o *Cartas a Ives*. Aburridos libros, novelas con miles de páginas. Incluso Julia lo hace encantada. Ya está en edad de quejarse, pero la niña es un ángel. Y no es que obedezca a regañadientes, más bien al contrario: lo hace con gusto.

Se dicen te quiero a todas horas. Cada vez que salen de casa, aunque sea a pedir sal al vecino, se despiden con un «te quiero». Julia ya se lo dice a ella. Antes de dormir, cada noche, buenas noches, Marina, besuquea su mejilla, te quiero. Le resulta extraño que no practiquen ninguna religión. Los había imaginado de misa de doce cada domingo en Santa Ana. Del Opus como poco. Pero nada más lejos de la realidad. Tanto Carmen como Arturo se declaran ateos. Da igual colaborar con una organización cristiana o budista, lo importante es colaborar, dicen. Quieren que Julia elija su propia religión, si es que opta por alguna, tampoco hace falta que elijas una, cariño, esto no es obligatorio. La niña no está bautizada ni ha hecho la primera comunión y a Marina esto le parece una barbaridad. Porque hay cosas que hay que hacerlas. Porque sí, porque se han hecho toda la vida. A ella, a los nueve años, no había nada que le hiciera más ilusión en el mundo que el vestido de princesa y todo el caso que le iban a hacer ese día.

A Carmen no le importa que su hija se haga carmelita descalza o monja budista, siempre y cuando lo elija ella. Le habla a todas horas de la compasión. Cuando una persona daña a otra no lo hace por maldad sino por ignorancia, no sabe actuar de otra forma. Pero ten mucho cuidado con esto, Julia: las religiones lo han malinterpretado y muchos creen que es sinónimo de permitir que abusen de ti. Eso de la otra mejilla. Bajo ninguno de los conceptos, dice Carmen, la compasión empieza por una misma. ¿No dicen «ama al prójimo como a ti mismo»? Por ahí hay que empezar, Julia, cariño: por ti mismo. Es la única manera: uno da amor cuando tiene amor. Nadie que no se ame a sí mismo podrá amar a otro. Más bien, «odiará al prójimo como se odia a sí mismo». Hay que hacerse valer. Defenderse. Poner la otra mejilla significa contestar con compasión, no tolerar otro golpe. Sé compasiva, pero aléjate de quien te haga daño. No hemos de estar nunca junto a alguien que nos pegue. O nos insulte. O no nos respete. De esa gente, lejos, Julia, cariño, salvo que pidan ayuda. Porque el «yo soy así» es una respuesta de vencidos. Cuando alguien te la dé, pregúntale si ya puede morir entonces, si ya ha aprendido todo lo que tenía que aprender en la vida, si ya es la mejor versión de sí mismo. Quien no quiera cambiar está en su derecho, pero tú también lo estás cuando decides quién se sienta en tu mesa y quién no. Y para quien no te respete nunca ha de haber sitio.

Marina se plantea si el que mata no sabe que matar está mal. Venga, hombre. Pero calla. Ella no participa en estas conversaciones. Julia, sí. Julia pregunta mucho.

Carmen cruza las puertas de cristal. Enmarcadas en madera. Separan el comedor del pasillo. Una bandeja, ¿es plata? y un servicio de café sobre ella. A pesar de lo corta que es su melena, sí, sí es plata, la recoge de forma muy graciosa. Moño suelto donde brillan las mechas rubias sobre el castaño. Se le termina cayendo siempre. Dentro de sus ojos parece vivir el principio del mundo. Es un gris irracional, casi blanco. Los de Julia son más cercanos al azul.

—Lo importante es que estés tranquila, Marina. Tu entrevista de trabajo va a ir muy bien. Estoy segura. Y cuando te quieras acordar estarás dando clase otra vez, esto es pasajero.

Sorbe café como el día que la recogió de la calle. El dedo meñique tieso, piernas cruzadas sobre el futón. Negro, giratorio, acolchado. Descansa frente al cuadro de las dos Fridas. Marina ha oído hablar de Frida Kahlo. Sabe que fue lesbiana, poco más. Los ojos de Carmen le dan vergüenza.

—Y dime, ¿has empezado a leer *La metamorfosis*? Vas a disfrutar mucho en el club de lectura, ya verás qué juergas.

A pesar de todo, lo que más sorprende a Marina es cómo la tratan a ella misma. Como si viniera con la casa. Igual que si llevase en ella treinta años. La tía Marina, que está pasando una temporada con nosotros. No solo Carmen. Una persona así puede encontrarse entre miles, quizá, pero ¿todos? En la casa siempre hay gente. Invitan a cenar a familia y amigos casi a diario. Nunca ha visto Marina una mirada rara. Un atisbo de juicio sobre su persona. Y se siente molesta porque no es natural, cómo va a ser natural que nadie cuchichee. Pero ¿dónde está el problema?, se pregunta a todas horas. ¡Mejor que así sea! Aunque no termina de convencerse. Nadie da duros a cuatro pesetas, insistió su madre cada día de su vida, pero como tú eres tan tonta, Marina, hija mía, acuérdate tú de cómo te engañó Cristo el Loco, Marina, hija mía, qué tonta eres, esa tal Carmen seguro que te está engañando, porque eres tonta, hija mía.

—Algo. He leído que el protagonista, Gregorio Samsa, despierta convertido en un bicho —Marina habla con los ojos clavados en la leche de soja, no consumen de vaca— y el jefe y la familia lo echan porque les da asco. Lo encierran en una habitación, ahí me he quedado.

Piensa que en unas horas tendrá trabajo y, aunque sea en una panadería, se trata de ganar dinero. Ya ha aprendido la lección. El cuadro de las Fridas la pone muy nerviosa. ¿Por qué la miran?

Marina no quiere que nadie la vea. Siente ahora mucha más vergüenza que los días que pasó en la calle. Precioso sombrero y gafas de sol de Carmen para salir. En cuanto ahorre algo se marchará de Granada. Su propia casa, no la de otro, indispensable. Quiere empezar ya a construir su nueva vida. Ella nunca se ha

prostituido, jura frente al espejo, quizá lo ha soñado. No tiene claro cuánto tiempo pasó en la calle. Los recuerdos, borrosos. Pero ella nunca se ha prostituido. Se lo jura una y otra vez.

Carmen le da un billete de veinte euros antes de salir. Cómo que no, es lo mínimo después de estar ayudando a Julia con los deberes. Marina se niega a aceptarlo. La vergüenza como una patada en el pecho. Las manos ardiendo. Al rojo vivo. Cógelo, por favor, insiste Carmen, es lo mínimo después de ayudar a Julia. La rugosidad del billete, el olor a dinero, hacen temblar a Marina. Es la primera vez que sale del ático en casi un mes. No sabe si podrá vencer a Granada.

Granada, 7 de diciembre de 2008

Betty y el hombre con el que le es infiel a su marido se derraman sobre las mantas. En una orilla y en la otra. Como dos objetos anudados con una cuerda de cuyo extremo alguien tira. Chilla el viento fuera, parece una fusta.

—Qué bonita estás follando —le regala él.

El cristal de la mesita de noche helado. Lo palpa. ¿Dónde ha puesto el mechero? El vidrio del reloj colisiona contra él como granizo en una ventana. Casi da las cinco de la tarde. Siempre estás bonita, pero follando más, remata.

Betty no sabe diferenciar un roble de un olivo. El Veleta del Kilimanjaro. La jara de la retama. Pero el trozo de árbol que encuadra el ventanal es un castaño. Eso sí lo sabe. Y lo del fondo el Mulhacén. Su primer árbol y su primera montaña, se dice. Mario, el hombre con el que le es infiel a su marido se llama Mario, insistió mucho en ellos hace unas horas. Así el hotel rural de Capileira se volvía insignificante. Como si hubiesen ido allí a buscar la naturaleza y no sus cuerpos desnudos.

La cultura del orgasmo está sobrevalorada. Uno de sus tuits más secundados dice «el amor no es cómo se hace sino con quién se hace». Betty se ratifica en sus palabras más que nunca. Leve presión en el sexo, los pezones nivelándose, mojados los muslos. Avanzan a pegajosos.

Cada cuerpo tiene una combinación de teclas, solo hay que pulsarla en el orden correcto para alcanzar el clímax. Sin embargo, Betty se niega a aceptar que el orgasmo no sea más que un estribillo, una forma de reproducir movimientos que hasta un mono puede memorizar. Siente la sábana sobre el pubis. Agradable. Suave. Fresca. No ha tenido ese orgasmo con Mario por una cuestión de reincidencia. Es la tercera vez que se acuestan, la tercera vez que le es infiel a su marido: Mario aún no

ha descubierto el orden de las dos últimas teclas. Pero, a decir verdad, no lo necesita. Y no importa si no lo adivina nunca. Los orgasmos que él le provoca son mucho más placenteros. Porque con él la penetración no es el motivo del sexo, sino la consecuencia del deseo. El viento azota los castaños. Crujen. Está nublado. Tiene hambre. Le va a doler la cabeza. Y qué.

—Podríamos pasar aquí todo diciembre. La Navidad.

Mario le pasa el cigarrillo a Betty para colocarse de costado. Acaricia la piel que va de la garganta a sus pechos en línea recta. Se le marcan el esternón y las costillas, parece un pequeño xilófono. ¿Tú trabajas en Navidad?, pregunta con su pezón izquierdo entre los dientes.

Betty quiere formar un círculo con el humo que despide, pero se atraganta y la calada le sale por la nariz. En el tabique un sabor agrio. Las paredes de madera de la habitación la hacen sentir como en una casa de muñecas. Y los visillos blancos, que están anudados con un lazo, también. Ríe. Que se dé una vuelta por el mundo real de vez en cuando, le recomienda. Claro que trabajo en Navidad, Mario, como todos, menos vosotros. Se sienta sobre él. El sexo aún mojado en su barriga.

—Perdona —Mario le arrebata el cigarrillo—, pero a cambio de las famosas «vacaciones del maestro» yo tengo que aguantar a niños inaguantables el resto del año, cosa que no tiene que hacer el mundo real.

Mario le coge la mano, la alianza helada. Se la coloca sobre el seno izquierdo. Quiere que se acaricie ella misma. Más que sexo, Mario es la idea del sexo. El hambre. La impaciencia. La necesidad. Cada vez que la mira se apura algo en el cuerpo de Betty, a la altura del útero, que le recuerda que es una hembra. Un mamífero. El más evolucionado, pero un mamífero. Mario es un animal que ansía poseerla hasta en el último rincón de su alma. No recuerda a Jonás, su marido. No recuerda su complexión fibrosa pero flaca. Se abandona al exceso de carne que hay en Mario. Es una carne dura, casi parece músculo, pero no tiene forma ni volumen. Betty ha perdido el miedo. El miedo a tomar las riendas de su vida, el miedo a las consecuencias, el miedo a las frases en condicional. Va a divorciarse.

Mario quiere mirarla. Frota la colilla en un cenicero vidriado. Lo posa en el suelo, ruido seco. Deja que te mire, no me acuerdo nunca de pedírtelo. Deja que te mire, Betty. La coge como si fuese una almohada para colocarla de espaldas a él sobre el costado izquierdo. Antes de cerrar los ojos Betty repara en el gotelé del techo. Quiere acariciarlo, le gustan las superficies rugosas.

—Qué preciosidad, qué bonita eres.

Mario pasa la mano por la línea que define su contorno. Parece que la está planchando. ¿Eso qué es? Parece un cardenal. ¿Por qué tiene ahí Betty un moretón? Su figura es una ceremonia. ¿Te gusta que te mire? Lo pregunta acomodando la

cabeza entre el hombro y el cuello de Betty. La nube de vapor que sale de su boca huele a tabaco caliente. Cierra los ojos y se abandona en la oscura arena sobre la que parece estar tumbada. La colcha impactando contra el suelo en un ruido de tela pesada. Betty lleva su propia mano al sexo instintivamente y se recrea en el rumor gutural que sale de la boca de Mario, un rugido de deseo más cercano al de un ciervo que al de un humano. Eso sí que es un orgasmo, piensa Betty sin molestarse en ahogar un gemido. Twitter está a punto de incendiarse.

Granada, 7 de diciembre de 2008

Mario acaba de aparcar y estornuda. Parece que ha abierto una lata de refresco. La mano derecha en el centro del volante, apretando el claxon. Se empapa de motitas con microbios. A Mario le pone muy nervioso la forma de aparcar del conserje. No porque ocupe dos plazas sino porque una es la suya. La suya. La del director del colegio. ¿Tan difícil es? Sigue oprimiendo la bocina hasta que el pitido le retumba en las sienes. En forma de calor. Y presión. Y alimento para la migraña. La ansiedad en el pecho como una lagartija que da una vuelta completa. Desaparece dejando un hueco por el que se cuela todo.

Betty se asomó por la ventanilla para un último beso, como el que pospone el despertador un minuto más. Ha pasado una hora y sigue oliendo a ella. A la flor que precede a la fruta en el árbol. Y eso que ha vuelto desde Capileira con las ventanillas bajadas. Y fumando. Va a despedir al conserje. A ese cretino que se atreve a retarle por quinta vez. Y en sus dominios. En su colegio. Jodido cretino, mastica atizando la estrella de Mercedes. Emite un último pitido. Como un payaso de circo. Así es como se siente.

Mario cruza la entrada del colegio a toda prisa. Cigarrillo. Dos caladas y al matorral. Se ha enamorado de la Fierecilla. A sus cincuenta y siete años, después de haberse protegido toda la vida de esa enfermedad sin cura. Y se ha enamorado de la Fierecilla, a la que ahora recuerda masturbándose para él como una sirena sobre las rocas. Anochece. Y nada tiene que ver con su edad. De hecho, los treinta y cuatro años de Betty no son su mejor marca. Ni con la gula. Porque la Fierecilla folla con el ansia del ayuno. La Fierecilla. Sonríe para sus adentros.

En la escalera hay un póster con la imagen de una academia de inglés. Mario lo arranca. Para eso están los tablones de anuncios. Cae la noche. Son las seis y media de la tarde, pero el cielo enluta. Como un párpado somnoliento de largas pestañas

que se cierra con pereza.

A ver si se está haciendo viejo, siempre se ha dicho que los viejos son como niños. ¿Por qué tiene que ser amor? ¿Y si está equivocado? Amor. Qué repelús, qué asco, qué nada. Como un gusano reptando por una barriga peluda.

Mario cruza las galerías de cristal del colegio en dirección a su despacho. Es el director. El paquete de Marlboro estrujado en el bolsillo. Ojalá se cruce con el conserje para cantarle las cuarenta, aunque en el fondo de su alma no tiene ganas. Siente esa alma expuesta. Vulnerable. Indefensa. Siempre la ha protegido con acero que la Fierecilla le está horadando. Y qué estupidez eso del alma, ahora que lo piensa. La Fierecilla. Sonríe. Aprieta los labios para despedazar la sonrisa de bobo. Si algo no soporta Mario es la verborrea, la incapacidad para expresarse de la que adolece casi toda la humanidad. La Fierecilla, no. La Fierecilla ve el mundo de forma muy comprimida. Prensada. Siempre tiene las palabras justas. Como el escultor que quita lo que sobra del cubo de mármol dejando la talla.

Enamorarse. Qué mamarrachada. ¿Qué implica enamorarse? ¿Qué hay que hacer? ¿Dedicarle a la Fierecilla gansadas al estilo Neruda? ¿No estar con más mujeres? Ni pensarlo, se responde de inmediato, ahora mismo llama a Katia.

Su despacho luce como el de un triunfador. El orden es el camino al éxito, y ese orden dictamina que los papeles se agrupan en el fichero correspondiente y que a las mujeres se rinde uno en la cama y en ningún sitio más. Se lo repite varias veces mientras busca el olor del sexo de Betty en las yemas de los dedos. Finge frente a su propio reflejo rascarse la nariz.

Abandona el pequeño lavabo para ocupar su mesa. La mesa de un director, eso es él, un director. De la junta de accionistas del colegio, solo felicitaciones. Ni una queja en los últimos dos años, ni una. A la Fierecilla le encanta la luz de la lámpara de Tiffany que hay sobre su mesa. Dice que es la luz de los sueños, que con ella hay que escribir con tinta y pluma, no a ordenador. Y otra vez la Fierecilla, maldita sea.

Abre un cajón de madera de secuoya. Busca su agenda bajo el expediente de una alumna que ha mirado hace unas horas. Aún tiene que hervir, bastante, además, pero a los dieciocho o diecinueve años, si siguen creciéndole las tetas a ese ritmo y el acné le da tregua, va a ser una señorita de lo más apetecible. K de Katia. Cierra la agenda. En esta no guarda el número de Katia. Esa está en la estantería. No ha acariciado aún su lomo cuando oye unos nudillos en la puerta y a continuación asoma la cabeza de la profesora de francés.

—Mario, ¿puedo pasar? —pregunta Carmen Salvaterria casi dentro del despacho.

Siente deseos de arrancarse la piel con un rascador de yeso al fantasear con una cena en la que ella y Arturo insisten en lo buena pareja que hace con la Fierecilla. Si

Carmen Salvaterria supiera que él, su jefe, se está acostando con su cuñada, con la hermana de su marido...

—Adelante, Carmen —dice al girarse. Está un poco sonrojado.

Qué diferente es a su cuñada. Carmen es una cincuentona, pero tiene brillo, eso lo reconoce. Sin embargo, a Mario le da un poco de miedo. Hay una leve manchita en sus ojos que lo desarma por completo. Le hace sentir ridículo, como si se riera de él desde ahí. Como si solo ella supiera que es un impostor. Betty es todo pupila. En vez de ojos tiene dos minas de zafiro. Mario siente que puede refugiarse en ellas, pasar la noche dentro. La Fierecilla. Sonríe. La Fierecilla y ese encantador aspecto de gatito recién nacido. Se repugna a sí mismo. Carmen pregunta qué tal.

—Con un poco de prisa, solo he venido a recoger unas actas. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—Tutoría. No te quito tiempo —el bolso de Carmen sobre las piernas cruzadas, extrae un papel—, solo quería darte este currículum de una profesora de latín y griego. Una profesora estupenda a la altura de este colegio.

—Un enchufe.

Carmen sonríe mostrando una dentadura perfecta. Dice muy seria que si lo fuera habría venido con ella ante la junta de accionistas, no con el currículum. Le recuerda a Mario que ella no solo es la profesora de francés, también es la jefa de estudios, y la jefa de estudios tiene algo que decir con respecto a las contrataciones, por muy director que sea él. Y que no se haga el fanfarrón con ella. Para entonces, Carmen ya ríe.

Marina Pastrana, cuarenta años, lee Mario en el encabezamiento del currículum. No lleva fotografía así que buena no está. Estornuda. Claro que estornuda, está enfermo.

Granada, 8 de diciembre de 2008

> Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto... «¿Qué me ha ocurrido?», pensó.

Un árbol de Navidad en el centro de la plaza. Como un cucurucho al revés. Solo han puesto el chasis. Sin adornos. Sin azúcar. Sin apellidos. Parece un capirote de Semana Santa.

Un sombrero tapa las cejas de Marina. La bufanda por encima de la nariz, como una musulmana que apenas enseña los ojos. Marina está leyendo y entiende que *La metamorfosis* es más extensa de lo que parece. *La metamorfosis* no tiene cien páginas, sino muchas más. El tal Kafka parece un tipo listo: en cada palabra, encierra otras mil. Lo ha leído dos veces y tiene la sensación de que no lo termina. Como si en cada lectura descubriese algo nuevo. ¿Eso es leer? Si eso es leer, Marina no ha leído en su vida.

Pero ¿cómo lo ha hecho? ¿Cómo se las arregló el tal Kafka para asegurarse de que ella entendería sus pistas? En todos los libros hay millones de palabras vacías por precisas cuya única función es engordarlos. Como al ganado. Kafka utiliza la contestable, la que está llena de años. Quizá el trabajo del escritor, del verdadero escritor, no consiste en escribir sino en no hacerlo.

Llega el aire polar de Sierra Nevada, en Granada no hace frío hasta que el Veleta sopla. Marina enfrenta la catedral desde la plaza y lo recibe como un azote en las cejas. Huele a final de noviembre.

Empezó *La metamorfosis* con una mueca de desprecio. ¿Despertar convertido en un bicho? No le gustan ese tipo de fantasías, la hacen sentir tonta, como si el escritor se estuviera riendo de ella. Sin embargo, quizá no es tan absurdo. ¿No le ha pasado a ella lo mismo? ¿No amaneció una mañana cualquiera convertida en un insecto? Porque Kafka no solo dice «insecto», esa palabra es solo la portavoz de otras muchas: raro, extraño, repugnante, desconocido, insólito, anormal. Eso son los insectos, piensa Marina. Entes que toleramos por la imposibilidad de exterminarlos. Pero nadie los acepta. Son demasiado diferentes a nosotros. Les tememos. El asco es una forma de miedo, una de las más potentes, la que exige lejanía inmediata. Sin oportunidades. Apenas miden centímetros, no tienen dientes, ni fuerza, ni esqueleto. Pero temblamos ante las cucarachas. Ante los gusanos. Ante los vagabundos. Porque igual que un escarabajo con sus asquerosas patitas, podrían hacernos daño. No sabemos qué contagian. Tampoco los vecinos, pero ellos visten como nosotros. Se comportan como nosotros. Viven en una casa como nosotros. No se deslizan ni reptan viscosamente por nuestra piel sin explicarnos el motivo por el que lo hacen. No son diferentes y no les tenemos miedo. Ni asco.

—Marina, estás en Babia, no me escuchas.

Julia parlotea a su lado. Abarcan el asiento de la farola fernandina entre las dos. La niña emite un sonido similar al de una máquina de escribir a pleno funcionamiento. En el traqueteo chirría una palabra sobre el resto. Micky. La pronuncia con un tono distinto a las demás. Nasal.

—¿Marina?

Un hippy fabrica titánicas pompas de jabón frente a la fuente. Aprovecha los

últimos resquicios de luz. Contienen todos los colores. La torre de la catedral se asoma a la plaza. Empuja la luz hacia sus cimientos. El tercer y último ángelus del día retumba como un balón impactando en cada uno de los cuatro muros. Parece que el sonido se traga la luz.

—No vayas detrás de los hombres, Julia. Son todos unos cerdos. Todos. Ese Micky también. Los hombres tienen que buscarte a ti, no al revés; que se pongan de rodillas. Y cuando los tengas ahí, patada en los coj... Y cuando los tengas ahí, los empujas para que se caigan de culo.

Julia ríe. Qué bruta eres, Marina. Ríe como la niña que es, la niña que se emociona al hablar con una adulta del amor de su vida. No con sus amigas. Con una adulta, que es más serio. Julia anuncia que se va a casa, que Marina no está hoy para escuchar a nadie, o esa es la sensación que le da a ella, Marina, si puedo ayudarte en algo me lo dices. Te veo como desorientada, ¿seguro que todo *okey*?

Parece que traga piedras. Una niña de trece años le ofrece ayuda, no a la inversa. Como si el río fluyese corriente arriba. Julia se va. Los restaurantes que siguen la línea de la plaza, vacíos. Salvo por los extranjeros. Pocos. Nadie tiene dinero. Han erguido estufas de gas en cada terraza. Expulsan lenguas de fuego protegidas por alambreras metálicas. El contorno de la plaza en llamas, se incendia. A Marina le parece el infierno.

—¿Podría acompañarla?

Es Arturo. Ocupa el sitio que acaba de abandonar Julia de milagro. Un niño pelirrojo casi se lo quita. Los pocos niños que quedan no quieren irse a casa. Chillan desde los pulmones. Se cruzan de brazos frente a sus padres. Pequeños dictadores, que no, que hoy no nos vamos, y esto es la guerra. Arturo comenta que Marina se ha hecho muy amiga de Julia. Lleva puestas las gafas de pasta. Parece un estudiante de medicina, no un médico. El lunar, como un trocito de chocolate, arriba y abajo cuando habla. Julia está en una edad muy complicada, dice. Le pregunta a Marina si sabe lo de la marihuana y el tal Micky.

—No habla de otra cosa —contesta ella.

Arturo huele a cuero. Dice que últimamente Julia no les cuenta nada, ni siquiera a Carmen. Los hay que miran las cartas de los restaurantes. Pasan de largo, qué precios, qué poca gente, qué de facturas en la mesa de la cocina. Arturo es un hombre, un pelín femenino, le parece a Marina, pero un hombre. Y ante ese tipo de seres una recoge la pelvis ligeramente y se esfuerza para tocar el techo con la coronilla al andar. Pero ¿qué clase de mujer es ella si no tiene ni su propia ropa?

—Es solo una opinión, Arturo, pero quizá Julia se siente avergonzada. Carmen es tan... perfecta, tan excelente, que a lo mejor no quiere hablar de sus errores con ella. Por muy enamorada que esté sabe que es algo... vamos a llamarlo sucio. Anda

detrás de un chico, le está suplicando amor. Eso avergüenza a cualquiera y, delante de Carmen, más.

Eso es. Marina entiende ahora lo que ella misma siente cuando ella está delante. No la juzgan unos ojos cualquiera sino los de Carmen Salvaterria. La mujer que nunca falla. La perfección. La excelencia. Como quien no puede perder peso y vive con una modelo. Carmen te afecta así, dice. Quieres ser como ella, pero no lo consigues. No es posible.

Arturo recorre la plaza entera con la mirada, botellín de agua entre los labios. Tiene los ojos descalzos. Son negros como el petróleo, una fotocopia de los de su hermana Betty. Observa uno de los gigantes de la fuente con pena. Está absorto y Marina se atreve a mirarlo. Sabe que esa pena se la dedica a ella, una pena despectiva que se mezcla con el asco y la culpa. Como si prefiriese odiarla. Estar enfadado. Cualquier cosa antes que sentir esa repugnante tristeza al verla con ropa de su mujer. Le pregunta si de verdad piensa eso de Carmen.

—Arturo, por favor, no me malinterpretes —dice Marina angustiada—. Carmen es la persona más especial que he conocido en mi vida.

—Acabo de hablar con ella. Me ha dicho que el director de su colegio ya tiene tu currículum, Marina; espero que te llame pronto.

—¿Te das cuenta? A eso me refiero. Ayuda a todo el mundo, vive para los demás, Arturo. Carmen es perfecta. En todo. Supongo que ni siquiera tú tienes derecho a sentir celos, es natural que cualquiera se enamore de ella. No sé..., pertenece al mundo.

Arturo sonríe apretando los labios. Alrededor de los ojos pequeñas líneas, como tildes. Especial. Carmen es especial con todo el mundo, eso es cierto. Pero Arturo también es todo el mundo. No es la primera vez que trae desconocidos a casa. Los últimos Akanke y su bebé. Les dieron cobijo durante dos meses y un día desaparecieron. Y los tres mil euros que guardaba para sorprender a Carmen con un viaje a las Maldivas, también. Ellos lo necesitan más que nosotros, Arturo, olvídalo. No sabe si está de acuerdo con las decisiones de su mujer. Nunca las ha cuestionado. Un corro de nubes negras se tumba sobre el pedazo de cielo de la plaza. Parece que una mano de gigante la tapa.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Lun/08/12/2008 20:36

Buenas tardes, Lola:

No sé qué decirte. Quizá yo también esté un poco harta de esta situación. Te entiendo, pero ¿quién me entiende a mí? Si es lo que necesitas, hazlo. Supongo. Y ya está. Vuelve a la comisaría de Gijón. Huye de Granada otra vez. Pasa otro año fuera. Y ya está. Yo tengo mucho trabajo por delante. Encontrar a una asesina, que se dice pronto, limpiar el apellido Barrios. Has pensado en tus hijos, ¿verdad? No me parece justo para Blas y Currito que te vayas de Granada otra vez, que vuelvas a Gijón, pero es tu decisión, no la mía. Tampoco me parece justo para mí, pero empiezo a estar cansada, Lola, empiezo a estar harta. Muy harta. ¿Sabes lo más curioso? Lo sabíamos desde el principio. Al final todo han sido palabras y palabras y palabras...
Te deseo lo mejor. Creo que lo sabes. Que Dios te bendiga.

Leonor

Granada, mayo de 2006

De uno en uno, más que un pasillo un desfiladero: Marina, Andrés, el abogado. Han vuelto a detener a Elvira. ¿Y por qué te llama a ti, Andrés? La niña solo puede hacer una llamada y te llama a ti. No a mí. A su madre. Porque ha tenido que dar el teléfono de memoria y solo se sabía el mío, Marina. El policía que los ha atendido los lleva a la celda del calabozo que ocupa su hija. Tres yonquis, una prostituta y Elvira. Lágrimas en los ojos. Tranquila, cariño, ya nos vamos, jura Andrés. Marina viene diciendo a su marido que lo mejor sería dejarla aquí, que sufra un poco, ¿no es tan valiente para quemar cajeros? Pues también para dormir en el calabozo, parece de la *kale borroka* la niña esta de las narices. No lo ha llegado a quemar, Marina. Porque la han pillado, Andrés, si no lo habría hecho. Señores. En el rostro del abogado un signo de interrogación: están seguros de saber cuánto vale sacarme de la cama a estas horas, ¿verdad? Es mejor no hablar en las dependencias, vayamos fuera, Elvira está además bajo los efectos del alcohol. Marina enfrenta el semblante de su hija tras los barrotes. La máscara de pestañas ya no está en las pestañas, racimos neblinosos en las ojeras. Las mejillas succionadas hacia dentro, recuerdo de pintalabios rojo en la boca, presente en las comisuras. Tatuaje ¿celta? en el bíceps izquierdo. ¿Qué te he hecho? ¿Por qué te emborrachas y te vas a quemar cajeros?, pregunta su madre con los ojos. Elvira los rehúye con asco. Busca los de su padre. Guapa, guapa y guapa, dice uno de los yonquis.

Ya en la calle, en plaza Nueva, estrellas y frío y vaho denso. El abogado les

desglosa sus honorarios. Marina asiente, la barbilla roza la bufanda, negra, en cada gesto. Que si minuta, que si baremo, que si asistencia al detenido, que si juicio, que si tasación de costas. Marina escucha a medias, observa a su marido y a su hija un poco más adelante, pasada la Chancillería. Andrés habla muy serio, la apunta con el índice. Elvira, manos en los bolsillos, trenza deshecha, mira al suelo. Sabe que no la está riñendo porque él jamás riñe a su hija. Murmullo del río Darro, algún borracho gritando, restaurantes cerrados, claro, son las cuatro de la mañana. Marina ve que Andrés le cede el abrigo a su hija, Elvira tiene los brazos desnudos y tirita. Tenía que morirse de frío para que aprendiera. El abogado dice que se va, para cualquier cosa está en el teléfono. Apretón de manos mientras Andrés y Elvira se abrazan, ella llora, evita la mirada de su madre.

Ya en la cama. La consientes demasiado, Andrés; se lo perdonas todo, no va a aprender nunca. Lo mínimo sería que nos pidiera perdón, habría que castigarla, yo tengo los nervios destrozados, destrozados, Andrés, y a ti parece que te da igual todo. Un cerco de humedad en el techo. Gemidos en el cuarto de Elvira. Que llore, no me da ninguna pena, es lo mínimo después de lo que nos está haciendo. Andrés, ¿no piensas hacer nada? ¿Te parece bien que la niña vaya por ahí borracha quemando cajeros? Andrés, no me puedo encargar yo sola de su educación, va a cumplir diecinueve años, ya no es una niña. No valoras nada de lo que hago, todo te da igual, pero hay que educar a tu princesita de las narices, no se puede ser tan blando, mira lo que pasa, si no. Un cajero, como una delincuente, por amor de Dios, ¿me estás escuchando?

Granada, 9 de diciembre de 2008

Es la primera reunión del club de lectura y Marina no puede evitar una leve decepción al oír la pregunta de Carmen. Tensa las pantorrillas como si pulsara un timbre. «¿Cuántos de vosotros os habéis sentido alguna vez como un bicho raro?». Marina había compuesto un fabuloso discurso sobre *La metamorfosis*. Quería dejar a sus compañeros absortos, pero es evidente que todos han llegado a la misma conclusión que ella.

Las reuniones se celebran en la Biblioteca de Andalucía, dentro de una sala toda blanca y sin ventanas. Ingobernable. Cuenta con una gran mesa en forma de U. A Marina se le antoja un manicomio. Parece que de un momento a otro alguien va a lanzar rotuladores y cuadernos por los aires. El calor es asfixiante y se mezcla con

perfumes densos que a Marina le saben a vieja. Eso le parecen: una panda de viejos desocupados que esperan las reuniones del club de lectura con ansia porque no tienen nada mejor que hacer. Lo que les evade de sus insulsas vidas. Once mujeres, dos calvos y un niño de seis o siete años. Parece hijo de uno de los calvos. Se besan las mejillas, contentos por volver a verse después de tanto tiempo, succionando como un aspirador de mano. Todos son feligreses del club. Marina en un extremo, ya sin ansiedad, no conoce a nadie.

—Para no perder las buenas costumbres, voy a empezar yo. —El grupo entero ríe la bufonada de uno de los calvos. Hay indicios de que se ha afeitado la nuca una hora antes—. Ya sabéis que he perdido mi trabajo hace unos meses —chasquidos de lenguas en señal de desaprobación—, y sí, he de decir que me siento como Gregorio Samsa: convertido en insecto cada vez que voy a una entrevista de trabajo.

Marina rompe la lazada que dibujan sus piernas. La vuelve a componer en sentido contrario. Ella ha hecho tres entrevistas de trabajo. No sabe nada de ninguna. El niño pequeño rasga una hoja de papel con rotuladores rompiendo el silencio con el que todos escuchan al calvo.

—Gregorio Samsa ya no puede trabajar porque ahora es un bicho, como yo. Bicho significa «raro». El sistema laboral ya no me entiende ni yo lo entiendo a él. Durante casi treinta años he sido auxiliar de notaría, ya lo sabéis, y siempre he hecho mi trabajo como se esperaba. Y hasta mejor, por qué no decirlo. Sin embargo, ahora que la notaría ha cerrado y me veo en la calle, no tengo muchas opciones. Con cincuenta y tres años nadie es bien recibido, no importa la experiencia que tenga. Y no es que quieran sangre nueva por valorar la juventud, no nos engañemos. Les pagan menos porque ellos no tienen hijos e hipotecas que les obliguen a reclamar un sueldo decente. Son cactus que necesitan poca agua. Y que conste que no digo que yo merezca más, es que no puedo permitirme menos. O eso pensaba al principio. Ya no. Aceptaría cualquier trabajo, no importa lo que me paguen, si es poco ya es más que nada. ¡Pero no lo consigo! —Trago a su botella de agua. La encaja entre el cuaderno y el lápiz. Bufanda fuera y continúa—. He cumplido con mis obligaciones fiscales religiosamente y estas, corregidme si me equivoco, sirven o habrían de servir para sostener los gastos comunes. Hospitales y carreteras, vale. Pero también lo son el soporte y el respaldo a los que no podemos participar en el sistema laboral. Yo he pagado con mis impuestos bajas por enfermedad hasta que la persona se ha reincorporado a su puesto de trabajo. Pensiones de jubilación hasta que su beneficiario ha muerto. Sin embargo, mi prestación por desempleo se ha agotado y yo sigo sin encontrar trabajo, y bien sabe Dios que lo busco hasta debajo de las piedras. Dios y vosotros, que me conocéis. ¿Qué hago? Efectivamente, me siento como un bicho raro, Carmen. Un bicho del que nadie va a ocuparse, al que

van a dejar a su suerte como hicieron con Gregorio. Y eso que fue él quien sustentó a la familia con su trabajo todos aquellos años. Como yo. Como la mayoría de los que ahora nos ahogamos en esta crisis. Yo he aportado como el que más a la hucha común, fijaos en lo que se os retira de la nómina cada mes. Y, ojo, lo hago encantado, hay que hacerlo porque todos hemos de contribuir, pero ¿qué pasa cuando la situación se da la vuelta? ¿Qué sucede cuando soy yo el que necesita de la hucha? ¿No se suponía que, entre otras cosas, para eso ahorraba? Nosotros hemos mantenido a los demás, como Gregorio, y ahora los demás nos abandonan. Porque somos bichos que no hablan inglés y de los que nadie va a ocuparse. ¿Sabéis lo que me dicen? Que aprenda idiomas, y sí, claro que los estoy aprendiendo, pero ¿de verdad piensan que una lengua, a los cincuenta y tres años, se habla en cuatro o cinco clases? No sé si reír o llorar. De hecho, voy más allá: mi hija, licenciada en Derecho y Empresariales, dos másteres, inglés y alemán. Mi hija tampoco encuentra trabajo. ¡Y ella es joven! ¡Ella tiene veintinueve años y tampoco la contratan! A mi mujer y a mí nos vendieron que si nuestra hija estudiaba conseguiría un trabajo, y ya no digo uno de los buenos. Pero nos han engañado: nosotros hemos cumplido con nuestra parte del trato, pero ellos no. Y yo me pregunto, ¿dónde está el dinero que la hucha común nos estaba guardando para cuando lo necesitáramos? ¿Con qué fin el sistema forma a unos individuos para ser parte de él si la velocidad a la que cambia es tan alta que los inhabilita antes de terminar la propia formación? El sistema se ha alejado del fin que perseguía, de prestar un servicio que tienda a la eficiencia precisamente por reducir al absurdo esa eficiencia. Claro que me siento un bicho, Carmen, como uno de esos bichos que ya no encajan y de los que nadie va a ocuparse. ¿Qué final nos espera? ¿Morir abandonados a nuestra suerte, como Gregorio? ¿De dónde saco yo dinero? ¿Me lo queréis explicar? La noche anterior ni me lo imaginaba, yo desperté así una mañana. Nadie está libre de esto. Juro que no me importaría trabajar limpiando mierda, pero ni para limpiarla me contratan.

Todos los presentes en la sala se reconocen en las palabras del compañero. No se atreven a hablar. El silencio y el calor se fusionan.

—Desafortunadamente, *La metamorfosis* es un texto de plena actualidad. Por uno o por otro motivo, siempre lo va a ser —dice Carmen rompiendo el silencio. Pasea por el hueco de la U—. Kafka nos habla del ser atípico, de aquel que no encaja y es rechazado. Esta crisis está creando un grupo cada vez mayor de personas que ya no son aptas. Nos han formado para una vida y ahora nos obligan a vivir en otra bien distinta. No he encontrado mejor lectura para que nos hagamos conscientes de lo que está pasando, para que entendamos que esto, llevado al extremo..., bueno, todos habéis leído el libro, ¿verdad? Ya sabéis como termina Gregorio, le dejan morir. Es muy importante, en mi opinión, por supuesto —trasero sobre la mesa del

profesor, gemelo derecho sobre tibia izquierda—, echar una mano. Sé que todos tenemos nuestros problemas, sé que lo estamos pasando mal, pero os lo aseguro: hay gente en situaciones mucho más espeluznantes que las nuestras y no podemos encerrarlos, como hizo la familia de Gregorio, en una habitación hasta que mueran. Todos podemos aportar algo, por pequeño que sea. No hablo de dinero, parece que voy a anunciar una colecta y no es eso. —Sonríe—. ¿Verdad que a Gregorio le hubiese bastado con que su hermana o sus padres lo tratasen como la persona que era y no como un bicho repugnante? Si logramos eso, ya hemos conseguido algo muy valioso. Mucho más que el dinero, creedme.

A Marina le da un vuelco el corazón. Todos asienten. El niño pequeño levanta la vista. Los ojos muy abiertos, con chispas. Marina está asustada. ¿Qué pretende Carmen? ¿Humillarla? ¿Para eso la ha traído? Falta algún cuadro en las paredes. El blanco absoluto es angustioso. ¿Acaso la está comparando con esa panda de viejos fracasados? Lo único que saben hacer es quejarse. Qué sabrán ellos de la vida. Nada. Qué van a saber. Ella solo ha tenido mala suerte. Ni crisis ni nada. Mala suerte. La crisis la han inventado los vagos. Ella no es como ellos.

Todos hablan a la vez. Carmen intenta poner orden, pero no lo logra. El del discursito los ha exaltado. Regala a Marina miradas por el rabillo del ojo. Ella hunde la cabeza. Traza garabatos en el cuaderno que le ha comprado Carmen. Piensa en la borracha de su hija y el putero de su marido. Ellos son los responsables de su situación actual. No la crisis. Nos vamos, Marina. Dijeron. No podemos seguir aquí, contigo. Sin más. La borracha y el putero, el dúo perfecto para recorrerse España de plató en plató de televisión. Pero están muertos. Porque es lo que se merecen.

—Bueno, bueno, ¿y el pequeñín de la clase? ¿No te has sentido nunca como un bicho raro, Currito?

El niño se sobresalta al oír su nombre. Mejillas encendidas. Manos bajo la mesa. Treinta cejas levantadas. Entona un leve «no». Parece que lo ha dicho un gato recién nacido. Marina reza para que Carmen no se lo pregunte a ella.

El baño al lado de la sala en la que han celebrado la reunión del club de lectura. Enjabona sus manos concienzudamente, empapa el agua que ha derramado en el lavabo con servilletas. Carmen sigue hablando con el padre del niño. Currito, ha dicho que se llama. Marina se siente insignificante. Como una mocosa que espera a su madre mientras habla con los adultos. Una criatura muy cansada que se quiere ir. Pero ¿qué va a hacer? Se siente furiosa. Exigua. Despreciada. Como si el tiempo de Carmen valiese más que el suyo.

—Ven, Marina, por favor —le indica cuando abandona el baño—; te presento a Lázaro. Él es el padre de Blas, ¿recuerdas a Blas? El compañero de clase de Julia que a veces hace los deberes en casa.

Cómo olvidar al maldito Blas. ¿Y usted por qué vive aquí, Marina? ¿Y usted dónde vivía antes, Marina? ¿Y usted en qué trabaja, Marina? El tal Lázaro es una versión de su hijo sin pelo. La misma nariz de boxeador apaisada. Llana. Parece que la han alisado con un rodillo. Lo peor, la sonrisa. Siniestra, como si le costase un gran esfuerzo, como si la llevase grapada a la cara.

—Un chico estupendo, su hijo Blas —contesta Marina apretando la libreta contra el pecho.

—¡Ya lo creo! —exclama Carmen—. Como Currito, esta preciosidad a la que a partir de ahora vas a dar clase.

El tal Currito, el niño que ha asistido a la reunión del club de lectura, la examina desde sus diminutos ojos negros. Parecen cuentas de rosario. La mira con insistencia. Hasta la indiscreción. Así que son hermanos. Blas y este crío, Currito, son hermanos. Y su padre es uno de los calvos de la clase. Lázaro, ha dicho que se llama.

—Verá, Marina, la chica que los cuida por las tardes cuando yo trabajo se ha ido a estudiar fuera. Carmen dice que es usted profesora y necesitamos una sustituta. Si está interesada, yo confío en las recomendaciones de Carmen. Son dos buenos chicos, además. Muy tranquilos. A Blas ya lo conoce. Currito tiene siete años.

—Blas también es alumno mío en el colegio, ambos son chicos maravillosos y tranquilos —remata Carmen. Acaricia el pelo de Currito, que se deja como un perro.

Marina sabe que los niños maravillosos y tranquilos no existen. Pero oye un eco a caja registradora. La que cobrará su futuro bolso. El primer bolso de su nueva vida. Tiene que ser rojo. Y con brillantes. Brillantes lo que más.

Granada, 9 de diciembre de 2008

Lázaro revuelve las estanterías con furia. Jura que el libro lo puso ahí. Ahí, justo ahí. Joder. Lo ha leído en dos ocasiones. La primera en la universidad. La segunda en dos tardes de sábado y domingo intercalado con el crimen de sobremesa de Antena 3, en aquella época en que Lola aún vivía con ellos. En aquella época en que Lola

aún no lo había abandonado a él, su marido, y a Currito y a Blas, sus hijos. Carmen Salvaterria ha propuesto como siguiente lectura *El extranjero* de Camus. Está seguro de que lo dejó en la biblioteca del salón. Si algo hace perder los nervios a Lázaro es no encontrar algo. Joder.

Todo está en orden: las novelas de Zweig vecinas de las de Max Aub —siempre ha querido leer una historia redactada a medias entre ambos—. Al lado las rusas. *El idiota*, de Dostoievski, el primero. Obviamente. Que no le toquen *El idiota*. Que no se atrevan a decir en su presencia que es mejor *Crimen y castigo*. Por amor de Dios. ¡Cómo va a ser mejor *Crimen y castigo*! Termina la fila *La paloma de plata*, de Bieli. No hay lugar para Tolstói. Esto avergüenza un poco a Lázaro. Requiere mucho valor desvelar que este prosista le resulta insípido. Tedioso. Un pelín redicho. Un valor que Lázaro no tiene. Cuando alguien mira su biblioteca murmura que ha prestado *Anna Karenina*. Y *Juventud*. Y ya se sabe lo que pasa cuando se presta un libro. Cualquier cosa antes que reconocer que le resultan insoportables.

Poesía, historia, ensayo, Cossery, Jung. *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, de De Quincey —ese no sabe catalogarlo. Todos los casilleros lo devuelven como a un adolescente conflictivo—, pero ni rastro de *El extranjero*. Debería estar antes de *La peste* y *La caída* y después de *El mito de Sísifo*. Joder.

Currito observa cómo su padre se enfada. Le hace mucha gracia. No te rías, no te rías, no te rías. Pela pipas sobre el sillón de cuero. Los chasquidos ponen a Lázaro muy nervioso.

—Curro, ¿tú has visto el libro? Muy pequeño, con un hombre en una celda en la portada.

El niño niega con la cabeza, reprime la carcajada. No te rías, no te rías, no te rías. La diversión puede durar horas y ya ha terminado los deberes.

—Llama a tu hermano y dile que me ayude buscar. ¡Ya!

Currito derrama el cuenco con las pipas adrede. Lázaro mucho más nervioso. Muerde sus nudillos. Currito obedece de inmediato. Le hace mucha gracia y no se lo quiere perder. Vuelve con Blas a toda prisa, que camina mirando el móvil.

—Si lo dejé aquí y ya no está, alguno de vosotros lo ha tenido que coger; digo yo, a no ser que le hayan salido patas. —Lázaro se restriega la calva con desesperación—. ¿Le han salido patas al libro?

—¡Y yo qué sé dónde está, papá! ¡Tienes ahí un millón, coge otro!

Lázaro abarca la sala de un vistazo. Ni una mota de polvo. Nada fuera de su sitio. ¿Cómo era la frase que repite tanto la psicóloga? Ah, sí, «la paz comienza con una sonrisa. Cuando sientas ira, sonríe». Eso hace. Todo lo que le permiten los labios. Sus dos hijos estallan en una carcajada. Se siente un imbécil. No puede criarlos él solo. No lo va a conseguir. Pero Lola ha vuelto. Y los ha estado viendo.

Después de abandonarlos durante un año, ahora quiere ver a sus hijos. Lázaro no puede criarlos él solo, no lo va a conseguir. Pero siente que muere al imaginar que Lola le quita a sus niños. Que ha vuelto para quitárselos.

—Necesito ese. Ese, Blas, ese, para el taller de lectura de Carmen.

—¿Qué Carmen? ¿Salvaterria? ¿La de francés? —pregunta el adolescente con una curiosidad repentina y malintencionada.

—La profesora de francés, no la de francés, Blas.

—Sí, sí..., la abuela.

Blas mira a su hermano. Busca complicidad. Currito se la ofrece como un perro las zapatillas. Si tuviera cola, la menearía. El rostro de Blas pierde la inocencia con el paso de las horas, Lázaro es consciente. Se lo recrimina a sí mismo. Llora mucho en la consulta de la psicóloga. Solo ella lo ha visto en ese estado. Sabe que la picardía socarrona de Blas es excesiva para los trece años que tiene, que se está convirtiendo en malicia, que es su culpa por no saber hacerlo mejor, que no lo va a conseguir él solo porque un niño necesita a su madre. Y su madre se fue a Gijón durante un año sin dar explicaciones. Y ahora que ha vuelto, quiere irse otra vez.

—No se te ocurra llamar así a Carmen, Blas. Carmen es la mejor persona que conocemos.

Siente deseos de plantar un tortazo en la cara de su hijo. Por idiota. Para que aprenda a tratar a sus mayores. La psicóloga dice que, si se relaciona con sus hijos con violencia, da igual la situación, ellos harán lo mismo con el resto del mundo. Nos relacionamos con la gente igual que con papá y mamá. No importan los años que tengamos. Lázaro se calma y le dice a su hijo que no es ninguna abuela, a ver a cuántas mujeres de su edad conoce él con ese tipo. ¡Y qué edad, Blas! ¡Si no tiene ni cincuenta años! ¿Tú te crees que vas a ser joven toda la puta vida o qué? Ha dicho puta. Mierda. Mierda, joder. Tiene prohibidas esas palabras por la psicóloga. Joder.

—No..., si no lo digo porque sea una vieja; literalmente, Carmen es la abuela del colegio...

Blas ha aprendido a llevar al extremo a su padre. Espera el manotazo. Sabe que así le comprará un móvil nuevo. O unas deportivas. Siempre lo hace.

—Julia ha follado con Micky, el amigo de Blas que tiene la moto roja, y van a tener hijos —dice Currito, aprovechando para ser el centro de atención—. Por eso Carmen es la abuela del cole.

Lázaro asesta una bofetada en la mejilla de su hijo pequeño. Le duele a él más que a Currito. Lo amenaza con encerrarlo tres días si vuelve a pronunciar esa palabra. Esa palabra está prohibida para un niño de siete años. Sale a comprar un nuevo ejemplar de *El extranjero*. Finalmente opta por dirigirse a la consulta de la psicóloga. Llueve y no tiene paraguas. A ver si lo va a ver alguien llorando por ahí.

Granada, 10 de diciembre de 2008

El Mulhacén le da la señal de alarma a Betty como tantas veces lo ha hecho. La montaña es una infame traidora que Mario conoce bien. Muy bien. La hembra más alevosa. La más deseada. La que no se amansa con caricias en el lomo y muerde. Y a más zarpazos, más deseo. A más hambre, mayor saciedad. Mario es un buen escalador, sabe caminar sobre el pico más alto de la Península sin desplomarse. Ha encontrado el equilibrio del poema.

Esta fiera, el Mulhacén, su mayor conquista, ahora está encuadrada en el marco del ventanal, desfigurada por la lluvia. Betty y él han vuelto al hotel rural de Capileira. Sin embargo, no parece un trofeo de caza ni el premio al mejor domador. Su hembra, la más salvaje que ha montado sin caer, su mayor hazaña épica, ahora es solo un lienzo. Una estampa a la que dedicarle los latidos. Una vista que purifica el aire. Desde luego nada a lo que retar. Solo calma. Afonía.

Coloca a la Fierecilla a cuatro patas sobre la cama. Chirría al compás de sus penetraciones —cinco ligeras, dos profundas; cuatro ligeras, dos profundas; tres ligeras, cuatro profundas—. Reúne su espesa y africana melena para arrastrarla contra sí mismo tomando el control de los músculos de su cuello. Pero a quién quiere engañar. Qué credibilidad le queda a Mario. Tiene miedo a herirla como jamás lo ha tenido con ninguna otra mujer. Intenta azotar sus nalgas, frena a un milímetro del impacto para no dañarla. Ella lo pide, pero Mario no se atreve.

Lo que desea es verle el rostro. Un rostro que ama con fiebre. Solo así deja de fustigarse. Solo frente a las facciones de Betty, desfiguradas por las muecas de placer, tiene sentido ser la presa y no la escopeta. Porque eso es el amor: el credo de los vencidos, la fe de las víctimas, una enfermedad en la que no solo se acepta ser la captura, sino que se es feliz siéndolo.

La sienta sobre su pene erguido. Sabe que lo recibe como la única pieza capaz de sellar su cuerpo. La única. Mario se grita que es la única. Sujeta el rostro de Betty entre las manos con sed. Los pechos para otro momento. El pelo. Las caderas. Renuncia a todo. Mario solo quiere verle el rostro. Despeñarse en esos dos agujeros negros que se tragan la luz. Acaba de darle el control. No solo el de la profundidad de la penetración o del ritmo. El control de su cerebro. De su alma. De su voluntad.

La Fierecilla enlaza las piernas alrededor de su cadera. Aminora el movimiento. Está generando un compás de una sola nota. Betty quiere tenerlo en su interior de forma plena. Los alientos se confunden en una niebla acuosa. Se libera de las manos de Mario para colocar el rostro sobre su hombro. Abarca su espalda con las uñas. Le gusta cómo Mario le recorre las vértebras, como si desabrochara los botones de su

vestido otra vez. Capta un olor parecido al cloro. Mario llora. No es placer. Es alegría.

Le acaricia el pelo, sigue dentro de ella, el sexo cada vez más débil. Sobre la mesita de noche el libro que Betty ha traído consigo. Ella está a punto, él lo nota. Betty alcanza el libro renunciando momentáneamente a los labios de Mario sobre sus hombros. Le lame las pecas, el sudor. Tiene el libro en la mano.

Betty lanza un gemido recio, cercano al orgasmo, pero no despierta la violencia del deseo en su amante. La abraza más fuerte, como si quisiera fusionar ambos cuerpos y convertirse en la Piedad Rondanini. Betty lee en voz alta saltando frases:

> *Nichi nichi kore kōnichi*, cada día es un día hermoso.
> ¿Qué es comunicación?
> La música, ¿qué comunica?
> ¿Si lo veo también lo tengo que oír?
> ¿Los sonidos son sonidos o son Beethoven?
> ¿Existe algo que se llama silencio?

Rugido. Ella no puede más. Explota de placer. Ya está. Mario aprieta su cabeza contra su propio hombro disfrutando de cómo lo muerde, los pezones como agujas clavadas en el pecho. Se ve reflejado en el espejo del baño, lo ha dejado abierto adrede. Repara en dos cardenales que Betty tiene en la espalda. ¿Por qué lleva dos moretones en la espalda la Fierecilla?

Y ¿qué clase de espejo es ese que le devuelve tan sentimental y absurda imagen? ¿Qué demonios hace Mario llorando en el pelo de la cuñada de Carmen Salvaterria? Los presentó para convenir una subvención de la Junta para el colegio, Betty es funcionaria, y, si acaso, follar cinco o seis veces. ¿Por qué diablos acaba de decirle que la ama? Si es consciente de que está enfermo, ¿por qué no se toma un ibuprofeno para esta fiebre de idiotas? Lleva semanas sin llamar a Candela ni a Rosa. Tampoco a Katia, la princesa Yasmin ni a Jade. Lleva semanas pensando mañana, tarde y noche en la Fierecilla. En cómo se pone bálsamo labial con golpecitos secos de la yema del dedo. ¿Qué le está pasando? El sexo de la Fierecilla con pulso. Los muslos empapados. El cuello hacia atrás.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Mié/10/12/2008 11:24

Lola:
Lo correcto es que lleves al ambulatorio a Currito, pero tráemelo al hospital, no hay ningún problema, haremos la excepción. No se va a enterar nadie. Esta misma tarde, si os viene bien. En cualquier caso, no te preocupes porque si no hay marca ni hematoma, probablemente no sea nada. El padre le ha soltado un bofetón, pero no lo ha dañado. No obstante, venid y así te quedas más tranquila.
Lo que sí tienes que plantearte, Lola, es denunciar a tu marido. Y dejar de llamarlo marido, por cierto, lo normal sería que te divorciases, pero eso ya es cosa tuya. No pretendo enseñarte leyes, pero eres policía, Lola, tú sabes mejor que nadie que el año pasado cambiaron el Código Penal y darle una bofetada a un niño ya es delito. Y me importa tres gaitas que Lázaro esté yendo a una psicóloga para controlar la ira o al papa de Roma. A un niño no se le puede pegar como correctivo. Menos mal que te ha avisado Blas porque a saber... A saber, Lola.
Ven con Currito esta tarde y le echamos un ojo. Y estate tranquila. Ya hablaremos sobre volver a casa para estar con ellos. Con calma. Pero ya te digo que es una locura, Lola. Lo que tienes que hacer es reclamar la custodia de los niños, sacarlos de allí. Podríamos vivir juntas, Dolly...
Me alegra que al menos con esto hayas reconsiderado lo de irte de nuevo a Gijón. Ya hablaremos de todo con calma.

Leonor

Granada, 11 de diciembre de 2008

Melquíades custodia la puerta de la entrada con aires de rottweiler. Cabeza atigrada, desteñida de naranja. No se mueve. La vista fija en la pared. En sus ojos amarillentos un rotundo «a mí no me engañas».

Marina lo esquiva como basura en la acera de camino a su habitación. No le gustan los animales. Dejan pelos. Nada más entrar, el eterno murmullo de la casa. Esta vez reconoce «My Way», de Frank Sinatra, en los violines de André Rieu. No se oye el transistor de la empleada.

Quinta entrevista de trabajo. Bolsos de Purificación García y papel de regalo con estrellitas de Navidad. No era requisito calcular la estructura de un puente ni escribir una obra de teatro. Solo papel y adhesivo. Envolver regalos de Navidad. Pero los sesenta y dos adolescentes que anhelaban el puesto como si fuese de director de

multinacional parecían hacerlo mejor que ella.

Sortea los adornos navideños que Carmen y Arturo han puesto en el pasillo. Le llama la atención un diminuto árbol de Navidad sobre una estantería, como una tarta de gelatina verde con guindas. Es nuevo. ¿Son cristales de Swarovski? Sí, claro que lo son, el cisne está cincelado sobre la estrella. A Marina le duele la cabeza. ¿Qué clase de persona compra adornos de Navidad de Swarovski? No puede evitar un pinchazo de aversión en la punta de la lengua. Qué lujo. Qué caro. Qué asco.

Un sol triste alumbra, pero no calienta, se cuela en forma de tubo de luz por el pasillo. Le parece que hasta el sol se siente acomplejado en esta casa y entra con timidez. Ilumina la cara de Marina. Ojos entornados, cejas contraídas, carrillos arriba. Gira para dirigirse a su habitación, pero oye una carcajada en el despacho de Carmen. Es la risa de Betty.

Cada vez los visita con más frecuencia y ríe de forma desproporcionada. Julia suplica un poco más de postre con cara de pena y a Betty le parece el mejor chiste de la historia. No para de reír. A veces viene con su marido, Jonás. A Marina le resulta muy cargante, parece saberlo todo. Da igual de lo que se hable. Gesticula mucho, ojos arriba y abajo todo el tiempo. Habla tanto que siempre viste una motita de saliva blanca y espesa en el centro del labio inferior. Normalmente Betty va sola porque Jonás viaja mucho. A Barcelona. ¿A Barcelona o Madrid? Marina no se acuerda. Por el banco en que trabaja.

Melquíades ha seguido a Marina en silencio. Se lo encuentra frente a ella, subido en una butaca que embellece una esquina del pasillo. Se asusta. El gato la mira fijamente, «¿qué haces espiando a mi dueña?».

—¡Zape! ¡Zape! —murmura con cara de asco agitando la mano derecha.

Bosteza y se relame. Los colmillitos como sables. ¿Por qué Carmen y Betty ríen tan fuerte y hablan en susurros? Todo el mundo tiene una bolsa de basura en casa, piensa Marina. Por muy pulcra e inmaculada que sea. Y en esta casa también la hay, asegura. Se coloca en el quicio de la puerta bajo la atenta mirada de Melquíades. Huele a barniz.

—Solo digo que no me parece bien que Marina haya cogido las de marca —dice Betty—. No que le des zapatillas o ropa o lo que quieras darle, Carmen, eso te honra, la estás ayudando mucho. Tiene cara de buena persona, seguro que lo ha pasado muy mal. Pero, chica, de ahí a que le ofrezcas dos pares de zapatillas y ella se quede con las más caras..., llámame loca. Pero qué morro.

Marina siente que alguien la ha atizado en el rostro con una sartén. No se mueve. Siguen hablando de ella.

—Betty, querida —replica Carmen—, ¿no entiendes que precisamente eso es la pobreza? A veces vienen personas al comedor social sin nada que llevarse a la boca.

Nada, Betty, no es una forma de hablar. Ni para ellos ni para sus hijos. Sin embargo, traen consigo el nuevo iPhone que cuesta trescientos o cuatrocientos euros. Esa es la pobreza que ha traído esta crisis, Betty, gastarse los trescientos euros del paro o de la pensión en un aparato porque lleva una manzana mordida. Vienen padres al reparto de ropa y no quieren prendas de mercadillo, cielo, ellos preguntan si hay deportivas Nike o Adidas para sus hijos, las que llevan el resto de sus compañeros de clase. ¿Crees que quien no tiene nada no quiere nada? Hoy funcionamos con el tanto tienes, tanto vales. No, no me pongas más café, gracias. La gente está enfadada. Creen que la vida les debe algo, se ven a sí mismos tan diminutos que gastando lo poco que tienen en un producto de lujo, durante unos instantes, se sienten grandes. Y lo que consiguen es arruinarse. Tienen una dependencia extrema, además, ya se encarga la televisión de ello. Son yonquis emocionales y claro, a primeros del mes siguiente, otra vez no tienen ni siquiera un poco. Nadie les ha enseñado a ahorrar. Ese es el pobre, Betty, no el que gana poco sino el que lo gasta todo. Yo le ofrecí los dos pares de zapatillas y Marina eligió las Nike en lugar de las de Decathlon. No pasa nada, fui yo quien le dio a elegir.

—Lo siento, pero no puedo estar de acuerdo, Carmen. Pásame la leche, por favor. Eres demasiado buena, me parece abusar.

La cola de Melquíades resbala por la pantorrilla de Marina como un plumero acariciando un jarrón. Se sobresalta. El estómago se le da la vuelta. Una araña paseando por sus medias. Da un brinco. Aterriza sobre la cola del gato que aúlla. Escapa a su habitación, corriendo, de puntillas. Está a dos puertas. Cierra con mucha suavidad apretando ojos y labios, como si estuviera haciendo un esfuerzo. Melquíades le asegura desde el pasillo que esto no acabará aquí.

Un grabado del puente de Brooklyn, que posibilita el paso entre Manhattan y el resto del mundo, cuelga sobre la cama a modo de crucifijo. Carmen se lo ha comprado a Marina. Lo observa al resbalar por la puerta con las nalgas hasta el suelo.

Las zapatillas Nike de las que Carmen y Betty hablaban están junto a la mesa, como dos pequeños conejos blancos recién nacidos, asustados. No las ha cogido por la marca sino por el color. Las otras, las baratas, eran negras y no combinan con nada. No lo ha hecho por la marca. Pero Betty tiene razón. ¿Con qué derecho...? Marina ni siquiera puede pensar en ello. Se siente muy avergonzada. El estómago dando vueltas como el tambor de una lavadora. Las manos en la cara para taparla. Marina llora de la vergüenza. Tiene mucho frío. Esta no es su casa. No es su habitación. Su ropa. Su nevera que expulsa hielo por la puerta. Esta no es su vida. ¿Con qué derecho...? ¿Con qué derecho se está apropiando de una vida que no le pertenece? ¿No fue eso lo que hizo su hija? Le robó la edad. Los años. A su marido,

que prefirió abandonarla para tener a su niña con él. Qué curioso, el putero quería a su hija. Nos vamos, Marina. Dijeron. No podemos seguir aquí contigo. Y se dieron la mano para decirlo. Y ahora están muertos.

Marina se asoma a la puerta de su habitación con sigilo. No hay nadie. El despacho de Carmen está abierto. Lluvia de nuevo. Marina ha cogido las zapatillas caras que Carmen le regaló para devolvérselas. Pero no se atreve, así que las deja en su despacho sin más. Vuelve a la habitación y encuentra algo que antes no estaba. *El extranjero*, Albert Camus. Carmen ha debido dejárselo en la puerta. Otro libro muy fino.

Para la próxima reunión del club de lectura.
Con el deseo de que bucees en las profundidades
del alma de Meursault y encuentres en ellas algo para ti.

Ton amie qui t'aime et t'admire,

Carmen S.

Granada, mayo de 2006

¿A ti qué te pasa, ya no quieres tener sexo conmigo o qué? Andrés se hace el dormido. No cuela, sé que estás despierto, da la cara, Andrés, ¿no eras tan hombre? Vamos a ver, Marina, ¿tú no me dijiste hace unas semanas que no querías intimidad conmigo nunca más? El dormitorio a oscuras, luz de farola colándose por las rendijas de la persiana, que no grite a ver si va a despertar la niña. La niña, tu princesita de las narices, está por ahí emborrachándose, no te preocupes por ella. Y con respecto a lo que dije el otro día..., estaba enfadada, Andrés, muy enfadada. Mira, Marina. Andrés se destapa con violencia. Vuelve a taparse. El interruptor de la luz, ¿dónde está? No te aclaras. Tienes tal cacao en la cabeza, del que nos quieres culpar a todos, que yo ya no sé qué decir. Pero yo a ti te gusto o ya no te gusto, Andrés, dímelo. El interruptor de la luz donde siempre, pero Andrés se lo piensa mejor y a oscuras quizá sea más fácil. Di, Andrés. ¿Qué? Que si ya no te gusto. Ah. En la pantalla del móvil un globo con texto de Elvira: «Llego antes de las tres. *Promised*. Mua». Habría que cambiar la almohada, es demasiado baja. ¡Andrés! Claro que me gustas, Marina, pero contigo son todo discusiones, y, como dice la

chavalería, a mí «se me corta el rollo», ¿sabes? Tú estás con otra, ¿te crees que soy idiota? La puerta principal se abre. Qué dices. La puerta principal se cierra. Digo lo que digo, que si te crees que soy idiota. Marina, no grites, ha llegado Elvira y te va a oír. ¡Pues que me oiga! Estoy harta de cómo la tratas. Parece que lo único que te importa en la vida es la niña de las narices, todo se lo consientes. Ni dónde caernos muertos tenemos y tú venga a darle dinero. ¿De dónde lo sacas? De tu madre, ¿no? Esa niña es una delincuente, tonta, esa niña es tonta. Yo no sé qué habremos hecho para que nos salga así. Bueno, sí lo sé, es tu culpa, porque a los niños hay que ponerles límites. Disciplina. Y tú, desde bien pequeñita, erre que erre con que para tu niña lo mejor. ¡Joder, y los demás qué! ¿Le cuentas a tu niñita del alma que estás con otra? Porque estás con otra, a mí no me engañas. Me vais a destrozar los nervios. Entre tú y ella y todos, menos mal que tengo el *mindfulness* porque a mí me vais a matar entre los dos. Silencio. Yo sé que estás con otra, a mí no me engañas.

SI TÚ SALTAS, YO SALTO
El blog de Julia (y el tuyo)
Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

¡Estoy flipando con vosotras! ¡Ciento veintitrés comentarios esta vez! ¡Gracias, gracias, gracias! Vuestros consejos se han convertido en algo imprescindible para mí, no sé qué haría sin ellos. De hecho, si me está empezando a ir bien con Micky es gracias a vuestros consejos. Bueno a todos, no, a los que venís a insultarme os recomiendo pinchar el aspa roja de arriba a la derecha. Y enamoraos un poquito, un poquito solo, no cuesta dinero.

Ha sido el mejor día de mi vida. Sé que esto es lo más importante que me va a pasar nunca, que no podré volver a enamorarme de nadie, que Micky y yo estaremos juntos siempre y seremos felices toda la vida. Lo sé. Ahora lo tengo claro.

Mi madre siempre me ha dicho que hay dos tipos de personas: las que toman una decisión y aceptan las consecuencias y aquellas que las crean. Y eso es lo que yo he hecho con Micky, lo que estoy haciendo. El mundo nos toma por locos. Mi madre siempre pone de ejemplo eso del mito de la caverna de Platón, que lo acabaron matando. Pero insiste en que cada uno ha de buscar su camino, sea cual sea, y no hemos de dejarnos intimidar si nadie lo entiende. Hay que descubrir la forma para que el mundo lo acepte sin imponérselo. Para que el mundo lo acabe amando. Sé que a la mayoría os parece una locura mi historia con Micky. Decís que me va a hacer daño. Que es un mal tío. Pero esas son las consecuencias que vienen de serie. Yo voy a crear unas nuevas.

Hemos quedado en el pantano que está al lado del colegio. Yo estaba tumbada y la sierra, ya con nieve, parecía el lomo de un cisne. Y como estaba el embalse enfrente era como si el cisne estuviera nadando por él. Menos mal que la lluvia nos ha dado tregua un ratito. A

Micky lo tenía al lado oliendo un poco a marihuana. Pero poco, como si hubiese fumado hace unos días. O a lo mejor era la ropa, porque la droga huele mogollón. Total, me ha dicho que estaba guapa —iba con los vaqueros negros nuevos, la blusa de estrellitas y el plumón; os dejo foto del *outfit* al final—. Se oían animalillos entre los juncos. Suele haber ardillas. Hoy hacían mucho ruido.

Bueno, me he empezado a poner un poco nerviosa porque me ha cogido la cremallera del abrigo y la ha empezado a subir y a bajar (¡OMG!). Me estaban entrando unas ganas de besarle…, pero estaba muerta del miedo, para qué mentiros, me sentía paralizada, como si no pudiera moverme. ¡Os juro que no podía mover ni un dedo! Menos mal que ha oído un ruido raro, como una ardilla entre las ramas, y ha parado. ¡Uf! ¡Qué calentón más tonto!

Después me ha dicho una cosa un poco… fea. Las palabras exactas han sido «tú sabes el polvazo que yo te echaba, ¿verdad, rubia?». Como lo oís, yo también me he quedado a cuadros y se me ha pasado el bloqueo de golpe. Me he sentado —estoy pensando ahora que tendría el pelo lleno de ramitas y tierra, que estaba mojada, qué horror— y me he subido la cremallera. Así además no se daba cuenta de lo fuerte que estaba respirando. ¡He tenido que aguantar la respiración para calmarme! Bueno, él se ha reído de mi reacción y se ha liado un canuto. Me ha dicho que era una *joke*, que no me pusiera así, que si seguía rayada por lo de la policía, que no fue su culpa y blablablá. Yo estaba armándome de valor para decirle las cosas claras. Y se las he dicho. Vaya que si se las he dicho.

Que le da miedo ser feliz. No sé lo que ha pasado en su vida porque no me lo quiere contar, pero está claro que algo le ha pasado. Algo malo. Y, además, durante mucho tiempo. Mi madre dice que las personas estamos hechas para sobrevivir, que hay algo o alguien que no quiere que nos extingamos como especie. Que el mayor mecanismo de defensa que tenemos es la mente, el ego, que significa «yo». A la mente le da igual que seamos felices o no, lo único que le interesa es la supervivencia, que no muramos. Y lo que hace es flipante. Se dedica a buscar las situaciones en las que hemos sobrevivido, aunque hayamos sufrido mucho en ellas, porque sabe que ahí controla, ahí al menos, sobrevive. Porque ya lo ha hecho antes. Le he puesto un ejemplo muy claro: un niño pequeño al que abandona su madre. Cuando el niño sea mayor pasará la vida buscando parejas que lo abandonen. Me ha dicho que estoy *crazy*, que cómo va a ser eso, pero mi madre dice que es así: quien ha vivido en el abandono quiere seguir viviendo en él porque es lo que le da seguridad, porque sabe que ahí sobrevive. Aunque lo haga inconscientemente. Y ese niño ya mayor no lo entiende, él piensa que no, que tiene mala suerte, que todo el mundo lo deja. Pero es él quien provoca que lo dejen. Porque lo otro, que lo cuiden, es nuevo para él, y, aunque parezca evidente que el amor es algo bueno, su mente no lo entiende. Su mente quiere situaciones que le sean conocidas. Le he dicho que dónde se cree que viene eso de «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer».

Mi madre dice que esto solo puede arreglarse de una forma, que a la mente hay que darle seguridad para enfrentarse a las situaciones nuevas. Entonces me he ofrecido para dársela a él… ¡Qué vergüenza, por Dios! ¡Casi me he declarado! Bueno, y en medio de todo esto las ardillas, estaban haciendo un ruido detrás de nosotros increíble.

Al final se ha quedado pensativo. Me miraba en plan… ¿qué me estás contando? Le he pedido que piense en ello, solo eso, no le pido más salvo que lo piense. ¡Y me ha dicho que sí, chicas! Que esta Navidad, que le toca pasarla en Málaga con su padre, se va a comer el techo

de tanto pensar. ¡Estoy *super happy*!

Y ahora viene lo bueno... Me ha pedido un beso para hacerle más light el marrón de no vernos en vacaciones. ¡Que le diera un beso! ¡Se me iba a salir el estómago por la boca! ¿Queréis saber cómo ha terminado? Vale, no voy a ser tan mala de dejaros con la intriga... ¡Me lo ha dado él! ¡Ay! He soñado con esto miles de veces, pero ha sido superdistinto. La felicidad nunca es como la esperábamos. Yo me lo imaginaba a cámara muy lenta, con música, los pinos susurrando por el viento... Pero no. Se ha acercado a toda leche para darme... mi primer beso. Sí. El primero. ¿Qué pasa? Ha sido superraro. Como si su lengua persiguiera la mía y luego al revés, quería que yo buscase la suya. Si os digo la verdad, ¡me sentía como si tuviera peces en la boca! Pero uf..., al rozarle... Me da vergüenza contaros esto, pero tenía ganas de que me tocase en, bueno, en otros sitios. Qué vergüenza. Qué vergüenza. Qué vergüenza. Me ha metido la mano dentro del anorak... y no sabéis el trabajo que me ha costado no dejarle entrar en el pantalón... No quiero hacer el amor todavía. Eso lo tengo claro. ¡Y menos en la calle!

Si esto es amor, chicas, yo me puedo pasar la vida haciéndolo. No necesito nada más. Ni comida ni agua. Con esto me basta para vivir. Todo ha sido perfecto —menos por las ardillas partiendo ramitas, me estaban poniendo super supernerviosa—. Bueno, y nos hemos ido porque se ha liado a llover, que si no... Ay.

Chicas, que os quiero. Que os adoro. Que hasta pronto.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, 12 de diciembre de 2008

Yohji Yamamoto ha diseñado unas espectaculares zapatillas negras con la puntera roja para Adidas. Blas las quiere. Lázaro no se las compra. Son muy caras, dice, y, además, tienes tres pares de deportivas. Y no me sigas tocando los cojones, Blas, tengo mucho trabajo. Cojones, piensa Blas. Eso es lo que necesita su padre. No estar todo el día haciendo empastes para no tener ni un euro disponible. Quiere esas zapatillas. Las necesita. Es cuestión de vida o muerte.

A Blas no le han descubierto de milagro. Por su culpa. Porque lleva las Superstar clásicas de Adidas y las suelas hacen mucho ruido. Parecen de chinchetas en vez de goma. Sobre la alfombra de piñones del pantano de Cubillas, mientras espiaba a Julia y a Micky, crujían como huesecillos de animal, y además ha vuelto a llover, mucho ruido, no lo han pillado de milagro.

Se lanza en plancha sobre el sillón de cuero encima del pequeño cuerpo de

Currito, que intenta mostrarse fuerte y no llorar, porque le ha hecho daño. Deja un rastro de pinocha embarrada que se cuela entre los cojines y sujeta el móvil con fuerza frente a la cara de su hermano.

—Mira, Currito. Esto es follar. Como en las pelis guarras, pero sin actores. Micky y Julia, la hija de Salvaterria. Los he cazado en el pantano del colegio.

Frente a ellos la enorme biblioteca de Lázaro enmarca en el centro una televisión de cincuenta y cinco pulgadas. Encima ocho obras de Marianne Moore y algo de Thoreau y T. S. Eliot. Flanco derecho, Polonia: Zbigniew Herbert y Julian Przyboś. Izquierdo, Alemania: Clemens Brentano y Gertrud Kolmar. Y, sosteniendo el televisor, las mejores recopilaciones de haikus que Lázaro va encontrando: Matsuo Bashō, Onitsura o Taneda Santôka. Lázaro piensa que, con los líderes adecuados, las guerras dejan de ser guerras.

A Currito se le salen los ojos de las cuencas mirando la foto que le enseña su hermano. Parece que ha estornudado muy fuerte. Va a decir algo, pero su padre le interrumpe al entrar en el salón.

—Viene a cuidaros Marina, la amiga de Carmen Salvaterria. Ya la conocéis. Tengo consulta hasta las diez así que haced el puto favor —mierda—, haced el favor de comportaros. Y suelta el móvil, Blas.

Lázaro se acaricia la calva en un acto reflejo. En las manos, sudor. Tiene que comprar lentillas, la montura de las gafas le está destrozando el puente nasal y la parte de las orejas donde descansan las varillas. Años atrás enrollaba esa parte con tiritas, aquellos maravillosos años en los que aún tenía pelo para disimular la chapuza.

—Blas, que sueltes el móvil te estoy diciendo, joder.

«Sonríe; la paz empieza con una sonrisa». ¿Cómo lo hacen las mujeres para ser padres además de madres? Su situación es menos frecuente, ha oído hablar de más hombres que abandonan a sus hijos que de mujeres. Todas parecen conseguirlo. Se oye mucho eso de «lo que soy es gracias a mi madre, que me sacó adelante ella sola». Retumba en su cabeza como rayos y truenos contra las paredes de una cajita. ¿Cómo lo consiguen ellas?

Lola, su propia mujer, ha estado a punto de denunciarlo porque el otro día le dio una bofetada a Currito. Ha dicho que, si vuelve a tocar a los niños, se acabó todo. Al menos ha decidido quedarse en Granada y no huir de nuevo a Gijón, quizá logre convencerla para que vuelva a casa, para intentarlo de nuevo. Todo cambió desde que le asignaron el caso de Andrés y Elvira Barrios, desde que se hizo amiga de aquella tal Leonor. Un día, de repente, se fue al norte. Y no le importó nada. Los abandonó, a él y a los niños que ahora le reclama, y Lázaro siente que se parte si le quitan a sus hijos.

—Un momento, papá, ahora dejo el móvil, le estoy enseñando a Currito una cosa.

Suspira. Necesita ir a otra parte a resignarse. Un vaso de agua para empujar la frustración. Que se porten bien, por favor, y, además, Currito, hoy tengo exodoncia, ¿le pregunto al paciente si nos da la muela para el Ratoncito Pérez? Su hijo levanta las cejas, pero sus ojos siguen en el móvil que le muestra su hermano.

—No existe, papá. Blas te grabó el año pasado metiendo cinco euros debajo de mi almohada y me lo enseñó.

Suena el timbre. Parece la señal de alarma que sofoca los deseos de asfixiar a su hijo mayor. Y después a sí mismo, o antes, al fin al cabo es su culpa y lo sabe.

—Currito, hijo, ¿te acuerdas de Marina? Mi amiga de la biblioteca.

Marina no busca la aprobación del niño, en el club de lectura le dejó muy claro que no se la daba. Y los niños a esa edad no conocen las segundas oportunidades: admiran o rechazan. Hay en ellos falta de sociedad aún, Marina lo sabe bien. Hubo un momento decisivo, al cumplir la primera decena, en que tuvo que empezar a dar besos. «Dale un beso al tío Carlos», aunque la cara del tío Carlos pinche y huela a cerveza. «Dale un beso a la prima Eva», aunque el aliento de la prima Eva apeste a nicotina y marihuana. Hasta aquel momento se refugió en la falsa timidez, en el «no quiero» que solo se permite a los niños. Pero a partir de entonces su madre la obligó a besar a personas que le repugnaban. Y ya no le estaría permitido parar nunca.

Tienen dinero porque los dentistas son unos ladrones, piensa Marina, eso lo sabe todo el mundo. Además, por mucho que tenga, no deja de ser uno de esos pretenciosos que decora su casa con libros, a falta de gusto y elegancia. Y una pinta de putero que no puede con ella. Se nota en la forma de comportarse de los niños, como dos salvajes.

—¿Tenéis deberes de lengua? Porque con cultura clásica empiezas el año que viene, ¿verdad, Blas? ¿Latín y griego? —les pregunta Marina cuando Lázaro abandona la casa.

Se acomoda en una silla, de espaldas a la librería. Hay una mesita baja entre ella y los niños, toda de cristal. Ambos miran la pantalla de un teléfono hipnotizados.

—No voy a escoger cultura clásica, eso es de tías y de friquis. Yo seré inspector de policía. Y ya casi son vacaciones de Navidad, ¿qué deberes vamos a tener?

A Marina le sube un calor picante desde el esternón a la cara. Currito ríe con flojera. Lleva un chándal Nike. Incluso un niño de siete años tiene más que ella. Una casa propia. Algo de dinero ahorrado en un cerdito, si es que los niños siguen teniendo cerditos. Marina tuvo uno, pero lo rompió porque la ponía muy nerviosa. Pregunta si tampoco tienen deberes para Navidad. El pequeño niega con la cabeza muy rápido, como un perrito de juguete.

La sala es fría, hay radiadores, pero están apagados, y Marina tiene la ropa húmeda por el chaparrón que está cayendo. Siente deseos de dejar a los niños a su aire, buscar una Coca-Cola zero y poner *Aquí hay tomate*. Recuerda entonces que no lo emiten desde hace meses. Desde febrero. Es como si mirara abajo desde un rascacielos al pensar en febrero.

—Si no tenéis deberes, vamos a repasar lengua. Sujeto y predicado, y así tú vas por delante de los niños de tu clase, Currito.

Ninguno de los dos se inmuta. Solo la risa floja del pequeño rompe el silencio. Ni siquiera se oyen coches o personas por la Acera del Casino, solo lluvia. Marina les pregunta si podrían dejar el móvil. La cólera se va posando sobre ella poco a poco, como una manta. Siempre ha trabajado con niños. No tan pequeños, pero casi. Por norma general, Marina tiene paciencia. El secreto es no prestar atención. Todo lo que no sea asunto suyo, para otro. Si sus alumnos de la academia donde siempre trabajó querían perder el tiempo metiéndose mano bajo las mesas, que lo hicieran. Si no traían los deberes hechos, allá ellos. Tampoco es que les tuviese mucha simpatía. Con que le pagaran a final de mes era suficiente. Ella no va a cambiar el mundo. Sin embargo, la actitud grosera y cargante de este par de salvajes sí es asunto suyo. ¿Se están riendo de ella? Los niños huelen el miedo, porque los niños aún huelen, y Blas y Currito han captado su superioridad. Quizá por las gafas de sol de Carmen Salvaterria que lleva en la cabeza y ellos reconocen. Es una vagabunda y los niños lo saben. Una intrusa.

Marina se pone en pie. Salva la barrera de la mesita. O le dan el móvil ahora mismo o llama a su padre, se ha acabado el recreo, aquí estamos para estudiar y me vais a obedecer, ¿me habéis oído?

Blas mantiene la mirada fija en la pantalla. Se revuelve en el sofá. Sonríe. Muy despacio, con los labios plagados de malicia, levanta los ojos para enfrentarse a los de Marina. Se miran en silencio, como dos animales midiendo las fuerzas del otro. Te crees que vas a venir tú a mi reino a cambiar las leyes. En un arrebato de ira, Marina le arranca el teléfono de las manos con violencia.

Lo que le sorprende no es ver al fin al famoso Micky —lo esperaba más guapo — tocando los pechos de Julia en la pantalla, sino el teléfono. ¿Cómo es posible que un niño tan pequeño tenga semejante aparato? Parece una nave espacial. ¿Qué clase de leyes permiten que un botarate de trece años tenga ese móvil y ella un antiguo Nokia sin acceso a internet prestado por Carmen? ¿Por qué ella no puede pagarlo y él sí?

—Borrad esa foto inmediatamente. Vamos —ordena.

Lo tira al sillón. Cae en la alfombra. Blas pasa un brazo por los hombros de su hermano que lo recibe como un perro una caricia. Ambos disfrutan del momento.

Sonríen enseñando los *brackets*.

—Currito —Blas mira fijamente a Marina—, ¿tú sabías que a esta se la encontraron en la calle y la de francés, que está como una cabra, se la llevó a vivir a su casa? Era una pobre que dormía en la calle, ¿lo sabías?

Pobre. La urgencia se apodera del cuerpo de Marina. La mente en blanco. No sabe qué hacer. Pobre. Se siente vulnerable. Desprotegida. Desnuda. No es capaz de reaccionar. Se grita que reaccione. No es capaz de reaccionar. Currito la mira con rareza. Ha dicho pobre. Tiene que irse.

—Y la foto ya está en Tuenti y en Facebook. Si no les mola la fama, que se vayan a un hotel.

La boca seca. Marina se siente muy pequeña dentro de su cuerpo, un cuerpo que percibe excesivamente grande, un trasto enorme que ocupa más espacio del que le corresponde, un obstáculo para los demás.

Solo pueden saber que fue recogida de la calle por Carmen. Ella se lo ha contado a Lázaro y este a sus hijos. Y tiene sentido. Quién en su sano juicio deja a unos niños con una vagabunda sin prevenirlos. Tiene sentido.

Granada, 12 de diciembre de 2008

Carmen casi baila. Al son del Segundo Vals de Shostakóvich. Bajo la lluvia. Qué hermosa Granada cuando se viste de Galicia. Acaba de hacer el amor con Arturo y aún tiene sus manos en la piel. Casi baila, por toda la plaza Bib-Rambla, alrededor de la fuente, del árbol de Navidad, de los que pasean bajo un enjambre de paraguas. Ochenta ventanas como ochenta ojos que la miran desde los palcos. Cuando uno es feliz, normalmente no lo sabe hasta que deja de serlo. Carmen tiene la capacidad de apreciar el presente antes de que se convierta en pasado. Sus pies que se empapan de la música del suelo. Le gustan las nubes, como gatos persas ronroneando. Atrapa el móvil entre el hombro y la mejilla, la llama su amiga Leonor. Un cordón rebelde la obliga a agacharse.

—Tienes que empezar a salir. Yo diría que es lo más importante, Leo, te estás consumiendo. ¿Por qué no vienes hoy a cenar a casa?

—Para cenas estoy yo, Carmen...

—Me lo imagino, pero tienes que empezar a superarlo, Leonor, vas del hospital a Lújar y de Lújar al hospital. Sé que es duro, pero cuentas con el apoyo de todos los que te queremos. ¡Ven a cenar hoy con nosotros! Deja de pasar todo el tiempo libre

en el pueblo.

—No puedo, Carmen, de verdad, mi madre no aguantaría esto sin mí. Voy a estar toda la Navidad con ella, salgo en cuanto termine en la universidad.

—¿La universidad? ¿Vas a volver a estudiar?

Ríe como si diera un mordisco al aire. En el altavoz suena como un estornudo.

—Sabemos que la asesina de mi hermano y de Elvira no terminó la carrera y trabajaba de profesora. Tengo algún contacto en la universidad, necesito demostrarlo. Todo es poco.

Le pide que olvide a esa mujer, ¿no os ha quitado ya suficiente?, pero ella no va a descansar hasta verla entre rejas. Carmen hace cabriolas por la plaza. Le manda *biquiños* de despedida y Navidad, que venga pronto a comer, que tienen muchas ganas de verla. Sonríe a los niños que se divierten siendo niños, ¡ponte la capucha!, y juguetea con un yorkshire camorrista. La florista está cerrando y le guiña un ojo. Pero no ve a Marina cruzar a su espalda, que intenta no correr. Se cubre con las gafas y el sombrero. Llama más la atención que desnuda.

Ella sí la ve. Sonriendo. O riéndose. ¿A partir de qué punto la curvatura de los labios habla del que está fuera y no dentro? Los labios de Carmen están llenos de años. Solo puede haber sido ella. Solo ella ha podido contarle a Lázaro y a los niños que la recogió de la calle.

Sube a toda velocidad, mojada, corre como un galgo, los escalones de dos en dos, no respira. Un agujero en el pecho como el del asesinado por un disparo. Nunca le ha salido nada bien porque nunca ha hecho nada bien. Así de sencillo. El mundo no va a despertar una mañana cualquiera sin memoria. Rompe a toser de manera tan violenta que parece que le explotan las costillas, como hilos tensores que estallan liberando tristeza. Una tristeza vacía que se extiende por su cuerpo de forma de gas. Blanquecina. Seca. Ciega. Tose. Y sigue tosiendo.

No está sola en casa, suena André Rieu. Las pisadas que se dirigen a su habitación guiadas por la tos son las de Arturo. Marina cierra la puerta y se tira al suelo. Lo recibe helado sobre el vientre y los muslos. Intenta agarrarse al mármol.

¿Por qué Carmen, a la que todos llaman «santa», descorre las cortinas de su pasado para que el mundo la vea desnuda? ¿Con qué derecho? Quien paga manda, ¿es eso? ¿Se siente su dueña por ponerle un plato de comida como a un perro su escudilla? Marina no tiene forma de conseguir un trabajo. Nadie la contrata. ¿Qué diferencia hay entre ella y el asqueroso Melquíades? Siente que los dos son propiedad de Carmen Salvaterria. Como su portentoso ático o su ropa de firma.

Se cuela un murmullo por debajo de la puerta, como niebla, que le es familiar. Entiende la letra de la canción y ella no habla inglés. Entonces comprende que los operistas de André Rieu están cantando en latín. La mejilla izquierda de Marina en

el suelo, el frío como cuchillos. Eleva el rostro para liberar la oreja.

Sors immanis
et inanis,
rota tu volubilis,
status malus,
vana salus

Es una pieza de *Carmina Burana*, está segura. Lo recuerda de los goliardos en la facultad. Suena a infierno. A almas torturadas que reciben a un nuevo morador entre ellas. Sabe a rostros desfigurados, aún vivos, suplicando la muerte. Rostros de niños. Siente un escalofrío.

Semper dissolubilis,
obumbrata
et velata
michi quoque niteris;

Entiende el significado. Tiene miedo. Arturo ha subido el volumen: «ahora oprime, después alivia, como un juego, a la pobreza y al poder los derritió como el hielo». Es *Carmina Burana*, ha oído cientos de veces el poema, lo sabe de memoria. Pero no lo ubica. Está muy asustada. Y qué oscura la habitación, sombras. Tiene mucho miedo de esta música de muertos que se cuela bajo la puerta como humo. Suena a pozo abandonado en la noche. Un pozo silencioso y oscuro cuya humedad conserva los cadáveres. Un pozo de piedra en el que susurra un demonio. Y la mira. Y sonríe. Tiene mucho miedo. No está sola en la habitación.

Un golpe seco sobre la cómoda. Le quema el pecho. La sangre palpitando bajo la piel. Marina no se atreve a moverse. Suena como si unas hermosas y pálidas manos sin vida hubiesen dejado caer un objeto pesado. Quiere agarrarse el corazón para detenerlo. Estar muy lejos de su mente, de su propio cuerpo. Tiene mucho miedo. El silencio que sigue al golpe, tan solo roto por la música de muertos, le perfora los oídos. Está muy asustada.

Melquíades. Ha saltado a la cómoda. Mira fijamente la pared. Inmóvil. Inerte. Erecto. Como millones de años congelados en el hielo. Marina se incorpora cuando la intensidad de la música aumenta y toda la orquesta suena a la vez. Sigue la mirada del gato. Y entonces reconoce el poema. «O Fortuna». Y la reconoce a ella. A la diosa Fortuna. Augusta. Hermosa. Ciega. Tapa el cuadro del puente de Brooklyn y

no se refleja en el espejo. La escultura griega que ha trascendido a la vida. La que ha cobrado existencia a partir del mármol. Viva. Bella. Majestuosa. Como el óbito que da el inmaculado y blanquecino aspecto a los muertos. Gira su ruleta. No tiene pupilas. Está ciega. Vacía. Pero ve. Lo llena todo de la siniestra paz de un cementerio. Y entonces, muy lentamente, sonríe como un diablo. Aquí estoy, Marina.

«Porque la Suerte derriba al fuerte», cantan las sopranos de André Rieu.

Granada, 12 de diciembre de 2008

Unos zapatos de tacón puntean hacia la puerta como dos canicas rebotando sobre el parquet. Marina se gira con tanta violencia que el cuello se le tensa como una soga. Los nudillos de Carmen Salvaterria en la puerta de su habitación, se levanta de inmediato. Carmen lo toca todo como si fuese una extensión de su propio cuerpo. En la pared ya no hay nada salvo el puente de Brooklyn iluminado con miles de bombillitas. Parece una tarta de cumpleaños para Manhattan.

—Adelante —dice Marina creyendo que se le raja la faringe.

Frota las lágrimas con el puño del jersey. Dos líneas de carboncillo y rímel en los extremos de los ojos. Carmen se dirige a Melquíades. Huele a invierno, a puesto de castañas asadas. Pregunta qué hace molestando a Marina y ¿qué miras, mi amor? ¿Te gusta el puente de Brooklyn?

Marina está muy desorientada, como si le hubiesen dado un golpe seco en la nuca. Con un salto limpio Melquíades abandona los brazos de Carmen y va a parar al suelo. Se impulsa con las patas traseras para salir corriendo de la habitación, el rabo tieso.

Carmen la observa desde su eterna sonrisa. Parece que el gesto está cincelado en ella, como una cicatriz. Le asoma un libro fino del bolso en el que Marina lee *Nada*. ¿Ha ido todo bien en casa de Lázaro? La habitación se hace cada vez más pequeña. Las nubes son trazos de mala caligrafía en un cielo que tiende al incendio. Marina siente mucha sed de repente, un paño de tela en la boca.

—Me he sentido mal..., indispuesta, y he tenido que irme. Lo he llamado.

—¿Te encuentras bien?

Le cambia la cara, parece querer abordarla por completo. Qué estúpidos mocasines calza. Dice que Arturo está en el salón, ¿lo llamo? ¿La garganta otra vez?

—¡No! No, para nada. Ya me siento mucho mejor.

Carmen es una buena actriz, Marina le reconoce el mérito. O quizá no está actuando. A lo mejor es una loca, una enferma que ha asumido el personaje que interpreta. Todos ven en ella una apariencia bondadosa y humanitaria, pero es una cortina. A ella ya no la engaña. Es la única responsable de la humillación de Blas. Tiene que serlo. Pues qué pena, dice Carmen. Mario, el director del colegio, quería que fueses esta tarde para una entrevista. Pero si te encuentra mal no, mejor esperamos a que pase la Navidad. ¿Por qué no te acuestas y descansas? Puedo traerte algo caliente.

A Marina le parece que Carmen se mueve de forma irracional, como un dibujo animado. Sigue muy nerviosa. ¿Quién se mueve así? ¿Cree que es una bailarina de ballet? Estúpida, mastica.

—No. Me encuentro mucho mejor, Carmen, de verdad. Si te parece bien, me gustaría ir al colegio.

—¿De verdad? —Su rostro se ilumina como si el sol hubiese salido solo para ella—. Vamos entonces, Mario aún está allí. ¡Verás cómo es la entrevista definitiva!

Carmen parece drogada. Borracha de falsa felicidad. Se le enciende el gesto ante cualquier estupidez. Pero es una impostora. Y Marina lo sabe.

Van al colegio en el coche de Carmen. Al dejar atrás la ciudad, la naturaleza emerge como el destierro. Apesadumbrada. Marina intenta concentrarse en las vistas, obligarse a verlas. La arboleda mira con ausencia, como el anciano abandonado a su suerte. La visión sume a Marina en una tristeza oscura. Hay en ella miedo y ateísmo.

—¿Qué tal *El extranjero*, querida?

El Audi es tan sensible que Carmen parece conducirlo con la mente en vez de con las manos. Va por la parte del juicio, dice Marina, pero *La metamorfosis* le gustó más. Este no lo entiende. Sí lo entiende, no es que sea tonta, tonta no es, pero le parece poco verosímil que una persona, el tal Meursault, esté al borde de la pena de muerte y no se defienda. Además, la pone un poco nerviosa porque todo le da igual. Ha muerto su madre y no le importa. Su novia le propone matrimonio y a él no le importa.

¿Es condescendencia esa motita en los labios color rojo de Carmen? Marina creía que estaba operada, pero la frente se le arruga con naturalidad. Le pregunta cuándo cree ella que una persona necesita defenderse. Es condescendencia. Pretende darle una clase. Lo que faltaba.

—Cuando la atacan, supongo.

—¿Y qué es atacar?

Demasiado. Marina se siente acosada. Su juguete. El sol buscando la puesta le ciega los ojos, conato de arcoíris que se apaga como si hubiesen pulsado el

interruptor. Está aburrida y la ignorancia de Marina es su entretenimiento. Ella pone un ejemplo claro, atacar sería que la tirase del coche en marcha. O que intentase matarte, Carmen.

—¡Eso es! Pero ¿qué pasa cuando no sabemos que nos están atacando? Ese sería el mejor ataque, ¿no te parece? ¿Me pasas las gafas, por favor? ¿No crees que sería el mejor ataque porque no sentimos la necesidad de defendernos? Gracias.

Marina contesta que sí. Se está poniendo muy nerviosa. Las gafas muy bonitas. Muy caras. Que piense en ello, a lo mejor Meursault era prisionero de algo que debía protegerlo y sin embargo lo atacaba. No hay mejor forma de romper a una persona que hacerla creer que la están cuidando. Entre el cinturón y el jersey un reducido espacio de piel tersa que aumenta cuando gira el volante. Ni una estría. Y Marina, que ha pasado veinte años a pechuga de pollo —sin empanar— y patata hervida tapa el michelín con el codo.

Carmen aparca el Audi frente a un edificio descomunal cerca del pantano de Cubillas. La fachada imita las griegas. Con ladrillo, sin mármol pentélico. Incluso las columnas. Carmen lo cruza como Atenea el Partenón, pero se detiene para recibir a Betty que justo lo abandona. Y es curioso porque ella no tiene hijos a los que llevar a ningún colegio y no tiene sentido que esté ahí. Además, se ruboriza. ¡Y qué haces tú aquí! ¡Y qué casualidad! Desanuda la bufanda a pesar del frío y queda al aire una pequeña erupción en la garganta, como si la hubiese frotado con papel de estraza. A Marina se le hace raro que lleve las gafas de sol puestas.

—Quería darle una sorpresa a Julia, pero no la encuentro. ¿Qué hacéis aquí vosotras a estas horas? —quiere saber Betty. Marina piensa que está avergonzada, pero no entiende por qué.

—¡Qué considerada! —dice Carmen, dos besos, abrazo—. Julia está en casa, es tarde.

Marina no se ha acordado hasta ahora de la foto de los asquerosos hijos de Lázaro en la que el famoso Micky le toca los pechos a Julia. Aprieta los dientes para no sonreír. Al fin y al cabo, la perfección no existe. Ni siquiera para Carmen Salvaterria: su hija es una fulana igual que lo fue Elvira. Hay cerca un coro de pájaros que en vez de trinar protesta. No entiende por qué le cuenta a su cuñada que van a una entrevista de trabajo, quizá para seguir humillándola. Carmen le pregunta si ha visto a Mario.

—¿Qué Mario? —quiere saber Betty con indiferencia—. Ah, no, claro que no. No sé dónde está. Yo qué voy a saber. Nos vemos en Nochebuena, ¿vale? Voy con un poco de prisa.

Parece que Betty tuviera truenos en el pecho, casi corre hasta el coche, pero sus pantalones de cuero, mucho más bonitos que cómodos, no le dan libertad. Además,

está despeinada. Marina quiere decirle que esas melenas tan venezolanas, aunque a saber si no son extensiones, hay que cuidarlas mucho. Va como una loca, una loca con un jersey de punto de Carolina Herrera, pero una loca.

Entran en el colegio y Carmen conduce a Marina por unos pasillos tan navideños como tristes. Siente que la lleva como a una niña pequeña. O a un perro. Hay restos de último día de clase, olor a despedida. A padres que solo se conforman con los sobresalientes que ellos no obtuvieron. A niños sintiendo su insignificancia ante un sistema educativo al que no le importa lo que sepan sino lo que memoricen. A adolescentes preparándose para sus primeras veces. Como si se pudiera estar preparado para la vida. Huele a un mundo sin magia que hay que decorar con estrellas y guirnaldas y bolas brillantes para que sea mágico. Al menos por unos días. Que espere aquí, dice Carmen, un momento solo.

A Marina no le gustan los colegios. Le recuerdan a las niñas de Lújar que la llamaban la novia de Cristo el Loco. En casa, entre llantos, su madre sacaba a pasear el mira que eres tonta, Marina, hija mía, tonta. ¿Qué quieres que digan de ti? Todo el pueblo sabe que ya no eres pura por culpa de ese malnacido, no dicen ninguna mentira. Aquí lo único que pasa es que eres tonta, tonta como la que más. Y yo podía haber plantado un árbol en vez de tenerte, ¿sabes? Al menos ahora tendría fruta. Eres tonta, Marina, hija mía, tonta.

En el despacho del tal Mario huele a mujer. El director ni siquiera tiene la delicadeza de girarse al oírla entrar cuando Carmen le pide al fin a Marina que acceda. De espaldas a ella coloca tres tomos grises en una estantería. Tras él una puerta, parece un baño privado. Se traga la calefacción. La luz convierte la oficina en una pompa azafranada.

—Usted es Marina, ¿verdad? —pregunta Mario girándose al fin.

Entonces Marina retrocede instintivamente. El miedo se apodera de ella como de un cervatillo contemplado por un león. Las palpitaciones en las sienes. Camina hacia atrás hasta chocar con una pared sin oír los comentarios de Carmen. Sus pesadillas se hacen reales. No lo ha soñado. No lo ha imaginado. La enorme nariz de loro está frente a ella. Como la noche que le dio quince euros solo después de tragar su semen. Y tras él, Ella. La diosa Fortuna. Expolia un templo que no es suyo. Sonríe. Esplendorosa. De mármol. Gira la ruleta con una mano y con la otra señala la enorme nariz de loro de Mario.

Granada, 12 de diciembre de 2008

El infiel habla de su amante a todas horas, sobre todo con la propia pareja. De la clandestinidad nace un fetichismo que roza la superstición y es esclavo de ella. Le quema en la garganta. Le abrasa cada una de las piezas dentales. Necesita escupir. Así alarga el sabor del amante, que suele dejarlo hambriento. Lo alarga como un pie que esculpe su huella en la arena y la prolonga con el talón todo lo que el equilibrio le permite. La pareja es el blanco perfecto por ser quien más tiempo pasa a su lado. De repente todo es ese amigo, profesor, compañero de trabajo o médico por el que su pareja está deslumbrada. Y no se atreve a pensar que hay algo entre ellos porque de ser así no sería tan poco inteligente como para evidenciarlo. Para ponerlo en bandeja de plata. Porque el leal cree que el pecado se esconde como una joya. En una caja fuerte. Lo que no entiende es que el mejor sitio para guardar un diamante es una estantería. Junto a una novela de Truman Capote. A la vista de cualquiera. Porque nadie pensaría que está ahí.

Betty, sin embargo, no puede descargar esta magnitud que la calcina. Jonás, su marido, no deja hablar a ninguna persona, a ella menos. Cree vivir en un mundo de cretinos y papanatas y necios. Desde el presentador del telediario hasta su suegra, a la que ni siquiera ha conocido. Todos son idiotas, todos están equivocados salvo él. Más aún, todos son malas personas. Quieren hacerles daño. Separarlos. Malmeter contra él mismo. Contra el país. Contra la moral. Jonás tiene planes. Claro que los tiene, él no es como el resto del mundo, él brilla. Irán a cenar con sus cuñados en Nochebuena y será la última vez. Es su primer año de casados, Betty y él contrajeron matrimonio hace solo seis meses, no tiene más remedio. Además, esa maldita Carmen Salvaterria es un problema. Este año y se acabó, para que nadie pueda recriminarle que aísla a Betty de su familia. Porque lo que todos los necios llaman «aislar» es proteger. Eso Jonás lo tiene claro.

—Arturo, estoy decidida. Le quiero. Sé que te parecerá una locura, pero es una locura que se ha tragado todas las coherencias.

De brazos cruzados, dando la espalda a su hermana, Arturo observa el anochecer. Betty ha ido a visitarle aprovechando que estaba solo. Pero lo que su hermana le dice es una locura. Cómo va a dejar a Jonás, a su marido, por un tipo que acaba de conocer. La noche cae sobre la plaza Bib-Rambla como si alguien colocara una tapadera sobre ella. Cada poco, Arturo se pone de puntillas para sentir tensión en los isquiotibiales. Se balancea. El cristal empapado de su aliento. Este año llueve como nunca.

Betty lleva en casa unos minutos, ha llegado desquiciada, no puede soportarlo más, ha dicho, necesita confesar. Y como una pompa de jabón que al fin toca el

suelo ha pronunciado mil veces la palabra mágica, «Mario», con una voz más gutural que la corriente.

—Betty, te casaste en junio. ¿No sabías esto hace seis meses?

Arturo renuncia a Bib-Rambla y se gira hacia ella. Su hermana parece un gatito acurrucado al borde del futón. Está descalza, en calcetines de osos panda y con las piernas recogidas contra el pecho. Las abraza. Rompe a llorar, sus palabras no son claras, algo así como que no puede hacer nada contra esto que siente y él tampoco, que no lo han elegido, que a Beatriz no se la elige, que a Julieta no se la elige, Arturo, ya lo dijo Cortázar, no yo.

Un pequeño instinto homicida de hermano mayor se adueña de él al imaginarla desnuda en los brazos de Mario. Y no quiere sentirlo. Es una mujer adulta, no la niña con la que compartía ceras. Sin embargo, Betty también es como un gatito recién nacido, casi como Julia. Le han partido el corazón cientos de veces y no aprende. Su capacidad para enamorarse no se amustia, va a pecho descubierto hasta el precipicio. Una vez le dijo algo así como que las vistas merecen la caída. Y, además, Mario. El jefe de Carmen. El director del colegio. Nunca ha pensado en él hasta ahora. Solo es un amigo de Carmen que viene por casa de vez en cuando. Como tantos. Un tipo amable y algo bobo a veces. Sobre todo, cuando bebe. Y bebe. Además, le saca ¿cuántos? Veinte o veinticinco años. Hay una leve, levísima, brizna de repugnancia al imaginarlos a los tres: Betty, Mario y su nariz. Melquíades sube al regazo de su hermana. Le regala un ronroneo.

—Voy a dejar a Jonás, Arturo. Necesito un poco de tiempo, porque no es fácil, pero voy a dejarlo.

Betty ha recogido su colosal melena en un moño. Lo sujeta con un lápiz. Algunos mechones derramados por la espalda. Tiene cuidado de no recogerlos, porque le sirven para tapar dos cardenales. Arturo se frota la cara con insistencia, como si la estuviera limpiando. Su madre jamás habría consentido esto, y su padre, por orden de ella, tampoco. Afortunadamente no están vivos para presenciarlo. Se reprende por el «afortunadamente». Cuando baja la guardia se cuela entre sus pensamientos y no lo quiere oír. Betty está exaltada y Arturo no necesita escuchar ciertos detalles.

—Yo te apoyo, creo que lo sabes. Si es lo que tú quieres, nosotros estaremos contigo.

—De eso quería hablarte... De Carmen.

Betty se siente colmada. Como una ametralladora vaciándose. Cualquiera diría que está sonando ópera en mitad del bosque y solo está ella para presenciar el milagro. Se han quedado a oscuras. Arturo enciende un aplique. El salón ahora de color cúrcuma, el vestido de la Frida de blanco centelleante. Betty tiene miedo a

contárselo a Carmen, la adora, para ella es una hermana, pero tiene miedo. Betty imagina la mano de Mario en su espalda. Pulsa cada una de sus vértebras como si fuesen botones. Carmen es perfecta, le dice a Arturo, sabe que la apoyará, pero le da vergüenza. La ha visto hace una hora con Marina en el colegio y no se ha atrevido porque ella es perfecta, nunca comete errores, no como yo, Arturo, que soy un desastre. Mira lo que ha hecho con Marina, yo hubiera sido incapaz. Sí, es una buena persona. Pero ¿y si os toca una asesina? Yo no podría acoger en mi casa a una desconocida, pero Carmen... Carmen es un ser de otro mundo. Es perfecta.

Betty posa en el suelo a Melquíades, que huye indignado. Busca las gafas dentro de su enorme bolso. Arturo se vuelve hacia la plaza Bib-Rambla otra vez, un grupo de extranjeros utiliza los paraguas para formar en testudo como una legión romana. Carmen es como el Tritón que corona la fuente, piensa, su hermana está en lo cierto: nunca comete errores.

—¿Se lo contarás tú? Mario le tiene miedo, pero no le digas eso a Carmen, por favor, ha sido un comentario en confianza.

Miedo. ¿Miedo por qué? ¿Porque su mujer es perfecta? ¿Por qué sentimos tanto miedo ante la perfección? Una paloma se posa sobre la cabeza del dios que entrona la fuente de la plaza Bib-Rambla. Le da un aspecto estrafalario, parece una caricatura. Porque no existe, piensa Arturo. La perfección no existe. Y lo que no existe pero tiene forma humana nos da miedo. Se llama locura.

—¿Qué te hizo alejarte de Jonás, Betty?

Granada, 12 de diciembre de 2008

—¡Qué sucede!

Carmen, en el despacho de Mario, se abalanza sobre Marina. Parece que un balón de veinte kilos ha impactado contra su vientre, la empuja hacia atrás. Choca contra una estantería de madera. Al suelo una cajita de alabastro con piedras de ágata. Mario la compró en Agra hace años. Diminutas pastillas azules con forma de rombo riegan el suelo. Antes de agacharse pellizca las perneras de los pantalones para elevarlos unos centímetros. ¿Se encuentra usted bien?, quiere saber Mario.

—¡Marina! ¿Estás bien?

Carmen la sujeta por el costado y el hombro. Tiembla. La mano derecha en el centro de la clavícula, como si quisiera comprobar que sigue ahí. Es su rostro, como un rayo, lo que la devuelve al mundo. Marina cree que no la ha reconocido. Ni

siquiera se ha inmutado. Quizá no es él, hay muchas personas con la nariz grande. Además, solo lo ha visto unos segundos. Es un error. ¿Y de verdad es tan grande esa nariz? ¿De verdad es él?

Con la palma de la mano Marina da golpecitos al aire en su dirección. Todo va bien, quiere decir, necesito recuperar el aliento. Fortuna ya no está.

—He tenido un desgarro esofágico hace poco más de un mes, le pido disculpas, me ha dolido mucho de repente.

—Hay que hablar con Arturo, Marina. Tiene que volver a auscultarte, esto no es normal.

Mario agachado recogiendo las pastillas. Una a una. No las apila, no quiere que se contaminen del suelo. La chaqueta del traje tensa sobre la espalda, no va a aguantar mucho más la tirantez. Al estirarse su rostro se muestra levemente sonrojado y con sombras por la luz.

—Carmen, ¿quieres salir para que entreviste a Marina?

Carmen alza las cejas. Brazos cruzados. El peso del cuerpo en la pierna izquierda. La manchita de sus ojos que aterroriza a Mario crece. Pensaba que lo iban a hacer juntos, dice Carmen. Ella es la jefa de estudios, aunque no parezca hacerle mucha ilusión.

Mario se recompone la corbata. Sorbe con la nariz. Tira de su chaqueta azul marino para ajustarla al torso. Ya sabe que es la jefa de estudios, por eso necesita que vaya a su despacho a entrevistar al chaval que la espera para el puesto de Educación Física. A Marina ya la conoce y no quieren irse del colegio de madrugada, porque ya deberíamos estar de vacaciones, Carmen, ¿no te parece?

Carmen cierra la puerta con suavidad al salir.

—Siéntate —le pide Mario a Marina cuando se quedan solos.

Ahora sí. Ahora sí que las paredes se precipitan sobre ella y vuelven a su sitio como si la habitación tuviera pulmones. De su bolsillo cuelga un llavero con el logotipo de Mercedes. Es él.

—No vas a sacarme ni un euro, ¿me oyes? —Mario sostiene un cigarrillo entre los dedos y juega con él. Impasible—. Ni uno. No sé qué pretendes, pero ve con cuidado. No voy a dejar que me chantajees. En crisis estamos todos, vosotras y nosotros.

Marina jadea. Eso de «vosotras y nosotros» la ha herido como un disparo. Se refiere a las prostitutas. La mete en ese saco. No en el de «nosotros», las personas normales, las que ganan dinero trabajando. O mediante el robo, incluso. Pero no con su cuerpo. La i griega no es una conjunción sino una frontera, una línea divisoria entre la repugnancia y la belleza. Mario la mira fijamente sin desviar los ojos, como si no la considerara de su propia especie. La mira como a un insecto,

como una madre al asesino de su hijo.

—Yo no...

—Tú no nada. Desgarro esofágico, ¿de qué? ¿De tragar pollas?

Mario ríe con ganas. Casi relincha. Sujeta por el cuello a Marina con violencia y sin previo aviso. En la chaqueta se marca un brazo robusto. Marina intenta encolerizarse, pero no lo consigue. Fortuna ocupa de nuevo el lugar que había abandonado. La saluda con calma. La mano sobre los labios para ocultar una sonrisa de diablo. Hay algo infantil en su semblante, como un recién nacido que mira por igual el rostro de su madre y el del demonio porque aún no sabe diferenciarlos.

—Ni un euro, Marina, o como quiera que te llames. ¿Cómo has llegado hasta Carmen Salvaterria? ¡Contesta!

Marina se ahoga. Le arden los ojos. El miedo la abrasa. Amiga, consigue balbucear. Es una amiga.

Mario la empuja. Se restriega la mano en el pantalón con asco. Susurra que se largue, que busque a Carmen y le diga que ha ido bien y que ya la llamará. Vuelve a recomponer la chaqueta tirando de las solapas y salva el escritorio en dirección al baño. Y que no lo busque, añade, porque lo encontrará. Te juro que me encontrarás.

Quince minutos después Carmen pregunta qué tal ha ido la entrevista. Ilusionada. Le brillan los ojos. Bien, ha ido bien, dice Marina. Pero le duele mucho la garganta, quizá podríamos avisar a Arturo. Se siente como si tragase toda de una vez la bola que ha formado su repugnancia. Imagina que se quita su propio cuerpo, como un traje de una sola pieza.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Sáb/13/12/2008 23:30

Querida Lola:
He contactado con un detective privado para que localice a esa mujer. Te he llamado para contarte mis planes, pero no contestas..., supongo que tendrás lío en la comisaría. Prefiero no hacerlo por e-mail, si algún día quieres puedo acercarme a Granada, estoy en Lújar hasta después de Navidad, ya sabes que en estas fechas mi madre se pone muy nerviosa, además, la gente vuelve al pueblo por vacaciones y son todo cuchicheos por las

esquinas. No se me va a escapar, Lola.

No te preocupes por Blas, solo es un niño. Además, la gente es muy susceptible. O sea que le dijo a la mujer que prefería estar con el móvil porque no tenía deberes ¿y ella se fue llorando? Chica, llámame loca, pero esas sensibilidades son un poquito exageradas. Digo yo, vamos. En fin.

¿Te puedo preguntar dónde cenas en Nochebuena? No pienses nada raro, es simple curiosidad. Te mando un beso muy fuerte, Lola..., y feliz Navidad. Me gustó mucho estar contigo y los niños la semana pasada.

Leonor

SI TÚ SALTAS, YO SALTO

El blog de Julia (y el tuyo)

Sé que voy a quererte sin preguntas.

Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

Hoy os escribo solo un poco para desearos Feliz Navidad. Ni siquiera voy a mandar a la mierda a los que siguen escribiendo comentarios con insultos. Bueno sí. Idos a la mierda, colgados. Y tú, policeman96, quédate allí para siempre.

No va a ser una Navidad muy feliz, más bien va a ser una gran putada, pero bueno. Esta vez coincidís todas excepto tú, Sirenita14, que eres la única que está de parte de Micky. ¿Me vais a matar si os digo que yo también tengo mis dudas? Sí, claro que me vais a matar.

He hablado con él hace diez minutos y me ha dicho que la estoy liando, pero bien, que él no tiene ni idea de la foto y que no va a seguirme el juego porque se la trae floja lo que piense. Sí, chicas, esas han sido sus palabras..., las más feas que me ha dicho nunca, tengo como un agujero en el estómago.

Todo el colegio ha visto la foto. Micky tocándome los pechos. Mi madre da clase en ese colegio. ¿Quién ha podido ser, si no? Por más que lo pienso no tiene ningún sentido que haya alguien que disfrute haciendo daño. Eso no tiene sentido y no puede ser. Pero quién. ¡Quién! ¿Y si Micky no miente? ¿Y si no ha sido él quien la ha subido a redes? Está claro que él no la ha sacado porque aparece conmigo. Uf... Se nos ve perfectamente, y parece que estamos a punto de hacer... eso. Chicas, no entiendo nada. Estoy triste. Creo que me va a dar una depresión. Espero no tener que medicarme.

Os dejo, me llaman para cenar. Deseo que paséis una muy feliz Navidad... y que me mandéis un poco de energía positiva porque me hace mucha falta. Os adoro. Y feliz 2009 si no escribo antes.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, 24 de diciembre de 2008

Marina y Julia se cruzan en el pasillo. La niña tiene algún mechón de pelo acuoso pegado a la frente y al cuello. Como si hubiese llorado. Es encandilador el aspecto de ser humano tan nuevo que la envuelve. Sin gastar. Marina piensa que la ingenuidad tiene algo de adictivo, que las únicas mentiras que no ofenden son las de la infancia. Nadie se siente humillado por la sociedad que alimenta la falacia de Santa Claus o el Ratoncito Pérez. Más bien al contrario, se agradecen, se extrañan, se anhelan. Cuando no se llega a fin de mes, por ejemplo. O al enfrentarse a un cáncer. Cualquiera echa de menos su primitiva capacidad para creer que en el mundo hay magia.

—¿Estás bien? —pregunta Marina.

Julia asiente con la cabeza, dice que va ahora mismo al salón, un segundo.

En la casa de los Ariza Salvaterria no se celebra la Navidad sino el cumpleaños de Carmen, que es el 24 de diciembre. Cómo no, piensa Marina. No sabe si le molesta más lo pretenciosa o lo previsible que es. Solo ella puede nacer el mismo día que el redentor de la humanidad. Claro.

Su hermano Víctor ha venido desde Galicia junto a su marido a pasar unos días. Víctor es una fotocopia de Carmen. La cantidad de ojos dudosamente grises que hay por la casa sin correa es aterradora.

—Marina, a mí me encantaría hablar latín.

Lo dice el marido de Víctor apartando una vela que hay entre ellos. Arde con desapego. Le brilla en las pupilas. La barba tan larga que casi se la quema. Babea por Víctor igual que Arturo por Carmen, son yonquis de los Salvaterria. Los miran de una forma que roza el paganismo. Julia entra y Marina se alegra de no tener que explicarlo de nuevo. Que el latín no se habla, que no es como el chino o el ruso. Se ajusta las medias bajo el pecho con disimulo, como si se rascara. El latín es una lengua para hablar las demás. Para comprenderlas, a ver si se enteran ya de una vez. Y eso es increíblemente aburrido. Carmen se ilusiona, que no, que cómo va a ser aburrido el plectro de los idiomas.

—Marina también es una gran experta en moda —dice Betty peinando la melena de su sobrina con los dedos. Ha ocupado el sitio vacío entre ella y Jonás, su marido.

El cuerpo de Marina tiembla ante el ataque de ira que la asola. ¿Tan estúpida la creen? Solo es condescendencia, ¿piensan que no lo sabe? Pena. Es pena. Las llamas de las velas bailando. Solo de noche se encienden luces. Lo que brilla lo hace sin intervención. Los cubiertos son los de todos los días, de plata. No guardan la

cubertería buena para Navidad o lo que sea que celebren. Qué fácil es ser buena persona cuando a uno le sobra el dinero, piensa Marina. Qué fácil. Todos la llaman santa y los santos merecen porque se consagran a los demás. La entrega, la dedicación, el altruismo han de ser premiados, nadie lo cuestiona. Pero ella sí, Marina se pregunta por qué. Qué ley es esa que dice que hay de ayudar al débil. ¿No decía Darwin que solo el fuerte sobrevive? Esa ley, además, no funciona igual para todos. Para practicar el auxilio hay que tener medios suficientes. La compasión, la caridad o la filantropía emergen cuando las necesidades propias están cubiertas. Cuando uno tiene pan. ¿Qué sucede entonces cuando no se puede ayudar a otro porque ni siquiera hay para uno mismo? ¿Es Carmen mejor que ella por pagarles a la empleada doméstica y a su transistor un viaje a Barcelona para pasar la Navidad con su familia? Marina no tiene dinero para hacer eso, no puede hacerlo. No tiene trabajo. Nadie la contrata. Su padre no le dejó la mayor empresa de madera de España. Qué fácil si se la hubiera dejado. Qué fácil. Seguro que defraudan impuestos, eso seguro.

—¿Conoces Vigo, Marina? Cuando quieras ir, ya sabes dónde tienes tu casa —dice Víctor.

¿Por qué se empeñan en hacerla protagonista? Marina quiere llorar, tirarse a la plaza por una ventana. Se siente como su mascota. «La extranjera», como el tal Meursault. Todo esto no le pertenece, es como si su vida se hubiese mezclado con la de otra persona. Esto no es suyo. Quizá por eso, en el libro, a Meursault le da igual todo. No tiene sentido intervenir en una vida que no es la suya. Nadie contesta a la pantalla cuando ve una película.

—No. Solo conozco Asturias. Muchas gracias.

Trata de concentrarse en su plato, filos dorados, sopa de marisco, pero no puede. Las dos Fridas la observan desde la pared. La altanería con que miran es acosadora. Como si fueran guapas. Una mujer con bigote y una ceja no puede mirar como si fuera guapa. ¿Es que el mundo se ha vuelto loco?

—Claro, ven a visitarnos, Marina —insiste el marido de Víctor—. Tienes que conocer a nuestros amigos, además. Te encantarían.

—Una panda de maricones —ataja Jonás. Muy despacio toma un sorbo de vino. Posa la copa. Desafía a Víctor—. Eso es lo que son vuestros amigos.

Betty se lleva la mano a la frente. Parece que se rasca. Todos ven cómo se tapa el rostro. Arturo no ha hablado en toda la cena, ¿qué le pasa a Arturo últimamente? Está cabizbajo.

Cada uno come algo diferente. Desde los percebes que ha traído el marido de Víctor, tan gordos como un dedo pulgar, hasta recetas vegetarianas. Marina atiende a la conversación. No trata sobre ella y eso le gusta. ¿De verdad los ha llamado Jonás

maricones en su propia cara? Tal y como ella pensaba, ninguna familia es perfecta. La de Carmen Salvaterria, tampoco.

—Jonás —Carmen asume el control en una sola palabra. No se encoleriza. Se muestra muy femenina, de hecho. Como algo que deslumbra. Tiene garra. Ímpetu. Es la líder de una tribu. Incluso a Marina le cuesta resistirse—, quien se siente en esta mesa tiene que respetar unas normas. Te agradecería que te disculpases con mi hermano y su marido por eso que has dicho que, sin duda alguna, estoy segura de que no piensas y ha sido un malentendido.

¿Qué le pasa a Arturo? ¿Por qué no mira a su mujer con la habitual admiración, sino de manera resignada? Incluso Marina siente deseos de aplaudir ante la elegancia con la que Carmen ha hablado. ¿Qué hay que hacer para que pierda los papeles? Porque todo el mundo los pierde.

Todos callan. Víctor y su marido revuelven los cubiertos sobre la mesa. Betty se disculpa para ir al baño. Julia mira a su padre. Parece que espera instrucciones.

—¿Es que nadie quiere probar la tarta que ha preparado Víctor o qué? —pregunta Carmen dando una palmada de alegría—. ¿Cuántas veces se cumplen cuarenta y ocho años?

—Beatriz y yo nos vamos, Carmen. Gracias por la cena.

Yo también tengo mis normas, piensa Jonás.

Granada, 7 de enero de 2009

Cualquier madre se plantea los errores que ha podido cometer con sus hijos. La suya no. Marina recorre el angosto pasillo que queda entre la cama y el armario de su habitación en casa de Carmen. Es la segunda vez que lee *El extranjero*. Como en *La metamorfosis*, busca en él un doble significado. Un hombre harto al que no le importa nada. Ni siquiera la muerte. Porque va a morir. No cuestiona lo inevitable. Pero, ¿no está siendo ella como su madre? Eso sí puede evitarlo. ¿O no? Melquíades rasca la puerta con sus garritas. Solo quiere estar en su habitación. Marina da una patada en la madera. El gato bufa detrás de ella.

No. Claro que no se está comportando como su madre. Lo de su hija Elvira fue bien sencillo: ella buscó su propio destino. Una borracha que le robó la vida. Y como buen parásito que nació en su vientre lo devoró todo. Nos vamos, Marina. Dijeron. No podemos seguir aquí contigo. ¿Por qué? ¿Por qué tuvieron que pasearse por los platós de televisión de media España contándolo todo? Una y otra vez. Una y otra

vez. Ahora son ellos los devorados por los gusanos. Como no podía ser de otra forma.

Sobre su escritorio descansan los regalos de Navidad de Marina. Un libro llamado *Anna Karenina* en el que dice «feliz 2009». Tiene el mismo grosor que el arenero de Melquíades. Obviamente, no lo va a leer. Y un pack de braguitas de Women'secret. Carmen dijo «braguitas», y esa palabra a Marina le resulta cargante. Con diminutivos se adorna lo molesto. Manitas de cerdo. Manitas. Le parece una forma de quitarle importancia al hecho de estar comiéndose la pezuña de un cerdo. Si dijo «braguitas» es por lo engorroso de regalarle ropa interior. ¿Por qué lo hace entonces? ¿Para humillarla? Y talla L, ¿a cuento de qué? ¿Es que no puede usar las de la M? ¿La está llamando gorda? La está llamando gorda.

Ha de encontrar un trabajo. Salir de su casa. La urgencia aumenta a cada segundo. ¿Qué está pasando en el país? ¿Por qué todo cierra? ¿Por qué todo está vacío? ¿Qué ha pasado? Se adivina como una adolescente que no puede abandonar la casa de sus padres.

Marina no le ha regalado nada a Carmen. Obviamente. Con la «paga» que le han puesto no tiene ni para maquillaje. Y no se sintió mal. Marina ya le ha hecho el mayor regalo: contar su heroica hazaña, cómo recogió a una indigente de la calle.

Introduce el engreído libro de una patada bajo la cama. Se engancha. Levanta el edredón. Resplandeciendo en la oscuridad encuentra un bello rostro de manos nevadas, pupilas ciegas, sonrisa dulce y viva. Fortuna está tumbada en el suelo como una niña que escribe en su diario con un bolígrafo terminado en un pompón. Nada más verla saluda con ímpetu, como si se alegrara. Marina da una fuerte patada al libro en su dirección. No colisiona contra el rodapié. La embarga el miedo. Marina quiere abrir la puerta para eliminar la barrera entre el mundo y su habitación. Se contiene.

Quod per sortem sternit fortem. La suerte golpea al fuerte, dicen los versos del poema. Ahora solo es capaz de evocarlo en la orquesta de André Rieu. Ya lo intentó demostrar en su tesis. Fortuna es el elemento que equilibra el destino del fuerte y del débil. La suerte siempre va a favorecer al último. Por eso es débil, porque no puede por sí mismo y la necesita. Es lo único a lo que puede aspirar, a tener suerte. Sin embargo, la diosa Fortuna es capaz de destruir al fuerte si así lo quiere. Para que no se convierta en un dios. Para que no cruce la frontera. Es la energía que se ocupa de que ellos, los fuertes, no los reten. La que mantiene el equilibrio entre humanos y dioses. Solo a esto se debe su actual situación, piensa Marina. Todo lo que ha vivido. Pero Fortuna no ha contado con que ella, Marina Pastrana, no va a conformarse con esquivarla. La vencerá. Porque alguien tiene que terminar el trabajo de Atlas. El de Sísifo. El de Tántalo o Ixión. Alguien tiene que poner en su sitio a Hades, Apolo,

Zeus o Carmen Salvaterria. La *Teogonía* aún no se ha terminado de escribir.

—¿Marina? ¿Estás lista? —pregunta Carmen tras la puerta.

Granada, 8 de enero de 2009

> Sé que es tarde, pero tengo que verte... Estoy en el mirador de San Nicolás, junto a la Mezquita. Por favor...

Betty mira a izquierda y a derecha después de releer en bucle el mensaje que acaba de enviarle Mario. Atormentada, cree que la graban. Se imagina protagonista de algún tipo de show de Truman en el que todo el universo puede ver la pantalla de su móvil. Está sumida en la oscuridad de la noche. Las persianas precintadas. Solo la luz de su teléfono, que le tiñe el rostro de pavoroso azul. Lo esconde de inmediato. Nadie sabe que tiene ese teléfono. Su marido le quitó el suyo propio y este lo esconde.

Los ronquidos de Jonás truenan en toda la casa. Parece un león rugiendo en la sabana. Betty se queda muy quieta. Recogida en la butaca. En pijama. Hace un gran esfuerzo para no llorar. El ojo izquierdo con pulso. Le parece que tiene dos, uno encima de otro, y laten. La piel que lo rodea entumecida, como si le hubieran pinchado anestesia. No consigue bajar el párpado del todo. ¿Cómo va a ir a ver a Mario en pijama y con el ojo así de hinchado, así de negro?

Casi salta de la butaca. Se arrepiente cuando su cuerpo entero se abrasa de dolor. Apoyada en la pared camina hasta el armario del vestíbulo alumbrando con el móvil. Esfuerzo desmesurado y brazos dentro de un anorak de esquí, no hay más disponibles, el resto está en la habitación con Jonás. Afortunadamente, en la misma percha, una bufanda azul. En vez de engarzarla al cuello la coloca sobre la cabeza, a modo de velo islámico, y tapa la mayor parte de la piel que rodea el ojo para que Mario no adivine la hinchazón.

Una euforia insolente recorre el pecho de Betty y se abarrota de prisa. Quiere correr por las estrechas callejuelas del Albaicín, pero no puede. La luna llena, como un globo que a un niño se le ha escapado, ilumina el camino de piedra, serpenteante y helado río de plata. Ve borroso por el ojo herido. Palpita. Betty sonríe.

Se adivina en un laberinto de roca, como la hija de un importante califa, enamorada de un cristiano. Solo pueden verse a escondidas, frente a la Alhambra. Betty sonríe agotada. Quiere correr, pero no puede. Andar con las zapatillas de estar

en casa llenas de cerditos ya es un milagro. Una quimera que solo permiten estas callejuelas que guardan su secreto. Le duele mucho el resto del cuerpo.

Plaza Larga, que durante el día es un pentagrama de colores y geranios y guitarras, ahora está ronca. Dormida. Del arco de las Pesas se derrama una luz color canela. Betty hace acopio de todas sus fuerzas. Cruza la bóveda en forma de herradura y se adentra en el pasadizo, donde el silencio se convierte en ruido. Se dirige a la antigua alcazaba Qadima. El frío se triplica en esta garganta de piedras de Malahá. Parece que va a ocurrir algo mágico. Y después de lo que han sido cinco minutos, pero Betty ha vivido como un viaje en el tiempo, al fin el cuerpo de Mario. Bronceado por la Alhambra. Un cuerpo robusto y corpulento que a Betty se le antoja un lugar acogedor. Seco. Apacible. Un lugar seguro.

—¿Eres tú? —pregunta Mario rompiendo el silencio de la neblina—. ¿Qué llevas en la cabeza?

Betty cree que va a desmayarse. Se derrama en los brazos de Mario que la reciben con una fuerza que no es capaz de aguantar. Huele a vodka.

—Has dicho que veníamos a una mezquita, ¿no? —Betty se refugia en el humor y se ajusta la bufanda a modo de hiyab—. ¿Son las tres y veinte de la mañana también en tu mundo?

—Déjame verte... —suplica Mario.

Son todo tinieblas y sombras y silencio con la excepción de la Alhambra, como un millón de velas. Se aparta de él.

—Es mejor que me intuyas.

—Betty, tú me quieres, ¿verdad? —pregunta Mario con angustia. Llora.

—¿Qué te pasa? Has bebido. —Quiere acariciarle el rostro, pero no logra levantar el brazo.

—Dímelo; dime que me quieres.

—Claro que te quiero.

—Y nunca creerías nada... horrible sobre mí, ¿verdad que no?

La noche oculta sus lágrimas, Mario no puede contenerlas. Está ebrio de ansiedad y miedo y vodka. Betty no le permite tocarla y eso le genera más angustia.

—¿Por qué dices eso? No, claro que no. Mario, no tengo mucho tiempo.

—Te lo dijese quien te lo dijese, ¿verdad? Eres tan bonita, eres tan pequeña...

La borrachera de lágrimas no permite a Mario hablar con claridad. Parece un niño muy grande. Betty quiere saber por qué le está diciendo esto, qué pasa. Atrapa su nuca y se enfrenta al rostro de la mujer a la que no entiende por qué, pero ama. La Fierecilla. Solo dos pupilas negras, más negras que la noche, dos pupilas que vencen la oscuridad.

—Júrame que nunca vas a creer nada que te digan para separarnos. Júramelo.

Júramelo esta noche.

—Mario... —a Betty le queman las articulaciones—, tú eres mis noches.

Granada, 9 de enero de 2009

Lázaro saluda a Marina con un gesto de la cabeza. Currito de su mano, miedo en los ojos. Se acerca a su padre todo lo que puede y se sientan lejos de ella para comenzar la nueva reunión del club de lectura. Todo el grupo invade la mesa con forma de U. El ambiente colmado de perfumes con olor a palacio renacentista. El bochorno de la sala es un altavoz para el olfato.

—¡Bueno! ¡Contadme!

Carmen sonríe dentro de un ajustado vestido de punto. Verde pistacho. Lo ciñe a la cintura con una correa algo viril. Ninguno contesta. Currito pasa las hojas de *Tintín en el Tíbet* quebrando la afonía. Carmen propone hablar sobre la voluntad de las personas, ¿por qué creéis que el libro se llama *El extranjero*? A ver.

—Meursault es un extranjero en su propia vida. Diría que se siente como yo en la Antártida —contesta una señora junto a Lázaro. La permanente recién hecha. Carmen aprueba su respuesta con brío y le pregunta por el motivo.

—Bueno —duda—, teniendo en cuenta el año en el que Camus escribió el libro..., sus influencias...

—No pienses en eso; olvidad el calendario. Camus podría haberlo escrito hoy. Intentad concebirlo así, por favor. ¿Os sentís parte de la sociedad? Quiero decir, parte de ella igual que de vuestra familia, por ejemplo.

—No, yo no —contesta Lázaro cerrando su cuaderno con más fuerza de la necesaria—. Y creo que es lo que siente Meursault. Él es una pieza a nivel físico, como el engranaje de un reloj. Pero no es parte a nivel emocional, por decirlo así. No tiene la condición que ocupa una madre, por ejemplo, dentro de una familia. La categoría de una madre. Él no se siente parte de esa sociedad y, por tanto, no participa de ella. Se limita a dejarse llevar por la inercia. Por esa razón no se defiende cuando se le acusa de asesinato: siente que no va con él y, tarde o temprano, acabará muriendo. «Todo ser humano está condenado a muerte». ¿Qué importa que sea de una forma o de otra? Tú sabes francés, Carmen, ¿*Meursault* no significa salto a la muerte?

—Bueno, bueno, cuando se le acusa de asesinato... De asesinato o de no llorar la muerte de su madre. A mí me da la sensación de que se le termina juzgando por eso

más que por lo primero —interrumpe una compañera ajustando su bolso a la mesa.

Marina escucha tratando de eliminar el pellejo de las uñas. Ella tampoco lloró la muerte de su padre, solo recuerda el dolor de pies en el entierro por los tacones. Su madre la criticó mucho por eso, que además de tonta era una desvergonzada, porque un padre es un padre, da igual lo que haya hecho, y si no que me lo digan a mí, Marina, la de palizas que me llevé por tu culpa, hija mía, y mira cómo lloro, mira qué lágrimas, como puños. Mira.

—Como estaba diciendo —continua Lázaro—, la sociedad espera de nosotros que encarnemos lo que la representa, estemos o no estemos de acuerdo con ello. Yo, al menos, me siento así. ¿Qué esperaba el fiscal de Meursault? ¿Qué esperaban los testigos, la gente? Un culpable. Y por eso lo condenan. Siempre hace falta un malo para que los buenos puedan seguir siéndolo. Meursault fue incriminado para que todo fuese como debía ser. Para que no se alterase el orden. Y él cumplió con el puesto que la sociedad le asignaba. Hasta tal extremo que se le termina juzgando por no haber llorado la muerte de su madre. Eso es lo que se cuestiona: a las madres hay que quererlas, es una ley, y, si él no quiere a la suya, fuera. No queremos excentricidades que contradigan lo cotidiano. Es mi opinión.

—¿Diríais, entonces, que Meursault es ajeno a... todo? —pregunta Carmen.

—Totalmente —dice una mujer que se quita el pañuelo del cuello—. Yo creo que es una forma de defenderse. Y, socialmente, igual. Él no siente que pertenezca a nada salvo a la muerte.

—De acuerdo —Carmen vuelve a pasear—. Mi pregunta es por qué. Por qué Meursault se siente así. Por qué esa apatía. Esa sensación de ser extranjeros en nuestras propias vidas, de no intervenir en ellas. Por qué vosotros os sentís así. Lázaro argumenta que se espera algo de nosotros sin más, ¿hay otras opiniones?

—No quisiera resultar pesado —se atreve el calvo—, pero creo que con la situación de hoy en día el asunto se explica solo. ¿A qué viene esta crisis y toda la gente que ha perdido su hogar? Evidentemente, a vivir por encima de nuestras posibilidades. Pero ¿es nuestra culpa que hayamos vivido por encima de nuestras posibilidades? Yo diría que no. No del todo, al menos. Y no pretendo con ello eximir a nadie de su responsabilidad, sino comprender por qué no somos libres. Esa sociedad a la que os referís cambia con el paso del tiempo. No es la misma la de Meursault que la nuestra, pero sí comparten un punto común: todas exigen uniformidad, es decir, comportamientos generalizados que se consideren normales. Y en la nuestra, hasta hace bien poco, lo normal era gastar y gastar y gastar. ¿Lo hemos decidido nosotros? No, nosotros no decidimos nada; quizá os resulte extraño mi argumento, pero, cuando una persona va a comprar algo que no necesita, no es libre, aunque suene absurdo. Y diréis, ¿quién decide lo que necesita y lo que no

necesita una persona? Para mí es sencillo: la necesidad existe en términos absolutos, es decir, sean cuales sean las circunstancias, yo necesito comida para no morir. Por el contrario, si siento una «necesidad» que depende de las emociones, no es real. ¿Cuántas personas que tienen problemas de pareja, por decir algo, compran ropa y se sienten reconfortadas? ¿Cuántas beben para evadirse de un despido? Muchas. ¿Están locas esas personas? No, no lo están, simplemente participan de una sociedad que trata de compensar un vacío con otro y saca partido con el asunto: a lo mejor me ha dejado mi mujer, pero, al menos, yo estreno ropa. Hay algo nuevo y bonito en mí. Al menos estoy borracho y me siento en una nube. Y la empresa que fabrica la ropa gana dinero. Y la que produce el alcohol también. ¿Sería muy arriesgado decir que esa industria necesita nuestro sufrimiento? Porque solo intentamos suplir carencias; no obstante, la sed no se calma con cerveza. Se calma con agua, pero nos han hecho creer lo contrario. Claro que no nos sentimos parte de esa sociedad, ¡no lo somos! ¡Esa no es nuestra naturaleza! Y por esta razón creo que Meursault termina siendo no reo de asesinato, sino reo de extranjería. Y, ¿a qué viene este absurdo? En mi opinión, Meursault era consciente, de la manera más literal posible, de no ser parte de la sociedad en la que vivía, una sociedad que lo utilizaba a su antojo. Lo aceptaba y, simplemente, iba a favor de la vida, no en su contra, como hacemos la mayoría. ¿Por qué no lloró la muerte de su madre? Por la misma razón por la que no lloramos cuando nuestras madres orinan, duermen, comen o respiran. Porque es un procedimiento natural. Quien está vivo orina igual que quien está vivo muere. Y lamentarse por ello no es natural, es una construcción social que, quien acepta la vida, como la aceptaba Meursault, vive desde la neutralidad. Aceptar es colaborar con la vida. No ir en su contra. De esta manera, se le juzga, en un procedimiento penal, por un asunto que no corresponde a la vida pública, es decir, no tenían más remedio que agarrarse a una estupidez de semejante calibre, no lloró cuando su madre murió, para justificar lo injustificable. Porque no queremos un hombre así entre nosotros. Porque si la gente aprende a convivir con la vida y deja de sufrir por ella, también dejaría de consumir compulsivamente para aliviar ese sufrimiento. Dejaría el alcohol, las drogas, la comida basura, todo lo que utilizamos para paliar la tristeza que nos provoca la no aceptación del procedimiento natural de la vida que está replicado en todo: lo que empieza, termina. Meursault fue un valiente, si queréis mi opinión, no un tipo al que le daba igual todo, sino un tipo listo que comprendió las normas del juego y jugó de acuerdo a ellas. No como nosotros. El juicio del libro es el más claro ejemplo de lo que sucede hoy en día: una sociedad que ya no da más de sí por haber anulado la voluntad de los individuos que la componen hasta hacerles creer que la forma correcta de vivir es ir contra la vida. Nos hemos sentido tan insignificantes que no nos ha quedado más remedio

que comprar enormes y lujosas casas, que ahora no podemos pagar, para aparentar ser lo que no somos. Ojo, yo no critico el consumo, todo lo contrario. Lo que critico es gastar un dinero que no se tiene, quien lo tenga allá él, yo no me meto. ¿Y qué nos pasa ahora? Qué nos va a pasar... ¡Que nos sentimos extranjeros! La única diferencia con Meursault es que él se sintió así desde el principio, pero no extranjero en la vida, extranjero en la sociedad que va en contra de la vida.

Hablan durante horas. La reunión termina pasadas las nueve de la noche. Todos tienen una opinión sobre Meursault. Marina solo participa cuando Carmen la requiere para explicar la historia de Sísifo. Camus la ha usado en otro libro. Está muy cansada. Quizá ella también se siente un poco extranjera. Pero tiene mucho sueño. Agotada. Sale del aula. Va al baño. Hay un foco sobre el retrete que emite una luz sincera, sonido de lluvia impactando contra una chapa. Se ha quedado dormida. Oye su nombre en los labios de Carmen antes de abandonar el baño. Se mira al espejo. Duda. Carmen está fuera hablando de ella.

—Te juro, Lázaro, que no sé de dónde ha podido sacar eso tu hijo.

—¿Entonces no es verdad? Carmen, por favor, entiéndeme. No me importa su vida y no tengo ningún derecho a meterme en ella, pero dejar a mis hijos con una mujer de la calle...

—Lázaro, insisto, no sé de dónde han podido sacar eso; ya sabes cómo son los niños. Yo te puedo asegurar que Marina es una amiga de la infancia y ella no ha salido de ninguna calle. Vive en mi casa porque está de paso en Granada. Nada más. Yo respondo por ella.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Sáb/10/01/2009 15:35

Querida Lola:
No. No fue suficiente. ¿Sabes por qué no fue suficiente? Porque no ha pagado por lo que hizo. Porque ella está viva y Andrés y Elvira muertos. Por eso no fue suficiente. Porque mi familia está rota y lo va a estar siempre. Porque el apellido Barrios es el hazmerreír de Granada, de toda España. Porque fue su culpa que mi hermano y mi sobrina hicieran el ridículo en todas las televisiones del país, la niña estaba como un cencerro, embrujó a mi hermano como lo hizo su madre, y mira cómo ha acabado la pobre. Muerta. Muertos los dos. Porque es su culpa que estén muertos. Suya y de nadie más. ¿Quieres que te dé más razones, Lola, o ya te parecen suficientes?
No entiendo por qué te da tanta pena. ¿Sabe un juez lo que ocurre dentro de cada casa?

No, no lo sabe. Y un juez valora en función de lo que sabe, por eso no la condenaron. Por eso y porque las leyes de este país están hechas para proteger al que roba, al que estafa, al que mata. Tú hiciste tu trabajo, Lola. El coche estaba manipulado. Encontraste cosas suyas en casa de mi hermano y la niña. Había indicios más que suficientes. Tú solo hiciste tu trabajo, ese es el trabajo de un policía. No entiendo por qué te da tanta pena, Lola. ¿Qué hay de mí? ¿Qué hay de mi familia? ¿Qué hay de cómo nos siguen mirando en el pueblo? No me voy a cansar de buscarla, bien lo sabe Dios.

Lola, eso de los detectives es para las novelas. Pensaba que me podrían ayudar, pero lo único que hacen es sacarme el dinero. Tú eres policía. Tienes acceso a información confidencial. Te pido que me ayudes a encontrarla. Nada más, no necesito que hagas nada, solo saber dónde está. Yo me encargo del resto. Te lo pido por favor, Lola, por todo lo que hemos vivido juntas. Por todo lo que vamos a vivir. Anoche soñábamos con nuestra casa, hacer la compra los martes, llevar a Currito y a Blas al colegio. Me alegra que al fin te hayas decidido, pero hasta que no solucione esto, Lola, no voy a poder seguir con mi vida. Dolly, cariño... Por nuestra vida juntas. Ayúdame.

Leonor

Granada, 11 de enero de 2009

—¡Así que esa es la razón por la que llevamos semanas sin verte, Betty!

Carmen se sienta en las rodillas de Arturo, que rodea su cintura con los brazos.

—O sea, el tío Jonás, ¿ya no es el tío Jonás? ¿Ahora es el tío Mario? —pregunta Julia confundida bajo su gorra nueva—, ¿o ahora hay dos tíos?

—No, cariño. No funciona exactamente así.

Betty mastica la incomodidad. Sabe que su sobrina no va a comprenderlo, aún vive en la edad en que uno más uno suman dos. Carmen ha insistido en que Julia participe en la conversación. Es un miembro de la familia, ha dicho, no quiero desplazarla, y a Marina tampoco, Marina también es parte de nuestra familia ahora. Betty observa su gesto desencajado, como si llevase ropa interior de esparto. Lo entiende, ella se siente igual. Es demasiado personal para hablarlo delante de una desconocida y ambas lo saben. Al fin se ha decidido a hablarles de su relación con Mario. Va a dejar a Jonás. Va a hacerlo.

—Sí, supongo que por eso he estado un par de semanas algo ausente, Carmen. En mi mundo. Aunque la gripe tampoco me ha dejado salir de casa. Pero bueno —

da una palmada—, quería que lo supierais. No lo comentes con Mario, Carmen. Hazte la loca. No sabe que ya os lo he contado. Y con Jonás aún tengo que hablar...

Carmen se lleva la mano a los labios y simula cerrarlos como si fuesen una cremallera. Asegura que es una tumba. Y que se alegra mucho. Mucho. Si tú eres feliz, yo también.

—Julia, cariño, es muy importante que no digas nada en el colegio, ¿de acuerdo? Es un secreto. Es nuestro secreto y lo tenemos que guardar, ¿vale?

Betty mira de reojo a Arturo. Ya esperaba sus pupilas. Mantienen la sincronicidad desde pequeños. Ese cruce de miradas es la forma en que son hermanos frente al mundo, como aprendieron a serlo contra sus padres.

Melquíades araña los calcetines de Betty. Están repletos de jirafas con chistera. Agradece a Carmen que se lo haya tomado tan bien, no sabía lo que iba a parecerle todo esto. Carmen se hace la indignada y ríe. ¡Qué le va a parecer! Solo quiere que sea feliz.

Marina intenta no moverse. No hacer ruido al respirar. Betty y la nariz de loro. Lo repite mil veces. Casi le parece que vomita. ¿Sabrá ella...? Qué va a saber. Siente arcadas. La enorme nariz de loro en casa. Tiene que salir de esta casa. Observa la alegría de Carmen de reojo, no es capaz de mirarla desde que la oyó en la biblioteca mentirle a Lázaro para protegerla. ¿Por qué no lo dijo? No entiende cómo funciona su cerebro. Ha dado la cara por ella, ha mentido, se ha arriesgado. ¿Por qué no lo dice? Ella y Arturo le buscan entrevistas de trabajo a diario. Insisten en que haga una oposición, pueden mantenerla mientras estudia. Pero no hay plazas, han desaparecido también. Además, habría de reconocer que no está licenciada. ¿Por qué se preocupan tanto por ella?

Tiene que salir de esta casa. La ansiedad se acopla a sus pulmones como mucosidad verde y pastosa, no puede respirar. Ya no sabe quién es, qué hace sentada frente a las dos Fridas oyendo semejante atrocidad. ¿Es Carmen una buena o una mala persona? ¿Y ella? ¿Quién es ella? No aparece la luz al final del túnel. Se ahoga. Han terminado la conversación. Marina no se atreve a levantarse hasta que no lo haga alguien. No es su casa. Le duele el pecho.

—Betty, vamos a pasar el próximo fin de semana en Sierra Nevada, ¿te apuntas? Marina —Carmen le ofrece sus sospechosos ojos grises, casi blancos—, ¿sabes esquiar? Con tanta lluvia la sierra está como nunca.

—Sí —miente Marina—. Sé esquiar.

Siempre ha deseado esquiar, lo anhela con fiebre. La ropa de esquí se le antoja casi como una fantasía sexual. La elegancia suprema. Siente deseos de abofetearse por haber dicho que sí. Carmen se pone tan contenta que grita «¡maravilloso!» y le explica que tienen un pequeño apartamento en la sierra, que también está a su

disposición, como el ático. ¿Otro apartamento? Marina se lo figura con una chimenea donde asan castañas mientras se dicen que se quieren, pero se lamenta al instante. No puede ser tan miserable, no quiere pensar así. Para. Quiere abofetearse. Esa mujer te ha salvado la vida y además ha mentido por ti. Para.

—¿Has empezado ya con *El doctor Jekyll y Mr. Hyde*, Marina? —pregunta Carmen. Se refiere a la próxima lectura para el club—. El apartamento de la sierra es un sitio estupendo para leer, créeme. Además, siempre viene bien cambiar de aires.

Esta forma de vida le resulta tan extraterrestre como escalofriante. Marina mira sus manos. No las reconoce como suyas. Ni siquiera como manos. Nadie da duros a cuatro pesetas, Marina, hija mía; la gente es mala, desconfía siempre. Y tú más, Marina, hija mía, que eres tan tonta que te engaña cualquiera, acuérdate si no de lo que te pasó con Cristo el Loco y la de palizas que yo me llevé por tu culpa. ¿Cómo se combina el mantra de la infancia con dos personas que la convencen para regalarle un fin de semana en la nieve?

Julia y Arturo apilan las diminutas tazas de porcelana en las que han tomado té. Arturo tiene la mirada descalza. Cada día habla menos. Carmen abraza a Betty. Marina no sabe qué hacer. Algo dentro de ella espera, con agonía, que le den permiso para irse. Lo necesita, como un perro que solo puede salir cuando sus amos lo autorizan.

—¿Me acompañas un momento, querida? —le pregunta Carmen liberándola, al fin, de la angustia.

De camino a su despacho Melquíades montando guardia en la puerta de su habitación. Empina el lomo pavlovianamente. Cree que la va a abrir. Bufa al comprobar que pasa de largo.

—Una de las profesoras de lengua del colegio se ha quedado embarazada, Marina. Puedes estar segura de que en el momento en que coja la baja, tú la sustituirás. Quería que lo supieras.

La abraza. Marina siente demasiada presión. Está muy incómoda. El despacho de Carmen le parece hermoso, miles de libros. Se pregunta si sus gustos están cambiando. Nunca ha apreciado ese tipo de decorado. No sabe quién es, si la bloguera de moda que alguna vez soñó, una profesora de latín, una mendiga o una intrusa. La acosa una oleada de llanto.

—Mamá, ¿puedo pasar? —pregunta Julia al otro lado de la puerta.

—Estoy hablando con Marina —contesta Carmen sin alzar la voz—, dame un momento.

—¡Es urgente! —grita la niña—. ¡Tengo que salir!

Julia quiere saber si le regala unas deportivas que ha encontrado en la caja de ropa para donar, si le pone unas plantillas le van bien de número. Carmen le

pregunta si de verdad las necesita, para usarlas una vez no, pero su hija asiente con cara de pena.

Son las zapatillas que Marina le devolvió a Carmen. Aquellas que tan avergonzada la hicieron sentir por preferirlas a las otras sin marca. Las devolvió al despacho de Carmen, allí las dejó, junto a la mesa, y ninguna de las dos comentó nada. ¿Por qué Carmen las tira?, se pregunta Marina inmovilizada. Julia acaba de encontrarlas en la caja de ropa para donar. Marina se las devuelve y ¿Carmen las tira? Respira con zozobra. ¿No quiere ponerse algo que ella ha utilizado y por eso las da a los pobres? Porque su precioso pie no puede meterse donde ha descansado el de una vagabunda, ¿es eso? Si las iba a regalar, si ahora van a ser propiedad de la estúpida niña con voz de violín con las cuerdas rotas, ¿por qué no se las ha podido quedar ella? ¿Por qué la condenaron por elegirlas?

SI TÚ SALTAS, YO SALTO
El blog de Julia (y el tuyo)
Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

He sobrevivido a la Navidad gracias a vosotras. Sabed que para mí sois tan importantes como mi mejor amiga Olivia. Y sin conoceros. Os quiero muchísimo. En la última entrada me habéis dejado más de ciento cincuenta comentarios, si he estado unos días sin escribir es porque me gusta contestaros una a una —¡es lo mínimo que os merecéis!— y he tardado un montón. Gracias otra vez. Y a los que seguís insultando os recomiendo pinchar el aspa roja de arriba a la derecha y *thanks for the info*.

He decidido perdonar a Micky por lo de la foto. Sí. Lo primero porque quizá no tenga que perdonarle nada, él no hizo la foto, eso es evidente. Y no sé si la colgó en internet. No puedo saberlo. Lo único que tengo claro es que lo niega y ¿sabéis lo que he pensado? Que si vamos a ser una pareja tenemos que confiar el uno en el otro. Él también podría pensar que la he subido yo, y no lo hace. Creo que la decisión es la correcta. Dice mi madre que no se puede condenar a una persona sin pruebas. Y con pruebas tampoco. Que no se puede condenar nunca, hay que enseñar, no castigar. Y yo no tengo pruebas, chicas, no las tengo. Así que esta es mi decisión, y no creáis que me la saco de la gorra, me ha costado mucho trabajo.

Nos hemos vuelto a besar..., pero esta vez en el cuarto de baño, para que no haya problemas con los *paparazzi*. Me ha prometido que está intentando pasar de los porros, y yo sé que lo va a conseguir porque cuenta con mi ayuda. Él solo necesita cariño y amor, y yo se lo voy a dar. Lo que no me queda muy claro es si somos novios o qué somos. Porque yo quiero que seamos novios, pero no me lo pide. Mi madre dice que esperar a que los hombres decidan es un error, hay que tomar la iniciativa. Pero a mí me da mucha vergüenza pedírselo, chicas. Me ha pedido prestados cincuenta euros y ha quedado en devolvérmelos la semana que viene,

¿aprovecho la ocasión y se lo pido? «Micky, ¿quieres salir conmigo?». ¡Ay! ¡Me muero de la vergüenza!

Chicas..., hay una cosa que me preocupa especialmente y me gustaría conocer vuestras opiniones... Bueno, él quiere que hagamos ya el amor. ¡Qué vergüenza me da poner esto! Y yo... Yo no sé lo que quiero, la verdad. Por una parte, sí me apetece, para qué mentir. Nos hemos besado dos veces y no sé explicarlo bien, pero tengo necesidad de más. Le quiero tanto que, todo lo que pueda hacer con él, quiero hacerlo. Pero, por otra parte, chicas, no sé... ¿No creéis que es un poco pronto? Lo pienso y me pregunto por qué es pronto, pero no sé contestarme. No me entiendo a mí misma, es una especie de intuición que me dice que espere. Mi madre dice que a la intuición hay que hacerle caso, que no es una voz que oímos en la cabeza porque estemos locos. Me ha explicado que la intuición es el trabajo que hace el subconsciente desde que nacemos, como que va recibiendo información o algo así y la va procesando en silencio. Y que un día, de repente, no sabemos por qué, pero sabemos algo. Dice que no es magia, que hay que escuchar esa voz.

Yo no sé qué pensar, chicas, no lo sé, quiero estar toda la vida a su lado, le amo con toda mi alma; tanto que me duele. Dice mi amiga Olivia que a qué estoy esperando, pero yo no termino de estar segura. Contadme qué opináis, porfi. Amigas, por cierto, mi padre está muy raro. ¿Algún consejo para animarlo? No le ha pasado nada, es solo que está raro. Muy callado. Como triste. Os quiero mucho, amigas. Hasta pronto y super gracias.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Sierra Nevada, 17 de enero de 2009

Los copos de nieve no alcanzan el suelo, como piernas colgando de taburetes. Se despeñan en horizontal, no son más que trocitos de papel. Hace muchos años que Marina no toma esta carretera, la que sube a la sierra. La última vez llevaba a su hija en el vientre friéndola a patadas. Un embarazo no deseado es el mayor caballo de Troya. Carmen le pregunta si se marea por quinta vez y ella que no, que está bien. Pero no lo está. La A-395 es un pastelito en forma piramidal que se corona dando vueltas y vueltas a su alrededor. Julia no calla y a Marina su voz de flauta la marea aún más.

—En serio, mamá. Te lo juro. La profe lo dijo así. «No puedes ser tan vulnerable». Tal cual.

Carmen pregunta a quién le dijo eso. Y a cuento de qué. A una niña de la clase, explica Julia, porque contó que hizo la güija y desde entonces tiene mucho miedo a

los espíritus y claro, mamá, en el colegio se ríen de ella para asustarla. Total, que según la profe no debería haberlo contado porque ahora es una persona vulnerable. Porque ahora se ríen de ella.

—Sácate eso de la cabeza, cariño, ser vulnerable no es algo malo. Todo lo contrario. Las personas vulnerables son las más fuertes. En el momento en que aceptas quién eres, cuando estás cómoda siendo tú, puedes mostrarte porque nadie podrá hacerte daño, ¿lo entiendes, cariño? Solo alguien verdaderamente fuerte puede mostrarse como es, pues no tiene miedo. ¿Lo entiendes, pequeña?

En el cuello de Marina un sudor helado. Los pulgares de Arturo, en diagonal, zapateando frenéticamente sobre el teclado de la BlackBerry. Y las curvas más violentas, como las mamarrachadas de Carmen. Imagina el Audi pringado de su vómito cuando un sol inhumano aparece en forma de mil tubos de luz. Desde que el Veleta ha brotado a la derecha, como una masa de nubes bajada del cielo, el termómetro se ha vuelto loco. Menos once grados. La excesiva blancura del paisaje aturde a Marina. Se traga el sonido, lo guarda hasta el siguiente deshielo.

Dice Arturo al bajar del coche que la ve desvaída, pero Marina ya no lo oye porque se acuclilla a vomitar. Sí que estaba mareada. Hay muchas personas con monos fluorescentes y cascos y gigantescas gafas de espejo. Parecen escafandras, como si fuesen a comandar el *Nautilus*.

El apartamento es tal cual lo ha imaginado. Madera de pino del suelo al techo. Huele como si hubieran quemado incienso. Un sofá cama, tres butacas verdes y una cama nido. Y, por supuesto la chimenea, de hierro forjado con un ventanuco de cristal, como un horno panadero. Arturo descorcha unas bisagras y aparece una cocina de muñecas de la nada.

—Túmbate, Marina —dice Carmen, que le acaricia la frente—. El mareo pasa pronto.

Marina siente deseos de agarrar su mano y morderla hasta arrancarle un dedo. Su mano tan delicada como el pie que no puede usar el mismo calzado que ella y regala a los pobres. Quiere llorar de rabia, imagina sus nervios como cables pelados. Saber quién es esa mujer, si una farsante presuntuosa o el ángel al que todos adoran.

Carmen, Julia y Arturo insisten en quedarse hasta que se le pase el mareo a Marina, pero ella se opone. Bastante estrafalaria ha sido ya, está quedando como una paleta no acostumbrada a la montaña. Arturo es el único que no habla. Desde hace días, además.

En cuanto consigue convencerlos para que se larguen a esquiar jurando que se reunirá con ellos pronto, Marina se levanta. Hay un forfait en la mesa, una tarjetita de plástico que Marina no sabe a quién enseñar ni dónde meter. Lo que sí conoce es su precio. Alto. Lo han comprado para ella. En el pasillo, una equipación completa

de esquí, pero las piezas no combinan, como si fueran restos de serie. Quiere probarse la ropa, seguro que hay más en el armario. Parecerse un momento, un momento solo, a Lady Di en el Tirol. Pero el sonido del timbre la frena.

Abre la puerta de entrada con enfado, casi con violencia. Seguro que es Julia en busca de sus guantes de mariposas o alguna chorrada de las suyas. Pero no es Julia. Es un rostro afilado que no ha visto nunca.

La mujer que se cruza de brazos al otro lado de la puerta parece tener su edad. El escaso pelo negro recogido en una coleta tan severa que tensa su frente hacia atrás y le achina los ojos. Marina se asusta por el parecido que guarda con su propia madre.

—Y tú, ¿quién eres?

La mujer al otro lado de la puerta lo pregunta con descaro, la voz como si tuviera vinagre en la garganta. De puntillas observa el interior de la casa. Marina no responde y la mujer vuelve a preguntar si Carmen le ha alquilado el piso, si vive aquí.

–No. Bueno. Yo soy —¿quién es ella?— una conocida de la familia. No estoy alquilada, no vivo aquí, he venido con la familia de Carmen a pasar el fin de semana. ¿Usted quién es?

—La vecina.

Señala con un dedo como una garra la puerta de la derecha. Dice que se llama Blanca y le planta a Marina dos besos en las mejillas como lo hubiese hecho su madre. Sin permiso. Violentando su espacio.

—Me alegro de encontrarme contigo y no con Carmen, ¿sabes? —parlotea Blanca con indignación—. Venía a cantarle las cuarenta, esa mujer me pone enferma, por muy amiga tuya que sea, qué quieres que te diga, porque me ha salido una humedad en la pared y sé que viene de aquí, ¿sabes? Esa Carmen cree que puede hacer lo que le dé la gana, siempre lo ha creído, y estoy harta de humedades y de tonterías. Y nada, he visto el coche en la puerta y por eso he venido, ¿cuándo habéis llegado? —Blanca lo dice como quien vomita.

Marina abre mucho los ojos. Se prende una cerilla en su estómago. Las comisuras de los labios tirantes hacia atrás. Es la primera persona que habla mal de Carmen, la única que ha encontrado.

—¿La conoces? —pregunta con ansia—. A Carmen. A Carmen Salvaterria.

Blanca chasquea la lengua anunciando su respuesta y se apoya en el quicio de la puerta con vulgaridad. Dice que en persona no, ni falta que hace. Pero de oídas sí, y no le gusta esa mujer.

—Pero ni un pelo. Lo siento si es tu amiga. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Marina —contesta de inmediato. Alguien que habla mal de Carmen al fin—.

Me llamo Marina, ¿quieres pasar?

Blanca acepta y entra en la casa como si fuera suya. En la diminuta cocina no hay ningún rastro de humedad. Al ponerse de espaldas, Marina encuentra unos deformes rollitos de grasa sobre la rabadilla de Blanca. Las piernas embutidas en un vaquero, canijas y gruesas como rulos. Ella no luce tan gorda, ¿verdad? Por Dios, que no luzca tan gorda como Blanca.

—No te creas, porque a veces no se ve, ¿sabes? La humedad se mete por las paredes, te lo digo yo.

Blanca cruza los brazos como su madre, sin enlazarlos. Las palmas bajo las axilas, los pulgares fuera, tiesos. El parecido es increíble.

—¿Y de qué dices que conoces a Carmen? —pregunta algo nerviosa Marina—. Lo siento, Blanca, no te puedo ofrecer nada porque estamos de paso, apenas hemos traído comida. Y café no hay.

—Nada, nada, ni te preocupes, me tengo que ir. ¿A Carmen? —bufa—. Ya te he dicho que no la conozco personalmente, ni falta que hace. Si es tu amiga no voy a ser yo quien te hable mal de ella, ¿sabes? Pero esa mujer no es trigo limpio. Va de santita, te lo digo yo. Y de santita tiene lo que tú de pelirroja, ¿sabes?

—Pero por qué lo dices —suplica Marina. Un escalofrío le recorre la espalda.

—Me tengo que ir —finaliza Blanca—, tú, ¿dónde vives, en Granada? Yo vivo aquí, en la sierra, pero voy mucho por Granada, te doy mi número y me llamas un día si quieres y te lo cuento todo. Me has caído bien, ¿sabes? Tú sí pareces buena gente. No como tu amiga Carmen. Pero si es tu amiga, no seré yo quien te hable mal de ella.

Granada, 19 de enero de 2009

Las manos ardiendo. Sellos en el antebrazo. En la casa, eco. Betty no entiende todas las palabras de Jonás, las escucha lejos, como si subieran del fondo de un pozo rebotando contra las paredes. El efecto es parecido a un cambio de presión, oídos taponados, llenos de agua. Se descubre aturdida, como si perdiera el conocimiento durante unos segundos cada poco. Jonás dice algo así como que el único motivo por el que hace esto es porque la quiere, si al menos eso lo entiende, que la ama con todas sus fuerzas, es lo más importante de su vida, por eso lo hace. Y eso lo tiene que entender. Si Betty estaba hablando con la vecina y sonreía, ¿por qué ha dejado de hacerlo cuando lo ha visto aparecer a él? Eso tiene que tener un motivo, ¿o se

piensa que es imbécil? Contesta, Beatriz, ¿piensas que soy imbécil? Porque no lo soy. ¡No lo soy, joder! Tengo que cuidar de ti, porque tú haces las cosas mal, te equivocas mucho, joder. ¿Recuerdas la semana pasada? Decías que quedaba leche en la despensa y no quedaba. Te equivocas mucho, y yo no puedo pagar tus errores, porque claro, cuando voy a hacerme un café me encuentro con que no hay leche, ¿crees que es justo que yo pague tu error? Dímelo sinceramente, Beatriz, y haz el favor de mirarme cuando te hablo, joder.

Betty lo intenta, pero no lo consigue, al levantar la cabeza un gancho tira de ella hacia abajo. Hay chispitas de colores aleteando alrededor de sus pies. Los mira fijamente. Las ranitas de los calcetines le parece que saltan. De repente una mano agarra su pelo y dispara la cabeza hacia el otro lado. Jonás tiene los ojos llenos de filamentos rojos, se le escapa saliva por las comisuras. Que si lo está oyendo, pregunta, ¿o también es sorda? Y si lo oye por qué no contesta, ¿no tiene nada que decir al respecto? ¿Es imbécil o qué? Bueno, imbécil... Imbécil y una egoísta, una egoísta de mierda que no valora todo lo que hace por ella. A ver si se cree que a él le gusta estar yendo y viniendo a Barcelona todo el tiempo, ¿te crees que me gusta, Beatriz? Porque si eso es lo que piensas eres más tonta aún de lo que pareces. Si lo hago es para que me asciendan en el banco, para que me den la oficina que merezco y para que tú puedas dejar de trabajar, joder. Porque claro, tú te sacas una oposición y nada, a vivir del cuento toda la vida. Lo que tú haces no es trabajar, es calentar una silla. Funcionarios de los cojones. Tú no entiendes lo cansado que yo llego a casa, y todo es por ti, Beatriz, para que no tengas que seguir perdiendo el tiempo, podamos tener hijos y los cuides, porque obviamente yo no voy a dejar a mis hijos en una guardería, los niños tienen que estar con su madre para que no los secuestren los pederastas y si tú sigues trabajando, ¿qué familia vamos a tener tú y yo? ¡Contesta, joder! ¿Te das cuenta de que no podemos ser una familia por tu culpa? ¿Sí o no, Beatriz? ¿Sí o no? Uh, ¿qué es uh? ¿Tampoco sabes hablar o qué? ¿Tú te das cuenta del martirio que es para mí no poder ni siquiera tener una conversación contigo, Beatriz? ¿Te das cuenta o no? Porque parece que no. Parece que no. Si fueras consciente me agradecerías que estuviese aquí, esforzándome contigo, Beatriz, porque esto no lo aguanta nadie salvo yo, te das cuenta, ¿verdad? ¿Te das cuenta de que a una persona que no es capaz de mirar si queda o no queda leche, que no sabe ni tener una conversación no la puede querer nadie? Dime, Beatriz.

Granada, diciembre de 2006

Andrés arrastra una maleta de ruedas con torpeza. Se invierte. Se cae. Se vuelve a invertir. Estás pensando cosas que no son, Marina, estás confundida, deja que te lo explique. No quiero oír ni una palabra más. Marina va a adornar el hueco de la pared con una litografía del puente de Brooklyn, ya la tiene vista, ama la imagen. El marco también lo tiene seleccionado, de los chinos, pero parece de los caros. Ana ha llamado tres veces, no tiene valor para hablar con ella, ¿qué va a decirle? En cuanto se divorcie de su marido, porque se van a divorciar, harán la despedida de casada en casa para lucir la litografía nueva. Marina, por favor, ¿quieres escucharme? Elvira recorre el pasillo que acaba de recorrer su padre. Maleta idéntica, pero en fucsia, estrellas amarillas.

Silencio solo roto por la televisión. Documental de Stephen Hawking, o alguno de esos, que dice en traducción simultánea que se puede viajar en el tiempo a través de los agujeros negros. Y no sé qué historias de gusanos y la paradoja de un abuelo. Elvira se enfrenta a su madre desde los ojos. Color de pelo nuevo. Miden sus fuerzas. No llores, Marina. No llores, Marina. No llores, Marina. Que no se vayan viéndote llorar. Andrés mira a un sitio y a otro. En el fondo le da pena que el asunto termine así. Marina, ¿quieres escucharme, por favor? Brazos cruzados, el sol amenazando con irse, Elvira chicle en la boca. Qué bofetada le soltaría Marina, la que no le dio de niña, aunque para eso ya sea tarde. No llores, no llores, no llores. Está bien, Marina. Andrés mete en sus pulmones todo el oxígeno que puede, labios sin acotaciones, ojos vencidos. Nos vamos. No podemos seguir aquí contigo. Andrés coge la mano de Elvira, húmeda. Esto ya no se sostiene en pie, Marina. Tenemos que irnos. No tenemos más opciones. Es insoportable. Tan insoportable como absurdo. Todo se ha roto, todo. Y lo sabes. Lo peor es que lo sabes. No podemos seguir viviendo en la misma casa que tú, lo entiendes, ¿verdad? Es imposible, Marina. Yo te deseo lo mejor. Y Elvira también, aunque no lo diga. Deseamos que encuentres esa paz que tanto buscas en el *mindfulness* y en el yoga y en tus cosas, que controles los nervios, que te des cuenta de que no hay nada en la vida que merezca tus enfados, tus llantos, y, sobre todo, que dejes de autolesionarte, que no sigas destruyéndote a golpes, a cortes. Que empieces de cero, Marina. Te mereces lo mejor. Pero no podemos seguir aquí, contigo.

Un cenicero de cristal impacta contra la maleta de Elvira. Lo ha lanzado Marina. No se rompe. Cae al suelo. Rebota. Puerta que se abre. El cenicero da un par de vueltas siguiendo la circunferencia y aterriza derecho. Como si lo hubiese colocado con la mayor ceremonia. Puerta que se cierra.

Granada, 21 de enero de 2009

«... Que el hombre en verdad no es uno, sino dos».

Marina ha visto la película, pero se da cuenta de que las reflexiones del doctor Jekyll solo florecen en el libro. Se tumba y disfruta de la amable calidez del edredón, de no vivir en la calle. Dice el autor que no es una sino dos las «provincias» que alberga el ser humano: el bien y el mal. ¿Conviven necesariamente en toda persona? Se levanta a cerrar la ventana, está entrando la lluvia. El doctor Jekyll no puede evitarlo, necesita ser el señor Hyde. Además, hay fiebre en su deseo. Hambre. Sed. Marina se plantea si quizá reprimir la parte maligna, como tal vez hace Carmen Salvaterria, solo la vuelve más fuerte.

Y dice el autor del libro que el señor Hyde utiliza la noche para el delito. Pero, igual que hace Kafka, la palabra está llena de olas, porque la noche es la ausencia de luz, piensa Marina, la ceguera. Lluvia impactando contra el cristal. Dolor de cabeza. Sed. ¿Y no crea ceguera mostrarse como un ángel ante todo el mundo? ¿No es ahí cuando puede delinquir Carmen? Cuando los demás no ven.

Melquíades araña la puerta desde el pasillo. Anochece. Ha aprendido a reconocer quién hay en casa por la música de André Rieu: si es Carmen melodías alegres, sosegadas, bailables. Arturo prefiere ritmos más intensos, los que se oyen con el abdomen, como «O Fortuna».

Blanca, la vecina de la sierra, con sus infelices modales, se lo dejó claro: Carmen no es trigo limpio. Puede llamarla, le dio su teléfono, Marina ha pasado una semana pensando en ella, pero no se atreve. ¿Qué va a decirle sobre sí misma? ¿Cómo va a explicarle que vive en casa de Carmen? Melquíades introduce la uña en la rendija que queda libre entre la puerta y el marco, quiere abrirla. Irritada, Marina lanza un cojín contra ella y al incorporarse ve una especie de polvo blanco, como cal, esparcido por el suelo. No estaba cuando se tumbó.

Presión en el pecho, como si un puño le agarrase la camisa. Tose. No puede levantarse. Tose con tanta violencia que cree que se parte por la mitad. El polvo se desplaza, como si lo abanicaran. Melquíades tras la puerta como un lobo. Y tose, llora por el esfuerzo, tiene mucho miedo.

—¿Marina? —pregunta la voz de Arturo tras la puerta—. Marina, ¿estás bien? ¿Puedo pasar?

El polvo se desplaza bajo la cama como si lo impulsara una leve corriente que no procede de ningún sitio.

—Marina, voy a entrar, ¿de acuerdo?

Arturo abre la puerta despacio, ojos tapados con la mano derecha, taza en la

izquierda. ¿Es que acaso no es médico, maldita sea? ¡Que pase de una vez! ¡Marina se está ahogando!

—Bebe, vamos, bebe agua.

Melquíades se abalanza bajo la cama. La punta del rabo asomando por el edredón, derramado por el suelo.

—Tranquila, vamos, tranquila; eso es, incorpórate del todo, eso es, muy bien.

El polvo blanco ya no está. Ha anochecido, en la habitación restos de luz artificial que se cuelan por la ventana como residuos. La silueta de Arturo parece un boceto de Bob Kane, colosal espalda, pequeña cintura, serenos muslos.

—¿Estás mejor? ¿Puedo?

Marina asiente, sus pulgares de doctor le palpan el cuello para reconocerlo, todo parece correcto, murmura. La otra mano en el torso, que tosa una vez con delicadeza, le pide. Ahora otra, pero más despacio aún. Mientras murmura «ajá, ajá, ajá», su perfume penetra las vías nasales de Marina y las escuece. ¿Cuánto tiempo lleva sin sexo? Quizá cuatro años. El hombre más guapo que ha visto en su vida la palpa en su propia cama. Aunque es demasiado femenino, algo agradable a la vista, como una flor, pero no comestible. Arturo se coloca tras ella, la mejilla derecha en su espalda. ¿Qué está haciendo?

—Tose, por favor. Muy, muy suave.

¿Qué sucedería si Carmen los viese en esta actitud? Desea con dolor que cruce el umbral de la puerta ahora mismo. Que los vea.

—Todo parece correcto, no tienes de qué preocuparte —asegura Arturo.

Sonríe en la penumbra y el lunar del labio, como un resto de chocolate, se levanta.

—Mañana tienes una entrevista de trabajo, ¿verdad? ¿Quieres que encienda la luz o prefieres descansar?

—Estoy bien, me he atragantado, nada más.

Arturo es una marioneta de Carmen, Marina lo sabe, no hay nada atractivo en su personalidad, todo lo contrario. Un hombre tan amable y sumiso no gusta a una mujer salvo, quizá, a su dueña. Nada en Arturo enamora a Marina, le resulta casi una chica, muy guapa, pero una chica. Sin embargo, su condición de marido de Carmen Salvaterria hace soñar a Marina durante días con sexo como el de la facultad, bajo los efectos del alcohol y la cocaína. Aunque aquel sexo le causaba repulsión y necesitaba beber para practicarlo. Aunque ella no se atrevía ni a gemir y necesitaba la cocaína para convertirse en una diosa con la que los hombres aullaban.

Anhelaba con todas sus fuerzas acostarse con un hombre, algo salvaje, eso era lo que ella quería. Pero no era capaz. Cada vez que una mano helada buscaba introducirse dentro de su pantalón Marina reculaba como un muelle. Huía del baño

en el que se hubiera encerrado con el chico, del coche, de la habitación sucia y mísera a la que la hubiese llevado. La garra de Cristo el Loco, allí estaba siempre, buscando la tela de sus bragas. Solo con Andrés logró una intimidad hasta el momento vetada para ella en ausencia de la cocaína y el alcohol. Marina, hija mía, hazme caso, le decía su madre. Andrés, Andrés Barrios es el tuyo, a ese lo tienes que cazar como sea, insistía su madre. ¿No ves que son de muy buena familia? Suplicaba su madre ¿No ves que os conocéis desde pequeños, aunque cada uno os fueseis por vuestro lado a la ciudad? ¿No ves que parece que lo de Cristo el Loco no le importa? Marina, hija mía, que tú eres tonta, muy tonta, que a ti te pilla un hombre y hace contigo lo que le dé la gana. Andrés, Andresito Barrios es el tuyo, además, ¿qué hombre te va a querer a ti con ese carácter? Chica, ya no es el carácter, es que eres tonta, Marina, hija mía, quién te va a querer a ti tan tonta. Y la familia, es de la mejor familia del pueblo. Tanto insistió que solo por no oírla accedió a verse con Andrés. Pero en Granada, a Lújar, al pueblo, no volvía ni loca. Y aquella misma noche, en un piso que Andrés compartía en la calle Ganivet con un alicantino y un vasco, le apeteció acostarse con él sin alcohol ni cocaína. Como si Cristo el Loco no pudiera entrar en aquella casa. Marina aún sigue sin entenderlo. Por qué él sí. No es que Andrés se preocupara especialmente por su comodidad, más bien al contrario, fue a lo suyo y a continuación se dio la vuelta. Quédate a dormir si quieres, pero, te aviso: ronco. A las dos semanas tuvo el primer retraso.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Vie/23/01/2009 19:14

Lola:
Si te digo la verdad..., estoy a cuadros. ¿A qué viene esto? ¿Por qué no me dijiste nada ayer? Lola, no sé qué decirte. Por una parte —y sabes lo fuerte que es esa parte—, me iría contigo a Gijón ahora mismo, con los ojos cerrados, sin pensarlo. Pero, cariño..., es imposible. ¿Qué hago con mi madre, Lola? ¿Nos la llevamos a ella también? No puede ser. Al menos, no ahora. Además, ya sé que no te gusta hablar del tema, pero ¿qué hay de esa mujer? Tengo que encontrarla, Lola. Si te niegas a ayudarme —no te lo estoy recriminando, estás en tu derecho—, tengo más trabajo aún. Y sabes que no voy a parar hasta verla en la cárcel, pudriéndose como la asesina que es. Hasta que no te vea a ti libre de culpa, hasta que entiendas que tú solo hiciste tu trabajo. ¡Joder, no entiendo por qué te da tanta pena! ¿No eres policía y no es ese el trabajo de los policías? Bueno, lo dejo.
Me choca también por tus hijos... Lola, ¿qué hay de ellos? No quiero meterme donde

nadie me llama, la madre eres tú, no yo, pero, Dolly, cariño... ¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esos arrebatos últimamente? ¿Vas a dejarlos aquí, en Granada, otra vez? Solos... No sé, te veo muy rara. Mucho.
No te preocupes, claro que esta noche voy a tu casa, no hay ningún problema si es lo que necesitas. Cancelo la cena con Carmen y santas pascuas. Nos vemos en un ratito, mi amor.

Leonor

Granada, 26 de enero de 2009

¿Cómo puede cambiar todo a semejante velocidad? Marina acecha los hornillos de la plaza Bib-Rambla en cada uno de sus restaurantes vacíos. Una pantalla de gas, como si tiritara. Y brisa helada que forma remolinos en las hojas del suelo y fustiga las mejillas. El jefe de camareros de un restaurante en San Antón la ha rechazado en la última entrevista, buscaba alguien con más «don de gentes» para el negocio. Marina se acomoda en una de las farolas fernandinas de la plaza Bib-Rambla mientras espera a Blanca, al fin se ha decidido a llamarla. La gelidez de la piedra asciende en vertical por su columna. Vagabunda, se grita desde el abdomen.

Una decena de japoneses se fotografían con la fuente de los Gigantes. Cuatro seres deformados a los pies de Tritón, que triunfa sobre ellos. Cuatro abortos de la naturaleza que se asemejan a los humanos, pero no lo son. Siervos, son siervos. Marina piensa que quizá cumplen condena por haberse rebelado al dios de las Aguas. Ese es su castigo por enfrentarse al Olimpo: la perpetua burla en una plaza, el escarnio público. ¿Qué son las fuentes sino una declaración de intenciones por parte de los dioses? Todas lo son. Y cada monumento del universo lo es. Testimonios de su poder que se extienden por el mundo en forma de fotografía. Que todos contemplen y teman su señorío.

Fortuna ha subido a la fuente y la señala con su soberano dedo de escayola junto a Tritón. Ciega. Hermosa. Viva. Dos dioses juntos. Le dice que pronto será una de sus esclavas, como los Gigantes, y todo el mundo lo sabrá. A ella también van a fotografiarla para expandir por el universo la prueba de su grandeza.

Marina aparta la mirada con repugnancia. Huye. Un coche escoba del Ayuntamiento a punto de atropellarla. Sus faros, como ojos, le ciegan la vista y siente miedo, como si estuviera conducido por un demonio que viene a por ella.

Blanca llega diez minutos tarde y Carmen la saluda desde el ático con su luciferina sonrisa, como un colibrí enajenado. Ira. «O Fortuna» chillando dentro de su corazón, como si estuviese cosida a un altavoz. Blanca, que ya cruza la plaza desde el Arco de las Cucharas, sabe la verdad sobre ella. Blanca conoce a la verdadera Carmen y Marina va a desenmascararla con su ayuda.

—Se me ha hecho tarde, perdona —se disculpa Blanca, dos sonoros besos.

¿Por qué demonios Carmen no se va de la ventana del ático? ¿Por qué sigue saludándola como si en vez de mano tuviera un muelle? Blanca, de nuevo con su estricta coleta que tira de las orejas hacia la coronilla, va forrada con un anorak negro de promoción y el símbolo de Johny Walker. Le zarandea el hombro.

—¿Qué miras, Marina? No nos conocemos mucho, pero se nota que te gusta estar en las nubes.

Parece que traga vinagre al hablar. Marina descubre un reguero de pecas, como una fila de hormigas, descendiendo por los laterales de su nariz. Las ilumina una farola. No le gusta esa forma tan familiar de tratarla, como si fuesen amigas de la infancia.

—Estaba en mi mundo, perdona. ¿Quieres tomar algo?

Solo le quedan cinco euros de los cincuenta que Carmen le ha dado por ayudar a Julia con los deberes. Tiene que invitar a Blanca para que no piense que es pobre, eso es evidente, así que dice que no puede estar mucho con ella para asegurarse de que no pedirán más de una consumición.

—¿Conocías el sitio? —Toman asiento en la terraza de Cunini, junto a una estufa de gas. Blanca fuma y no quiere entrar.

—Claro que lo conocía —contesta Blanca, altanera. Labios elevados para expulsar el humo—, vengo mucho aquí a comer. Y al Oliver también. Ahora estoy viviendo en la sierra, pero antes de divorciarme, cuando estaba en Granada, venía con mi ex casi a diario, ¿sabes? Yo salgo mucho de restaurantes.

Blanca enciende otro Marlboro light, Marina se ve tentada. Se ha divorciado hace poco, dice, y está contenta, mucho mejor, dónde va a parar. Los hombres son todos unos cerdos. Ha alquilado el piso de la sierra porque trabaja en la estación de esquí y es un engorro ir y venir desde Granada a diario. Su piso es más grande que el de Carmen. Dos habitaciones, el suyo ninguna. Van de ricos, ¿sabes?, Carmen y Arturo. Pero tienen que comprarse un apartamento sin habitaciones y dormir en el salón los tres. Mucho ruido y pocas nueces.

Blanca habla sin descanso, escupe las palabras. Ni siquiera para cuando les toman nota, dice que no quiere nada. El camarero lanza a Marina una mirada extraña, parece que busca una justificación, que consuman o se larguen al banco. Solo hay una pareja de ancianos en la terraza junto a una estufa. Las miran mucho.

Blanca se expresa de forma muy arrogante, grita, gesticula con todas las partes del tronco. Ríe cada dos o tres frases con lascivia. Sus carcajadas son tan violentas que llaman la atención de los viandantes. Marina se siente muy observada, todo el mundo las mira al reclamo de su falta de modales.

—A Carmen la conozco de oídas, de aquí, de cuando vivía aquí en Granada y no en la sierra, ¿sabes? —asegura Blanca—. Y le gusta mucho criticar y hablar de la gente. En realidad, te conozco, Marina. De oídas también. ¿A que te llamas Pastrana de apellido? ¿Ves como te conozco? —Calada profunda al cigarrillo—. Tengo una amiga que va a una ONG que también frecuenta Carmen y le ha hablado de ti. Dice que te recogió de la calle, ¿puede ser? Que no tenías dinero ni nada y ella te está manteniendo. Pero no pongas esa cara, a mí me da igual, ¿sabes? Además, me imagino que será mentira, porque Carmen miente más que habla. ¡Pero no pongas esa cara! A mí la vida de la gente me da igual, el que esté libre de pecado que tire la primera piedra, ¿no era así?

El camarero trae la cerveza de Marina y una rosquilla de jamón, queso y tomate restregado con patatas fritas de bolsa. La espuma se derrama por el exterior de la copa. Blanca enciende otro cigarrillo. El cenicero, un nido de gusanos.

—Te has quedado muerta —continúa diciéndole a Marina—. No te esperabas que te conociera. Normal. Aun así, te lo repito, a mí la vida de la gente me da igual, ¿sabes? A mí me caes bien y esos correveidiles no me interesan, por mí tranquila que yo no voy a decir una palabra. Yo soy una persona muy discreta. Si vivías en la calle, ese no es mi problema.

La pareja de ancianos mira con insolencia.

—Eso no es... Yo no...

Marina trata de justificarse, pero Blanca no la deja.

—¡Te he dicho que me da igual! ¡A mí no tienes que darme explicaciones de nada! Yo no soy una persona chismosa. Lo único que digo es que alguien le tendría que parar los pies a esa mujer. A Carmen, digo. Yo creo que está operada, porque la he visto por la calle y con cincuenta años esa cara no me parece normal. Ni ese culo. Tan lisa. Tan alto. Pero, claro, con dinero se puede comprar hasta la juventud. ¿Y los ojos? ¿Te has fijado en los ojos? Qué miedo, por Dios. Alguien tendría que ponerle los puntos sobre las íes, porque lo tiene todo muy fácil en la vida.

Entonces es verdad. Marina no lo ha imaginado. Frente a ella, las pruebas irrefutables. Es mala. Carmen Salvaterria es un ser despreciable que la ha humillado públicamente. Si la amiga de Blanca, si la propia Blanca sabe que la recogió de la calle, ¿quién no lo sabrá? Marina ahora entiende muchas cosas. Y tiene miedo. La cara ardiendo por el calor de la estufa, los pies helados, sed en el pecho. La pareja de ancianos mira a Blanca con descaro. Marina entiende que la han oído, quizá ellos

también conocen a Carmen. Siente que todos la miran, que todos la conocen. Llueve con repentina intensidad. Los camareros corren un toldo, pero sirve de poco.

Granada, 26 de enero de 2009

—¿Empezamos? Marina no viene a cenar —le pregunta Carmen a su marido.

Arturo encaja el punto de libro. La luz de la lamparita ilumina la parte izquierda de su rostro e insinúa dos surcos profundos, como cuencos, bajo los ojos. Llueve con escarnio.

—¿Y eso?

—Tiene una nueva amiga. Blanca, se llama, es la vecina de la sierra, vive en el segundo A.

Carmen y Arturo toman asiento uno frente a otro. Del violín de André Rieu mana la banda sonora de *El Padrino* como un murmullo, como si él mismo tocara en otra habitación de la casa. Sobre los mantelitos de bambú, dos cuencos de colorida ensalada.

—¿Estás bien? —pregunta Carmen, trozo de remolacha a la boca.

Arturo no levanta la vista, remueve con desgana, como si esperase encontrar un solomillo o algo más apetecible al fondo del cuenco.

—Estoy preocupada por Leonor, ¿sabes? —comenta Carmen—. No sale de casa, vive obsesionada con esa mujer que, según ella, mató a su hermano y a su sobrina. Dice que manipuló el coche en que murieron y además me ha confesado que bebía; bastante. Creo que se siente culpable, Arturo, no se perdona no haber hecho nada porque la sobrina no se subiese al coche. Le digo que ella no es responsable, claro, pero así se siente. No sé cómo podríamos ayudarla, se niega a salir de casa, el otro día estuve a punto de convencerla para que viniese a cenar, pero nada.

El codo libre sobre la mesa, Arturo sigue removiendo. A veces pincha granitos de maíz que resbalan por el aceite.

—Me alegra que Marina tenga amigos, ¿no te parece? Que salga. Es una mujer estupenda, está ayudando mucho a Julia. Por cómo la trata se nota que le gustan los niños. Quizá no pudo tenerlos, no le he preguntado, sería un poco indiscreto por mi parte, ¿no crees?

Arturo al fin le regala una mirada desnuda a su mujer, las gafas junto al vaso de agua.

—Claro que tiene hijos.

—No, Marina no es madre, Arturo.

—Carmen, te digo que sí. La he visto en el hospital y tiene una cicatriz de cesárea. Muy visible, además.

Se frota el mentón y mira a su marido fijamente. Hasta ahora no ha visto los dos fosos bajo sus retinas. Arturo se siente ofendido cuando le pregunta si está seguro, alza las cejas como respuesta y vuelve a la ensalada.

—Ella me dijo que no era madre.

—Quizá no quiere hablar de ello. ¿Por qué no lo olvidas?

—Es una opción. Otra es que necesite ayuda, no podemos hacer la vista gorda, Arturo, hay que ayudarla.

—¡Bueno, ya está bien!

Arturo arroja el cubierto contra la ensalada, el mango se pringa de aceite y vinagre.

—Esto tiene que terminar, Carmen. ¡No puedo más! ¿Ayudarla? ¿No estamos haciendo lo suficiente por ella? Carmen, hay una desconocida viviendo en nuestra casa, cenando con nosotros, participando en nuestras conversaciones privadas. Se come nuestra comida, usa tu ropa, le damos dinero. ¿Quieres que también la llamemos para follar? ¿Ayudarla? Carmen, ¡por favor! ¡Basta ya! ¡No puedo más!

Los ojos grises de su mujer lo hacen sentir pequeño de repente. Muy pequeño. Le recuerdan a los curas del colegio cuando le obligaban a confesar sus pecados, que tuviese ocho años no era un impedimento para que los tuviera. También sus padres confirmaban que tanto él como Betty eran malos, pecadores que iban a arder en el infierno si seguían portándose mal.

—¿Crees que merezco esos gritos? —pregunta Carmen, impasible—. ¿Esa es la manera en la que quieres tratarme?

La vergüenza en forma de culebra por el vientre de Arturo. Ansiedad desmesurada por abrazar a su mujer, rendirse a sus rodillas, suplicar perdón para que no lo mire desde sus ojos grises, casi blancos.

—No, claro que no. Carmen, lo siento, lo siento mucho. Solo pretendía explicarte cómo me siento. ¿Qué hay de Julia y de mí? ¿Has pensado en nosotros, cariño? Estamos haciendo demasiado por Marina, ¡haces demasiado por todo el mundo, Carmen! Eres tan... perfecta que me siento —insignificante, la palabra que busca es «insignificante»— un poco solo. Tienes una familia, no puedes olvidarte de ella. Creo que primero hemos de ser nosotros. Y luego los demás. ¿No te parece?

Carmen se levanta y anda hasta la ventana. Marina atraviesa la plaza en dirección al portal. Sola y empapada.

—Este no es el hombre del que yo me enamoré, no es el hombre que sabe lo privilegiado que es por tener una vida tan holgada y maravillosa. —Gira su cuerpo

para enfrentarlo—. Qué fácil, ¿verdad, Arturo? Una buena casa, un gran trabajo, la mejor hija que alguien pudiera desear. A vivir la vida. Y a los que no han tenido tanta suerte como nosotros que les den, ¿verdad, Arturo? ¿Ese es el plan? Tú puedes hacer lo que quieras, estás en todo tu derecho, pero yo también.

—Carmen...

Melquíades, a los pies de su dueña, dejando claro su bando.

—Y, además, gritos a tu mujer. Chantaje emocional para que sienta que os estoy abandonando. ¿Crees que has inventado tú las extorsiones, Arturo? Porque no es así. No voy a consentirte un solo grito. Es el juego más antiguo del mundo y tengo muy claro quién soy y quién quiero seguir siendo para caer en esas redes tan baratas. Si me disculpas, me apetece dar un paseo, ahora mismo no quiero estar aquí.

—Carmen, por favor —suplica su marido acariciándole el brazo—, perdóname.

—Te perdono los gritos. Con respecto a tu opinión, no tienes por qué disculparte.

No logra retenerla. La puerta no se cierra de un golpe. No parece haber nada capaz de irritar a Carmen.

Granada, 26 de enero de 2009

Carmen atraviesa el portal mirando al cielo, como si la lluvia fuese el secreto de la eterna juventud de su rostro. Marina desliza el bastón del paraguas por el hombro, la tela impermeable le cubre la cara. ¿Adónde irá Carmen a las once de la noche sola y sin protección bajo el aguacero? Por fortuna, no la ha visto.

Desaparece por la calle Príncipe, Marina corre al portal, sube los cuatro pisos andando. Lleva los calcetines mojados dentro de las botas. Las palabras de Blanca forman tifones, como una bañera que se vacía, no puede establecer un orden entre ellos, ni siquiera separarlos. Las llaves perdidas en las profundidades del bolso, la luz de la escalera, como de hospital, la asusta.

Al virar la cerradura los pasos de Arturo corren hacia la puerta. Son pisadas de ansiedad, está llorando, gime como un animal herido.

—¿Estás bien? —le pregunta Marina sin demasiado interés.

Posa el paraguas en un bastonero de loza. La punta rebota un par de veces antes de asentarse. Arturo se sorprende ante su falta de consideración, tanto que para de llorar con brusquedad. Ni siquiera le mira a la cara, solo hace una pregunta de respuesta evidente y se gira. Ahora quiere saber dónde está Julia, si le ha pasado

algo.

—Duerme con Olivia.

—¿Estás bien, Arturo?

Niega con la cabeza y una riada de llanto baña sus ojos de petróleo. Se abraza a Marina, que no le devuelve el abrazo inmediatamente. La lluvia colisionando contra todo ensordece cualquier ruido. Su ropa huele a Chanel N.º 5. Qué distinta es de Carmen, piensa Arturo, a pesar de lucir como ella, de oler como ella. Es una versión muy primitiva de su mujer, como si no hubiese evolucionado. Y es entonces cuando Arturo se siente fuerte, muy fuerte. Carmen no puede darle lecciones ni hacerlo sentir culpable. No es perfecta, es una humana que se ha equivocado, y mucho. Es un ser como él, no superior.

Marina se retira. Confundida. Frente a ella un rostro gobernado por las ojeras y el cansancio. Un rostro hermoso como no ha visto nunca, tan hermoso como poco atractivo. Arturo le parece tan femenino que deja de ser un hombre, por eso siente que está besando a una mujer. Sus labios, delgados como dos hebras de hilo, se posan sobre los suyos como una mariposa en una flor. Qué asco.

Pero al fin ha llegado su momento. El corazón de Marina bombea sangre a ritmo de tambores. Con una potencia extraordinaria rodea su espalda para atraerlo hacia sí misma con ansia. Al sentir la erección contra su propio sexo viene a su mente la uña afilada de Cristo el Loco. La nota rasgando sus bragas. Marina desecha el pensamiento con asco y toma impulso para encaramarse a las caderas de Arturo, que la sujeta por las nalgas. Alguien ha de dar su merecido a Carmen. La propia vida se está encargando de ello.

Pero Arturo la posa en el suelo. Aún llora.

—Perdóname —se disculpa—. Perdóname, Marina, por favor. No sé qué me ha pasado. Perdóname.

La mira como un loco, la mandíbula desencajada, los ojos fuera de las cuencas, llanto en los hombros. Apaga la luz y desaparece en la oscuridad del pasillo. Se araña la cabeza.

Granada, 27 de enero de 2009

El piloto de la reserva se ha encendido a mitad de camino. Carmen dispone de una hora y media antes de volver a clase. Quizá conduce a demasiada velocidad, pero la concentración que esto le exige es la excusa perfecta para que sus pensamientos no

tomen el control.

El Registro Civil se encuentra en el mismo edificio de cristales negros que los juzgados. La plaza de La Caleta obedece al uniforme de los profesionales del Derecho. Es sencillo identificar a los abogados, eternamente de traje y corbata, como si bajo la toga llevasen el atuendo de guerra. Ellas dentro de sus manoletinas que, antes de llegar a la escalera de la plaza para reunirse con sus clientes, han sustituido por tacones de aguja.

—¡Carmen! —El funcionario con el que ha quedado se dirige hacia ella con los brazos abiertos, como un muñeco que no puede flexionarlos—. ¡Cuánto me alegro de verte, Carmen!

Resulta igualmente sencillo reconocer a los funcionarios, que no lucen como si acabaran de desfilar. Su rollizo rostro delata cientos de puntitos negros que al día siguiente serán pelos como escarpias, como algún día lo fueron los de su grandioso bigote. Dentro de un pantalón de pana verde se esconden dos diminutas y rechonchas piernas, como dos troncos de árbol seccionados, que terminan en un par de pies muy pequeños.

—Hola, ¿cómo estás? —saluda Carmen. Sus mejillas raspan—. Yo también me alegro de verte. ¿Tomamos un café? No tengo mucho tiempo, he de volver pronto a clase.

El funcionario corre para seguir el paso de Carmen, no, no, usa tú el paraguas, yo corro. La cabeza levemente hacia arriba para mirar su rostro, es bastante más bajo que ella. El bar huele a granos de café. Logra que Carmen tome asiento en un taburete de la barra para disimular la diferencia de alturas.

—Necesito tu ayuda —Carmen va directa al grano. El funcionario es un viejo amigo y tiene la confianza para hacerlo.

—Lo que quieras, ya lo sabes —contesta él—. Después de lo que hiciste por nosotros, puedes pedirme cualquier cosa.

Las rodillas de Carmen una sobre otra encima del taburete, enlatadas en un pantalón negro. El funcionario domina la compulsiva necesidad de tocarlas, el ansia por palpar todo su cuerpo a la vez, el deseo de que su mujer sea más como ella, que deje los antidepresivos y sonría como lo hace Carmen.

—Sé que esto es un poco delicado, pero necesito saber si una persona tiene hijos. Vosotros expedís los libros de familia, ¿verdad? ¿Puedes acceder a esta información?

Un abogado la empuja por la espalda y la acerca al funcionario más de lo que este puede controlar. Cuando gira el rostro para aceptar sus disculpas, el funcionario adivina dos pechos firmes, muy firmes, bajo la blusa blanca. Una sola persona más en la barra y tendrían que arrimarse tanto que sus cuerpos se tocarían.

—Carmen, eso no es legal... No tienes el interés legítimo que exige la ley para consultar un asiento ajeno en el Registro.

—Lo sé —sonríe ella—, pero si te lo pido es para ayudar a una persona. Para nada más. Su nombre es Marina. Marina Pastrana, desconozco el segundo apellido. Creo que sí tiene hijos y necesito saber cómo localizarlos. Si te pido esto es para ayudarla. Me conoces, sabes que no voy a hacer nada malo con la información que me des.

El funcionario suda. Si no fuera por los cercos que intuye en las axilas se liberaría del jersey gris oscuro que lleva puesto desde hace una semana. Le arde la cara por el calor de la cafetería.

—Carmen, no puedes pedirme algo así. Podrían inhabilitarme de por vida.

—Nadie va a enterarse, sabes que puedes confiar en mí. —Aprisiona su mano derecha, mojada, rechoncha, nudosa entre las suyas—. Si te pido esto, es para ayudar a una persona. Nadie lo sabrá jamás, te lo juro. ¿Cómo sigue tu mujer?

Granada, 28 de enero de 2009

Mario recibe el golpe con estoica serenidad. Los ojos muy apretados, pide que lo azote con la hebilla. Katia pregunta si está seguro, ¿no será demasiado?

—Más fuerte —implora él.

Recibe la hebilla helada, como si mil pedazos de cristal se partieran en sus nalgas, rojizas. Quiere llorar, se muerde el antebrazo hasta que la piel se entumece y deja de sentir dolor. Katia pregunta si está bien, si quiere que pare. Mario no contesta, solloza, ella se asusta. Ha recogido un zapato de tacón del suelo y se lo ofrece. Clávamelo, suplica. En la espalda.

—Mario, no voy a seguir haciendo esto, ¿puedes explicarme qué diablos te pasa?

Mario se gira a toda velocidad y toma el cuerpo de la prostituta. Lo coloca de espaldas sobre la cama y arranca los botones del vestido lencero que rebotan como canicas en el suelo. Quiere embestir sus nalgas, pero tiene el sexo pastoso. Siente asco de sí mismo, como si estuviera pringado de excrementos. Katia quiere saber si acaso está llorando, ¿estás llorando, Mario? ¿Me vas a decir qué coño te pasa?

De camino al escritorio Mario pisa lo que al tacto le parecen unas medias. Ha dejado la chaqueta en el respaldo de la silla y busca el teléfono en el bolsillo interior. Caen gotas en la pantalla, ¿sudor o lágrimas? Bichito, la Fierecilla últimamente le

llama bichito. Anhela que Katia lo siga azotando con su propia correa cuando la luz del móvil ilumina una sonrisa grotesca en su rostro, como de bebé anciano.

En el globo aparece:

Me haces falta, bichito. Estás por ahí? Podemos vernos ahora?

Mario cae de rodillas al suelo y rompe a llorar ya sin temor a que Katia lo perciba. La Fierecilla quiere verlo. La Fierecilla, la que va a arruinar su vida, su dulce verdugo. ¿Cómo va a renunciar a su vida, la vida que tanto ama, por la Fierecilla a la que adora desde los huesos, desde la sangre? No puede mirarse al espejo. Se repugna. Él. Abdicando del trono por amor. Él. Busca a Katia. Le pide lo más asqueroso que se le ocurra. Que le vomite encima, ¿eres capaz de provocarte el vómito, Katia?

Granada, 29 de enero de 2009

El funcionario ha buscado y ha encontrado. Reconoce los nombres que Carmen necesita: Andrés y Elvira Barrios. ¿Dónde los ha oído? ¿Va a darle o no va a darle esa información a Carmen? Se juega el puesto. El funcionario tamborilea sobre el volante con los pulgares, gotas de lluvia en el parabrisas como nudillos llamando a la puerta. Han pasado dos días desde que se han visto, pero aún conserva el perfume de Carmen en la nariz. Se mezcla con el olor a lavanda del ambientador y la calefacción lo hace más fuerte. Elvira Barrios Pastrana. Ese es el nombre que Carmen busca. ¿Va a dárselo? Tres palabras que para él pueden implicar el fin de su trabajo. Está inscrita la defunción de la chica, además. Hace un año y medio, con veintiuno recién cumplidos. Está muerta. Y el padre, el padre también aparece como fallecido, Andrés Barrios. Está seguro de haber oído antes sus nombres.

La mujer del funcionario estará en casa y no olerá como Carmen. La boca le hiede a medicinas, como una niebla plúmbea que lo agria todo. El funcionario desea que el semáforo no cambie a verde, no llegar a casa, quedarse en el coche para siempre envuelto en el traqueteo de la lluvia. Seguro que su mujer hoy tampoco se ha levantado. La llamará cada diez minutos mientras él prepara la comida. Pasta con tomate frito, probablemente. Quizá añada una lata de atún, porque carne picada fuera del congelador no hay. ¿Y si la tal Elvira y el padre eran famosos? ¿No le sonarían sus nombres de alguna revista o de la televisión?

Quizá su mujer ha sacado la carne picada del congelador y ha hecho hamburguesas. A lo mejor ha cortado algo de cebolla y unas rodajitas de tomate, porque pan de molde sí que hay, el de las tostadas. Incluso puede ser que, armándose de valor, haya salido a comprar queso para fundir.

El funcionario frena con tal arrebato el Ford Fiesta que está a punto de empotrarse con un BMW que hace *aquaplaning*. Casi desea que pase, cerrar los ojos con fuerza y aparecer muerto para no odiar a su mujer desde lo más profundo de su alma, para no poner cara de adolescente hormonado cuando Carmen Salvaterria le envía un mensaje para tomar café.

Entonces el funcionario lo recuerda. No solo aparecieron en los periódicos locales, aquella historia conmovió a todo el país. Una historia que terminó en un accidente de coche, claro, ya se acuerda. Ahora se acuerda. Andrés y Elvira Barrios, claro, el padre y la hija que se enamoraron, que iban diciendo por las televisiones que se amaban. El funcionario vuelve a sentir aquella mota de estupor y grima al recordarlos en las televisiones pidiendo un cambio en la ley para poder casarse, respeto ante lo que ellos decían que era amor. ¿Cómo era aquel titular que se hizo tan famoso? Ah, «el amor no es delito». ¿Marina Pastrana es la madre de la chica? ¿No dijeron que fue ella quien manipuló el coche en el que se mataron? El funcionario recuerda que no la condenaron por tener coartada, o por un defecto de forma o algo así, no está seguro. ¿Y Carmen ha dicho que quiere ayudarla? ¿Ayudar a una asesina? Quizá no sabe que es ella, piensa el funcionario. Obviamente, si le da la información del registro no solo perderá su puesto de trabajo. No puede hacerlo. Acabaría preso. Un padre y una hija enamorados. Qué asco.

Granada, 30 de enero de 2009

—¿Puedo pasar?

Hay demasiado de ninfa en ella, piensa Marina. Julia tiene un aspecto de doncellita que se le antoja repugnante. Un rayo de sol que consigue burlar a la lluvia se agota en sus labios y los impregna de un tinte coralino. Tímidamente botticelliano. Como si pidiera a gritos ser el trofeo de un pederasta.

—Me voy, Julia, no tengo tiempo. —Marina le da la espalda para introducir algo en un bolso amelocotonado que le ha prestado Carmen.

—No sabes lo que ha hecho Micky, Marina, no te lo vas a creer. Se acuesta con... —un riachuelo se precipita desde sus ojos grises—, se acuesta con Olivia, Marina,

¡con mi mejor amiga!

La tez de los párpados se amorata desde la primera lágrima. Es igual de imbécil que su padre, dos seres tan birriosos, tan enfermizos, tan vulnerables, que hasta por la piel dramatizan. Marina no se conmueve con la imagen de una niña que parece un cascabel con las manitas entrelazadas sobre los genitales. Marina se siente asqueada anta la absurda emocionalidad. Ante el exceso.

—A tu edad eso es muy normal, Julia, no te preocupes. Los amigos no existen, y las amigas menos; cuando hay un tío delante, a la mayoría les sale la puta que llevan dentro. Huye de la gente, es lo mejor que puedes hacer. Me tengo que ir, bonita, hablamos luego.

Se acuerda de las bragas que ha dejado tiradas tras la ducha y corre al baño a recogerlas antes de que alguien las encuentre. Carmen está en el baño. Las ha visto. Carmen reflejada en el espejo. Melquíades frotándose contra sus piernas. Marina se asusta, sus ojos no son humanos, el color no está en la paleta de ningún pintor.

—¿Vas a salir? —pregunta Carmen con una sonrisa—. ¿Necesitas algo?

—Voy a la sierra a ver a Blanca.

—¡Ah! —¿Por qué se emociona como si le hubiese tocado la lotería? ¿Qué ser en este mundo es capaz de fingir de esa forma?—. ¿Crees que podría darte las llaves de casa para que traigas mi iPod, por favor? Creo que está en la encimera de la cocina, ¡lo olvidé la última vez!

Cejas efusivas, Marina siente deseos de estrangularla por el gesto. En la bañera un pelo suyo formando un signo de interrogación. Carmen pregunta cómo va a ir, que se lleve su coche, no lo necesita por la tarde, llévate mi coche, Marina, como si fuera tuyo. Odia cómo entona la letra ele, como si quisiera parecer extranjera. O poeta. ¿Y por qué narices la abraza?

—Sabes cuánto te queremos, ¿verdad, Marina? Arturo te adora, y Julia te idolatra, eres como otra madre para ella. Invita a Blanca a casa cuando quieras, como si fuese tuya.

Marina recuerda la erección de Arturo contra su propio cuerpo y sonríe. En cierta parte, sí que esta casa es suya. En el espejo hay más ojos. Fortuna, tras ella, soberbia y majestuosa y ciega, con una mácula funesta en la sonrisa, clava sus pupilas vacías en las córneas de Marina.

—Yo también, Carmen. Yo también os quiero mucho a vosotros. Sois lo mejor que me ha pasado en la vida.

Al asiento del conductor no alcanza el mareo. Marina abandona el Audi y la

temperatura la decide el Veleta. Un leve aturdimiento como un trueno desde la frente hasta el abdomen. Blanca la espera en la puerta, brazos cruzados. La cruel coleta que doblega su rostro hacia la coronilla la acompaña otra vez. Dice que lleva media hora esperando. Está enfadada y, ¿de dónde ha sacado ese carrazo? Marina encuentra algo ruso en su cara, como siempre lo hubo en la de su madre. Un semblante blanquecino y redondo que pugna con un pelo negro, insólitamente negro. Cualquiera esperaría una piel más tostada. Blanca es tan esteparia como latina. Dos rosetas de arrebol maquillan de frío sus mejillas, como si fuera un dibujo animado.

—Me he perdido.

—¿Esas son las llaves de la casa de Carmen? —A Blanca ya no le interesa su excusa y señala las manos de Marina—. Entonces vamos mejor a su casa, quiero mirar bien el tema de la humedad, a mí no me la cuela, ¿sabes?

Parece acostumbrada al clima. Ni siquiera a un grado viste más que un jersey de lana rojo. Y los eternos vaqueros que bautizan sus muslos como morcillas.

—Bueno y con Carmen, qué. Cuéntame. ¿Ya te has follado al marido?

Blanca ríe como una posesa. Abre un armarito como si perteneciera a su propia casa y encuentra un Monopoli que mira con curiosidad. No parece necesitar permiso alguno para moverse por el apartamento, como si fuese suyo.

—No digas tonterías —contesta Marina de espaldas. Nerviosa. Ha gastado el dinero del autobús en café y pastas que desenvuelve con ceremonia.

—Era una broma, mujer, pero si te pones tan nerviosa es porque habías pensado en ello. —Blanca vuelve a reír escandalosamente.

El olor del apartamento, como a resina, mezclado con el frío polar y los gritos de Blanca hacen sentir a Marina en otra dimensión, como si estuviese soñando. Los radiadores de aceite tardan demasiado en calentar, no puede encender la chimenea porque Carmen lo notaría. ¿No comes? Le pregunta a Blanca dando un mordisco a una pasta con algo rojo en el centro que le sabe a cereza. ¿Por qué es tan débil? ¿A cuántas pechugas de pollo —sin empanar— y patatas hervidas equivalen esa galleta que manda sobre ella? Marina se deshace de la pasta con asco.

—No me gusta el dulce —dice Blanca con indiferencia—. Yo quiero que me cuentes cómo te va con Carmen.

Marina duda. Parece su amiga, pero todo el mundo parece amigo si se lo propone. Nadie da duros a cuatro pesetas, como siempre le dijo su madre, y menos a ti, hija mía, que eres tonta y te engañan. ¿No estará Marina, quizá, exponiéndose demasiado?

—Estoy pensando en irme de esa casa, Blanca.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Lo pregunta como si la decisión le afectase a ella. Da un

taconazo en el suelo igual que lo hubiese hecho un caballo.

Marina responde que no lo sabe. Se rasca la nariz con la palma de la mano abierta. Quizá sea el momento de retirarse, no puede más. Pequeñas gotitas en los ojos. No puede más. De hecho, solo al verbalizarlo se hace consciente del cansancio. No puede más. Blanca recorre el pequeño espacio entre el sofá y la cama nido arrastrando los pies. Se frota los brazos. Tú sabrás lo que haces, dice.

—Pero alguien le tiene que dar a Carmen su merecido. Es una falsa, Marina, una impostora. ¿Tú has visto la película del *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*? —Marina se vuelve hacia ella sobresaltada—. Pues igual; es un monstruo, un monstruo, ¿sabes? Y alguien le tiene que parar los pies.

Marina no puede reprimir el llanto, está agotada. Blanca duda. Parece masticar un bocado de aire. La mira tan fijamente que por un instante tiene miedo a que pueda leerle el pensamiento. Los radiadores chasquean por estar encendiéndose.

—Sabe lo de tu marido y tu hija —murmura Blanca acercándose a Marina—. Lo sabe. Y lo ha contado por ahí, ¿sabes? Ha dado detalles de lo que te hicieron. Se liaron entre ellos, ¿verdad? Virgen santísima, qué vergüenza. Yo no quiero hacerte daño, Marina, pero esto lo tienes que saber, yo lo hago por tu bien. Te tiene que quedar muy claro que Carmen lo sabe todo sobre ti. Y lo cuenta.

Un férreo ahogo en toda la cabeza de Marina al escuchar la confesión de su amiga, como un gorro muy ajustado. En los oídos un liviano vip, como de aparato de hospital.

—Sé lo que pasó, Marina, lo sé porque ella lo ha contado en la asociación esa de pobres a la que va en el hospital de San Rafael. Tu marido y tu hija iban por todas las televisiones pidiendo que cambiaran la ley para poder casarse porque estaban enamorados. Qué asco. Yo conozco gente en el hospital, conozco a la directora, a Leonor Barrios. ¿Cuánto crees que va a tardar en enterarse de que vives en su casa? Son amigas, por Granada se las ve juntas con frecuencia. Y no pongas esa cara porque largarte no es una opción. Lo único que puedes hacer es pararle los pies. Lo tiene que hacer alguien.

—Yo no los... —Marina se ahoga—. No fui yo quien los...

—Ya, ya lo sé, yo te creo si dices que tú no los mataste. Pero Marina..., me parece que te creo yo y nadie más... Después de la que armaron en la tele... Huele, Marina, huele. Tiene todo el sentido que te los cargaras tú. Pero yo te creo. Yo soy tu amiga y te creo. Lo que te hicieron fue horrible. Un padre y una hija enamorados. Recorriendo las televisiones de España pidiendo un cambio en la ley para casarse. Qué asco. No tienen perdón de Dios. Yo sé que tú no manipulaste ese coche en el que se mataron. Yo te creo.

Marina se pone en pie obedeciendo a una arcada que le perfora el abdomen. La

sala se hace muy pequeña, palpita.

—Blanca, hay una sentencia... Yo no... Yo estaba con una amiga... Yo, estaba... Ana. Yo no fui, lo juro. Ellos me arruinaron la vida, Blanca. Yo no...

SI TÚ SALTAS, YO SALTO

El blog de Julia (y el tuyo)

Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

Me han escrito de una empresa —pero todavía no os digo cuál, ya lo veréis en breve— y dicen que, si les dejo poner anuncios en el blog, me dan dinero. Mi madre va a un refugio de animales todas las semanas y he decidido donárselo a ellos. Quiero que sepáis que es gracias a vosotras, por hacerme tantas visitas y comentarios, así que me gustaría que os sintierais orgullosas de vosotras mismas por ayudar a un montón de perritos y gatitos abandonados. Gracias, amigas. Y para los que siguen con los insultos... ya no sé qué decir. Policeman96, no te voy a aprobar nunca los comentarios. Dale al aspa roja de arriba a la derecha. Y pasa de mí.

Los primeros días sin Micky están siendo duros. Muy duros. Se está acostando con mi mejor amiga. Me siento como si me hubieran quitado un pulmón. Así es como estoy: vacía. Ya no lloro, creo que me he quedado seca. Me siento como si estuviera muerta en vida, como un fantasma. Voy por la calle y no me interesa nada, me pongo a estudiar y no me entero de lo que estoy leyendo. Nadie me hace caso, además, dicen que son cosas de la edad. Pero no. Yo sé que no. Yo sé que esto es algo tan grande como el cielo entero, y solo vosotras me entendéis. No sé lo que haría sin vuestro apoyo. Estoy pensando en escribir un libro, hago poemas desde que soy pequeña y quizá ha llegado el momento de poner esto por escrito. Esto. Lo más importante que me va a pasar en la vida. Lo que hace que sea la única del mundo que parece una persona, pero no lo es. Porque ahora, chicas..., ahora yo no soy más que un desecho. La camiseta fea que ni de rebajas se lleva la gente. La primera y la última rebanada del pan de molde. En eso me he convertido.

Ni siquiera puedo apoyarme en mi madre, porque no me entiende. Creo que en el fondo se alegra, y eso no me gusta. Dice que lo más importante es que me reconcilie con mi amiga Olivia, porque dos mujeres nunca pueden competir por un hombre, toda la vida hemos estado rivalizando entre nosotras y eso tiene que acabar. Según ella las mujeres tenemos que ser hermanas y apoyarnos. Pero decidme vosotras, amigas, vosotras que sí sois mis amigas de verdad: ¿una hermana hace esto? ¿Una hermana te roba al amor de tu vida? Porque Micky es el amor de mi vida, eso lo tengo más claro que mi nombre. Ella no lo entiende, solo quiere que hagamos las paces y estemos juntas, no enemistadas por un tío. Dice incluso que la prevenga contra Micky, que la ayude. Yo solo quiero estar con él. Con nadie más, chicas, con nadie más. Y dentro de poco, San Valentín..., me quiero morir. Lo necesito para seguir viviendo, porque ya no sé cómo se hace eso. Se me ha olvidado de repente cómo se respira. Estaría dispuesta a cualquier cosa, os lo juro. No hay nada más fuerte que esto que siento.

Os adoro, chicas, lo sabéis. Gracias por estar conmigo en el momento más difícil de mi vida. No tengo muchas fuerzas para escribir, pero intentaré poner más entradas solo por el cariño que me dais. Os amo.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, 3 de febrero de 2009

Dinero, dinero, dinero. ¿Cuántas veces ha oído Marina que «lo mejor de la vida es gratis»? Lo mejor de la vida es estar vivo y estar vivo es viajar, salir a comer, una copa de vino en una terraza al sol. Sin dinero no se puede estar vivo.

Dinero para terminar con esta pesadilla, un brazo peludo que la ahoga. El dinero se intercambia por bienes y servicios, sin trabajo desaparecen unos y otros. Si nadie produce, nadie consume. ¿Y dónde la deja eso a ella? ¿De qué otra manera puede participar de la serie en la que gana dinero que después gasta en un alquiler? El último rechazo en un bar de la costa. Se ha quedado el puesto de camarera una niña de diecinueve años, feliz con los seiscientos euros por las cincuenta horas de trabajo semanales. Se ha roto algo. Alguien ha atrancado la cadena de transmisión y esta ya no gira. ¿Qué está pasando en el mundo? ¿Es cierto eso de la crisis? ¿Por qué? Continuar en casa de Carmen Salvaterria es un suicidio, su fin está marcado en el calendario.

Nueva reunión del club de lectura.

—¿Qué os parece si comenzamos con esta frase? —Carmen empina el libro en dirección a la cara—: «Todos los seres humanos, tal como los conocemos, son una mezcla del bien y del mal». ¿Opiniones?

La mesa en forma de U torcida. ¿Cuál será la temperatura del aula en primavera? Parece fresca, pero es un angustioso sótano. Los pantalones de cuadros verdes y azules de Carmen, los de ayer.

El calvo de siempre pregunta si empieza él. La clase ríe al completo excepto Lázaro, hoy sin Currito. Busca con ansiedad unas frases subrayadas. ¡Todo tuyo!, contesta Carmen con su deslumbrante sonrisa. El calvo inclina la silla sobre las patas traseras.

—Digamos que estoy de acuerdo. Cada uno de nosotros somos el protagonista de nuestra propia novela. Y concebimos a los demás como personajes secundarios.

Mi hija, por ejemplo, no quiere ser madre.

—¿Qué mujer no quiere ser madre? —interrumpe una compañera. Acaba de hacerse el moño y huele a laca.

—Mi hija, por ejemplo. —El calvo tose—. Como decía, ella no quiere ser madre y su marido la ha convertido en la mala de su novela. ¿Es realmente mi hija la mala? No creáis que no he pensado en ello a raíz de esta lectura, quisiera ser objetivo, y creo que la respuesta no existe.

—Una mujer es mucho más que una madre —amonesta Carmen con emoción contenida—. ¿Cuáles son tus conclusiones?

—Lo sé, Carmen, no voy por ahí. Creo que todos somos el malo en la novela de alguien, o lo que es lo mismo: la gente buena y la gente mala, en términos absolutos, no existe. Por eso estoy de acuerdo con la frase que has citado de Stevenson: todos somos una mezcla de bien y de mal, depende de quién nos conciba. Claro que mi hija no es la mala, pero para mi yerno sí lo es. Cada uno tiene su verdad, o lo que es lo mismo: no existe. Si la verdad existiera, sería indiscutible por definición.

—No puedo estar de acuerdo —intercepta otra compañera, gafas de cristales muy gruesos—, claro que hay términos absolutos, al menos en esto: tu hija no es mala por no querer ser madre, es algo obvio. De hecho, creo que si en esta novela, como dices, hay algún malo, ese es tu yerno, puesto que la está manipulando para que haga algo que ella no quiere hacer.

El calvo sonríe triunfante.

—Eso no hace más que demostrar lo que acabo de decir.

Toda el aula permanece en silencio. Carmen, al cabo de unos segundos, lo rompe para manifestar que lo bueno contiene la semilla de lo malo y viceversa. Los alimentos, las palabras, las personas. Todo contiene el bien y el mal en potencia.

—¿Y qué pasa con los que saben mentir?

Catorce cabezas y veintiocho ojos se vuelven hacia Marina. Es la primera vez que interviene en una de las reuniones. Se siente pequeña, febril, escarlata, pero la angustia del paso atrás es superior. Dice que hay personas que son un fraude, ¿no os habéis dado cuenta? Personas que parecen buenas y son malas, genios del engaño. ¿Qué sucede con esas personas? Recuerda Marina la palabra que utiliza Stevenson. Duplicidad. ¿No es así?

—Yo diría que no pueden mantenerse en pie para siempre —apunta Lázaro. Las catorce cabezas en dirección opuesta—, antes o después, alguien destapa a esas personas.

—¿Por qué habláis de esas personas como si fuesen algo malo? —vuelve a intervenir el calvo—. El error está en interpretar el mundo desde conceptos morales. El bien y el mal no existen. Basta ya de ser sus esclavos. Ese pensamiento polarizado,

esa obsesión con dividirlo todo en la dicotomía bien y mal es la responsable de que el ser humano venda su dignidad a cambio de una promesa de salvación, moral y social, que no lo lleva a nada más que a ser un prisionero. No son más que formas de dignificar actitudes inaceptables, como el sacrificio y el sufrimiento. Por eso crucificaron a Cristo, porque entendemos el amor como sufrimiento. ¿Qué es el bien? ¿No hacer daño a otros? La ley permite la legítima defensa, sin embargo. ¿Qué pasa entonces, si me estoy defendiendo, el mal se convierte en bien? Estamos ante conceptos humanos y, por tanto, mutables. No podemos asumirlos como absolutos y enjuiciar a los demás con ellos. Pero no solo por esta razón, sino porque la forma en que los ha concebido la sociedad no es correcta. Jesús dio la clave del verdadero amor: «ama al prójimo como a ti mismo». ¿Dónde queda ese «ti mismo»? Para amar a otros seres humanos antes hemos de amarnos a nosotros mismos. Y hacerlo, inevitablemente, implica asumir determinadas actitudes que se han identificado con el mal. Por ejemplo, el autocuidado, identificado de manera errónea con el egoísmo. Si yo siento amor racional por mí mismo, Carmen, de manera inexorable acabaré haciendo daño a otros. Porque tendré que abandonarlos, por ejemplo, si me hacen daño. Porque tendré que matarlos si intentan matarme a mí. No, compañeros, ¿qué tendrá que ver hacer el mal con ser malo? No voy a hablar del comportamiento de los animales porque el ser humano como especie ha encontrado argumentos morales para ser un grupo colaborativo que no se ataque, pero no podemos rechazar una parte de nosotros. El cuerpo. Los instintos. Me pregunto a mí mismo, si he nacido así, con el «mal» dentro, ¿por qué tengo que ignorarlo? Quiero decir, ¿soy yo más sabio que mi creador? Me da igual quien sea el creador, si es que lo hay. ¿Por qué ese Dios en el que creen tantos pone la maldad en nosotros si no quiere que la usemos? Sin embargo, sí que tenemos piernas y andamos. Tenemos cerebros y pensamos. Tenemos hambre y comemos. ¿Por qué la maldad es algo que no podemos usar? La respuesta me parece simple: porque la hemos identificado con comportamientos que nos hacen libres. Y no quieren que seamos libres. Quien se ama a sí mismo es libre. Inventan el egoísmo, entonces, y condenan ese amor para seguir teniéndonos prisioneros. En el ser humano hay fuerzas relacionadas con la supervivencia y la libertad que se han identificado con el mal. Creo que esas personas a las que usted se ha referido, Marina, negando una parte tan básica de su propio ser, se convierten en enfermas, en Mr. Hyde, sin quererlo. No podemos seguir negando al ser humano. No somos más que una reproducción de las contradicciones de la naturaleza. ¡Todo forma parte de ella! Mentimos. Somos egoístas. Nos despreciamos. Y lo peor es que lo hacemos sin ser conscientes de ello, creyendo que estamos siendo buenos. Eso es la maldad, si me obligan a admitir que existe. El daño que causamos a otros sin saberlo porque somos incapaces de

cuestionar nuestra propia ética, la cual consideramos la correcta. ¿Hay una sola persona que haga las cosas mal sabiendo que las hace mal? ¿No veis que todos piensan que están en lo cierto? Eso es el mal. La mente es el mal. La serpiente es la mente.

A Marina le duele la cabeza. Los ojos calientes. Pulso en las sienes. La calefacción, insoportable. Quiere hablar con Lázaro, ofrecerse para volver a cuidar a sus hijos. Siente que nunca ha tenido un plan tan brillante. Ni siquiera un plan.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Mar/03/02/2008 18:36

Querida Dolly, mi queridísima Dolly:
Aún no me creo que lo vayamos a hacer. Aún no me creo que nos vayamos a ir juntas a Gijón. ¡Qué locura, mi amor! Pero qué locura tan necesaria. Me doy cuenta ahora, las cosas no se entienden en nuestro momento sino en el suyo. Tú siempre lo dices. Gracias por sanarme, porque me has sanado. Gracias por abrirme los ojos —y una grieta en el estómago con el cóctel de anoche, Dolly, ¡esto tiene que acabar!—. Sé que todo va a ir bien, estoy segura. Mi madre tendrá que aprender a vivir ella sola, como aprenden todos los padres. Ahora es mi momento y lo he descubierto gracias a ti, mi vida, gracias a tus *paroles et paroles et paroles*. Quiero que llegue mañana, verme en el tren contigo, cogerte la mano y respirar el aire de Gijón. Juntas, Dolly. Pero, sobre todo, quiero olvidarme de ella para siempre. Tienes toda la razón, en el pecado lleva la penitencia, seguro que sufrirá siempre como una condenada —porque eso es, una condenada— y con el castigo que Dios le imponga me basta. Tienes razón. Se acabó todo, Dolly. También para ti, espero. Tú solo hiciste tu trabajo y tengo ganas de que superes aquella historia que tanto daño nos hizo. No sientas ninguna pena, no la merece.
Nos vemos en unas horas, mi amor. Seré la de la sonrisa.

Leonor

Granada, 4 de febrero de 2009

Los abogados desayunan en un bar con los funcionarios del Registro. Jueces y

fiscales en otro. Como la princesa que no puede mezclarse con el campesino.

—No constan hijos en el registro de esa mujer, Marina Pastrana, Carmen. Siento decepcionarte —dice el funcionario.

Esta vez la ha citado temprano para coger mesa y no lucir tan diminuto de pie. Da vueltas a un salero con granos de arroz. Lo devuelve al convoy, pringoso, y descepa una hoja del servilletero de Coca-Cola.

A Carmen le llegan indicios de alguna parte de su cuerpo. Quizá de los ojos. Quizá de las rechonchas manos que atusan el bigote con nerviosismo. Pero está mintiendo. Además, es una de esas mentiras que no podrían desmontar ni todos los abogados del bar juntos. Carmen viste una falda estrecha que el funcionario ya ha adivinado, a juego con el jersey de cuello alto con efecto tornasol.

—Bueno. ¿Cómo está tu mujer? ¿Vais a celebrar San Valentín?

Por la mente del funcionario surca, como un velero en una gigantesca ola, la imagen de Carmen rodeada de bombones. Y flores. Y besos. Y niños lanzando flechas. La ola destroza el barco, dice que no cree que hagan nada.

—¿Está mejor? —insiste.

—Lleva tu médula, Carmen, debería estarlo.

Carmen descarta el té frío y sonríe con amabilidad. Espera que pronto vuelva con los dibujos, dice, a Julia la tenía enamorada. ¿Has intentado hablar con alguna editorial infantil? Quizá podríamos continuar nosotros el trabajo que ella dejó al enfermar. Sigo pensando que tu mujer tiene un gran futuro como ilustradora de cuentos, todo es ponerse.

El funcionario sonríe sin fuerza, como si los labios le pesaran mucho. Con que su mujer tenga futuro, para él, es suficiente.

—Disculpa —dice Carmen persiguiendo en el bolso la vibración del móvil.

Mario llamando.

Granada, 4 de febrero de 2009

—¡No cabemos!

Mario se arrancaría la sonrisa a mordiscos. Nadie sonríe así a las doce de la mañana. Lo prohíben las leyes de la coherencia. Da igual que las cortinas estén cerradas. La única luz, color calabaza, en la lamparita de Tiffany. A la Fierecilla le gusta porque es «la luz de los sueños». Esas locuciones también las prohíben las leyes de la coherencia.

—Entonces tendremos que contagiarnos.

A Mario le parece que su voz sabe a fruta. Siente deseos de meter la cabeza en un cubo de aceite hirviendo por pensar que una voz puede saber a algo. La Fierecilla no se separa del clavel que le ha regalado Mario, lo huele como si advirtiera el perfume de toda la planta. Está de espaldas, buscando una canción en el móvil. Mario buceando en su melena, se agarra a los huesos de la cadera.

—Betty, Carmen está de camino, acabo de hablar con ella.

Aprieta los dientes y se gira como una bailarina. El rostro lleno de flores. La mano izquierda de Mario en su cintura y la derecha en el aire aún con el clavel. Quiere que la lleve, que siga la música, ¡vamos! ¡La llave está puesta, Mario! ¡Queda muy poco para San Valentín!

Sonríe como una niña. Mario jamás ha visto una sonrisa tan honesta, tan limpia, tan nueva. Le eleva los pómulos, casi le obliga a cerrar los ojos. Por eso dicen los cursis y los poetas que el amor es ciego, piensa Mario. ¿No renuncia al más importante de los sentidos el que decide no ver? Se siente desnudo.

Entre susurros Betty le pide que espere. Con equilibrio de trapecista eleva cada uno de los talones al ombligo. Fuera botas. Al suelo como una niña harta de los zapatos. Calcetines verdes con renos rojos. Para que no hagan ruido, dice. ¡Y un, dos; y un, dos...!

Pulsa el *play* y todo el despacho se llena de cuerdas de piano y trompetas y estrellas brillando en el techo y arañas frías en la espalda de Mario y la voz de Ray Noble con su «Midnight, The Stars And You».

—¡Vamos! —azuza Betty. Balancea los hombros, como olas, todo el torso se le mueve a la vez—. ¡Mario! ¿Estás llorando?

Entiende que solo puede haber una razón para que exista el ser humano y es esta. Está frente a él, como la primera vez que respira. Mario siente en la sangre el porqué de la especie, el para qué. Y llora. Las gotas en la clavícula de Betty, besan sus pechos, se fugan por el ombligo. Una bendición dulce y absurda le regala la creencia de ser parte del universo. Qué humano se siente.

Aprieta los ojos y el llanto atrapado en las pestañas rueda hacia el mentón. Mario se descuelga por los costados de Betty hasta que sus rodillas impactan en el suelo con un golpe seco. Sus tibias muy cerca, las abraza.

—¡Mario!

Como un niño asustado por un mal sueño. Suplica que no lo deje nunca, que esté a su lado siempre, que no se vaya.

—¡Pero Mario!

Betty se pone en cuclillas y acaricia su pelo. Pero tres impactos en la puerta hacen que ambos recuperen la verticalidad de inmediato.

—¿Sí? —pregunta Mario. Aspavientos con la mano para que Betty cierre la pantalla de YouTube.

—Ya estoy aquí, Mario, ¿puedo pasar?

Mario corre al lavabo, Betty recibe a Carmen. Sus calcetines y el clavel le arrancan una carcajada que no hace ruido. En el despacho huele similar a la silicona. El sonido del recreo se filtra por la rendija de la ventana. Y una luz fastidiosa. De sur. De mediodía. De chiringuito en agosto. He perdido una pluma y la estaba buscando en el baño, dice Mario, que regresa muy serio consciente de la estupidez que acaba de decir. Quién sabe dónde pueden acabar las cosas, ¿verdad? Carmen hace un esfuerzo por no reír, pero no lo consigue.

—¡Ya lo creo, querido!

Sacude las manos como si las tuviera llenas de polvo y toma asiento frente a ella. El olor a fresas de la Fierecilla, de pie a su izquierda, le parece inundarlo todo. Está muy nervioso. Le explica a Carmen que se van a Madrid de viaje y Carmen sonríe. Se alegra por ellos.

—Tú también —dice Mario. Desvía la mirada para abrir y cerrar un cajón—, tú también vienes a Madrid, Carmen.

—¿Cómo?

—¡Es un viaje del colegio! Y yo os acompañaré. —Betty sonríe como si no tuviera miedo.

—Vamos tú y yo —le dice Mario a Carmen—, la profesora de Música para llevar a los chicos a algún musical y la de Historia para una visita al Museo del Prado.

—¿Y para qué me necesitáis a mí? —quiere saber Carmen.

—Bueno, ya sabes que la sección de pintura francesa es la cuarta del museo. Tú explicarás la obra de Poussin y compañía.

Carmen en pie. Los brazos cruzados. Tres surcos en la frente. Mario rehúye su mirada. Carmen dice que la están utilizando, y no le gusta que la utilicen. Puede ayudarlos, los apoya, pero la manipulación no es forma de actuar, eso lo entendéis, ¿verdad?

—Nadie te está manipulando, Carmen.

—Ah, ¿no? ¿Puedo negarme entonces, señor director? ¿Me vas a utilizar como excusa con Jonás para ir al viaje de un colegio que nada tiene que ver contigo, Betty, o te acabo de dar la idea?

Los ojos de su cuñada se encharcan. Un estanque en cuestión de segundos. Cómo se atreve alguien a hacer llorar a la Fierecilla, se pregunta Mario con rabia. Cómo. ¿A que la mata? ¿A que le asesta una puñalada y la mata por hacer llorar a la Fierecilla? ¡Por amor de Dios, cómo se puede ser tan cruel!

—También irá Julia. Es su clase la que hace el viaje.

Carmen suspira. Resignada. La mano izquierda a la cadera. Pedidme lo que queráis, dice, estoy dispuesta a ayudaros. Pero no quiero que esto se vuelva a repetir, ¿os queda claro a los dos? Conmigo podéis ir de frente, nada de engaños, ¡pero si yo soy la primera que apoya lo vuestro! Betty la abraza como si fuera su cría, casi salta encima de ella.

—Mario, ¿has tomado alguna decisión con respecto a Marina Pastrana? La profesora de latín y griego —quiere saber Carmen.

Granada, 9 de febrero de 2009

Marina no ha visto a Arturo en cinco días. Llega del hospital pasadas las once de la noche y se levanta antes que ella. Marina sonríe ladinamente al recorrer la plaza Bib-Rambla de un vistazo desde el ático. La arlequinada luz del atardecer perforando la catedral. Con el asunto del viaje a Madrid de Carmen con el colegio, Arturo no tendrá escapatoria. Cuatro días juntos. A solas. Carmen y Julia en Madrid. Solo falta una semana.

Un niño con la cabeza llena de rizos rubios, como serpentinas, persigue una paloma a su lado. Bolsa de huevos fritos de chuchería. Marina se sujeta la rodilla para no asestarle una patada. Hasta un mocoso merece más que ella. Ella puede comer, pero ¿dónde queda su derecho a la gula? Carmen a veces le da dinero por ayudar a Julia con los deberes, pero hasta que no consiga un trabajo de adulta y no de adolescente, no tendrá ingresos reales. Lo sabe. Ella no puede comprar golosinas, algo dulce que compense la amargura. Hasta un asqueroso párvulo tiene más privilegios que ella.

Julia corre desde la plaza de las Pasiegas. A cada zancada la melena arriba y abajo. Le recuerda a Arturo, repugnancia. Alguien tiene que desenmascarar a Carmen. Ahora lo tiene claro. A esa farsante que va por ahí aireando sus vergüenzas. Le ha contado a todo el mundo que la recogió de la calle. Lo que Andrés y Elvira le hicieron. Alguien tiene que descubrirla. Porque todo lo que tiene ella pertenece a otros. No merece nada. Marina tiene un plan. Un gran plan.

—Ven, cariño, tengo que hablar contigo —le dice Marina a Julia. Acaricia la manga de su chaqueta color damasco, tan cursi como ella misma—. El otro día iba con prisa y no me contaste lo de Micky. Qué me dices, ¿que se está acostando con tu amiga Olivia?

Como una ola que llega cargada de espuma Julia rompe a llorar sin previo aviso. Se impacienta con el desproporcionado sentimentalismo que padece la familia al completo. Murmura un tenue «sí», el sol se pone. Los padres de la plaza reúnen a sus hijos para irse a casa. Huele a baño y a cena y a cuento. Marina le pregunta si sabe cuánto la quiere. Mucho, te quiero mucho, Julia. Muchísimo.

—Sé lo que me vas a decir, Marina: tengo que olvidarme de él; no entiendo cómo puedo amar a una persona que me hace tanto daño —suena como un violín desafinado—, pero no puedo hacer nada...

—No, Julia, cariño. Todo lo contrario. Creo que ha llegado el momento de pasar a la acción.

En el rostro de Julia un interrogante. El llanto cesa. Le están saliendo granos, quizá por adentrarse en el mundo del maquillaje sin mapa. Marina quiere saber si confía en ella. Claro que sí. A muerte. Julia jura que a muerte.

—Entonces, escucha, cariño. Conseguir a un hombre es fácil: sexo. No importa que tenga quince o cuarenta años. Su mundo funciona así desde que nacen hasta que mueren.

Una bandada de avecillas negras, como cuervos, van a refugiarse en un tilo. A Julia se le abre la boca, toma el asiento que Marina le ofrece en el banco. Están muy cerca. En cada exhalación vaho que va a morir en el rostro de la adulta.

—No pongas esa cara, Julia, cariño, tú ya eres mayor; te digo esto porque ya eres mayor. Y porque te quiero. Él también va a ese viaje a Madrid, ¿verdad?

—¿Me estás diciendo que me..., que haga el amor con él?

—No. Error de novata. Ni se te ocurra acostarte con él, esa es la razón por la que se va a cansar de Olivia en breve. Cariño —le acaricia la melena—, ¿te han explicado cómo funciona... —Marina elige la palabra. Mira a su alrededor, nadie las escucha. Las farolas y las estufas de los restaurantes alumbran la tristeza del anochecer— un pene?

A Julia se le abre el rostro como una amapola. Los ojos dilatados, dos esferas grises, como el cabello de una anciana, que a Marina le provocan terror. Parece una niña endemoniada. Sí, dice de inmediato. Sí se lo han explicado. Julia intenta parecer adulta. Habla de la erección y la testosterona.

—Olvida todo eso. Es mucho más sencillo. No puedes acostarte con él porque si a un hombre se lo das todo el primer día dejarás de interesarle. Poco a poco, esa es la forma para que se enganche a ti. Y te ame —añade de inmediato. El frío castiga sus mejillas y sus manos—. Lo importante es que te ame.

Julia la mira rebosante de duda. Hay algo en su rostro, Marina no sabe si es miedo o asombro. Nunca le explicó esto a su hija, lo aprendió sola. Sola no, con su padre. Julia dice que no la entiende, que siempre ha insistido en que se olvide de

Micky y ahora...

—Ya te he dicho que antes hablaba así porque eras pequeña, pero ahora ya eres mayor, ¿a que ya eres mayor? Toda una mujer. Escucha, Julia. En Madrid te le insinúas, ya te explicaré cómo se hace eso, y procura quedarte a solas con él. Cuando os estéis besando intentará tocarte los pechos. Déjalo. Después, seguro, llevará la mano a...

—¿Cómo sabes que pasará así?

—Confía en mí. —Marina siente deseos de reír, de reír de corazón, por primera vez en muchos años—. Cuando lleve la mano a tu... ¡pantalón! Eso es, cuando lleve la mano a tu pantalón, la apartas, toma el control, que te vea segura. Y entonces, solo entonces, cuando esté... excitado, sí, cuando esté excitado te pones de rodillas para llevarte su pene a la boca. Con cariño, con los labios, nada de dientes, ¿está claro? Le puedes hacer mucho daño. Mucho, Julia, y ahí se acaba todo. Nada de dientes. Y no hagáis nada más, te pida lo que te pida y te sientas como te sientas. Si te atreves a decirle que te gusta... su pene, o cómo te está tocando, mejor. Después te vas. Le aseguras que como cuente una palabra no habrá segunda parte, ¿está bien? Yo te avisaré cuando llegue el momento de follar, o sea, de hacer el amor, quería decir hacer el amor. Y te daré una pastilla para que no te quedes embarazada. Eso sí, yo estoy confiando en ti al decirte esto, porque ya no eres una niña, eres una mujer, y las mujeres no van por ahí contando estas cosas, ¿me entiendes? Tu madre es la mejor persona del mundo, Julia, ¡es un ángel! ¡Carmen es un ángel!, pero piensa que aún eres pequeña, y se equivoca. ¿Verdad que se equivoca? —Julia asiente a toda velocidad—. Así que no le cuentes esto, ¿está bien? Confías en mí, ¿verdad, cariño? Tú y yo somos buenas amigas. Pero adultas, no niñas. Venga, nos vamos, va a empezar a llover de nuevo.

Marina huye de los ojos endiabladamente grises de la niña. Abarca toda la plaza de un vistazo. Como un rayo la imagen de Elvira con el miembro de su marido en la boca el día que los descubrió. No pienses cosas que no son, Marina, estás pensando cosas que no son. ¿Por qué abres la puerta sin llamar, mamá? ¿Por qué no me respetas? Marina, tranquila, no pienses cosas que no son. Carmen las saluda desde el ático y Marina levanta el dedo pulgar. ¿Por qué siempre se asoma para espiarla? Con la mano libre, Marina acaricia la melena de Julia. Carmen da golpecitos sobre la muñeca izquierda. ¿La hora? Marina sonríe tanto al ático que le duelen las mejillas. Claro. La hora. Está llegando.

Granada, 17 de febrero de 2009

«Tender la mano al fantasma que intenta asustarnos... Es que al valor le encanta reírse».

Al menos en eso, el tal Nietzsche tiene razón. La pelusa castaña que viste los antebrazos de Marina, erizada. Las estridentes ruedas de la maleta de Carmen suenan en el pasillo. Se va. Se va a Madrid. Chorreras de lluvia que quieren entrar en la habitación. Y Marina ríe. Porque el valor, el verdadero valor, no entiende de nervios. Todo lo contrario. Cuando es puro va a acompañado de una terrible serenidad que lo baña todo de calma. La maleta se aproxima. También la de Julia. Melquíades araña la puerta desde hace horas.

La han rechazado en un almacén de ropa. ¿Y qué? Marina ríe. En el libro que Carmen le ha dado para la siguiente reunión encuentra verdaderas perlas. «Tender la mano al fantasma que intenta asustarnos. Nuestro amigo debe ser nuestro mejor enemigo. Pues, ¿qué es el rostro de tu amigo sino tu propio rostro reflejado en un espejo tosco e imperfecto?». La hermosa y solemne Fortuna, del color de la luna llena, descansa a los pies de su cama. Esta vez sonríe de manera diferente. Ya no es burla, ahora son cómplices. Lo dijo el tal Zaratustra, o Nietzsche, Marina no sabe la diferencia: «Hace tiempo que se acabaron los antiguos dioses... La verdad es que se murieron de risa».

Fortuna es su aliada, no una adversaria. Y ella, Marina Pastrana, una más en el Olimpo. La elegida. La protagonista del poema de *Carmina Burana*. Una supermujer, diría Nietzsche, porque «muertos están todos los dioses y ahora queremos que viva el superhombre». Fortuna, en el borde de la cama, la mira desde sus ojos vacíos, deshabitados, dos esferas tan blancas como desnudas. Ha convertido a Marina en una diosa, una divinidad con poder para hacer justicia. Tal cual, una Altísima que ha doblegado a la más fiera y caprichosa del Olimpo para devolver la ley a los mortales, para destronar a la usurpadora de Carmen Salvaterria y arrebatarle un cetro que no le pertenece.

—¿Se puede? —pregunta la impostora tras la puerta.

—¡Adelante, Carmen, claro que sí, pasa, por favor! —responde Marina con fogosidad homicida.

Madre e hija, con sendas maletas negras, tan negras como sus almas podridas, cruzan el umbral. Melquíades se cuela bajo la cama. Sonríen como dos gemelas de distinta altura.

—Nos vamos ya, Marina —dice Carmen besando su mejilla—. ¡Ah! ¡*Así habló Zaratustra*! ¿Te está gustando?

Carmen no se ha maquillado. Solo las pestañas, negras y largas y densas como púas de peine. En el centro de la cabeza unas gafas de sol que, al besarla, caen sobre el cuerpo de Marina. Louis Vuitton. Entre cuatrocientos y quinientos euros, calcula.

La amiga de los pobres. Qué sorpresa.

—Mucho —Marina sonríe con furia—, me está encantando. Gracias por regalármelo. Carmen, espero de todo corazón que disfrutéis el viaje.

—Arturo llegará tarde. Estarás sola todo el día, ¿no te apetece invitar a Blanca? Tienes la casa para ti. He dejado cien euros en la cocina, Julia ha sacado un diez en el examen de flexión verbal gracias a tu ayuda.

—¡Julia! ¡Qué gran noticia! —grita Marina emulando su entusiasmo ante cualquier chorrada.

La besan, cada una en una mejilla. Tiene mucho cuidado para que no descubran que está desnuda desde el tronco. Si va a acostarse con Arturo, la tarea requiere masturbación previa para fingir algo. Antes de cerrar, Julia se gira. La nariz arrugada. Marina asiente muy despacio. Le guiña un ojo.

La luz rosea la calle Mesones. Tiendas vacías, solo miradores de escaparates. Marina se siente suprema, inmortal, superior, al adentrarse en Women'secret con cien euros en el bolso para gastar en lencería sexy. Todo son rebajas, pero ella va directa a la nueva temporada. Toma un *maxi push up* sin aro disfrutando de los halagos de la dependienta. Verde esmeralda. Cuando la chica oye que también quiere un *culotte*, se le dibuja el símbolo del euro en los ojos. Negro, el *culotte* negro y no verde porque conjuntarlos es de frescas que se sabe a lo que van. Opta por uno de tul flocado y aún le sobran cincuenta euros. Pues combinación moldeadora de licra. No está engordando, eso no, la pechuga de pollo —sin empanar— y la patata hervida por fin empiezan a notarse. Por fin. Claro, ahora es una diosa. Pero un poco de ayuda nunca viene mal, ¿verdad, señorita? ¡Pero qué dice! ¡Con ese cuerpazo que gasta!

El sujetador de Elvira también era verde. Un pecho derramado sobre la copa. No, espera, no te lo quites, me gusta así, decía Andrés. ¿Qué? Ah. No hagas tanto ruido, cariño. ¿Así? Joder, así toda la vida. Marina abriendo la puerta, huele a manguera en verano. No pienses cosas que no son, Marina. Fuera de mi casa. Cierra, mamá, joder, ¿no ves que estoy medio desnuda? Fuera de mi casa ahora mismo los dos. Voy a vomitar. Marina, tranquilízate, no pienses cosas raras. Fuera de mi casa. ¿Quieres cerrar la puta puerta, mamá? Qué dramática eres con las arcadas. Marina, nos vamos. No podemos seguir aquí contigo. No pienses lo que no es, nosotros nos queremos. Se cogen de la mano.

También un ambientador en *sticks* Sensual Jasmine y unas medias de encaje por si tiene que motivar a Arturo más de la cuenta. La adulación de la dependienta y la cajera han puesto a Marina de increíble buen humor, ambas insisten en su buena

figura, qué tiene usted, treinta y dos o treinta y tres años, ¿verdad?, preguntan. Y por separado. En cuanto Arturo compare sus cuarenta con los cincuenta de Carmen no tendrá que pensar mucho más.

Marina pasea hasta el edificio de Correos para dar la vuelta por el mismo camino. La calle, un túnel ruborizado. Pronto hará calor, en Granada no hay primavera, un día se despierta el verano y se queda hasta que la lluvia vuelve a traer algo mitológico. Lamenta haber comprado la combinación, no le queda esmalte de uñas y ya no tiene más dinero. Y qué mal viste la gente en Granada, piensa. Qué tristes, qué insípidos, qué apagados.

Recuerda a Arturo dos días atrás en su habitación. Fue a disculparse. Marina sonrió ante sus «no sé qué pudo pasar», «es mejor olvidarlo», «te pido disculpas» y le dio un abrazo como respuesta a su «¿amigos?». Se reafirma: todo aquello fue necesario. El beso nunca está en la primera escena en las buenas películas, es parte del juego. El frío ya no castiga, solo acaricia sus mejillas, marzo está llegando para destronar a la lluvia. Con cursilería. Las siete de la tarde y aún hay luz. También es parte del juego.

TERCERA PARTE

La diosa

Gijón, 17 de febrero de 2009

Querida madre:

No sabe usted el tiempo que llevo sin escribir una carta. Como no me coge el teléfono ni quiere saber nada de ordenadores, me encomiendo a esta opción. ¿Cómo está usted? Imagino que sigue enfadada. Espero que no le dure, madre. No mucho más. Ojalá mis oraciones sean escuchadas.

Por el norte, bien. Casi como en Granada, con lo que está lloviendo este año allí, lo de Gijón ni me sorprende. Eso sí, madre, cuando sale el sol aquí el cielo es muy azul. Mucho. Me acuerdo de usted, por sus huesos, lo bien que estaría aquí conmigo y mi amiga Lola, madre, con lo que nos ayudó con aquella desgraciada y con qué desprecio se lo paga usted. Lo bien que estaría paseando por la playa de San Lorenzo, que es toda arena fina, ni una piedra. En fin.

Su hija que la extraña y espera prontas noticias suyas,

LEONOR

Camino a Madrid, 17 de febrero de 2009

Por la luna del autobús se cuela una luz de atardecer como cien ojos. La conductora se resguarda bajo unas gafas polarizadas. Detesta conducir con adolescentes a bordo, lleva a más de sesenta hacia Madrid. La conductora piensa que con esos niños no basta el cinturón de seguridad: piden a gritos cuerdas. Y mordazas. Y un somnífero que les dure las cinco horas de viaje.

Por el espejo retrovisor ve a una de ojos grises, casi blancos. Parece la maestra y ríe las gracias a los adolescentes. Carmen, la llaman. Y mal, muy mal. De los niños no se puede ser amiga. Error de novata. Va sola en la segunda fila de los asientos de la derecha. En los primeros puestos, dos que a la conductora le parecen más adolescentes que los sesenta niños juntos. Ella, con un pelo muy denso y muy negro

y muy bonito, eso sí, se ha quitado las botas nada más subir al autobús. Casi entra descalza. Lleva unos calcetines de topos. Él es uno de esos gordos que no se sabe si son gordos o fuertes y normalmente son gordos. Ambos se tapan las piernas con una manta de lana rosa.

Se meten mano bajo la manta como si tuviesen trece años. La conductora se escandaliza: él casi la está masturbando. Las otras dos maestras van en la mitad del autobús. En la fila izquierda no hay nadie. Solo los ve la conductora, por el retrovisor. Ella le parece un poco tonta, Betty, la llama la de los ojos grises. Ya ves tú, Betty, qué nombre. Si será tonta que a la altura de Jaén le ha dicho al gordo que los olivares parecen un rebaño de ovejas verdes. Mucho más joven que el novio, además. Como veinte años. Él no está mal del todo, pero la conductora le ha visto las manos, porque es muy observadora, y las tiene como garbanzos en remojo. Ahí los hombres no engañan. Las mujeres en el cuello y los hombres en las manos.

Y los niños con los gritos, y que no se les entiende la mitad porque ahora la moda es hablar medio en inglés medio en español.

—Tortolitos, perdón por molestar, pero tengo que hablar contigo, Mario.

La de los ojos grises, Carmen, se lo ha dicho al gordo por la rendija que queda entre los dos asientos. Muy bajito, pero la conductora, que tiene muy buen oído, podía haber tocado algún instrumento como el piano o el violín, se lo dice todo el mundo, la oye perfectamente. El gordo se pone tieso del susto y se separa de la novia. Va durmiendo con la cabeza en su hombro y la ha despertado. ¿Estamos en Toledo?, pregunta estirándose como un gato. Forma una X con las extremidades.

—¿Qué hay de lo de Marina, Mario? No me has dicho nada aún —pregunta la tal Carmen.

El gordo gira la cabeza y le dice que celebra que saque el tema porque él también quiere hablar de eso. Se rasca el mentón como si no estuviera acostumbrado a la barba y le picase. Dice que ha investigado un poco, que trabajaba en Educa-T, la academia que está cerca del río Darro. Ha hablado con su antiguo jefe, y no es una mujer de fiar.

—¿Estáis hablando de Marina? —pregunta la de los calcetines de topos, la tal Betty—. ¿Cómo no va a ser Marina de fiar, Mario? Yo la conozco y es una mujer estupenda.

—No, no lo es. Su antiguo jefe me ha contado varias cosas sobre ella que impiden su contratación.

—¿Qué cosas? ¿Y cómo se llama ese antiguo jefe suyo? —pregunta la de los ojos grises cruzada de brazos. Qué gris más raro, a la conductora le inspira miedo.

Ahora la conductora solo le ve medio cuerpo por el retrovisor porque la otra está de rodillas y la tapa. Así no se puede ir, si los para la policía la van a multar,

pero no quiere interrumpir la conversación antes de saber qué pasa con la tal Marina.

—Pablo Cid; es el director de la academia. Pablo Cid del Río, creo. —El gordo hace el esfuerzo de girarse como la novia—. Están a punto de cerrar la academia, la crisis se los ha comido a ellos también. Según este hombre, vuestra amiga Marina, que no hace mucho que trabajaba allí, empezó a faltar de manera injustificada durante meses. Parece que tenía problemas con el marido y la hija. Me contó que murieron. El tío era un cotilla de tres pares de narices, hasta los nombres me quería dar, y detalles, que, obviamente, a mí no me interesan. La cuestión es que, entre esto y la crisis, pero más por esto, la despidió. Parece ser que Marina se volvió muy agresiva también. Tenía serios problemas, tanto familiares como con las pastillas. Una yonqui de los ansiolíticos, me dijo Pablo, su antiguo jefe. No queremos algo así en nuestro colegio, ¿verdad, Carmen? Te tengo por una mujer honesta que solo quiere lo mejor para el Granada Von College; no me equivoco, ¿cierto?

La conductora no alcanza a oír la respuesta de la de los ojos grises.

SI TÚ SALTAS, YO SALTO
El blog de Julia (y el tuyo)
Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

Como os dije, ya no estoy en Granada. Hemos venido de viaje a Madrid. No puedo escribiros más que tres o cuatro cosas porque hay mucha gente esperando para usar el ordenador del hotel. Solo que esta es la noche, amigas. Por fin. Por fin. ¡Por fin! El amor siempre gana. Creo que Micky ni siquiera ha venido con porros. Os tengo que dejar. Os adoro. Os super amo. No olvidéis que siempre merece la pena saltar.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, 17 de febrero de 2009

Sobre el aplique un pañuelo color avellana. Marina ha tomado un largo baño con los productos de belleza de Carmen. En el de su habitación. Un aroma atalcado. Huele a

galán de noche por donde va, como un suspiro de verano donde no cala la lluvia. Sí cala sobre la arboleda de la plaza Bib-Rambla y empuja las ramas hacia abajo. Los árboles parecen tristes. Marina ve a través del cristal que Arturo la atraviesa al fin desde la Alcaicería, corriendo y empapado.

Los talones como un redoble de tambor de camino a su habitación. Marina empuja a Melquíades con el pie para que no pase, le muerde el empeine, a dormir, zape, zape. Agradece la combinación moldeadora, ha tomado una pizza congelada y dos Coca-Colas bajo la atenta mirada de las dos Fridas y el gato, y le abulta el vientre. Cuando está nerviosa la pechuga de pollo —sin empanar— y la patata hervida le saben a aire. Un día es un día. Marina se introduce en la cama, espera el sonido de la puerta para toser. Estira los pechos sobre el sujetador y la combinación. Hay pellejo, pero poco. ¿Por qué Arturo no sube? En la garganta un aroma a burbujas. Está muy nerviosa. Pero qué suave tiene la piel.

Arturo al fin abre la puerta y Marina tose. Tose como si quisiera arrancarse un pulmón. Genera tal estruendo que Melquíades deja de arañar la puerta. Arturo duda tras ella. Tose con más intensidad, le parece que se le raja el pecho.

—¿Marina? —pregunta. Parece cansado.

Sigue tosiendo, se hace daño. Se cubre las piernas con el edredón y con una mano se apoya en la cama esbozando una postura sugerente. Las piernas suaves, ha utilizado una cuchilla de Carmen para depilarse. Llora del esfuerzo, no va a aguantar. La puerta se abre. Arturo tapándose los ojos con cuatro dedos, el pulgar tieso hacia arriba. Sigue tosiendo.

—Espera, Marina, te traigo agua. Espera, no te preocupes.

Corre a la cocina y vuelve con una taza, una foto de Julia impresa en ella. Se ha quitado las gafas. El pelo mojado.

—Vamos, bebe, no te preocupes. Son secuelas del desgarro. Tranquila, está todo bien.

El agua se despeña como una catarata por su garganta. Helada. Arturo le mira los pechos, Marina los tiene casi fuera. De pie, con aspecto cansado, se sienta en la cama junto a ella.

—Lo siento... —musita Marina acariciándose la garganta. La taza sobre la mesilla, la habitación acoge el eco de la porcelana contra el cristal.

—No te preocupes. —Arturo se frota los ojos; entre los dedos le vuelve a mirar los pechos—. ¿Te encuentras mejor?

Marina contesta que le duele mucho la espalda, por aquí, la mano a la escápula. Al mover el brazo aprieta los pechos. A Marina le da mucho asco lo que va a pasar. Seguro que está depilado, seguro que le recorre el cuerpo con caricias infantiles y besitos ingenuos y carantoñas mimosas. La escasa luz, como de zumo de naranja, es

demasiada. Quiere apagarla por completo.

Hace casi cuatro años que no tiene relaciones sexuales, se le insinuó al instructor de *mindfulness* pero él no le siguió el juego. O no se enteró. O era gay. O a lo mejor no mentía en eso de que no daba sesiones privadas, solo terapia de grupo. Arturo tiene las manos muy grandes, se las frota contra el pantalón vaquero. Desea que al menos sepa moverlas. Como un rayo, la garra de Cristo el Loco. Su hija con en el miembro de su marido en la boca. Arturo le inspecciona la paletilla, reprime una arcada al notar sus dedos fríos sobre los tirantes del sujetador. La combinación le aprieta la barriga. La cara de Carmen. Intenta con todas sus fuerzas vislumbrarla. La cara de Carmen. La va a hundir. Alguien tiene que pararle los pies.

Marina rota su propio cuerpo en un giro felino. Se sienta sobre las caderas de Arturo, mojadas por la lluvia. Las aprisiona con las piernas. Cierra en la espalda. La combinación a la barriga, la licra a punto de rajarse. Arturo no reacciona, no se mueve, no respira. El entrecejo fruncido, la boca algo abierta. Marina empuja la pelvis contra su cuerpo y adivina en el pubis la hebilla del cinturón de él. Con las manos le aprisiona el rostro y embiste contra la boca como si tuviera verdadera hambre de sus labios. Arturo lleva las manos a sus caderas, busca los huesos, los aprisiona.

Vence. Una alegría desmesurada, fiera, atroz, inunda el cuerpo de Marina de victoria. Ella es la ganadora. Su marido, el marido de Carmen, la prefiere a ella. Es la favorita. La elegida. La diosa. La que ha destronado a Carmen. Quiere chillar de gozo. Incluso se excita con la afeminada actitud de Arturo que no busca tomar el control, no quiere dominarla. ¿O sí? La empuja hacia atrás desde las caderas, hasta la mitad de los muslos. Basta una mota de tristeza en sus ojos para comprender que algo no va bien. Se levanta y la devuelve a la cama. Derrotado. Camina hacia el exterior.

—¡Arturo! —grita Marina bajándose la combinación por las piernas—. ¡Arturo!

No se detiene. Marina corre hasta colocarse frente a él. Lo para con las manos sobre el pecho. El pasillo oscuro. Llueve con intensidad, los truenos rugiendo.

—¡Qué pasa! —chilla. Chilla encolerizada convirtiendo las palmas en puños y atizando con ellos su pecho—. ¡Qué pasa!

Arturo la sujeta por las muñecas. Sin fuerza. El contorno de sus hombros sube y baja, parece que llora.

—¡Arturo! —vocifera Marina—. ¡Joder! ¡Joder, Arturo! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Marina se ahoga en ponzoña, en esputos, en odio. No puede hacerle esto. No tiene ningún derecho.

—Lo siento, Marina —susurra.

Se libera de su cuerpo y cierra la puerta principal con cuidado. Al poner un pie

fuera se enciende la luz del rellano, dolorosamente blanca, que ilumina un rostro vencido. Marchito.

Marina trata de arrancarse la combinación que le oprime el cuerpo, pero no consigue romperla. Qué fácil el desgarro en las películas. Si fuese una película o una novela volvería de un momento a otro, arrepentido. Le haría el amor apasionadamente. ¿Qué pretenden el cine y la literatura? ¿Que las personas crean que en el último momento se arregla todo? Marina escupe. En la vida real no se arregla nada. Da una bofetada en su propia mejilla y el escozor alivia la repugnancia que siente hacia sí misma. ¿Por qué Carmen sí y ella no? Vuelve a golpearse. Más fuerte. Le desea la muerte. Más fuerte. Enloquece de ira. Más fuerte. Llora veneno. Más fuerte. Alguien tiene que acabar con ella. Más bofetadas. Le sangra el labio. Quiere un cristal para cortarse. Melquíades corre a esconderse. Pierde el equilibrio de camino a su habitación.

Fortuna vuelve a reír desde el espejo. Tiene los brazos muy abiertos, parece una cruz blanca, un demonio lechoso y profano y ciego al que han crucificado. Su rostro ya no es infantil, ni dulce, ni manso. Es el semblante del diablo que sostiene su ruleta girando a increíble velocidad. Escupe las palabras de Nietzsche con voz de castigo, de ensueño, de diablo:

> No hemos muerto, grita desde el espejo. Los dioses somos más fuertes que nunca. ¡Pobre vagabunda, soñadora y cansada mariposa!

Esputa hermosas carcajadas. La voz de Fortuna también es blanca. Afónica.

> Mi ley es solo para los míos, no para todos; a los míos y a mí nos pertenece lo mejor, y si nos lo niegan, lo arrebatamos. ¡Bienaventurado el egoísmo! ¡Ese egoísmo sano y saludable que emana del alma poderosa!

Marina chilla hasta que alguien llama a la puerta y la voz del vecino pregunta si todo va bien.

Granada, 17 de febrero de 2009

El teléfono de Jonás camina por el sillón como un pequeño cuadrado de luz perlina debido a la vibración. Betty no puede ser porque acababan de hablar. Ha jurado que

está en pijama y durmiendo. Es el último viaje que le permite, se promete Jonás; el último. Ni formación ni hostias, ¿desde cuándo se forman los funcionarios? Y menos con Carmen Salvaterria, que también es casualidad que tuviese que ir a Madrid en la misma fecha. Y es cierto, se ha asegurado, se trata de un viaje con el colegio. Tiene que alejarla de ella, están a punto de darle el traslado a Barcelona, el despacho que le corresponde al fin. Y con el nuevo sueldo, su mujer no va a trabajar. Es Arturo el que llama. ¿Para qué demonios llama a las doce de la noche? El corazón de Jonás acelerado. Quita el sonido al documental sobre nazis que está viendo en La 2.

—¿Arturo?

—Jonás, ¿qué tal? —Duda—. ¿Es muy tarde? Verás, como sé que duermes poco... Nada, tío, que si te apetece una copa. O algo. Estoy por el centro.

Raro. Cuanto poco, raro. Jonás ahoga la colilla en el cenicero lleno de cigarros mal apagados. Desprende olor a muerto. ¿Y eso?

—No te quiero poner en el compromiso, Jonás, tío, si no te apetece o tienes planes no hay ningún problema. No tenía que haber llamado, es muy tarde, perdóname.

—No, no. Va bien. ¿En Puerta Real en media hora?

Más que raro. A ver las ganas que tiene él ahora de coger el coche. Las putas ganas de ponerse a buscar aparcamiento. Lo de vivir en El Albaicín es una de las chorradas de su mujer, que quiere ver la Alhambra, como si la fuesen a quitar de donde está o algo así, como si no tuvieran bastantes moros por todas las esquinas que tiene que ver la Alhambra, la muy caprichosa. Y no solo la Alhambra, la loca de Betty, porque es una loca, sube a la abadía del Sacromonte a hablar con el Cristo de los Gitanos. ¡Si ni siquiera es creyente! Estúpida. Pero se han acabado los caprichos. El chorro de agua cae por la espalda de Jonás a una temperatura tan alta que ya no la resiste. Se han acabado las tonterías. Bastante ha cedido ya, es un santo, como decía su madre. Un santo. Pero claro, si el bujarra de su cuñado llama a tales horas un martes es por algo. Tonto no es.

—¿Qué pasa, tío? —Arturo aprieta la mano haciendo fuerza. Menuda nena eres tú, piensa Jonás apretando mucho más fuerte.

Hay más ajetreo que a las doce de la mañana. Todo son bombillitas brillantes en las que resplandecen las gotas de lluvia. Y faldas cortas y niñas de catorce años con la boca pintarrajeada de rojo que van pidiendo guerra por las esquinas, contoneándose como culebras, suplicando a gritos que las violen. Si hasta una se le ha insinuado de camino al baño, borracha, con las tetas casi fuera. Betty no tendría que estar en Madrid. No debería dejarla salir a la calle si la calle está así. A lo mejor se folla a alguna en los lavabos, piensa Jonás, se la están poniendo dura las muy

zorras, que para eso salen por las noches, para provocar a los hombres. Las muy putas.

—Arturo, ¿para qué me has llamado? —interrumpe.

—Hablamos poco, Jonás, tío. ¡Y somos familia!

Arturo choca contra su vaso de güisqui el botellín de Heineken y derrama unas gotas. Se está emborrachando, nunca ha visto beber a su cuñado. Tiene los ojos hinchados, como si viniera de llorar. Una niña se ha subido a la cabina del DJ y baila a su lado como una prostituta.

—¿Has hablado con Beatriz hoy? —pregunta Jonás.

—¿Cómo? ¡No te oigo, macho, con la música!

—¡Que si has hablado con mi mujer hoy! —Se acerca evitando el contacto.

—Ah, Betty, no. No he hablado con ella. ¿Me invitas a un cigarro, cuñado?

—¿Y tú desde cuándo fumas?

El sonido es insoportable y también el tufo. Huele a sudor en cada esquina. Y esas niñas parecen estar más interesadas en su cuñado que en él, lo que a Jonás le provoca verdadera ira. Con Arturo pegado como una lapa, buscando ser su nuevo amigo del alma, no puede llevarse a ninguna a casa. Si estuviese solo o con otro tipo de gente, no con un imbécil, tendría a veinte niñitas suplicando de rodillas. Está seguro. Salen a fumar.

—Jonás, tú con mi hermana bien, ¿no?

Arturo se atraganta con el humo. Qué mamarracho. Hasta el portero del *pub* mira con burla, y si algo atormenta a Jonás es que se rían de él. Arturo va como una cuba, y con dos putas cervezas, esto es la hostia. Quiere saber por qué le pregunta eso. No acierta a introducir la mano en la manga de la cazadora. Se le cae el cigarro al suelo. Ríe y llora. Qué esperpento.

—A lo mejor podrías... mimar un poco más a mi hermana, ¿sabes, tío? A ver, ya sé que la quieres y todo eso, pero me refiero a ser un poco más cariñoso con ella, a recuperar la magia. El matrimonio hay que cuidarlo, Jonás, se va a la mierda sin que te des cuenta, tío, y vosotros no lleváis ni un año casados. Pero hay que conservar las relaciones, macho. —Arturo hipa, se queda mirando el aro de luz anaranjada que proyecta una farola en el suelo—. La magia, sabes tú eso de la magia, ¿verdad? Pues eso. Es solo un consejo, ¿sabes, tío? Te lo digo casi por decir —Arturo pierde el equilibrio y tropieza con su propio pie—, no es que me haya comentado nada Betty, pero a veces se mete uno en líos, Jonás, sin comerlo ni beberlo. Y hay que cuidar las relaciones porque se van a la mierda, macho.

Jonás abomba los orificios de la nariz. Ha dejado de llover. No tiene tabaco y tampoco dinero suelto. Patada a un cubo de basura, su cuñado palpita del susto. A ver dónde cojones encuentra un cajero a estas horas. Arturo dice que ha perdido las

llaves, que si puede dormir en su casa.

Madrid, 18 de febrero de 2009

—Buenos días, ¿podría hablar con Pablo Cid, por favor?

—¿Padre o hijo?

Apolo colma el paseo del Prado. Carmen dedica una sonrisa a las musas, encubiertas por la caprichosa arboleda. Casi calienta el sol. Qué milagro es la vida. Se imagina que padre, el director de la academia, Pablo Cid del Río, si es usted tan amable. Sí, Carmen Salvaterria. Compañera de profesión. No, él no me conoce.

Los niños tras ella rebosan ese tipo de alegría que convierte todo lo que toca en algo vivo. Y Betty y Mario, unos pasos por delante, evitando la polarización, escriben caricias en el cuerpo del otro que Carmen puede leer. Qué milagro le parece la vida.

—¿Sí?

—¿Pablo? Buenos días. Verá, no nos conocemos, mi nombre es Carmen Salvaterria, me gustaría hablar con usted, si es posible, respecto a una antigua empleada suya. Marina Pastrana, profesora de latín y griego.

—¿Otra vez? ¿Otra maldita vez? Dejé muy claro que no quería saber nada de revistas ni de televisión basura. Sois carroña. Bastante me habéis jodido ya. No sigáis llamando, ¡joder!

¿Revistas y televisión?

—No, Pablo, verá, yo soy profesora en el Granada Von College. No sé a qué se refiere, le aseguro que soy una profesora de Granada, puede consultarlo si lo desea. ¿Cree que podríamos vernos? Necesito su ayuda, por favor. Se lo pido de compañera a compañero.

Neptuno y Cibeles guardan los costados del paseo del Prado. Qué hermosos son los dioses. Y los pajarillos. Pían entre los rayos de sol como la banda sonora de la ciudad. La naturaleza hace música. Carmen quiere ayudar a Marina. Qué milagro le resulta esta vida. Su hermano Víctor y Arturo le han escrito dos mensajes mientras hablaba con el tal Pablo por teléfono.

> Hermana, comunicas. Necesito hablar contigo. En realidad, necesito verte, Carmen; es complicado. Llámame, tenemos serios problemas en Maderas Salvaterria. Sigues en Madrid? Crees que podrías subir a Vigo unos días?

Puta crisis, Carmen, puta crisis

Amor mío, amor de mi vida. Te quiero. Llámame, estás comunicando. Te quiero. Te quiero tanto, mi amor

Y justo cuando guarda el teléfono en el bolso recibe un tercero, de Leonor.

Te llamé anoche, estarás liada. Nada, Carmen, quería pedirte un favor, échame el teléfono cuando puedas, sigo en Gijón y necesito que vayas a ver a mi madre a Lújar...

SI TÚ SALTAS, YO SALTO
El blog de Julia (y el tuyo)
Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

Estoy tan *living* que no puedo esperar a que volvamos a casa para contaros algo, aunque sea un poquito. Sigo en el hotel en Madrid y hay gente esperando para usar el ordenador. Al fin todo fluye. ¡Al fin! ¿Os podéis creer que ni siquiera ha habido un solo comentario con insultos en la última entrada? ¡El amor llama al amor!

Chicas, ya somos novios. Oficialmente. ¡Lo hemos hablado y todo! ¡Y Micky está supercariñoso conmigo! ¡Siempre a mi lado, sin separarse! Como os conté hace poco, mi nueva amiga Marina —que es adulta— me dio los mejores consejos del mundo, los seguí y el resultado ha sido... ¡la felicidad! Micky y yo estamos juntos, en cuerpo y alma.

Anoche me sentí viva, dentro de mi cuerpo y a la vez fuera, parte del universo. Aún no hemos hecho el amor como tal..., pero sí algunas cositas. Jamás pensé que pudiera sentirme así, jamás. Como si estuviese hecha de luz, como si toda la vida me hubiera conducido a este momento de manera inevitable. Os juro que echando la vista atrás tienen sentido muchas cosas, ahora las entiendo, tenían que pasar para llegar hasta aquí. Yo tenía que convertirme en una mujer para a estar a su lado, porque siendo una niña, como era hasta hace poco, habría salido todo mal, estoy segura.

Sabéis cuánto os quiero, pero la Julia que comenzó este blog ya no es la misma. Antes os lo contaba todo con pelos y señales, y ahora no lo voy a hacer, ¡seguro que lo entendéis! Porque esto es ser adulta, no revelar las intimidades de pareja, guardarlas para nosotros en un cofrecito privado al que solo podamos acceder Micky y yo. Micky y yo... ¡qué bien suena!

Los consejos que me dio mi amiga Marina los pondré en una entrada aparte cuando llegue a Granada para que podáis utilizarlos todas. Porque son buenísimos. A veces hay que emplear una estrategia —esta es otra de las consecuencias de hacerse mayor: no esperar a que pase, ir a por ello—. Cada vez me siento más preparada para el sexo, es algo que está ahí, que

me espera. Nada malo ni vergonzoso, todo lo contrario. Es amor. No obstante, aún tengo que esperar un poco, mi amiga Marina me lo ha explicado todo y voy a seguir sus recomendaciones al pie de la letra.

Lo único que me da pena es que Marina se va de casa. Ya os dije que en un principio era amiga de mi madre —ahora es mi amiga— y esta mañana me ha dicho por teléfono que tiene que volver a su ciudad por asuntos de familia y tal, pero que no me preocupe porque seguirá ayudándome. Además, va a darme una cosa muy importante para el sexo. Una pastilla para... ¡Ah! ¡Eso es secreto! En fin, estoy triste por ella, pero la tristeza hoy no tiene cabida en mi mundo.

¡Tengo que dejaros porque mi chico —¡mi chico!— me está esperando! Reconozco que me cuesta mucho trabajo hacerme la dura, pero el resultado es increíble.

Amigas, os adoro. Os mantengo informadas. Sois una parte de mí.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, 18 de febrero de 2009

Galicia, dice Arturo. Te vas a Galicia porque tu hermano necesita verte, Carmen. Pero yo te necesito aquí, suplica. Tú me tienes siempre, Arturo, y mi hermano está hasta el cuello con la empresa, él también me necesita. Solo será una semana. Todas las empresas del país están igual, Carmen. Melquíades se rasca con la esquina del futón. No puedes hacer nada si tiene que despedir a gente. Cuando no hay dinero no hay dinero, mi amor, y yo te necesito más que nunca aquí, en casa, en nuestra casa. Pero por qué, Arturo, dime cuál es el motivo por el que te urge que vuelva a casa sin ayudar a Víctor. Julia camina frente a ella, por el Retiro, cuchicheando con otras niñas. Se está haciendo una mujer. ¡Carmen! ¡El motivo es que necesito abrazarte! ¡Hacerte el amor! Arturo cae de rodillas frente a las dos Fridas. ¡Te necesito, Carmen, te necesito aquí! ¡Conmigo! Pero qué cariñoso que tienes el día. Carmen ríe con travesura. Además, el estanque del Retiro, con sus barquitas, parece un lienzo de Renoir. Lo siento, cariño, yo también tengo ganas de abrazarte, pero ahora Víctor es más urgente. Y sé que lo entiendes, si no ahora, cuando se te pase el ataque de mimos. O el calentón, Arturo, ¡a ver si lo que necesitas es otra cosa! Carmen espera alguna risa, pero no llega. No vas a venir entonces, ¿verdad? Pregunta el esposo. En cuanto vea a Víctor, responde la esposa. Es más importante tu hermano que yo. Se oye un taconeo enredado con el «O Fortuna» de André Rieu. No funciona

así, Arturo, creo que lo sabes. Y también que no me gustan las manipulaciones. Si no entiendes eso, no me corresponde a mí explicártelo.

—Arturo, me voy. Que vaya todo bien —dice Marina con dignidad a su espalda. Ha decidido abandonar la casa tras el rechazo en la cama. Ya no lo soporta más. Se rinde.

A Arturo le parece que las nubes tras las dos Fridas son más negras. Y sus corazones palpitan; además, ¿no oprime en exceso los labios la de azul? Cariño, ¿sigues ahí?, quiere saber Carmen. Se pone el sol tras la catedral, como si se apagara el incendio. Un cielo yermo que se raja de frío. Arturo cuelga y arroja el móvil sobre el futón que tras unos rebotes cae al suelo.

—Tú no vas a ningún sitio, Marina.

A Arturo le gustan los gritos de Marina y sus delirantes risas y su forma de aullar al techo mirándolo fijamente, como si hubiese algo ahí que tira de ella. Se deja hacer, la sumisión es absoluta y si aumenta la agresividad, Arturo recibe más premios en forma de rugidos de dicha y deleite. Brama como una perturbada, sus risas mientras hacen el amor son las de quien ha enloquecido de gloria y salud. No es placer, es abundancia. Arturo la controla a su antojo, siempre ha querido hacerlo así, dominar un cuerpo. Vencerlo. Domarlo. Y ella es mansa y suplica más. Se gira bocabajo para colocarse sobre las rodillas y las palmas de las manos en el sitio donde suele dormir Carmen. Marina le indica el camino. Sus nalgas en los muslos, los percute en cada penetración. Son fuertes, recios, poderosos. Y ardientes, Marina quema como si tocara fuego. Se gira con violencia y muestra a Arturo su cuerpo, el rostro cubierto por la melena acuosa. No entiende bien lo que dice, pero escucha la palabra «insúltame». El pubis sin vello, subiendo y bajando los pechos, brazos en cruz. La soberanía de su cuerpo insufla en Arturo un vigor que no puede contener y la embiste con fuerza. El sexo rígido, Marina ladrando, la garganta bañada en sudor. Se siente fuera de sí, ella parece disfrutar de su actitud agresiva y grita pidiendo más ferocidad. Marina toma su mano derecha, que Arturo deja muerta, y se propina una bofetada en la mejilla. Él se sorprende, casi se asusta, le parece demasiado. Va a sus pechos, que aprisiona con las manos en lo que Marina grita «muerde». Se encoge de pura alegría. A Arturo le inquietan sus carcajadas. Su delirio. Tiene fiebre. Pide que la abofetee.

De: Leonor Barrios
Para: Carmen Salvaterria
Mié/18/02/2009 14:30

Querida Carmen:

Sé que hemos hablado esta mañana, pero te mando un e-mail para que sepas cuánto agradezco lo que haces por mí ya que escribiendo organizo mejor las ideas. Porque te equivocas, Carmen. Sí que tiene importancia que vayas a Lújar a ver a mi madre, por mucho que digas que no es nada. Sí que tiene importancia todo lo que me has apoyado desde que pasó lo de mi hermano y Elvira, aunque tú pienses que lo haría cualquiera. No es cierto, Carmen. Ya sé que tú no crees en Dios, pero no importa, Él sí cree en ti. Eres uno de sus ángeles, Carmen, un ejemplo para cualquiera de nosotros, los cristianos. Piensa que mi madre está muy sensible. Si te hace algún desaire, no se lo tengas en cuenta, por favor. Yo la perdono, Carmen, porque a esas edades las creencias se hacen más fuertes. Sé que está siendo muy egoísta, pero la perdono porque es mi madre. Quizá a ti te haga caso, es mi última esperanza. Ella nunca ha entendido que no me case. Dice que, si hubiese profesado, bueno, otro gallo cantaría. Pero sin estar casada con Dios qué hago en Gijón viviendo con una mujer separada, eso es raro. Ochenta y seis años, Carmen..., por eso te digo que la perdono. Por cierto, Lola te manda saludos. No sé cómo agradecerte que me la presentaras. Oye, quién sabe, ¡a lo mejor yo no estoy hecha para casarme! Viviendo con una amiga soy feliz, Carmen. Y aquí estamos para ser felices, ¿no te parece?

Ojalá contigo mi madre entre en razón. Sé que con un hijo y una nieta asesinados es difícil vivir, pero yo tengo que volar del nido, estoy a punto de cumplir los cincuenta, no te digo más. Dile que siempre la voy a querer, que puede venir al norte cada vez que le apetezca. Y que me encantaría ir a Granada de vez en cuando a visitarla. Que ojalá me reciba, Carmen, que la quiero, que me coja el teléfono, que conteste mis cartas. Y, si no, con que me digas que está bien, es suficiente. Poco a poco. A esa edad son como niños. Si oyes algo raro sobre Andrés y Elvira en el pueblo, ni caso. No prestes atención a chismes porque sobre ellos se han contado muchas mentiras. Son todo mentiras, calumnias. Algún día te lo explicaré, pero no te quepa duda de que ellos eran personas muy normales y decentes. Todo lo que se dijo es MENTIRA. La única verdad es que están muertos por culpa de una malnacida que manipuló su coche. Ya hablaremos de esto con calma, tú no sabes ni la mitad, Carmen, ya te lo contaré algún día.

Y mil gracias. Gracias por todo. Porque eres un ángel. Porque tienes un sitio en el cielo muy cercano a Dios. Por cierto, ¿sigues yendo por el hospital de San Rafael? ¿Qué tal la nueva dirección? Se me ha olvidado preguntártelo cuando hemos hablado por teléfono; hija, tengo tantas cosas en la cabeza... Ya me contarás qué tal todo. Gracias, Carmen. Muchas gracias. Aquí tienes tu casa, ya lo sabes. Espero que nos veamos pronto.

Leonor

Granada, 1 de marzo de 2009

El sol de marzo se disfraza de nube. Perfila su contorno con centellas y chispas y esperanza. Líneas de luz que acordonan el nubarrón, la vida a cántaros. Y Julia es como ellas. Julia, que sueña en voz demasiado alta, que quiere dormir con Marina hasta que vuelva su madre, que lleva dos semanas en Galicia, porque ahora son casi hermanas. Y las casi hermanas se quedan hablando hasta que amanece. Aunque más que dormir, muere unas horas; se entrega al sopor sin miedo a las pesadillas, con la certidumbre que protege a los que ya sueñan despiertos.

Por la mañana, sigue narrando cómo fue su último encuentro con Micky. Marina aguanta estoicamente, perpetua sonrisa en los labios, muy abiertos los ojos, ardor en las cejas. Asiente con energía ante las estupideces de una neófita del sexo. Algo de hechizo sí hay en sus palabras, eso lo reconoce. Lo que cuenta no es magia, pero ella lo hace mágico. Su hija nunca habló así de nada. Aunque quien sabe, piensa Marina, quizá con su padre se ponía sentimental. Ya no, porque está muerta, y Marina sonríe al recordarlo. ¿Quién ha dicho que hay que querer a los hijos? Nadie se asusta cuando una relación de amistad caduca. O una relación de pareja. O cuando se devuelve una falda a la tienda. Con los hijos igual, asegura. Si ella parió un monstruo y la vida se libra de los monstruos, porque Marina cree que la vida siempre se abre paso, no es su culpa. Roe una tostada por las esquinas. En el dedo meñique mermelada.

—Bueno, Julia, cariño, ha llegado el momento.

—¿El momento? —La niña tiene dos estrellas polares por ojos.

—El momento, Julia. Vais a hacer el amor.

En sus pupilas, cohetes. Se dilatan ganando terreno al gris. A punto de vomitar. Ha oído que duele.

—Para nada. Solo a algunas personas, las menos, y si tú eres una de ellas no te preocupes: es soportable. Un poquito de sangre, quizá, pero tranquila, poca cosa. Y será precioso, cariño. Lo importante es la pastilla que voy a darte para que no te quedes embarazada. Con eso hay que ser previsora, porque tú ya tienes la regla, ¿verdad, cielo?

Julia asiente como si en vez de cuello tuviera una bola hincada en un alambre. La mirada opaca, los ojos entornados, muy atenta. Como si ultimaran un delito. Melquíades maúlla en el pasillo. Quiere entrar en la habitación de Marina.

—¿No son varias? Quiero decir, una cada día.

—Sí, sí, eso es. Julia, tengo que salir. Te daré las pastillas dentro de poco porque a ti no te las venden en la farmacia. Tú no intentes comprar nada, ¿vale? Piensa que

Granada es muy pequeña, aquí todo el mundo se conoce, imagina que vas a la farmacia y saben quién es tu madre. Tú confía en mí, preciosa, yo te las daré. Por supuesto. —El dedo índice en vertical sobre los labios—. Luego te lo explico todo. Cariño. Vas a ser tan feliz..., mi vida. ¡Qué envidia me das!

Andrés le metió una carta en el buzón una semana después de abandonar la casa. Marina la recuerda porque también hablaba sobre hacer el amor, porque con su hija hacía el amor, con ella utilizaba otros verbos. Decía que en ningún momento pensase que la había forzado, que había abusado de Elvira, no pienses cosas que no son, Marina, Elvira y yo nos queremos. Y ya sé que es algo difícil de entender, ya sé lo que estarás pensando, que es mi hija, que es una aberración. Pero nos amamos, Marina, como jamás pensé que podría amar, fíjate que, a mis años, y después de todo lo que yo he renegado de la cursilería —ya lo sabes—, ahora me siento... No sé cómo me siento, Marina. Humano. Pero no pienses lo que no es, desde el primer momento quisimos rechazar esto que sentíamos, somos padre e hija, somos conscientes, pero fue imposible. Y yo siempre busqué su bienestar, que se sintiera cómoda. Por favor, no pienses lo que no es, Marina, jamás se ha hecho nada en contra de su voluntad, nada sucio. Tienes que entenderlo, yo no elegí enamorarme de ella, es algo que va más allá. Elvira lee un blog por internet y le gusta mucho una frase que dice «como si se pudiera elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige, a Julieta no se la elige». Beatriz no sé quién es y Julieta me imagino que la de Romeo. Pero coincido: a Elvira no se la elige. Tienes que entenderlo, Marina. Y, por favor, insistía Andrés con sus faltas de ortografía, por favor, no te autolesiones, no te cortes, tú no mereces golpes, sé que es lo que aprendiste desde pequeñita, que lo que a ti te corresponde son golpes y si no te los da nadie te los das tú, pero no lo hagas, Marina, porque no es cierto. Tú lo mereces todo. Entiéndenos, por favor. No vamos a parar hasta conseguir cambiar la ley, tenemos que hacerlo, Marina. Tenemos derecho a ser felices, a casarnos como cualquier otra pareja. Tienes que entenderlo y, sobre todo, tienes que comprender que esto no tiene nada que ver contigo. Por favor, no te sientas ofendida ni humillada porque no es nuestra intención. Por favor, Marina, han sido muchos años. Y no todos tan malos.

Granada, 1 de marzo de 2009

En la plaza Bib-Rambla un puesto y un gitano. Vende incienso y vírgenes. Sobre la

mesita plegable un botafumeiro. Huele a funeral. El gitano se frota las manos, envainadas en unos guantes de sierra. Habla con una de las floristas.

Marina los esquiva, desprecio en los labios. Incluso vuelve el rostro para enfrentar el de la florista, que se ha quedado mirándola. Once campanadas en algún sitio. Blanca aparece por la calle Zacatín. La severa coleta bailando a izquierda y a derecha con cada paso.

Le gustaría que su amiga fuese un poco más elegante. O que lo pareciera. Blanca es como era su madre antes del luto, adicta a la ropa de promoción. Cuando no es una camiseta Kellogg's es una mochila Herbal Essences. O un chubasquero de Coca-Cola. Hoy acude a la cita con un jersey de Oreo, blanco, negro y azul. Casi tan horrible como las patillas que se despeñan por sus orejas. En cuanto tenga algo de dinero Marina se promete arreglarla un poco. Pronto volverá a dar clase, está segura, su suerte cambia, incluso lo dice el horóscopo. La llevará de compras. Lo suficiente para estar con ella sin sentir vergüenza ajena. La gente las mira, Marina lo sabe.

—Café con leche de soja, por favor. Bueno no, té verde. ¿Tú qué tomas, Blanca?

—Nada, yo no quiero nada —responde meneando la cabeza.

El camarero mira fijamente a Marina. Pasmo en las pupilas. Marina hunde el rostro. Qué vergüenza, en una cafetería sin consumir. Qué vergüenza. Y para colmo a quien el camarero pide una explicación con la mirada es a ella, no a su amiga. No solo ha de enseñar a Blanca a sacarse partido, algo de educación es más urgente aún.

—Entonces ya lo tienes comiendo en la palma de tu mano, ¿verdad? Al tal Arturo —celebra Blanca—. ¡Eres un hacha! ¡Un hacha!

Da un puñetazo en la mesa. Marina está tan orgullosa que ni siquiera siente ansiedad ante el alboroto que genera Blanca hasta para dar los buenos días. La gente las mira. Una taza se rompe al fondo. Están cerca de la puerta, cada vez que se abre, un azote de hielo.

—Lo tengo loco. Para qué te voy a engañar. Loco por mis huesos. Vamos a ver cómo reacciona cuando vuelva Carmen de Galicia, aún faltan dos días. Pero lo tengo loco de amor, ¿te quieres creer que ayer me regaló flores?

—¡No!

—¡Como lo oyes! ¡Rosas! Una docena rosas, Blanca. Bueno, bueno, y no te imaginas lo que me ha dicho.

—¡Dime! —chilla la amiga.

—Es sobre Carmen. Nada, que gracias a mí ha entendido que su mujer le hace sentir mal constantemente. Culpable, le hace sentir culpable por todo. Que yo soy una persona de carne y hueso, real. Bueno, bueno, y mira lo que me he encontrado esta mañana en la mesita de noche.

Marina hurga en el bolso. Con la mano izquierda plancha un papel arrugado sobre la mesa. Despacio, mostrando a Blanca que se ha hecho la manicura francesa.

—No me lo puedo creer —exclama Blanca—. ¿Que se está enamorando de ti? ¿En dos semanas? ¡Virgen del Amor Hermoso, Marina! ¡Qué le has dado!

—Es lo que pone, ¿no?

Se va la luz. Vuelve al instante. Gracias a eso el resto de las mesas apartan la vista de Marina y Blanca. La segunda llama tanto la atención con sus gritos y desproporcionados gestos que Marina casi se ha acostumbrado a las miradas indiscretas cuando está con ella. Incluso el camarero las vigila de reojo. Introduce piononos en el expositor.

—La vas a hacer polvo, Marina, ¿sabes? Vas a hacer polvo a Carmen. Yo no digo nada hasta que tú me avises, no te preocupes por eso, pero en cuanto quieras..., bomba de humo y se entera toda la ciudad, yo conozco a mucha gente, Marina. A mucha. A la gente elegante.

Aún no, dice Marina. Primero se tiene que encargar de que el resto de los devotos de Carmen comprueben que no es tan perfecta como quiere aparentar. Esos que dicen que es una santa, a ver si siguen pensando que lo es. Y, por cierto, las pastillas que te comenté para Julia, ¿cuándo vas a dármelas?

Blanca sonríe con malicia. Tumba el cuello sobre las cervicales.

Granada, 4 de marzo de 2009

Marina está a punto de caerse. Va al colegio a hablar con Mario. Las violentas sacudidas del autobús no la derriban por poco. Indignación ascendiendo a furia entre los ancianos. Es mucho peor mantener el equilibrio con tacones que con artrosis. Tanto que, si cae, jura demandar a la empresa. Y a lo mejor saca algo de dinero. Y ponen su foto en el periódico. Ha de ir a la peluquería si van a sacarle fotos. ¿Y si fuerza a Mario a pagar su silencio? Blanca tiene razón: el dinero está ahí, como el aire, se trata de respirarlo antes que los demás. Qué ganas tiene Marina de encontrarse con Mario ahora que ha perdido el miedo. Ahora que se sabe una diosa. Qué ganas tiene de llevar a cabo su plan.

Huele a comida. A sopa rancia. A conversaciones de zoquetes que se sienten héroes de lo cotidiano por ser creativos con la cena o llevar a sus hijos a inglés. El limpiaparabrisas del autobús inquieto. No es su caso, por supuesto, Marina sí tiene una importante misión en la vida. Sonríe triunfante a un carrito de bebé que ocupa

demasiado espacio. Ella es uno de esos seres que ha venido al mundo a hacer historia. El asidero helado. Piensa que hay dos tipos de personas: las que sirven para que la especie no se extinga y las que la hacen avanzar. Ya lo decía el tal Zaratustra al que lee: corazón tiene quien conoce el miedo, pero lo domina. El valor del águila, ese arrojo que no puede contemplar ningún dios. Mario va a obedecerla, por la cuenta que le trae, va a obedecerla.

Hagan el favor de colocarse al fondo para dejar sitio, grita la conductora. Marina casi no llega a la puerta antes de que se cierre. Esquiva a varias personas con paraguas que huelen a amoniaco. Y a huevo. Y a barniz. Dice uno de ellos que si su madre levantara la cabeza la volvía a enterrar. De todo lo que se privó para pagarle la carrera de maestro y él limpiando váteres. Otra vez la crisis.

Marina maldice entre dientes. Carmen abandona el Granada Von College cuando ella entra. Ayer volvió de Galicia. ¿Por qué usa vestidos tan ajustados? ¿Cuántos años cree que tiene?

—¡Marina! ¡Qué sorpresa verte por aquí!

—Julia ha olvidado un trabajo en casa, el de la Revolución francesa, y se lo he traído. ¡Qué menos, Carmen! ¡La quiero tanto! ¡Tanto!

No miente. Ha robado el trabajo esta mañana para tener una excusa con la que venir al colegio. Justo después de lanzar un absurdo beso a Arturo con la mano que él atrapó en el aire y posó en su propio pecho. Carmen con los brazos cruzados. Las nubes en sus ojos. Su palidez rozando el mal augurio. A lo lejos, como si salieran de un pozo, risas y gritos de niños.

—No sé qué decir, querida. Me emocionan mucho estos gestos que tienes con mi hija. No sé qué decir.

La abraza por las costillas. Marina siente que quiere ahogarla. La burbuja cara y atalcada de Chanel N.º 5 culebreando por los orificios nasales de Marina. Se asfixia. Es insufrible, como si buceara en un cubo lleno de perfume. No es nada, dice para librarse de sus brazos como cables.

—Usted se lo merece todo, Carmen —dice el conserje, que ha oído la conversación—. Señora —ahora se dirige a Marina—, ¿usted sabe lo que ha hecho su amiga por nosotros? Nos ha avalado, señora, nos ha avalado con el banco. Nos iban a quitar la casa, señora, y doña Carmen nos ha avalado.

—¡Vamos! —Ríe la aludida— ¡No tiene más importancia! Tú harías lo mismo por mí. ¡Y no me llames doña Carmen, por favor!

—Ya lo creo que lo haría, doña Carmen. Un pulmón le doy yo a usted si le hace falta.

Qué fácil es dar lo que sobra, piensa Marina. Y cuando sobran millones, qué fácil es ser Carmen Salvaterria. Farisea, como decía su madre. Así engorda su milicia

de fans. Así los compra a todos para tener un ejército propio. ¿Es que el mundo se ha quedado ciego? Ha conseguido lo que decía Zaratustra, que hasta los perros crean en fantasmas. Marina siente ganas de escupir.

—Voy a buscar a Julia, Carmen, espero llegar a tiempo para darle el trabajo antes de la clase de historia.

—¡Gracias, Marina! ¡Mil gracias!

Se pierde en la entrada. Carmen besa al conserje, que no se preocupe, dice, que esta crisis está haciendo mucho daño, y siempre a los mismos, pero no hay mal que cien años dure. Y me voy corriendo, he quedado con el director de una academia. No, nada del colegio, asuntos privados, ya lo creo que está lloviendo este invierno, ya lo creo.

Granada, 4 de marzo de 2009

Los muslos de Betty tensos, de hierro, confiando en la vida. Presionan la audición de Mario que percibe el sonido desde un mar profundo y oscuro, como si buceara en los fondos del pubis de Betty. Han vuelto al hotel rural de Capileira. El sexo como un rubí, empapado, poderoso. El saxo de John Coltrane, Duke Ellington al piano. La tarde ilumina sin astucia, cobarde ajedrez entre las nubes y el sol. Dolor de cabeza asegurado. Y qué.

—Sigue, Mario, no pares ahora.

—Espera..., deja que te mire.

Venera su sexo. La hace exclusiva, secreta, absoluta. Lo acaricia. Arde. Perfila la música sobre la piel. La boca empapada de su néctar, un aliento que sabe a caucho. El Mulhacén los mira de reojo, Mario ya no tiene miedo.

—Quiero casarme contigo, Beatriz.

Betty afloja los muslos y aparta el trozo de melena que cubre su rostro como un pedazo de firmamento. El sexo aún vivo. Al incorporarse, los pechos caen sobre las copas del sujetador que los sostienen como dos vasijas negras. ¿Has dicho que quieres casarte conmigo? El cabecero de pino restalla tras la sonrisa de Betty. Se muerde el labio inferior. Su ropa explorando el suelo, ¿de verdad quieres casarte conmigo? Alcanza los calcetines de cebras, tiene frío en los meñiques.

Mario asiente, despacio. Horas atrás se planteaba de nuevo si no estaría enfermo, enfermo como los que ven fantasmas, como los que hablan solos. ¿Qué clase de imbécil renuncia a una vida con apartamento en Menorca, despacho propio,

putas y más dinero del que puede gastar? Solo él, desde luego. Pero la Fierecilla está contenta. El rostro lleno de sonrisas se abalanza a su pecho, se refugia en él. La vida le entra por la nariz al respirar. Mario se rinde. Solo quiere ver el mundo a través de los ojos de la Fierecilla, reconciliarse con él.

—¿Por qué tienes tantos moretones en la espalda, Betty?

En el pasillo una estridencia, alguien ha tirado algo compacto, mantas o toallas. Las recoge silbando. El hotel rural de Capileira es muy ruidoso, todo cruje a cada instante, la arboleda chilla, el viento patalea.

—Me caí de una escalera al pintar el techo de casa. Mario, ¿de verdad quieres casarte conmigo?

Betty lo abraza con ansia, Jonás vuelve esta noche de Barcelona, sabe que es ahora o nunca. En el pecho un ciclón de urgencia del que Mario se contamina. La separa de su cuerpo. El rostro empapado, temblando. Parece una niña demasiado pequeña.

—¿Has hablado con tu marido? —quiere saber él.

Betty duda. No puede hacerlo, es raro, lo sabe. Nadie la creería. Ni siquiera Mario. De la boda hace seis meses, nadie va a entender que todo haya cambiado en tan poco tiempo. Nadie va a creerla, ella no es como las mujeres que salen en el telediario, está segura. Y quizá en el fondo sea su culpa, quizá Jonás está en lo cierto y solo es una fulana barata. Le está siendo infiel, eso es de fulanas, a lo mejor Jonás no está equivocado. Piensa que merece sus palabras, los gritos, los moretones. Que algún día Mario va a descubrir su esencia y la terminará dejando. Betty se estima mala, muy mala persona. Tiene la culpa de que sus padres discutieran a diario por sus escapadas del colegio para ir a besarse con algún chico al parque, de que su hermano soportase castigos que eran para ella. Su hermano, Arturo, su salvador. La culpa de que su marido no pueda tener familia por no haberle confesado lo que sabe desde hace tres meses. Es estéril. Hay un vaporoso hilo entre ella y el cuerpo de Jonás que no puede partir. Él tiene razón, él la conoce y aun así la quiere, aun así está a su lado. ¿Hará Mario lo mismo?

—Sí —miente—. Ya he hablado con él. Jonás ya lo sabe todo.

—Vayámonos, Betty. Muy lejos. Fuera de Granada, de España. A algún sitio con mucho sol, como a ti te gusta.

Sus cuerpos se enfrían. Mario la conduce a la cama, sonríe con resignación. ¿Me das una semana?, pregunta la Fierecilla buscando el paquete de Marlboro entre las sábanas. Solo una semana, insiste. Para solucionar cosas. En el techo un ventilador con aspas de madera que no ha advertido hasta ahora. Pregunta si es posible, si puede esperarla una semana, ni un día más, mi vida. Ni uno más.

«In a Sentimental Mood» suena bajo el colchón.

Granada, 4 de marzo de 2009

—¿Usted es Pablo?

—¿Usted es Carmen?

Las cejas del antiguo jefe de Marina como dos matorrales. Renuncia al ejemplar del *National Geographic Historia* que está leyendo. El territorio sobre la mesa marcado con sus utensilios: cartera raída y voluminosa, gafas de ver y de sol sin montura, Samsung de los antiguos y reloj de pulsera. Intenta levantarse y la silla choca con la puerta del baño de mujeres.

—Tranquilo, no te levantes. —Carmen se inclina para besar sus mejillas—. Yo creo que nos podemos tutear, ¿no te parece, Pablo? Somos compañeros.

Recorre el café Suizo, vacío, con dos ojos diminutos. Tiene voz de fumador.

—Seguro, ¿verdad? Porque como seas periodista no voy a tener el menor problema en denunciarte.

—¿Por qué piensas que soy periodista, Pablo?

Carmen abandona el abrigo para sentarse, pero cambia de opinión. El local helado. Pablo ríe con sarcasmo, empina las soberbias cejas. Como si no lo supiera, dice. Conoces a Marina y no sabes nada de periodistas, claro. Te juro que no vas a ser la primera a la que denuncio. Mira a su alrededor con fiebre buscando una cámara oculta. Eso que te quede claro, insiste. A mí la mano no me tiembla. Te pongo una denuncia como una catedral.

La camarera no ha oído hablar de la leche de soja. Leche de la normal, dice que tienen, de la asturiana. Carmen opta por una manzanilla.

—Pablo, verás, sí que conozco a Marina. Y quiero ayudarla. Tengo entendido que has hablado con Mario, el director del Granada Von College, del cual yo soy la jefa de estudios. Íbamos a contratar a Marina hasta que le dijiste algo horrible sobre ella. Solo quiero que me lo expliques. Es un favor personal que te pido como compañera.

El teléfono de Carmen vibra desde hace diez minutos. Betty la ha llamado en cinco ocasiones. De reojo, Carmen ve cómo se rinde y opta por enviarle un mensaje de texto:

> Tengo que hablar contigo, es urgente

No quiere contestar ahora que Pablo parece decidido a darle la información que necesita y se promete hacerlo más tarde.

—Alejaos de Marina, hacedme caso —Pablo habla en susurros—. La conozco

bien, muy bien, y nos ha arruinado la vida a todos. A todos, ¿me escuchas? A todos. No solo al marido y a la hija. ¿Tú sabes lo que es tener quince periodistas mañana, tarde y noche en la puerta de un sitio lleno de niños? Obviamente, los padres se los llevaron a otra academia. Yo habría hecho lo mismo. Entre eso y la crisis, a cerrar, otra persiana más bajada; total, con todas las que hay, ya ni se nota. Alejaos de esa mujer, hazme caso.

La camarera corre a quitar la terraza, diluvia de repente. Carmen pregunta qué es lo que pasó, qué es eso de los periodistas.

—¡Vamos, por favor! —grita Pablo. Da una palmada en la mesa—. ¿Has venido a reírte de mí?

—Pablo, te digo que no sé de qué me hablas.

Una columna de humo aflora de la taza de manzanilla. Carmen tiene clase en media hora.

—No eres de Granada, ¿verdad? Ese acento no es de aquí.

—No, soy gallega.

Al fin la comprensión llega al rostro de Pablo. Las cejas en su sitio, se relaja. Será por eso entonces, dice triunfante.

—Marina mató a su marido y a su hija. ¿No ves tampoco la tele? Se recorrieron todos los platós de España.

—¿Qué tontería es esa? Estamos hablando de Marina Pastrana, te estás confundiendo, Pablo.

—Pastrana Gómez, señora. Nacida en Lújar en el sesenta y siete. O señorita, lo que sea usted. Claro que...

—¿Has dicho Lújar? ¿Marina nació en Lújar?

—Carmen, esto es muy sencillo. ¿A que está arruinada? ¿A que no tiene donde caerse muerta, pero intenta parecer una marquesa?

—¿Marina nació en Lújar, Pablo? —insiste Carmen. Le duele la cabeza—. ¿Vive allí alguien de su familia? Tengo que ir a ese pueblo esta semana por otros asuntos.

La visita a su madre que le ha pedido Leonor. ¿Marina también nació en ese pueblo? Carmen está desorientada. Pablo se frota el mentón, la alianza ahorcando el anular, bilis en los ojos. Marina ha trabajado diez años para él, la conoce mejor que nadie, dice. Claro que su madre vive allí, la Salvadora la llaman, ¿te ha dicho que la Salvadora está muerta, Carmen? Seguro, es una mentirosa compulsiva, si la conoceré yo. Pregúntale a ella, Carmen, insiste Pablo. A la Salvadora. Investiga por ahí a ver si es o no es una asesina. O no, mejor no pierdas el tiempo, ya te lo digo yo. ¿Te has planteado por qué no tiene una pensión de viudedad? Me dijo una periodista que cuando hay un crimen el Estado retira esas pensiones. ¿Eso te lo has planteado? Pablo arranca una servilleta que le desea que vuelva pronto. Raspa el

sudor entre las cejas.

Granada, 5 de marzo de 2009

Querida Marina,

Te escribo estas letras porque sé que te gustan las notas que dejo en tu habitación. No escribía cartas desde la facultad, a una americana de la que me enamoré antes de conocer a Carmen cuando era un jovenzuelo —aunque me ha dicho Julia que no use esa palabra, que ya nadie habla así, que suena a carcamal.

¿Por qué no te habré conocido antes? Ayer, en el futón, te movías sigilosamente. Como una nube que en vez de adentrarse en un valle lo hacía entre mis piernas bajo la reprobadora mirada de las dos Fridas. Esto no lo entiende cualquiera, Marina. Soy consciente. En apenas unos días he vuelto a sentirme vivo gracias a ti. Soy médico, sé lo que está pasando: voy hasta arriba de oxitocina y la vida brilla. Pero yo sé que contigo hay una historia de amor eterna. Yo soy un hombre de ciencias, Marina, y me siento poseído por una alocada sensiblería a la que me cuesta acostumbrarme. Pero no importa, tienes toda la razón cuando dices que lo mejor es no pensarlo y dejarse llevar. Tengo tanto que aprender de ti... Tú sí que eres una mujer de verdad.

Quiero pedirte perdón por lo de esta mañana. No tengo derecho a ocultar algo tan importante, pero me he puesto nervioso, Marina, entiéndeme. Jamás me había visto en una situación como esta. Y yo no quiero hacerle daño a Carmen a ella. Te pido perdón, vida mía. La respuesta es no. No hemos tenido sexo desde que volvió. Y te adelanto que no lo volveremos a tener nunca más. Ella es una mujer maravillosa, tú siempre lo dices, porque eres buena, Marina; otra en tu situación se dedicaría a boicotearla. Es cierto que es una mujer maravillosa, pero no para mí. Me hacía sentir culpable por todo. Quizá no era ella, quizá era yo. En cualquier caso, tú me has hecho ver que la mujer que yo necesito ha de ser como tú eres tú.

Es demasiado complicado. Me gustaría irme contigo. Muy lejos. Lo más lejos posible. Pero quiero a Julia con locura —no sé qué haría sin ti, me da vergüenza que tengas que decirme «Arturo, adoro a Julia, no podemos irnos sin Julia»; no me lo tengas en cuenta, no sé lo que me pasa contigo que pierdo el norte—. Tampoco quiero hacerle daño a Carmen a ella. A veces la vida es dura, y las desgracias nunca vienen solas. No sé si te lo habrá dicho, pero Mario ha cesado a Carmen como jefa de estudios sin explicaciones. Dice que el consejo de administración la llamará para informarla. Y ya sabes cómo es, no quiere hablar con Betty, dice que ella no tiene nada que ver en esto y no quiere ocasionarle un problema. Yo no estoy de acuerdo, si la familia no está para estas cosas, ¿para qué está? ¿Ves lo que te digo? Carmen es una mujer increíble, es mejor que

todos nosotros, y yo no puedo soportarlo. Necesito a una humana a mi lado. Pero no quiero que sufra, Marina, no quiero; es la madre de mi hija.

Ayer no fuiste a la reunión del club de lectura y te lo agradezco. Yo también creo que es mejor que te distancies de ella en la medida de lo posible. Esto es tan raro, Marina... Pero ¿qué culpa tenemos nosotros de habernos enamorado? ¿Es esto culpa de alguien? Quizá tienes razón y soy yo el que debería irse de casa. Al principio no lo veía claro por Julia —se me hace un mundo imaginarme sin ella—, pero quizá tengas razón: puedo alquilar un piso, cerca de Bib-Rambla, para que pueda venir siempre que quiera. Y principalmente, para que vengas tú. A vivir conmigo. Tengo tantas ganas de dormir contigo... Ni siquiera necesito que hagamos el amor, lo que me apetece es estar juntos en una cama, sin prisas, sin miedos, sin sentirme un cobarde. Creo que lo mejor es que sea yo quien se vaya sin decirle nada a Carmen como tú dices. Estoy de acuerdo contigo, ¿para qué le vamos a contar ahora nuestra relación? ¿Para hacerle daño? Será mejor hacerlo más adelante. Dice mi hermana que las cosas pasan en su momento, no en el nuestro y eso es una gran verdad. Pero no puedo evitar tener prisa de ti. ¿Qué me has hecho? ¿Cómo en cuestión de días puedo sentir esto que me fustiga el alma? Marina, no me reconozco, cualquiera diría que está escribiendo un chaval de quince años —¡ni me atrevo a releer estas líneas!—. Pero no me importa la respuesta. Tampoco me importa que nadie nos entienda. Te quiero. Como dice mi hermana:

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige. A Marina no se la elige.

ARTURO

SI TÚ SALTAS, YO SALTO
El blog de Julia (y el tuyo)
Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

Tengo una bota en el pecho. De las de tacón. Y no me deja respirar. Uf. La vida es como un baño relajante, estás supercalentita, en tu mundo de burbujas y paz, y de repente, sales de la bañera y pisas las baldosas heladas. Eso es la vida, amigas. Antes de contaros quiero agradecer todos vuestros comentarios, esta vez ciento ochenta y uno. Chicas, me siento super en deuda con vosotras, aquí tenéis a una amiga para siempre. Y a los que siguen insultando, además de recomendarles pinchar el aspa roja de arriba a la derecha, les voy a decir una cosa: sé que os puedo poner una denuncia, sobre todo a ti, policeman96, que eres el que más da la vara. Es el último aviso.

Bueno, amigas, como os decía, hoy parece que estoy, pero no estoy. Creo que mis padres

se van a divorciar. Como lo oís. Mis padres, que siempre están con los besos y los abrazos y metiéndose mano debajo de la mesa, aunque crean que yo no los veo. Él —ya os decía que estaba raro, ¿no os lo decía?— ha venido a hablar conmigo. Que nos quiere mucho, que a mí que me adora, pero necesita estar solo un tiempo. Y que podría mentirnos y hacer como que se va de viaje o algo así, pero nos cuenta la verdad porque nos quiere.

Los he oído discutir. Cuando se lo ha dicho a mi madre, ella no se ha cabreado. Nada de llorar ni de gritos. Que lo entendía, que si era su decisión, lo único que le quedaba era respetarla. Y él, claro, se ha quedado flipando. Yo le entiendo un poco porque, joder, a mí me pasa eso con Micky e intentaría retenerlo, ¿no os parece? Le reprochaba que todo le da igual, y ella que no, al revés, que le ama y quiere que vivan juntos, pero a una persona no se la puede obligar a estar con otra, que somos libres y hemos de tomar nuestras propias decisiones. Le ha dicho también que si tiene algún problema lo pueden hablar, pero si viene a decirle que se larga es porque ya lo ha decidido —ahí sí tiene razón— y es absurdo que una persona esté a nuestro lado porque se lo supliquemos. Si os digo la verdad, estoy flipando. No me esperaba algo así de mis padres.

Luego mi madre ha venido a hablar conmigo y sí ha llorado un poco, me ha dicho que no me preocupe, que los dos me quieren y esto es temporal, que mi padre está en un piso en la calle San Antón y yo puedo ir siempre que me apetezca. Cuando le he preguntado por qué no le ha pedido que se quedara me ha dicho lo mismo que a él, que todas las relaciones en la vida pueden acabarse, todas menos una, la que se tiene con uno mismo. Que nadie en esta vida es imprescindible, por mucho que lo amemos, y la única que estará a mi lado hasta que muera soy yo misma, y solo yo merezco mi amor total y sin condiciones. Dice que cuando alguien se va hay que aceptarlo, aunque duela. Otra cosa es que esa persona te diga que está rayada o algo así y quiera hablarlo, pero que mi padre lo había decidido —ya tenía hasta el piso…— y contra eso no se debe luchar. Que lo importante es que yo esté conmigo —eso no lo entiendo muy bien—, que si yo estoy conmigo puedo enfrentarme a cualquier situación. Ay, chicas, ¿cómo lo veis vosotras? Me pasa algo así con Micky y os juro que me tienen que llevar al hospital. O al cementerio. Menos mal que nuestra amiga Marina sigue en casa, le está dando mucho apoyo y consuelo a mi madre, que va de dura, creo yo, pero tiene que estar hecha polvo, porque encima la han cesado como jefa de estudios…, marrón tras marrón.

Y os decía que la vida cambia a toda pastilla porque esto ha pasado hoy y ha sido un palo tremendo, sin embargo, ayer… Ayer todo eran mariposas y felicidad. Para no mentir, lo de hacer el amor no es para tanto. Yo prefiero cuando nos besamos. Bueno, no me malinterpretéis, es bonito abrazarnos con la piel, y todo eso, pero chicas… Yo imaginaba algo mágico, no sé, que el mundo se pararía. Y no. Estaba supernerviosa, lo reconozco —llevaba calcetines dentro del sujetador, se me había olvidado quitármelos y claro…, *panic attack*—. Además, me hizo mucho daño. Pero mucho. Para que me entendáis…, eso no entraba. Lo he hablado con mi amiga Marina y dice que por ahí entra todo, es cuestión de practicar, pero yo creo que se equivoca porque intentamos volver a hacerlo a la hora y nada, chicas. Era imposible. Al final empujó con fuerza y sí, pero el dolor fue tan grande que tuve que levantarme porque estaba llorando. Y en la cama una sangre como marrón, asquerosa. Tenía muchísimo frío y me quería ir a mi casa, os lo juro, como si estuviera con gripe. Además, me sentía superrara, no sé explicarlo, como si hubiese dejado de ser yo.

Por suerte Micky me dijo que no me preocupara, que ya lo volveríamos a intentar en otro momento. Me estuvo abrazando una hora, eso fue lo más bonito de todo, amigas. Ahí sí que hubo magia. Ah, y lo más importante, Marina me ha dado unas pastillas para que no me quede embarazada, y menos mal porque Micky dice que él no se pone condones, que si no es a pelo no quiere hacer nada, porque no le caben ni los extragrandes y, claro, le hacen mucho daño por la presión. ¡Menos mal! En fin, chicas, os seguiré contando qué pasa con mis padres y con mi chico. Espero que los problemillas se solucionen. Os quiero, amigas. Hasta pronto.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Lújar, 6 de marzo de 2009

Carmen aparca en la calle Santo Cristo de Cabrilla. Lújar huele a mar y a chimenea. Terrazas de barro en las pendientes que se asoman a la sierra de la Contraviesa, perfilada por molinos de viento. Carmen saluda a señores con sombreros de paja y cañas de azúcar a modo de bastón como si fuese otra vecina. A Arturo le gustaría el paisaje, las casas blancas, las paredes de cal, parece que ha nevado sobre el pueblo. Arturo. Arturo ya no está.

En un mercado ambulante con fruta y cestas de mimbre una señora pide tomates secos, cinco o seis, dice, para la zalamandroña, hijo, que me gusta secarlos a mí, ya lo sabes, pero he ido a echar mano y no tenía. Habrán sido los ratones, contesta el tendero, que también están en crisis.

—Disculpen, la calle Estrellas ¿saben ustedes dónde queda? —les pregunta Carmen desde su sonrisa.

—¿A quién buscas? —quiere saber la señora de los tomates.

El viento se le enreda en las piernas. Una gigantesca palmera azota el aire con sus hojas, chocan entre ellas, parece que aplauden. Va a llover de un momento a otro, el cielo como el carbón. La miran de arriba abajo, con recelo, los brazos sobre el vientre. Sobre ellos excede un campanario, lechoso, como si llevaran un sombrero de caliza.

—¿A quién va a buscar en la calle Estrellas? —pregunta el tendero—. A los Barrios. Y mire usted, señora, en este pueblo no queremos más periodistas. Porque somos humildes, pero trabajadores; nada tenemos que ver con esa gente, ¿le queda a usted claro? Pues ya se puede ir por donde ha venido.

En cada tejado una diminuta chimenea con forma de cilindro rematada con

una loza de pizarra. Pequeños faros blancos que exhalan humo. La Contraviesa como un poderoso mar de volcanes apagados, y el cielo desafiando a los lujeños que venden en la calle. Frascos de miel de encina, jarapas con el arcoíris y alforjas de esparto crudo desaparecen de los callejones a toda velocidad. El pueblo se vacía en cuestión de segundos por el aguacero. Carmen no lleva paraguas, la lluvia le impacta en la cara con fuerza, le perfora la ropa.

—¡Buenas tardes! —grita sobre el estruendo cuando le abren la puerta a la que ha llamado—. ¿Es usted la madre de Leonor?

El pelo blanco, a juego con el pueblo. Muy corto, a la altura de las cervicales. Y casi de punta, como crines. El rostro amarillo, succionado a ambos lados de la boca, como si estuviera silbando. De luto de los pies a la cabeza. ¿La madre de quién?, pregunta con voz de hombre.

—¡De Leonor! ¡Leonor Barrios! —grita Carmen cubriéndose con el abrigo—. Soy una amiga de su hija, señora, ¿puedo pasar?

—Yo no tengo ninguna hija —dice la anciana.

Empuja la puerta con una mano en la que solo hay venas engarzadas al pellejo, pero Carmen la sujeta. Señora, se lo pido por favor, suplica, déjeme pasar, mire usted la que está cayendo, por favor. Soy una amiga de Leonor, no soy periodista, se lo juro.

La anciana duda. Entorna los ojos y los vacía en la calle buscando cámaras a izquierda y derecha. Ajusta la toquilla al pecho con los brazos en cruz. Dice que el bolso y el abrigo los tiene que dejar en la entrada, y que se levante el jersey, a ver si lleva micrófonos. Carmen obedece.

Cruzan un pasillo helado, los techos muy altos. Azulejo blanco en las paredes con motivos florales en azul. Hay algunos que representan vírgenes. Esta es la del Rosario, dice la anciana, la patrona de Lújar, que me da el nombre. Y este el Santo Cristo de la Cabrilla, el patrón. Y esa de allí, las Angustias Coronada y aquella María Santísima de las Penas. Séquese usted un poco, muchacha, me lo está mojando todo, ahí tiene el baño, pero con la puerta abierta que yo la vea, ¿cómo dice que se llama y de qué conoce a Leonor?

Carmen siente el frío en los huesos. La ropa embebida hasta el último hilo. Del hospital de San Rafael, le explica a la anciana que se ha encorvado para vigilarla. Somos amigas desde hace años, yo soy voluntaria. Parece relajarse. Que se siente en el brasero, dice, que, si no, la ropa no se seca. El salón está repleto de fotografías de un hombre moreno, de unos cuarenta años, camisa blanca. Carmen supone que es el famoso Andrés.

—Mire, yo le agradezco mucho que haya venido, pero a Leonor le puede decir de mi parte que para mí está tan muerta como su hermano, que en paz descanse. ¿A

usted le parece normal lo que me ha hecho? ¿Usted piensa que eso lo hace una hija? Como si no hubiéramos tenido bastante desgracia en esta familia, como si no nos hubiera puesto Dios las suficientes pruebas —la anciana se santigua—. Me ha dejado sola, sabiendo como estoy del corazón; en una de estas me llama Dios con Él y ella en Asturias. O en Cantabria, no sé adónde se ha ido. Al norte.

—No diga usted eso —Carmen intenta acariciarla, la anciana la rehúye—, su hija la quiere mucho, está muy preocupada porque no tiene noticias suyas.

—¡Pues que venga ella y no me mande a recaderos! Una mujer tiene que estar con su marido, y, si no lo tiene, con su madre. Y Leonor, fíjese usted, ni lo uno ni lo otro. A saber. Viviendo con una mujer divorciada y con dos niños. Es policía y nos ayudó mucho cuando pasó lo de mi hijo, pero a saber. Se creen que yo no veo la televisión y no sé que ahora hay mariquitas mujeres. A saber, que yo soy muchas cosas, pero tonta no, eso se lo juro por mi hijo Andrés, que en paz descanse. Mire usted a mi hijo Andrés, la mala suerte que tuvo. Con lo que me quería. Mire usted qué guapo era. Mire, mire qué hombre.

Junto al sofá un bastón de madera que la anciana utiliza para levantarse. Trae del aparador una fotografía enmarcada en plata que entrega a Carmen. ¿Verdad que era guapo? Asiente sonriendo. Mucho. Muy guapo. Como un rayo acude a la mente de Carmen que aún no ha llamado a Betty para conocer la urgencia que le anunció por mensaje de texto. Cuando Arturo le dijo ayer que se iba de casa, olvidó todo lo demás.

—Pues me lo mataron. A mi Andrés me lo mataron. ¿Ve usted lo que le digo? Me lo mató una ramera. La querida de Cristo el Loco, que era un vagabundo del pueblo que murió hace muchos años y hablaba con los muertos. Virgen del Amor Hermoso, qué hombre aquel, a lo que llegan las cabezas. Me mataron a mi Andrés, tan guapo. Su propia mujer, fíjese usted, el enemigo en casa. Y también nos mató a mi nieta, pero bueno, la niña me lo engatusó malamente, era igual de mala que la madre, la hija de la Salvadora, que vestía como un fantoche, ahí enfrente sigue viviendo, que vaya familia, ¿sabe usted? Vaya familia.

A Carmen se le nubla la vista. Un leve mareo le perfora las sienes. La habitación da una vuelta entera. Pablo dijo que Marina mató a su marido y a su hija. Que nació en Lújar. Que su madre era una tal Salvadora que aún vive aquí. Traga saliva.

—¿Cómo se llamaba esa mujer que los mató? Su nuera...

Fobia en los ojos de la anciana. Las garras estrangulando el bastón. Beso a la fotografía de su hijo y señal de la cruz.

—Marina. Se llamaba y se llama Marina. Pero muy poco que ver con la mártir de las Aguas Santas.

Sierra Nevada, 6 de marzo de 2009

—Blanca, voy a hacerlo.

Marina y Blanca barren desde hace horas. Una fina capa de moscas abrigaba el suelo del apartamento en la sierra de Carmen cuando entraron. Como una loncha crujiente. Hace semanas, cuando Carmen y Arturo la trajeron a esquiar, olvidaron un filete de carne fuera de la nevera. Las moscas han puesto huevos. Detrás de una butaca cientos de gusanos color canela que no se atreven a tocar. Las moscas que alfombran el parquet parecen muertas, pero el frío solo las ha aletargado. Con los radiadores vuelven a la vida. Desorientadas.

—Pero, Marina, ¿qué estás diciendo?

El peso del cuerpo sobre el mango de la escoba, los ojos como espigas a causa de la coleta. Blanca la observa con la boca en forma de O, tres moscas la acosan.

—Da igual. Vamos, ayúdame, hay que dejar esto limpio.

—¿Cómo que da igual? ¿Tú te has oído?

Marina estampa las moscas contra la pared con ayuda del cepillo. Presiona como si clavara un sable en un cuerpo humano. Furia, furor, fobia. El bufón de Mario y su engreída nariz de loro no han querido despedir a Carmen. A Marina no le basta con que la cesen como jefa de estudios. La quiere sufriendo, vencida por el dolor. Es lo que merece. La estación de esquí se asoma a la cristalera con violencia. Carmen ni siquiera parece afectada porque Arturo la haya dejado. Ajusticia una nueva mosca y a la pared le sale otro lunar. Maldita sea, grita. ¡Maldita sea!

—¡Pero, Marina, por amor de Dios! ¡Qué te pasa, Marina!

Blanca intenta abrazarla, tiembla, la rehúye. Arroja la escoba contra el suelo que rebota dos veces antes de caer. Con el puño del jersey Marina se restriega el llanto. O la mucosidad. No sabe qué esputa. Blanca le pide que se tranquilice, ¿me vas a contar qué te pasa?, pregunta. Ten, bebe agua, el agua de aquí no sabe bien, pero bebe un poco que hoy estás muy nerviosa.

Marina no puede soportarlo. Reprime los deseos de abofetearse, de arrancar su propia piel a mordiscos. Un puñetazo sobre la mesa la alivia, en la muñeca un dolor punzante que le resulta placentero.

—Marina, ¿tú no te das cuenta de que no puedes hacer eso? No puedes matar a Carmen. Yo lo digo por tu bien, ¿no entiendes que les vas a dar la razón a todos los que dicen que mataste a Andrés y a Elvira? ¿Quién va a creerte si lo haces?

—¡Yo no fui! ¡No fui yo, Blanca! ¡No fui yo! ¡Lo juro! ¡Lo juro, joder, lo juro!

De una patada derriba la mesita de café. Resopla. El pecho arriba y abajo. La tabla desprende un repugnante crujido al aplastar decenas de moscas a la vez.

Blanca se tapa la cara.

—¡Marina, yo te creo! ¡No me lo digas más, yo te creo!

Marina se tranquiliza. En su rostro una impasibilidad que roza lo inhumano. Recuerda a su maestro de *mindfulness*, solía decir que no hay peor asepsia que el sentimentalismo.

—¿Sabes algo, Blanca? Quizá sea lo mejor. Todo el mundo cree que soy una asesina, ¿sabes por qué? Porque necesitan un culpable para estar tranquilos. ¿Has leído *El extranjero*? Bueno, tú eres más de películas. Necesitan un culpable, necesitan poder llamar a alguien asesino, verlo entre rejas para estar en paz. Porque así reinstauran su orden. Su equilibrio. Tú en la cárcel, tú en la calle. Pero ¿quién es el culpable, Blanca? ¿El que aprieta el gatillo o el que educa para apretar un gatillo? Ayer sacaban en televisión a un adolescente que ha apuñalado a una señora mayor. Entrevistaban a la madre. Heroinómana cuando el hijo tenía cinco años, el padre los maltrataba. ¿Es responsable ese chaval de matar a una señora o es lo que ha aprendido? ¿Quién es el culpable, Blanca? ¿Quién está entre rejas? El que mata. Al mundo le da igual por qué lo ha hecho. Cómo ha llegado ahí. Pero se equivocan. El culpable, el verdadero culpable, está en la calle y sigue creando un ejército de asesinos. Y ese adolescente algún día tendrá hijos y los educará como lo han educado a él, porque es lo que hacemos todos. Cuando educas a tus hijos, estás educando a tus nietos. Los educará para delinquir. Pero el mundo necesita un culpable. Castigarlo. ¿El adolescente pasará quince años en la cárcel? ¿Y qué, Blanca? Y qué. Quizá no vuelva a matar a nadie, pero sí se reproducirá. De eso que no te quepa duda. Si nadie reeduca a ese crío, si solo lo castigan, seguirá esparciendo por el mundo la maldad que ha aprendido. Todos creen que soy una asesina. Todos necesitan que lo sea para que su mundo esté en orden. La mala castigada, los buenos premiados. Y si esa es mi misión en la vida, la voy a cumplir.

Blanca quieta. Muy quieta. Las moscas se agrupan en torno a su cuerpo sin tocarlo. Fortuna sonríe tras ella. Asiente muy despacio.

—¿De verdad eres capaz de matar a Carmen? —pregunta en voz baja.

—Ella es la auténtica culpable. ¿Imaginas si alguien hubiese matado a Nerón? ¿A Hitler? La historia me lo agradecerá. Voy a matarla. Tu padre fue guardia civil, ¿verdad, Blanca? ¿Conservas su arma?

Arturo llamando.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Vie/06/03/2009 17:16

Estimada Lola:
La respuesta es no. Y más adelante tampoco. No quiero volver a saber de ti nunca. Eres una niña pequeña, ese es tu problema, tienes ese síndrome de Peter Pan del que hablan. Y yo necesito relacionarme con personas adultas. Nunca debí marcharme de Granada. Mi sitio está aquí, con mi madre, y en el hospital, con los más necesitados. ¿Sabes que he perdido mi puesto de trabajo por irme a Gijón contigo, Lola? Y no, no me refiero al de directora. En San Rafael ya no puedo volver a trabajar. Me alegro de que tu sitio también sea este, con tus hijos, pero de esa vida tuya yo ya no quiero ser parte. Te voy a aclarar por última vez dos cuestiones que parece que no entiendes:
1. Andrés y Elvira no estaban enamorados, ni se acostaban ni nada de lo que dijeron. Mi sobrina estaba loca, como su madre. Eran brujas. Hechiceras. Y mi hermano, que era un alma de Dios, se dejó engañar por ellas. Eso fue lo que pasó. Mi hermano era un hombre bueno al que volvieron loco entre una y otra con encantamientos y al que terminó matando su propia mujer.
2. Tú eres inspectora de policía. Y como inspectora de policía, lo que hiciste fue tu trabajo. El coche estaba manipulado. En él había objetos de esa malnacida. En casa de Andrés y Elvira, también. Y había indicios más que suficientes para el móvil del crimen o como quiera que se llame eso. Lo único que hiciste fue tu trabajo. Si para el juez quedó demostrado que tenía una coartada fue porque Dios así lo quiso. Porque aún no había llegado su momento. Pero llegará, Lola. Te aseguro que llegará. Así sea lo último que haga en mi vida. ¿Por qué le tienes tanta pena? ¿Acaso la merece? Ojalá gastaras esa energía en amar a los que te aman.
Que Dios te bendiga, Lola, aunque no lo merezcas.

Leonor

Lújar, 6 de marzo de 2009

Carmen conoce la cantidad de asesinatos que se cometen. Ayuda en un centro penitenciario a las reclusas con hijos. Sabe que la prensa olvida las muertes a los dos días. Hay algo más, si los periodistas insistieron durante tanto tiempo, está segura. La madre de Leonor se ha negado a darle información, dice que para el juez quedó demostrado que la noche del accidente Marina estaba en casa de una amiga, una tal Ana, y el vehículo había sido manipulado horas antes de la muerte. Nadie lo cree, insisten en que fue Marina, había ropa suya en el coche. Arturo llamando. No

contesta.

La lluvia engorda a granizo. Pequeñas avellanas la fustigan con rabia. Carmen conoce a Marina. A la mujer que trata a su hija como si fuese la suya propia. A quien la apoya como una hermana con el abandono de Arturo. A la persona que ya ha sufrido más de lo que merecía, a quien ya es un miembro más de su familia. No está dispuesta a creer patrañas baratas y menos si hay una sentencia que la absuelve. Pero si los periodistas aún acosan a las familias, hay algo más. Está segura. El granizo impacta sobre los coches con un estruendo diabólico. Las nubes muy bajas, negras, casi humo. El móvil vibrando en el bolsillo. Es Arturo otra vez, rechaza la llamada.

—¡Buenas tardes! —grita Carmen a un anciano que al fin le abre la puerta—. ¡Estoy buscando a Salvadora! ¿Sabe usted dónde vive?

Tiene que repetirlo tres veces hasta que el nonagenario la entiende. ¡Salvadora! ¡La Salvadora!, grita Carmen. ¡Ah! ¡Vive ahí, justo ahí enfrente!, contesta. Pero pasa, muchacha, ¡mira cómo te estás poniendo!

Rechaza la invitación y corre hacia la puerta que le indica dando las gracias con la mano. El anciano sigue mirando mientras Carmen presiona el timbre.

Al fin una señora se asoma. El pelo, negro como la ablepsia, tensa el pellejo de su rostro hacia la coronilla muriendo en un estricto moño donde lo enrolla en espiral. Tan recio es que no muestra una sola arruga, las estira. Sin embargo, manos y cuello repletos de colgajos de piel. No se parece a Marina.

—¡Señora! ¿Usted es Salvadora? —quiere saber Carmen demasiado alto. El granizo amaina.

—¿Quién lo pregunta?

La voz sale del fondo de un pozo. Como si llevara meses sin hablar, sin aclararse la garganta.

—Soy una amiga de su hija Marina, mi nombre es Carmen Salvaterria... no, no, no, no me cierre, señora, por favor, no soy periodista, se lo juro. Salvadora, abra, por favor.

Carmen introduce el pie entre el marco y la puerta. Empuja con tal rabia que el zapato se deforma. Entonces se le ocurre una idea.

—Salvadora, escuche, su hija me ha robado. Su hija es una muy mala persona y quiero conocer a su madre.

La puerta se libera con violencia. Tanta que empuja a la anciana hacia el interior. El pie libre, el zapato recuperando su forma original. Arturo llamando de nuevo.

—Pase —indica la Salvadora. Ahora sí.

La casa es una reproducción exacta de la que acaba de abandonar. Techos muy altos, azulejo blanco y azul, vírgenes y cristos crucificados en todos los rincones.

Pero lo que engendra verdadero pavor en Carmen son los portarretratos. Andrés aparece en todos y cada uno de ellos. En el comedor, los pasillos, la cocina. Y velas, muchas velas frente a las imágenes, pequeños altares que colman la casa de llamas.

—Siéntate ahí, niña. —La Salvadora señala una butaca frente a la mesa camilla. La funda desgastada, verde abeto—. No me extraña lo que dices, y te pido perdón, esa mujer, que hace mucho que no es mi hija, es una malnacida. Tonta, Marina es tonta. No te mezcles con ella si no quieres problemas. ¿Cuánto te ha robado para que te lo devuelva?

Carmen duda. Siente el peligro recorriendo su cuerpo, las fotografías la acobardan. Rozan lo obsesivo, Andrés, el yerno de la madre de Marina, camisa blanca, la mira desde cada esquina. Descubre recortes de periódicos en marcos que hasta ahora no había visto. Esquelas con el nombre de Andrés Barrios acogidas por hermosas molduras de plata. Nada con respecto a Elvira. Carmen no lo entiende.

—¿Qué miras, a mi yerno? Lo has visto en la tele, ¿verdad? —pregunta la Salvadora balanceando el pellejo del cuello.

—No tengo televisión, tampoco leo periódicos. Lo siento.

Carmen comprende el error que acaba de cometer. A Leonor no puede preguntarle, odia con repulsión a Marina. Si se entera de que vive con ella es capaz de matarla.

—Sé que murió con su hija, Elvira. Y que Marina los mató, ¿verdad? —dice Carmen probando suerte.

La Salvadora recoge el marco más ampuloso, parece diamante. Lo coloca sobre el cristal de la mesa camilla.

—Ni me las menciones. Esa que ya no es mi hija los mató. Pero mi nieta, Elvira, era igual de mala que la madre. Brujas que encantaban a los hombres. Mi yerno, mi Andrés, ese sí que era un santo. Un santo de Dios. Y la hija lo engatusó de mala manera, porque Elvira era una fulana, igual que mi Marina. Marina es tonta, muy tonta. Lo ha sido siempre y va a morir así, ¿sabes? Si será tonta que con nueve años se dejó conquistar por un mendigo que vivía en nuestras calles, Cristo el Loco, que hablaba con los muertos, que en paz descanse. Y le quitó la pureza, con nueve años y en una plaza. Yo creo que fue él quien la convirtió en bruja, le dio algún tipo de magia negra para hechizar a los hombres y Elvira la heredó. Fíjate tú si es tonta mi Marina, por muy bruja que sea, que, según ella, nuestro párroco, que Dios lo tenga en su gloria, había dicho que si no se entendía con Cristo el Loco no iba a recibir la primera comunión. Si será tonta esa que ya no es hija mía, ¿Carmen dices que te llamas? Si será tonta, Carmen. La de palizas que yo soporté por su culpa. Porque mi marido, que en paz descanse, me trataba como a los burros. Y yo la cogía a ella para que su padre no le pegara. La de palizas que yo he recibido por su culpa. ¿Es que no

me vas a probar ni un dulce después de que te los he traído estando como estoy de las piernas? Porque otra cosa no tengo, pechugas empanadas, pero a esta hora no apetece. Entonces llegaron Suárez y los modernos a permitir el divorcio, como si el hombre pudiera separar lo que ha unido Dios. Y mi marido, mi Salvador, yo me llamo María Angustias, me llaman «la Salvadora» por mi marido. Bueno, pues mi marido se fue con una extranjera. Y yo creo que se fue por culpa de Marina, porque después del escándalo de Cristo el Loco, claro, en el pueblo nos humillaban, ya no éramos mujeres de bien, éramos brujas. Pero bueno, la gente es mala, toda la gente es mala. Mala y envidiosa. Después de todo lo que yo sufrí por culpa de Marina, me obligó a llevar la cruz de ser la primera divorciada de Lújar. ¡De España! Y para algo bueno que me hace, que es casarse con Andrés Barrios, qué hombre, qué señor, qué santo, los Barrios son muy buena familia, además, tienen tierras en Extremadura, a mí ya ni me miran a la cara. Bueno, pues me lo mata, Carmen. Dime tú si mi hija no es tonta. Si mi hija no es una hechicera, dímelo tú a ver si estoy yo loca. ¿Eso que decía el juez de que estaba con una amiga? Mentira. Marina miente muy bien, pura magia negra, por eso quedó libre. Qué amigas va a tener esa mujer. Otras brujas, si acaso.

—Salvadora, ¿por qué los mató?

La sarta de barbaridades, las fotografías, las velas... están sumiendo a Carmen en la locura. Casi se contagia del ambiente. Quiere gritar a esta señora que está equivocada, que un niño nace vacío, son los adultos los que lo llenan. Como a una caja que rebosa de maldad y envidia o de alegría y amor. Quiere gritar a esta señora que ninguna mujer ha de aguantar malos tratos por parte de un hombre, pero mucho menos puede culpar de ello a sus hijos. Quiere gritarle que una niña de nueve años se equivoca, porque está experimentando, la infancia es el campo de pruebas de lo que será la vida, y si su familia no la apoya se convertirá en un monstruo necesariamente. ¿Y qué significa tanto amor al tal Andrés? ¿Él nunca hizo nada malo? ¿Son las mujeres de la familia las brujas malvadas? Necesita abrazar a Marina, acunarla, decirle que ya pasó todo, que ella no es mala, es una mujer maravillosa. Arturo sigue llamando.

—¿Cómo que por qué los mató? ¿Acaso no lo sabes? Lo sabe toda España.

—Salvadora, dígame qué le hicieron Andrés y Elvira a Marina para que ella quisiera matarlos. Por favor, Salvadora, dígame qué pasó. Ni tengo televisión ni leo periódicos.

Los brazos cruzados. Asco en los labios. Las comisuras derramadas hacia el mentón.

—Si tú no lo sabes, no seré yo quien te lo diga. Y espero que nunca lo haga nadie. Lo que se llevó a mi yerno al cielo no va a salir de mis labios, no voy a seguir

manchando su honor, ya se ha hecho bastante. Ni a los muertos se los respeta en este mundo de perros, oye. Mi Andrés..., con lo bueno que era mi Andrés. Y lo guapo. Mira qué guapo, qué porte tenía.

Carmen se está poniendo muy nerviosa. Descuelga el teléfono. Ahora mismo no puedo hablar, Arturo, te llamo en un rato.

—Carmen, espera, no cuelgues. —Arturo suspira—. Betty ha muerto.

Granada, 6 de marzo de 2009

Nieva. No cuaja. Apenas una exhalación. Copos solo si la vista insiste. Todo está lleno de claveles rojos, a Betty no le gustaban las rosas, decía que son unas embusteras, que mienten ya solo con el nombre; claveles, a ella claveles.

Arturo observa el tanatorio, las caras turbias, los cuerpos deformados, las voces retorcidas que lamentan la desgracia paseando de un sitio a otro, buscando a alguien conocido, ignorando la sensación de muerte a la que todo el mundo sabe que pertenece. Marina está viniendo, le ha dicho por teléfono. Quiere abrazarla. De momento, sujeta la mano de Julia, que no se mueve. Parece que no respira.

—Trabajo con víctimas de malos tratos, soy la presidenta de la Plataforma de Granada. Debí haberme dado cuenta. Era mi obligación.

Mario abraza a Carmen cuando habla, la respira buscando restos del olor de la Fierecilla. No sabe cuántos ansiolíticos ha tomado, cuándo ha muerto, dónde está el corazón. Hay algo de la Fierecilla en Carmen Salvaterria, no sabe exactamente qué, pero lo reconoce.

—Le pedí que se casara conmigo.

Mario arrastra las palabras, enlaza unas con otras creando sonidos agujereados, como piedras cayendo a un río.

—Era tan frágil, Carmen. Tan bonita. Tan delicada.

Carmen cierra los ojos al hablar, los labios apretados. Dice que no, Betty no era nada de eso. Se hunde en el torrente de agua que nace en sus pupilas. Betty era una mujer fuerte, muy fuerte, pero ella no lo sabía, Mario. El frágil fue Jonás, por eso se suicidó después de... Él era el débil, su vida solo tenía sentido sometiéndola. No creas que tuvo miedo a la cárcel, insiste Carmen con las lágrimas a la altura del pecho, eso es lo que menos les importa. Piensan que el mundo no los entiende, que si conociéramos a sus mujeres comprenderíamos por qué tienen que maltratarlas. Se suicidó por terror, porque solo haciéndola pequeña se sentía grande. Y Betty ya no

estaba para regalarle esa autoestima. Pero quién iba a imaginar que... ella... Se abraza el vientre, encorva la espalda en dirección a Mario, su hija la mira sin parpadear, buscando la pared con la espalda. ¿Alguna vez te dijo algo? ¿Alguna vez tú...? Jonás nunca nos gustó, pero jamás tuvo un mal gesto con ella. Jamás él... Solo una vez, en Nochebuena, con mi hermano Víctor... No, Mario, Betty era una mujer grande. Inteligente. Fuerte. Pero la hicieron creer que era pequeña.

—¿Puedo ponerle el anillo que iba a regalarle? Dejad que se vaya siendo mi mujer, por favor.

—Mario, ¿es que no lo entiendes? Betty no era la mujer de nadie. Betty solo era suya. Habla con Arturo, yo no soy quién para decidir algo así.

Marina al fin cruza la puerta en dirección a Carmen. Dice que ha venido lo más rápido posible, estaba en la sierra, con Blanca, ha tardado tanto por el autobús. La melena sudada. Desde la estación ha venido en taxi, para llegar antes, pero no tiene dinero. ¿La melena sudada o recién lavada? Y el taxista está en la puerta.

—Claro que sí, Marina. No te preocupes por nada, yo lo pago. Gracias por venir. Ven, deja que te abrace.

Arturo la mira fijamente. En el rostro impasibilidad. Cree que está sedado. Carmen repite que Marina es una gran mujer, una mujer maravillosa, una muy buena mujer. Y que la quiere, que la quiere muchísimo, como a una hermana, que es parte de su familia y lo será siempre.

—Lo siento mucho, no sabéis cuánto lo siento —les dice a Arturo y a Julia.

Busca a Mario con la mirada y un escalofrío le recorre el cuerpo. ¿La delatará ahora que Betty está muerta? No. No tiene valor para admitir que anda con prostitutas noche sí y noche también. El tanatorio abarrotado, ¿y cuánto dinero les ha supuesto comprar los mil claveles que hay en la sala? Por un ojo de buey se ve un ataúd de madera con más flores. El cuerpo escondido bajo la tapa. Dos señoras arrugadas lo contemplan llorando. Con lo joven que era, dice una. No, y lo alegre, dice la otra.

—Marina, ¿podemos hablar un momento a solas? —pregunta Arturo.

Su cara no tiene gestos, ni una pulgarada de vida. Parece un muñeco sin expresión que se limita a existir por orden de quien lo ha fabricado. Julia tampoco refleja entrañas. Los ojos fijos en una bombilla blanca, de bajo consumo, que un aplique transparente deja ver. La mano derecha agarrando la de su padre con fuerza, la izquierda en el vientre. Tiene los nudillos blancos.

Adivina la repulsión en la parte baja de la barriga al imaginar que Arturo la toca. Marinita. Mi Marinita. Qué asco. La película de piel quebradiza y fina, rugosa bajo las nalgas, como miga de pan. Marinita. Mi Marinita. Qué asco. ¿Qué hacemos con esto tan grande que sentimos, Marinita? No lo sé, Arturo, vamos a sentirlo y ya,

¿te parece? Sí, sí, sí, tú siempre aciertas. Quiero hacerte el amor, vida mía.

—¡Marina! —Carmen viene corriendo hacia ella—. Marina, por favor, ¿querrías llevar a Julia a casa? El taxista sigue en la puerta. Querías irte, ¿verdad, cariño? —Julia asiente muy despacio—. ¿Puedo pedirte ese favor, Marina? ¿Puedes acompañarla? Tiene que ser ya para aprovechar el taxi.

Carmen guarda el móvil en el bolso. En la pantalla pueden leerse las intenciones de Leonor:

> He vuelto de Gijón, estoy en Granada. He sabido lo de Betty, lo siento muchísimo. Voy para el tanatorio inmediatamente

—Vamos, venga, deprisa —apura Carmen rozando la histeria para que las dos mujeres no se encuentren—, por aquí no pasan taxis, no dejéis que se vaya. Rápido. Marchaos.

En la entrada se cruzan con Lázaro, que va a dar el pésame. Quiere saber si podría cuidar a Currito en unos días. Marina contesta que por supuesto, ¡claro que sí! Pero mejor en casa. Que se lo traiga a casa de Carmen.

Granada, 6 de marzo de 2009

Carmen teclea en Google «Andrés y Elvira Barrios». Noticias de *El País*, *El Mundo*, *¡Hola!*, *Lecturas*, *Ideal Granada*, Antena 3, *La Vanguardia*. Hasta Wikipedia. Cliquea la página que lleva por nombre «El amor no es delito»:

> *La historia de Andrés (47) y Elvira (21), como ellos mismos reconocen, es difícil de explicar. Se enamoraron hace dos años y han mantenido su relación en secreto hasta hace pocos meses, cuando todo estalló. «No podíamos seguir callando, tuvimos que contárselo a mi mujer; decirle que nos íbamos. Juntos. Porque estábamos enamorados», dice Andrés, padre y pareja de Elvira.*
>
> Este guion ha desatado la polémica en nuestro país, y es que sus protagonistas reivindican el derecho a formalizar su historia. «No tenemos nada que esconder, el amor no es delito, y Andrés y yo nos queremos, como cualquier otra pareja. Lo único que pedimos es que nos dejen vivir nuestra relación como dos personas adultas que se aman libremente y quieren casarse». La joven Elvira, hija de Andrés, lidera una recogida de firmas para presentar ante el Congreso de los

Diputados, cuyo objetivo es la reforma del artículo 47 de nuestro Código Civil, según el cual «los parientes en línea recta por consanguinidad o adopción no pueden contraer matrimonio».

Andrés y su esposa (madre de Elvira) nacieron en la localidad granadina de Lújar, siendo vecinos desde su más tierna infancia. A pesar de ello, ambos tomaron caminos diferentes: ella se licenció en Lenguas clásicas por la UGR y Andrés apostó por los negocios, sin embargo, la crisis, le ha obligado a cerrar su fallido intento de crear una agencia inmobiliaria. «Nunca estuve enamorado de mi mujer», confiesa Andrés a esta redacción en exclusiva. «Su madre me la metió por los ojos y yo, que era un crío, terminé casándome con ella porque se quedó embarazada; eran otros tiempos, por aquel entonces había que casarse». Sin embargo, dice no estar arrepentido, pues gracias a esto conoció el verdadero amor de la mano de su hija. ¿Casualidad, destino o trastorno?

Un experto ha explicado a esta redacción los peligros de las relaciones incestuosas: «son altamente dañinas tanto para padres como para hijos. Existen estudios que demuestran que más de la mitad de las adolescentes toxicómanas en Estados Unidos han tenido alguna experiencia intraparental».

Ante los rumores que atribuyen a Elvira antecedentes policiales por consumo de alcohol en la vía pública, así como vandalismo urbano bajo los efectos de esta sustancia, ella los desmiente. «Mi madre me odia, y lo entiendo, su marido la ha dejado por otra mujer. Pero no creo que la honre inventar esas mentiras sobre mí. Eso que cuenta sobre el cajero automático no es cierto, nunca pasó. Todo es falso».

La pareja insiste en que el suyo no es un caso aislado, «hay muchas personas en nuestra situación, pero lo esconden por miedo al qué dirán, este amor sigue siendo un tabú moral. Y no somos criminales, solo personas que se aman y tienen derecho a casarse, como cualquiera», insiste Elvira.

¿Amor o delito? ¿Cupido, Edipo o Nabokov? Los enamorados lo tienen claro, «no vamos a rendirnos hasta que la ley cambie. El amor no es delito».

Carmen baja la pantalla del ordenador como si alguien la filmara a cámara lenta. Piensa en la oscuridad, en esa parte tan profunda del mar donde no llega la luz. Entiende que ha encontrado el hogar de Marina. En la fantasía, se acerca a ella y la mece como a un hijo muerto.

Granada, 14 de marzo de 2009

—¿Puedo pasar, Marina?

Julia tiene mala cara. Como si no hubiera dormido. La palidez descuella en partes de su rostro que antes asediaba el acné. Frente escamosa, nariz congestionada, sonrisa dormida. Y los ojos. Alguien ha apagado sus ojos.

—Claro que sí. Cariño. Adelante.

Arrastra las deportivas hasta una silla que desencaja del escritorio con esfuerzo, como si pesara cientos de kilos. Marina reposa en la cama, las mantas sobre el busto. Lleva puesto un vestido que Carmen compró hace pocos días, el azul con chorreras. Hace unas horas daba vueltas con él. Un pelín roto por los costados, pero no se nota, ha renunciado a la pechuga de pollo —sin empanar— y el efecto es evidente. Y su pintalabios. También lleva su pintalabios rojo para sentirse tan francesa como Carmen. Se divierte al contemplar a Fortuna, encolada a la puerta, inmóvil, mirando a Julia desde sus ojos ciegos. Entona el poema de *Carmina Burana*, pero de sus labios no sale ningún sonido.

—No me viene la regla.

Marina lleva una mano helada y dramática a los labios. Cómo va a ser eso, no puede ser posible, ¿está segura? ¿Y de cuánto es el retraso? André Rieu y su orquesta se oyen a lo lejos, interpretan el *Concierto de Aranjuez* mientras Melquíades araña la puerta. Julia rompe a llorar, Marina la abraza. Que se calme, le dice. La niña ha estado con Carmen, arrastra una mácula de Chanel N.º 5 en los cuellos de la blusa. ¿Lo sabrá ya? ¿Sabrá que su hijita, tan dulce, tan mansa, tan nada, se ha dejado tocar por un macarra que la ha preñado como a una mula de campo? ¿Habrá descubierto que su maravillosa vida ya no es tan maravillosa? ¿Y Mario? ¿Cuándo va a llamarla Mario para cesarla también como profesora? Respira el aroma del cabello de Julia, a verano, y descubre la sonrisa de Fortuna fija en la puerta. Una sonrisa que viste su rostro de gloria, triunfo, victoria. Asiente muy despacio. Está orgullosa de ella.

—Marina, ¿y si estoy embarazada? Tú me diste unas pastillas, no puedo estarlo, ¿verdad?, es imposible.

—Tranquila, cariño. No te preocupes, seguro que es un susto, pero, por si acaso, vamos a quedarnos tranquilas.

De la mesita de noche extrae una caja alargada que entrega a Julia. Le explica cómo retirar el capuchón, cómo orinar encima, con cuidado, cariño, apunta bien. En la pantallita aparecerán una o dos líneas. Cuando lo tengas, vuelve. Cariño. Y estate tranquila. Ve al baño, vamos, que no te vea nadie.

—Marina, la tía Betty... Papá no está y... Marina, esto no puede estar pasando.

No puede ser.

—Vamos. Hay que salir de dudas, Julia. ¡Tú eres una mujer muy valiente!

—¡Pero tú me diste unas pastillas! ¡Las he tomado todas!

—Claro que sí. Cariño.

Una picardía caliginosa brilla en los ojos de Marina cuando Julia sale. No consigue evitar que Melquíades, su cancerbero fiel, se cuele bajo la cama. Se trata ahora del dolor real, el sufrimiento palpable, no el destronamiento con el que lleva meses soñando, ese para el que ha nacido. Marina espera la señal, una prueba de embarazo positiva. Solo en ese momento podrá culminar la labor para la que ha venido al mundo, la prueba que los dioses le exigen para ser una más del Olimpo. Carmen habla por teléfono en el pasillo, los nervios recorren el cuerpo de Marina. ¿Será Mario? ¿Sabrá ya que Julia teme un embarazo?

—No, de momento solo quiero echar un vistazo, sin compromisos. Lo que me interesa es la zona, estoy enamorada de esa zona, ¿sabe? Me gustaría ver todos los pisos disponibles que tengan allí. Pero, insisto, aún no quiero asumir ninguna responsabilidad, comprar una casa es una decisión importante.

La ira se apodera de Marina. Golpea el colchón con furia, en vez de puños cólera. ¿Una nueva casa? ¿Va a comprar otra casa? Marina se abofetea la mejilla izquierda. No puede soportarlo. ¿Quién se ha creído que es? La odia más que nunca, la aborrece desde el hígado. Terminaría con su vida en este mismo instante. Su voz se aleja. En el alféizar de la ventana un diminuto cactus que empuja al patio de vecinos. El plato se quiebra en un alboroto de cerámica y tierra y prendas de ropa interior arrastradas. ¿Qué ha hecho Carmen Salvaterria para merecer todo lo que tiene?

—Marina..., han aparecido dos rayitas, ¿qué significan?

Julia siente un cansancio extremo, como si hubiese corrido durante horas.

De: Leonor Barrios
Para: Lola García
Dom/15/03/2009 11:25

Lola:

Quizá no me he explicado con claridad. Cuando te dije que no quería volver a saber de ti, hablaba de cualquier asunto. De este también.

¿De verdad me crees tan poca cosa como para recomendarme a un conocido de ese cerdo y trabajar en su clínica? ¿De verdad, Lola? ¿Un conocido de tu marido? ¿Un puesto de recepcionista? No voy a darte las gracias, si es lo que esperas. Tus miserias no me

hacen falta. He dirigido un hospital, ¿cuánto tiempo? Ya ni me acuerdo. Sé que la crisis está apretando fuerte, pero tengo muchos contactos, Lola. Cantidad de amigos, a diferencia de ti. Por si no lo recuerdas, Arturo, el marido de Carmen Salvaterria, es el jefe de Servicio del hospital Virgen de las Nieves. Tengo muy buena relación con esa familia, no como tú, Lola, que te olvidaste de todo el mundo. Voy a pedirle a Arturo que me coloque allí, de hecho, voy a visitarlos ahora mismo, contigo me he aislado de la humanidad, a punto de perder a mi madre, a todos mis amigos. No, no me he aislado, me has aislado tú. Desperdicié el mejor trabajo, aquel que me permitía estar con Dios y con los más necesitados, por tu culpa. No voy a hacer lo mismo con ellos.
Te lo pido por favor, Lola. No vuelvas a escribirme. Para nada. Nunca más.

Leonor

Granada, 15 de marzo de 2009

—¡Lola! ¡Qué ganas tenía de verte! ¡Ha pasado tanto tiempo! —vitorea Carmen —. ¡Más de un año!

Marzo en cada esquina. El cielo encañona tubos de luz, como si hubiese encendido mil linternas que atraviesan los cristales asediando el polvo en suspensión. Carmen no sonríe por primera vez años. Carmen ha acudido a casa de Lola por la premura que la embargaba al teléfono. La ansiedad del ruego. Juraría incluso que lloraba. Pero quiere reunirse con Mario pronto, hablar con él, esclarecer el error. Porque es un error.

Cuando Lola la llamó por teléfono casi suplicaba que fuera a verla. Después de un año.

—¿Cómo va todo? ¿Hace mucho que habéis vuelto Leonor y tú de Gijón? — pregunta Carmen aceptando el mejor hueco del sofá.

Lola ha cambiado desde la última vez. La recordaba más ágil. Su mirada no soporta tanta luz y se levanta a correr un visillo para impedirla. Camina despacio, como si fuese a un lugar al que no quiere ir, y se mantiene de espaldas, observando el marco de la ventana. ¿Llora?

—Lola, ¿estás bien? —pregunta Carmen—. ¿Cómo va todo con Lázaro y los niños? Imagino que no será fácil, ningún divorcio lo es, pero los dos sois buenos padres, Lola. Buenas personas.

Lola agarra las puntas, bordadas, flores, de la cortina que acaba de correr. Dice

que no, que los divorcios no son fáciles. Los hombros arriba y abajo, la coronilla buscando el techo, el puño libre apretado. Su voz se asoma desde la garganta con un matiz borroso, como si la retuviera. Parece que empuja las palabras, que luchan por no salir.

—Carmen, sé que Marina, Marina Pastrana, vive con vosotros.

Carmen salta del sillón. La boca le sabe a metal. El teléfono sobre la alfombra en un ruido ahogado. Lola. Lola fue la inspectora de policía que llevó el caso del hermano y la sobrina de Leonor. Andrés y Elvira. Lola. Lola y mil veces Lola. Cómo no lo ha pensado antes. Carmen camina hacia ella. La enfrenta con violencia. Qué pasó. Qué pasó con Marina, qué tuvo ella que ver en el accidente. Diminutas lágrimas esquían por el contorno de su nariz. Son muy pequeñas, demasiado. Mira al suelo y una se balancea en la punta. Y cómo sabes que vive con nosotros. ¿Lo sabe Leonor? Sujeta sus antebrazos. Lola, contesta. ¿Lo sabe Leonor? La sacude. ¡Lola, por favor! ¡Marina podría estar en peligro! ¡Lola! ¿Por qué lo sabes? ¿Lo sabe Leonor?

—No —dice librándose de ella—. Leonor no lo sabe.

Lola camina hacia el otro extremo de la sala sorbiendo mucosidad. Sus zapatillas no hacen ruido, se desliza como un fantasma. Carmen la sigue, el sol se le pega en la espalda como una ventosa. Lola acaricia el marco de la puerta, con el índice repasa los dibujos sobre la madera, motivos árabes. Los ojos cerrados derramando lágrimas, pero eso Carmen no lo ve.

—Tu hija tiene un blog, Carmen. Lo sé por Blas, hace unos meses lo sorprendí dejándole comentarios con insultos tras un perfil falso. Policeman96. Lo siento..., ya no sé qué hacer con mi hijo. Leí el blog, Carmen. Habla de una tal Marina. Dice que la recogisteis de la calle, que tú la llevaste a vivir con vosotros. Julia te admira, Carmen, te admira mucho y contaba cómo su maravillosa madre incluso le había encontrado trabajo a Marina como canguro de un amigo suyo y su hermano pequeño. Mis hijos. Un día Julia colgó una foto con Marina y la reconocí. La mujer que habías llevado a vivir a tu casa era Marina Pastrana. Entonces Blas me habló de su nueva cuidadora, y cuando me dijo su nombre...

Lola sale al recibidor, Carmen sigue sus pasos. La pared blanca solo se ve interrumpida por cinco cristales coloreados que derraman en el mármol formas geométricas de esmeralda. Cajas de cartón y maletas decoran el pasillo. Escarpias de acero prometen sujetar cuadros algún día. Lola engarza la mano en una de ellas y continúa.

—Cuando me enteré hice todo lo posible por alejar a Leonor de ti, Carmen. No podía acercarse a tu casa si Marina estaba con vosotros. Leo y yo somos..., bueno. Ella y yo somos buenas amigas. Estaba tan obsesionada con encontrar a Marina, con

destruirla... Si Leo hubiera sabido que la tenía a unos metros, que vive en tu casa... Pagué a un detective privado para que le diera pistas falsas, pero Leo sabe cuándo le están sacando el dinero. No sabía qué hacer, Carmen, no tenía más opciones. Entonces la convencí para irnos a Gijón. Estaba recuperando a mis hijos, Carmen. He pasado un año y medio fuera, ¡son muy pequeños! Pero no me tuve más opciones. Sin embargo..., no podía soportarlo más.

—¿Por qué proteges a Marina, Lola? ¿Crees que Leonor sería capaz de atentar contra ella? ¿Hasta qué punto busca venganza? ¿Por qué la proteges?

Lola se descuelga por la pared con ayuda de la escarpia hasta que la tensión del brazo se hace insoportable. Las rodillas impactan en el suelo y rompe a llorar.

—Porque Marina no mató a Andrés y a Elvira. Fuimos nosotras, Carmen. Fuimos nosotras. Leonor manipuló el coche, dejó una blusa y unos pendientes de Marina que le había robado en el maletero, bajo unas mantas. En casa de Andrés y Elvira también dejó prendas suyas. Era su cuñada. ¡Tuvo acceso a ella durante toda la vida! Vació el líquido de frenos, Carmen, Leonor vació el líquido de frenos del coche y Andrés y Elvira se mataron. Y yo lo sabía. Siempre lo supe todo. Según Leo, yo solo hice mi trabajo, vi su ropa, los daños en el vehículo, el móvil para la comisión del homicidio por todo lo que la humillaron en los platós de televisión..., e informé al juzgado. Pero no es cierto, Carmen. Yo sabía que fue Leo quien puso la ropa. Yo sabía que Leo había manipulado los frenos. Lo sabía, Carmen, lo sabía y no hice nada. Gracias a Dios, gracias a Dios si es que existe Dios, que Marina pudo demostrar su coartada y quedó absuelta. Gracias a Dios, Carmen, gracias a Dios que quedó libre.

Ambas tratan de mantener la calma. En la calle un frenazo que no llega a convertirse en colisión. Carmen no se atreve a tocar su cuerpo, un miedo absurdo en forma de frío le recorre la columna vertebral. Un miedo infantil al monstruo que vive en el armario, bajo la cama. Un miedo que le susurra al oído como un demonio murmurando «estoy entre vosotros». Pero lo enfrenta, sacude el tronco en un espasmo casi involuntario y se arrodilla junto a Lola.

—¿Por qué lo hizo Leonor? —pregunta Carmen con una voz suave, el tono de los enamorados, el matiz del que acaricia a un animal herido—. ¿Por qué mató a su propio hermano? ¿Por qué mató a Elvira?

Lola tarda en contestar. Como si no pudiera tragar. Acaricia los rodapiés manchándose de polvo de escayola.

—El mandato de Dios, decía ella —ya no llora, la caricia de Carmen en el pelo la calma—. Elvira estaba embarazada de Andrés cuando murieron. De muy poco, apenas dos meses. Por eso tenían tanto empeño en casarse. Carmen, yo no lo entendía; nadie, a decir verdad. Pero se amaban, créeme, yo pude verlo. Elvira tuvo

problemas con el alcohol, pero lo había dejado. Elvira estaba sanando. Yo también sentí asco. Un padre y una hija, Carmen. Pero bastaba pasar unas horas con ellos para ver el amor como no se ha visto nunca. ¡Qué sabemos nosotros del amor, Carmen! ¿Qué sabemos? ¿Que se da entre un hombre y una mujer de edades y aficiones parecidas? No tenemos ni idea de lo que es el amor porque estamos enfermos de utopía. Llegué a entenderlos, te lo juro, pero no con la mente. Y era extraño, no me importaba lo que dijeran porque me sentía feliz oyéndolos. Me sentía en paz. No sé qué parte del cuerpo, o del alma, regula esa sensación. Pero lo entendí con esa parte, Carmen. Con la que nos hace humanos. Sin embargo, Leonor..., Leo y su familia insistían en que aquello violaba la ley de Dios. Levítico 18, la cantinela de todos los días, *la desnudez de tu padre no conocerás*. Para su madre y para Leo, Elvira era un demonio, igual que Marina, que cegó a Andrés, como ya lo había hecho antes ella. Adoraban a Andrés, era su dios, su mayor orgullo. Son una familia muy rica, no solo Lújar, media Extremadura es suya. Y en la Guardia Civil también tienen los mejores cargos. Cuando los periodistas empezaron a acosarlos, cuando todo el mundo se enteró... Enloquecieron. Leonor es muy lista, Carmen. Ella jamás pronunció una mala palabra contra Elvira, ni lo hará. Solo se desahogaba conmigo, ya te he dicho que somos..., bueno, Leo y yo nos hicimos muy buenas amigas. Y cuando descubrió que la chica estaba embarazada... Decía que era necesario, que así cumplía la voluntad de Dios. Cree que Marina volvió loco a su hermano, que lo embrujó y le metió el demonio en el cuerpo al igual que hizo Elvira después. Llegó a decir, Carmen, que su hermano era un mártir, y los mártires mueren para defender a Dios y a la Iglesia. Si tenía que morir para librar al mundo del demonio..., que así fuera. Y yo no hice nada, Carmen. No hice nada. Soy tan culpable como ella. Lo soy más. Porque no hacer es la peor forma de hacer.

Granada, 15 de marzo de 2009

—Soy Carmen Salvaterria.

Conduce como una kamikaze en dirección a la sierra. Sabe que Marina está allí con Blanca, pero no contesta al teléfono. El sol se vuelve más bárbaro a medida que el Audi se acerca al Veleta. Un azul disparatado tiñe el cielo y lidia con la blancura de la nieve en una irracional lucha por la supremacía. La carretera despejada. Carmen llama a la dueña del piso en el que vive Blanca, a la mujer que se lo alquila. No recuerda su nombre, la tiene guardada en la agenda como «vecina Sierra 2.º A».

—¡Hola, Carmen! ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¡Tienes que venir a casa un día a comer!

—Claro. Por favor, es muy urgente, necesito que me dé el teléfono de Blanca.

—¿Qué Blanca, Carmen?

—Blanca. Su inquilina, la mujer que está viviendo en su piso de la sierra. La mujer a la que usted le alquila el piso.

—¿Cómo dices, Carmen?

Un todoterreno está a punto de embestirla a la altura de Pradollano. Carmen lo esquiva con violencia.

—Escúcheme —suplica Carmen—, por favor, es muy urgente. Necesito su número de teléfono. Blanca. Su inquilina. La mujer a la que le alquila su piso de la sierra. Por favor, es muy urgente.

—Carmen, querida, en el piso no hay nadie. Está vacío. Va para dos años que no lo alquilo. ¿Tú crees que con esta crisis sube alguien a esquiar?

El sol llega a su punto más alto y se detiene. Le crecen aspas de luz alrededor que forman equis.

Entonces Carmen lo entiende. Todas las veces que ha visto a Marina desde el ático, en la plaza Bib-Rambla, hablando sola. Carmen se asomaba al ático cada vez que Marina bajaba a la plaza para observarla, para comprobar si, efectivamente, Marina hablaba sola y necesitaba ayuda o solo estaba tarareando una canción. Carmen lo entiende ahora.

Blanca no existe. Blanca, como la nieve en la que la conoció, solo es un producto de la imaginación de Marina.

Y Betty lo sabía. Aquella era la urgencia que iba a contarle. No fue Jonás quien la asesinó. Marina llegó a su entierro de la sierra. Venía de estar con Blanca. Pero Blanca no existe.

SI TÚ SALTAS, YO SALTO

El blog de Julia (y el tuyo)

Sé que voy a quererte sin preguntas.

Sé que vas a quererme sin respuestas.

Queridas amigas:

Sin darme cuenta los días se han convertido en meses, y los meses en más de tres años. Más de tres años tiene este blog y más de tres años con vosotras a mi lado, desde que era una niña; vosotras, lo más bonito de mi vida. Habéis sido mi brújula y mi bastón, lo habéis sido todo para mí, por eso me cuesta tanto hacer esto. Amigas, esto no es un adiós. Es un gracias. El más grande del mundo.

Os hice caso y hablé con Micky. Ya sabe que espero un hijo, lo que no tiene tan claro es que sea suyo. Efectivamente, dijo que a saber con quién me he acostado, que la intuición le dice que él no es el padre porque yo tomaba anticonceptivos. Que es una movida muy grande y él pasa de ella, no quiere este tipo de marrones en su vida. Me ha dejado, amigas. No quiere saber de mí nunca más. Que aborte, que lo tenga, que haga lo que me dé la gana, pero él no quiere saber nada.

Aún no he hablado con mi madre. Es como si alguien nos hubiera echado una maldición. Primero mi padre se va de casa, después muere la tía Betty, ocurre lo del embarazo y ahora mi madre. El director del colegio la ha despedido, pero eso no es lo peor..., le han puesto una denuncia, chicas. A mi madre. Nuestra amiga Marina cuida niños, el otro día vino a casa el hermano pequeño de un amigo mío al que da clases. Tiene siete años. Bueno, mi madre se quedó con ellos porque a Marina la llamaron superurgente de una entrevista de trabajo y tuvo que irse. ¿Os podéis creer que al llegar a casa uno de los niños tenía un pendiente de mi madre en los calzoncillos y una especie de moratón, como un golpe..., ahí abajo? Y lo más *heavy* es que cuando le preguntaron al crío quién se lo había hecho, qué había pasado, dijo que una monja. Como lo oís. Que fue al cuarto de baño y se encontró a una monja escondida en la bañera, detrás de la cortina de plástico, y le dijo que si quería hacer la primera comunión tenía que cerrar los ojos y hacerle caso. ¿Os lo podéis creer? El niño lo jura. Menudo chalado. Chalado e imbécil, porque están acusando a mi madre de no sé qué de menores. ¡A mi madre! Puf.

Amigas, no sé qué va a ser de nosotros. No lo sé. Tampoco tengo ni idea de lo que voy a hacer con respecto a mi..., bueno, eso, ya sabéis a lo que me refiero. No sé nada, chicas. Esta es la última entrada, cierro el «Blog de Julia» porque no tengo fuerzas ni para darme una ducha. Ya no quiero seguir escribiendo, escribir es lo que más me gusta en el mundo, pero me obliga a concentrarme y no soy capaz.

Amigas, abajo os dejo mi e-mail para que os pongáis en contacto conmigo cada vez que os apetezca. Gracias por todo vuestro cariño, vuestros consejos, vuestro amor. Incluso a los que tanto me habéis insultado os mando un abrazo, porque es lo que os hace falta.

OS AMO.

Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. A Beatriz no se la elige. A Julieta no se la elige.

Granada, 15 de marzo de 2009

Carmen terminará yendo. Marina lo sabe. La ha llamado mil veces. El Nokia, el viejo, usado e inservible Nokia que le regaló, está afónico.

—Marina, ¿tú estás segura de esto? Mira que si no estás segura todavía estamos a tiempo. A mí no me va a pasar nada porque en mi familia hay muchos guardias civiles, pero, Marina, a ver si la manta es tan grande como para taparnos a las dos, ¿sabes? Yo te aviso para que luego no me eches nada en cara.

Marina sonríe a Blanca, en los ojos astucia felina. La ve levemente distorsionada y no entiende por qué. Como si se estuviera borrando. Pero eso ahora no importa.

Marina lleva puesto el vestido negro de Carmen. Seda, corte trompeta, hasta el suelo. Sabe que lo usó en la boda de Betty, que es su prenda de más valor, un Gucci que roza los cuatro mil euros. Los kilos de más con respecto a ella lo rajan por los costados, pero poco. Los brazos al aire, tirita. Ella tuvo uno parecido, una imitación de Zara de diecinueve con noventa y nueve euros. Es la prueba para Zeus, la sangre, la evidencia con la que demostrar que la ha destronado. La única forma de entrar al Olimpo de la mano de Fortuna, su madrina, que le sonríe desde el techo.

Marina tararea. Feliz.

Hac in hora
sine mora
corde pulsum tangite;
quod per sortem
sternit fortem...

Recuerda a Tritón, que seguirá en la plaza Bib-Rambla gobernando a los Gigantes. Carmen será su sierva, como ellos. Blanca le pregunta de manera enfermiza si está segura de lo que va a hacer. Decenas de moscas danzan a su alrededor, no se han ido, siguen reproduciéndose. Duermen y vuelven a la vida con la calidez que desprenden los radiadores en cuanto los encienden. Blanca le ha dado la que fue el arma reglamentaria de su padre, sabe empuñarla, se sujeta el codo con la mano izquierda. Marina se lo agradecerá cuando sea una más del Olimpo.

—Cállate, Blanca. He oído el ascensor. Vete al baño y espera mi señal.

Marina recuerda a Elvira de pequeña. Ya era un demonio al que no pudo dar el pecho por la mastitis. El biberón solo si lo preparaba su padre. Y dormir menos aún, dormir solo en la cama de matrimonio, y al lado de su papá. Ella siempre al lado de su papá. Ese papá que se lo consentía todo, que la quiso más que a Marina, a su propia mujer. Ese papá que la abandonó como lo hizo el suyo propio. Yo estaré a tu lado siempre, Marina, decía, pero tienes que superar los nervios. Y dejar de autolesionarte. Pero estaré contigo siempre. Hechos, ella pidió hechos y lo que recibió no fue más que la garra de Cristo el Loco, otra vez, destrozando su vida. Esa garra que la ha perseguido siempre y nunca la ha dejado ser feliz. Esa garra que es la

de su madre, la de Andrés, la de Elvira, la de Carmen Salvaterria. Pero se acabó. Hoy nadie más volverá a abandonarla, nadie la va a engañar otra vez, nadie, porque al fin ha encontrado su sitio. El Olimpo. Con los dioses. Ese es su sitio, jura, no este jardín podrido al que llaman mundo en el que todos la han obligado a marchitarse. Marina brilla, siempre lo ha hecho, y ahora entiende que cada uno de sus pasos la ha dirigido hacia este mismo instante.

Pasos. Punta, tacón. Punta, tacón. Punta, tacón.

—¿Marina? —pregunta Carmen entornando la puerta.

Está oscuro, advierte un zumbido, una vibración pastosa. Al poner un pie dentro de la casa el suelo cruje. Enciende la luz y la visión aterroriza a Carmen. Mil moscas planeando por el reducido espacio del apartamento. Por un instante cree contemplar a Betty dentro de su vestido negro, el Gucci, el que usó en su boda con Jonás. Pero es el cuerpo de Marina. Es ella quien está dentro del vestido. Solo la distingue por los brazos, lleva el rostro cubierto por una máscara griega del color de la piedra más blanca. Una máscara de tragedia con dos crueles agujeros para los ojos y una cavidad a la altura de la boca en forma de O. Como si descubriera el pánico y gritara.

—Marina, ¿eres tú?

Marina da un paso hacia Carmen. No hace ruido, está descalza sobre las moscas, los pies ocultos bajo la tela del vestido. Con una mano sujeta la pistola, con la otra lleva el dedo índice a la máscara y pregunta si sabe cómo la llamaban los griegos.

Carmen traga saliva.

—Prosopón. La máscara griega se llama «prosopón».

Marina da otro paso. El vestido le arrastra y emite un bisbiseo en el suelo al empujar moscas muertas. Las machaca con las plantas de los pies en medio de cosquilleos y sensaciones parecidas a las de quien pisa galletas. Zumbidos en el aire. Marina pregunta esta vez si sabe cómo se traduce esa palabra. Prosopón. ¿Sabes cómo la hemos traducido? Carmen asiente, pero no contesta. Hay brillo en sus ojos, distingue dos pequeños diamantes en los agujeros.

—Persona. «Prosopón» significa persona. Sois máscaras, Carmen. Querida Carmen. Las personas sois máscaras.

Carmen mira al techo, a su alrededor, y vuelve la mirada a Marina. Puede ver que la apunta como si sujetara un arma, pero tiene las manos vacías. Donde debería haber una pistola los dedos corazón e índice de Marina se estiran hacia delante y levanta el pulgar. Cree que lleva una pistola, pero no son más que sus dedos imitando la forma del arma. En el vestido no hay bolsillos, pero Carmen no puede estar segura de si está o no en peligro.

Marina dirige la vista ahora a la izquierda, en dirección a la puerta, busca el aseo desde los agujeros para los ojos de la máscara. Se inclina y Carmen descubre una herida bajo los brazos, en la piel que el vestido deja al aire. Es una rajadura de cuchillo, zigzaguea.

—¡Ahora, Blanca! —grita Marina.

Lo grita cubriéndose el rostro con los brazos, retrocede hasta dar con el aparador. De manera automática Carmen se protege la cabeza y chilla que ha sido Leonor. ¡Leonor es la asesina de Andrés y Elvira! ¡Marina, sé que eres inocente! Grita de puro pánico, se encoge en el suelo, llora. Espera un golpe, un disparo, algún tipo de estruendo.

Pero no sucede nada. Solo el zumbido de las moscas que resisten al frío.

Carmen se desembaraza y asoma un ojo entre los codos. Marina renuncia a la máscara. La lanza al aire y la porcelana se destroza contra la pared. Pregunta al espacio vacío de su izquierda ¿qué esperas? ¿A qué esperas, Blanca? ¡Hazlo!, grita. ¡Vamos, no seas cobarde! ¡Dame eso! Con la mano derecha atrapa lo que no es nada más que aire. Se dirige a Carmen otra vez como si tuviera un arma en las manos. Carmen ya no tiene miedo. Sobre la encimera de la cocina, dentro de su bolso, suena el teléfono. Sabe que es Arturo por la melodía. «Hallelujah», en la orquesta de André Rieu. No tiene miedo. Frente a ella solo hay una niña herida que le pregunta al aire qué está pasando. Por qué no funciona. Por qué no la mata. Marina jadea. Está muy cansada. Carmen anda hacia ella.

—Ahí no hay nadie, Marina. Tranquila. Ya pasó. Sé que tú no mataste a tu hija y a tu marido. Tú no serías capaz de matar ni a una mosca. Porque eres buena. Tú eres buena, Marina. Ya pasó.

La alcanza. Marina parece rendirse a la pesadez de sus brazos y su cabeza, como si fueran de plomo. Llora. Marina al fin llora. Se resiste de repente, quiere golpearse, pero no tiene fuerza.

—Blanca... —balbucea desorientada—. Blanca..., mátala. Vamos, Blanca, mátala.

Carmen sube la persiana y el sol, con la intensidad de un faro, alumbra la estancia. Carmen sonríe ante el poder de la caricia.

—Ya pasó. Eres buena, Marina. Una niña buena. Ya pasó, ¿lo ves? Mira, ya no llueve. Ya pasó.

Junio de 2009

SI TÚ SALTAS, DE MÍ NO TIRES

El blog de Julia (y el tuyo)

Eres lo mejor que te ha pasado en la vida.

Queridos amigos:

Hace mucho tiempo había una princesa que se aburrió de ser princesa. Ella quería ser escritora, como su tía Betty, porque un día le dijo que ese trabajo consiste en recoger los pedazos de un jarrón roto, pegarlos y obtener como resultado algo que duele, pero infinitamente más hermoso que un jarrón.

Nos dijo el inspector de policía que la tía Betty escribía en Twitter con un perfil falso y más de doscientos mil seguidores. Versos sueltos, pedazos de poemas. Mis padres me han regalado la contraseña para que siga yo.

Mi nombre es Julia, ya no quiero ser Julieta. Porque no estoy dispuesta a morir por amor, porque el único amor que vale es el que tantas veces me ha explicado mi madre: el que no necesita que haya una parte que muera para que la otra viva.

Aún me duele, de hecho, os escribo desde la cama. Pero no quiero mentir: no estoy triste. Tampoco es que me alegre, yo había tomado una decisión, pero la vida sucede así. Según la doctora, es habitual en las mujeres que se quedan embarazadas por primera vez, y más con catorce años. No he tenido que abortar, he sufrido un aborto espontáneo. Tengo ganas de volver a mi vida. Tengo muchas ganas de olvidar este asunto con en el que me han comido la cabeza hasta el extremo por un sitio y por otro. Joder, no sé cómo se entera la gente de las cosas, os juro que no lo sé, una amiga de mi madre, que se ha metido a monja porque antes dirigía un hospital católico y decidió dar el paso, me comió el tarro a saco con movidas del aborto y de Dios y de la vida, que a mí, si os digo la verdad, no me interesan. Pero también hay otra gente que insistía en que tenía que abortar sí o sí, que me iba a arruinar la vida y no sé qué historias más que tampoco me interesan. ¿Tanto trabajo nos cuesta decidir por nosotros mismos? ¿Por qué hay tantas personas, de un bando y de otro, que se sienten con derecho a decirnos lo que tenemos que hacer? Creo que las respuestas no existen. Que las cosas no están ni bien ni mal. Como os digo, tengo ganas de olvidarme de este asunto…

El día que mi padre llegó a casa, mi madre lloró como no lo ha hecho en años. Si os digo la verdad, necesitaba verla así. Yo creo que llorar es necesario, que es suciedad que tenemos dentro y hay que sacarla, porque cuando no se limpia…, ya sabéis. La basura se acumula hasta que un día explota. Y hay muchas formas de explotar. Las enfermedades son explosiones, ¿no os parece? Mi padre no nos dio ninguna explicación, que se había rayado, que fue un error. Mi madre dice que el derecho más básico que tiene una persona es el de rectificar, y que, a partir de ahí, todo lo demás. Le jura que no estuvo con ninguna otra mujer, que no piense cosas raras —vale, sí, lo reconozco, soy una chismosa que espía detrás de las puertas—, y ella dice que le cree. Me gusta cómo se quieren. Ojalá algún día encuentre a alguien a quien amar así.

En cuanto me recupere voy a acompañar a mi madre al psiquiátrico. Tengo ganas de ver a Marina. Reconozco que al principio la odié, la odié mucho, pero ahora que lo entiendo todo —más o menos—, quiero decirle, en persona, que la perdono. Porque como siempre dice mi madre, si no hay mala intención no debe haber castigo sino educación. Y mala intención nunca hay, solo falta de amor. Falta de cariño. Falta de respeto hacia uno mismo. Dice mi

madre que no hay personas malas, se odian porque es lo que han aprendido a hacer. Y eso es como la lluvia. Cuando hay un diluvio el agua forma riadas que se llevan por delante todo lo que encuentran, el agua tiene mucha fuerza y es capaz de arrastrar árboles, casas, pueblos enteros.

El problema no es la lluvia sino lo que arrastra la lluvia.

Mi madre dice que Marina tiene una enfermedad llamada psicosis y otra más, algo así como síndrome de Jerusalén o de Hubris que los médicos están estudiando para aclimatar a su caso concreto. Que en la clínica donde está ingresada, al principio, cantaba todo el día la misma canción y hablaba de los dioses y llamaba a Melquíades, nuestro gato, y se ponía las sábanas de ropa como si fueran túnicas de los antiguos. Dicen que ya no hace nada de eso. Dicen que ahora solo mira. Mi madre dice que mirar es esperar. Tengo ganas de verla, de darle mi apoyo, de perdonarla.

Micky me ha llamado. Quiere saber cómo estoy, vernos, tomar algo. «Retomar la relación, rubia, ahora que ha pasado la tromba de agua». Pero le he dicho que no. Ni venganza ni nada por el estilo, simplemente a él le gustaba Julieta y a mí Micky, yo soy Julia Ariza Salvaterria y él, Miguel Ángel Escribano López, ¡y ese sí que es un amor imposible!

Me siento pequeña a causa de la escritura. Tengo que escribir para volver a sentirme grande.

Epílogo

La primera vez que Carmen vino a verme al psiquiátrico dijo que no es posible sentir ira y tristeza a la vez. Son emociones incompatibles. Por eso yo estaba tan enfadada. Dijo que identificamos la tristeza con la muerte de manera instintiva, por eso nos negamos a experimentarla. La tristeza nos lleva al abandono, a no comer, a esperar en la cama a que la vida termine. Sentimos ira para protegernos de ella. La ira es una emoción activa, dice Carmen. La ira nos pone en movimiento, nos empuja a mantenernos vivos para hacerle daño a otro. Para vengarnos de él. Carmen insistía en que la mayor enfermedad de nuestros días es esa adicción a la ira, que no es más que una forma de sobrevivir. El antidepresivo más barato que existe. Imagina una cebolla, Marina, me pidió la primera vez que vino a verme. Si quitas todas las capas y llegas al centro encontrarás la verdad. Y no hay más verdad en quien hace el mal que la tristeza. El resto son formas de protegerla, formas de no experimentarla. Y ese es el error. No sentir amor por nuestra propia pobreza y, como resultado, por la de los demás.

Yo no dije nada.

Fortuna también viene a verme, pero la acompaña Betty. La última vez que la vi estaba viva. Porque ahora sé que, a pesar de que hablo con los muertos, como Cristo el Loco, no son reales. Si algún día dejo de verlos, a ellos, a los dioses del Olimpo, a Elvira, me dejarán salir de aquí. De momento sé que no son reales, aunque me hablen, y eso ya es un paso. Carmen dice que sí lo es, que no me rinda.

Betty fue al piso de la sierra donde yo estaba con Blanca. O creía estar con Blanca. Solía esconderse con Mario en un hotel cercano. Se sorprendió al encontrarme allí rodeada de moscas, hablando sola. Ahora lo entiendo. Carmen no

le cogía el teléfono, le mandó muchos mensajes, pero no contestaba. Entonces llamó a Mario, que se presentó en el piso inmediatamente. Y la mató. Dijo que la amaba, pero no podía hacerlo. Dijo que la única forma de ser libre era que ella no existiera. Yo me había ido del piso antes de que llegara. Me había ido a casa de Blanca. O eso creía yo. Pero estaba escondida en las escaleras. Vi como sacaba su cuerpo en brazos, como un novio coge a la novia la noche de bodas, y la llevaba al garaje con amor. La besaba en la frente. No sé lo que pasó después. Quizá llevó el cuerpo de Betty a su casa y Jonás se suicidó al verla muerta. No lo sé. Cuando viene a verme junto a Fortuna, Betty me pregunta si quiero saber la verdad sobre lo que ocurrió. Yo, como me dicen los médicos, ni siquiera le contesto. Solo la miro, aunque sé que no está ahí. Solo espero a que desaparezca.

Carmen lo sabe todo. También sabe que fue Leonor quien mató a Andrés y a Elvira. Y sé que hará lo correcto. Porque me ama. Por primera vez en mi vida, alguien me ama. Lo sé porque a Carmen solo le importa lo que soy, no lo que hago.

O Fortuna
velut luna,
statu variabilis,
semper crescis
aut decrescis;
vita detestabilis
nunc obdurat
et tunc curat
ludo mentis aciem,
egestatem,
potestatem
dissolvit ut glaciem.

Sors immanis
et inanis,
rota tu volubilis,
status malus,
vana salus
semper dissolubilis,
obumbrata
et velata
michi quoque niteris;
nunc per ludum

dorsum nudum
fero tui sceleris.

Sors salutis
et virtutis
michi nunc contraria,
est affectus
et defectus
semper in angaria.
Hac in hora
sine mora
corde pulsum tangite;
quod per sortem
sternit fortem,
mecum omnes plangite!

Una novela inquietante y sobrecogedora sobre los límites entre el bien y el mal y la locura.

Granada, 2007. Un padre y una hija mueren a la vez. Pocos meses después, Marina, madre y esposa de los fallecidos, aparece en un parque. Ha dejado de ser la mujer que era, profesora de latín y aficionada a la moda, para convertirse en una mendiga que vaga por las calles de la ciudad.

Carmen y su familia viven en el mejor ático de la plaza Bib-Rambla y disfrutan de una vida cómoda y sin preocupaciones. O al menos así era hasta que Marina aparece en su camino y acepta la generosidad de Carmen, que se ofrece a ayudarla.

Cuando las vidas de las dos mujeres se cruzan, ambas toman un nuevo rumbo que las conduce hasta las profundidades del alma humana. Y es que, a veces, el agradecimiento puede convertirse en envidia y en sospechas...

Una descarnada novela negra que nos invita a reflexionar sobre los

límites del dolor y las fronteras entre la locura y el silencio, pero también sobre la grandeza de la misericordia, la compasión y el amor por el ser humano.

Men Marías (Granada, 1989) se licenció en Derecho y ejerció la abogacía desde los veintitrés años, especializándose en el sector mercantil.

Debutó como escritora con la obra *Pukata, pescados y mariscos*, que fue galardonada con el Premio de Novela Carmen Martín Gaite 2017. En el género del cuento ostenta un total de veintiocho menciones de ganadora y finalista en diferentes certámenes literarios españoles e internacionales. Además, es profesora de novela negra en Escuela de Escritores. En 2021 publicó su primer thriller, *La última paloma*, con el que cosechó un gran éxito entre los lectores y ganó el Premio de Novela Cartagena Negra 2022.

Lo que arrastra la lluvia es su nueva obra y en ella explora los límites entre la envidia y la locura, pero también las grandezas de la compasión.

Penguin Random House Grupo Editorial

Primera edición: febrero de 2022

© 2023, Men Marías
Autor representado por Antonia Kerrigan Agencia Literaria (Donegal Magnalia, S. L.)
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez Orriol
Imagen de portada: © Magdalena Russocka / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7357-0

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Lo que arrastra la lluvia

Primera parte. La mendiga
Segunda parte. La intrusa
Tercera parte. La diosa
Epílogo

Sobre este libro
Sobre Men Marías
Créditos